ROBERTO INIESTA

El viaje íntimo de la locura

Lectulandia

En el jardín hay un cerezo dormido, pero parece muerto. Este otoño comenzó a sentirse apático, y la dejadez se apoderó de su espíritu. La vida, cansada de verle abúlico y desastrado, decidió que lo mejor sería que se tomaran un tiempo para reflexionar sobre su relación, y se marchó de vacaciones, dejándole en un estado de abatimiento que hizo que se fuera consumiendo poco a poco hasta que acabó por convertirse en lo que es ahora: el aletargado esqueleto de un cerezo; una osamenta de madera clavada al suelo, que sólo espera que regrese la vida.

Lectulandia

Roberto Iniesta

El viaje íntimo de la locura

ePUB v1.0
Rayul 14.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *El viaje íntimo de la locura*
Autor: Roberto Iniesta.
Año de publicación: 2009
Ilustración portada: Diego LaTorre
Diseño de portada: David Zelaia
Ilustraciones interiores: Daniel Rivero

Editor original: Rayul (v1.0)
ePub base v2.0

PRÓLOGO

El hombre es el único animal que necesita escribir su historia para poder recordarla. Cuando nace no sabe absolutamente nada. Moriría si no aprendiera a vivir. La raza humana es la única en la naturaleza que no transmite ninguna información innata que vaya más allá de lo puramente genético. Carece de auténticos instintos. No durará mucho.

Porque ¿quién escribe la historia? Nunca los vencidos, los despojados, los sometidos. Por eso, por ejemplo, las guerras —cuando acaban, y pasa el tiempo— dejan en la memoria colectiva un poso en el que se adivina el inconfundible y dulce sabor de la victoria: esfuerzo con recompensa, sufrimiento con premio, dolor que termina, que se olvida.

¡Qué distinta hubiera sido la historia de la humanidad si sólo se hubiera escuchado a los perdedores!

Tampoco escribimos la historia los ignorados, los que no existimos, los que no tenemos voz, los que, en definitiva, no contamos. Y me incluyo porque la mía es una de esas historias que escribirán otros. No contarán lo que sentí cuando perdí a toda mi familia, cómo se quebró mi espíritu, ni cómo lloré la pérdida de todos mis amigos. Nadie hablará del dolor de los míos, del miedo.

Sé que a nadie interesa mi punto de vista, pero soy yo quien debería contar lo que ocurrió. Yo soy la que estaba más cerca cuando todo comenzó; estaba justo en medio, pero dicen que tengo poca perspectiva, que yo no cuento, que sólo soy una lombriz. Y eso no lo discuto. Soy una lombriz. Sí, una lombriz de tierra. ¡A mucha honra! Mi especie lleva millones de años escarbando el mundo y pasándose información; por eso sé de qué estoy hablando. Sé que el mundo se partió y sé que ahora ya no hay un mundo, sino dos, y sé que mi cuerpo se repartió entre ellos.

PRIMERA PARTE

PRELIMINARES

Cuando abrió los ojos y vio que el reloj marcaba las nueve y cuarto, creyó que el mundo se le caía encima.

Debería llevar ya un cuarto de hora trabajando, y allí estaba: tumbado en la cama.

Aquella mañana de aquel lunes de aquel enero, era la primera vez en diecisiete años que don Severino, sin ninguna excusa, iba a llegar tarde a su trabajo. Un corte en el suministro eléctrico había hecho que el despertador no cumpliera con su cometido, pero eso para él no era motivo de descargo. Hacía más o menos un mes, había comprado un despertador alimentado por electricidad y no le había puesto la pila que necesita para seguir funcionando si se interrumpe la corriente. Ahora iba dándole vueltas, diciéndose que tendría que haber sido más precavido y haber leído bien las instrucciones o haber continuado

usando el viejo hasta comprobar que este otro era seguro. No había previsto que la alarma se desprogramaría si durante la noche se iba la luz, como al final acabó pasando. Y ese era el tipo de fallo que sacaba de quicio al señor Severino. Sin embargo, nadie que no le conociera muy bien se lo habría notado, porque, ante todo, era un hombre moderado que no se permitía perder la compostura ni la buena disposición.

Qué iban a pensar en la oficina; qué diría Félix, el auxiliar nuevo, que aún no llevaba un mes contratado; y Mariano, el oficial mayor, que en tantos años no había tenido motivo de queja, y ahora... ¡Qué vergüenza! No podría entrar en la notaría con la cabeza alta nunca más.

Y esto sólo es una muestra de los reproches con que don Severino, de camino a su despacho, iba atormentándose. Era su forma de ser. No admitía esa clase de faltas en los demás ni, mucho menos, en él.

El primero había sido el portero; se había asombrado tanto de verlo llegar tarde que no logró contenerse y no preguntarle si se encontraba bien. ¿Será posible? ¿Cómo iba a encontrarse bien? Don Severino, viéndose en la disyuntiva de explicarse o apresurarse, optó por callar y saludó con un escueto «buenos días», acompañado de un gesto que decía: si yo le contara...

¡No era cuestión de pararse a contarle al portero el trágico suceso!, y no por falta de ganas, sino porque no serviría más que para aumentar el retraso. ¿Qué credibilidad merece una persona incapaz de ser puntual? ¿Y cómo pasarlo por alto? Él, que era el encargado de constatar cada hecho, cada acción, cada deseo y cada obligación.

No podría obviarlo, porque don Severino era notario, y daría fe de ello, pues era un hombre categóricamente cumplidor, sin dobleces y trabajador como el que más. Ni siquiera cogía vacaciones. Estaba tan apegado a su trabajo que se diría que lo necesitaba, y es posible que así fuera. No en vano, eso es lo que pensaban sus

compañeros, y hasta él mismo.

Recibió la puntilla al atravesar la sala de espera y cruzar su mirada con la de unos clientes que estaban esperando para la firma de un contrato.

—Buenos días, señores, disculpen el retraso. Enseguida les hago pasar.

Diez palabras, dos frases cotidianas, y casi hubiera preferido decir: *Ave, César, los que van a morir te saludan.*

Esto, que para cualquiera sería una anécdota, pero que para don Severino era una catástrofe sin precedentes, fue lo único que alteró el suave discurrir de aquel lunes que, por lo demás, no se distinguiría en nada de cualquier otro lunes o martes de otra semana o de cualquier otro mes.

Y es que si don Severino hubiera tenido un diario, habría sido el diario más aburrido de la historia. Lo más probable es que todas las páginas hubieran sido iguales, excepto la primera, en la que se leería: «He comprado este diario para patatín y patatán». Y a partir de ese punto, hoja tras hoja, continuaría encostrada la misma letanía, la de todos los días; porque así era su vida, como una costra dura y antigua.

Entre semana, los días se sucedían unos a otros con educación, sin querer empujarse entre ellos, con suavidad y con calma . Y si, a este retrato, alguien se atreviera a añadirle otro color que no fuera el más monótono de los grises, ya no sería el retrato de don Severino: sería el de otro.

Porque don Severino era gris igual que su vida; una vida sin cambios ni altibajos. Sin sorpresas. Una vida que, en apariencia, manejaba él con mano de hierro, pero que, en realidad, sólo recorría la ruta marcada por la más pura inercia, en la cual, el paso que va delante no dirige la marcha, sino que, empujado por el que viene detrás, avanza porque no le queda otra alternativa; y así, un paso lleva al siguiente de la mano de la rutina, sin quererlo y sin querer evitarlo.

A su padre, que también había sido notario, sí le gustaba serlo. Disfrutaba, se sentía importante. Lo era. Directamente, se empeñó en que su hijo siguiera sus pasos (un sutil secuestro mental que desembocó en un no tan sutil síndrome de Estocolmo), e indirectamente, también, porque de forma involuntaria le iba contagiando su amor por su trabajo. Don Severino —por aquel entonces, Severino el hijo del notario— era como alguien que, con el estómago lleno después de haber comido, volviera a sentir hambre viendo a otro comer con muchas ganas. Y don Severino comió con un hambriento durante años. La consecuencia de las causas directa e indirecta fue que entró en la Facultad de Derecho sin la más mínima duda de que acabaría siendo notario como su padre; y se podría decir que se puso esa meta, aunque no sería del todo cierto, ya que ni aprobar las oposiciones con la nota más alta de su promoción le supo a triunfo. Para él, aquello fue el justo pago a las largas horas de insomnio que había pasado estudiando. Igual que cuando, años más tarde, a base de intentarlo, consiguió la plaza que había ocupado su padre: no hizo de ello un éxito, le pareció

normal, porque normal era (y es) la palabra que más le gustaba (y le gusta) a don Severino (también le gusta comer en casa. La señora Cecilia, la asistenta —una mujer que lleva años al servicio de la casa y que, aunque es mucho mayor que don Severino, aparenta ser de su edad—, se la limpia, y le deja preparada la comida y la cena, de manera que él no tiene más que calentárselo. No suelen cruzarse más de un par de veces al mes, porque don Severino no le da mucho quehacer: ensucia poco y come menos y, como la casa no es muy grande, para cuando él vuelve de la notaría, hace rato que ella ha terminado su faena y se ha marchado).

Por las tardes, don Severino, todos los días de su existencia, se iba a casa en cuanto salía de la oficina.

Estudiaba hasta la hora de cenar y luego se sentaba a ver la televisión hasta que llegaba el momento de irse a la la cama. Los únicos días diferentes eran los domingos. En un pequeño taller instalado en la cochera de su casa, don Severino construía barcos a escala. No era muy mañoso, pero poseía algo de más valor que la paciencia: nunca daba las miniaturas por concluidas. No quería acabarlas. No las hacía para eso; las hacía para hacerlas, para estar haciéndolas, para conocer cada rincón mucho más de lo que se conocía a sí mismo. Se pasaba años construyendo los modelos, mejorando los más pequeños detalles y dándoles una capa de perfección y otra capa y otra más.

Los domingos duraban un aliento. Apenas comía. Cuando se daba cuenta, era la hora de cenar, de acostarse y de continuar por el mismo trillado camino, dejando, como un burro en una noria, una huella que se mordía el rabo.

Pero esto a don Severino no le importaba porque nunca lo había pensado. Porque las cosas que se piensan son como los caminos por donde se pasa: si no has estado, no has estado. Y, por ese recodo de ese camino, don Severino no había pasado, todavía.

No transcurría un invierno sin que don Severino se hiciera la firme promesa de arreglar el jardín en la siguiente primavera, y no había llegado el verano que viera cumplido el sueño. Por eso el deseo permanecía vivo, porque un sueño es un deseo que desaparece si se deja coger. Un sueño cumplido es un deseo muerto. Quizá fuera esa la oculta sinrazón que hacía que a don Severino, el menos soñador de los mortales, las primaveras se le escurrieran entre los dedos como si no apretase bien; como si tuviera flojo el esfínter por donde se nos escapa el tiempo; como si los días, las semanas y los meses, unidos en cadeneta, formaran un bloque indivisible en donde los momentos fueran imposibles de aislar, en donde el ahora, arrastrado por la corriente, no hallara un sitio libre en el que posarse y descansar. El ahora. Lo que nunca encontraba don Severino. El ahora de cada cosa. Porque todo consta de un siempre y de un ahora. Pero don Severino sólo tenía un siempre; más que vivir, don Severino estaba. O estaba trabajando o estaba en casa estudiando o estaba yendo al

trabajo o estaba, como ahora, volviendo de misa. Sí, de misa. Don Severino, los domingos, iba a misa; siempre había ido. De pequeño, con sus padres, y de mayor, ya sin padres, había seguido yendo por pura costumbre; nunca se había planteado dejar de ir. Sin embargo, algunas veces le parecía que le quitaba tiempo para dedicarse a su vicio de los domingos; por eso iba temprano, para no interrumpirse y poder ponerse al tajo cuanto antes. Y en ese momento, los pies de don Severino cruzaban el jardín sin encontrar el ahora, y por su cabeza rondaba la misma promesa de todos los inviernos sin detenerse siquiera; dejándose pensar, pero sin dejarse atrapar. Sin aparcarse ni un momentito en aquella cabeza congestionada de leyes y de costumbres, en donde la continuidad era indispensable para que la vida siguiera fluyendo, funcionando. Estando.

En cambio, enfrente de su galeón siempre a medio terminar, don Severino se encontraba con el ahora. Un encuentro fugaz, del que no era consciente hasta que miraba el reloj y decía: «bueno, ahora sí que me tengo ir a acostar». Pero entonces era demasiado tarde porque la continuidad se había llevado el momento; y es que aquel barco llevaba grabado, desde la proa hasta la popa, un siempre con mayúsculas que no dejaba ver el ahora, como cuando los árboles no dejan ver el bosque.

Y como en un árbol, en el que, por muy deprisa que crezca, es imposible percibir ningún movimiento, así transcurría la vida de don Severino: sin que pudiera apreciarse nunca la menor variación. Y de este modo se le había pasado el domingo: como pasa una película que no está viendo nadie. Y el tiempo —libre porque no le vigilaban —, dando zancadas con sus botas de siete días, cogió carrerilla y, de domingo en domingo, se cruzó el invierno entero y parte de la primavera. Llegado a este punto se paró a coger fuerzas y a contemplar a don Severino, que se había detenido, a su vez, a observar unas flores que habían germinado junto a la puerta. Pero fue sólo un instante, y de la siguiente carrera atravesó el verano, el otoño, y ya estamos de nuevo en invierno y todo continúa exactamente igual: es domingo y don Severino vuelve de misa, entra en casa, cruza el jardín, se cambia de ropa y, en otro tironcito del tiempo, mira el reloj y dice: « bueno, ahora sí que me tengo que ir a acostar ».

CAPÍTULO PRIMERO

La casa de don Severino no goza de buenas vistas. No siempre ha sido así; hace años, cuando todavía no era una casa vieja y vivía apartada de la ciudad, no había nada que estorbase su campo de visión. Con el correr del tiempo fueron edificando a su alrededor, y poco a poco fue dejando de ver. Dejó de ver el río adonde don Severino de pequeño iba a bañarse y a pescar con su abuelo, y más tarde dejó de ver los chopos que lo escoltaban. Con la edad, siguió perdiendo vista hasta que la sierra entera desapareció, igual que desaparecieron la torre de la iglesia y las campanas de la catedral. Y es que la ciudad ha ido creciendo, transgrediendo los dominios de don Severino, rodeando su casa y canalizando el río; el pobre río que, por cambiar, ha cambiado hasta de nombre. Ahora se le conoce por *el canal*, y ya no se bañan en él ni los peces.

Don Severino vive en una casa antigua que mandó construir su abuelo, un juez que, al morir, se la dejó a su hijo. Es una casa noble, de piedra, de dos pisos y, aunque no es muy grande, para una persona sola es inmensa. Está en medio de un jardín cercado por un muro sobre el que se eleva un seto de cipreses. En el muro hay dos puertas: un portón para meter el coche y una pequeña puerta que mira al Este y que comunica con la entrada de la casa a través de un camino de piedras flanqueado por un seto bajo. Custodian la entrada dos columnas que sujetan una elegante terraza balaustrada; es la terraza de la hoy desocupada habitación de los padres de don Severino. A este distinguido solario, las mañanas que el cielo no está nublado, llega, y en él se tumba y se adormece. No, no es don Severino. Don Severino se va a trabajar puntual como un clavo. Es el Sol el que, en su paseo, se entretiene en la terraza mientras baña el jardín y los dos árboles que en él habitan.

Entrando en la casa hay un recibidor que da paso, por una puerta, al escritorio de don Severino y, por otra, a un pasillo que atraviesa la primera planta. El escritorio no ha sufrido ninguna transformación desde que lo montó su abuelo. Las paredes están repletas de libros; la mayoría, de leyes, por supuesto. Libros para estudiar; pero también hay libros para leer. Una biblioteca que su abuelo, sus padres y él se habían encargado de ir completando. Aquí es donde estudia todos los días y donde prepara lo relacionado con su trabajo.

Siguiendo el pasillo está la cocina y, al fondo, la puerta de la cochera. Ésta, que además del coche, alberga el taller de don Severino, está adosada a la parte trasera de la casa y encima de ella hay una terraza que, como cae hacia el Oeste, el Sol visita por las tardes.

A este corredor se asoman también la puerta del salón, que ahora tiene tan poca actividad como las demás dependencias de la casa; la de una más pequeña sala de estar que, en tiempos, sirvió de habitación del servicio; y la de un cuarto de baño que

aprovecha el hueco de las escaleras de madera que dejan subir al segundo piso. En esta planta se refugian los fantasmas de los recuerdos más íntimos de la casa, los que rondan por las habitaciones vacías.

Don Severino duerme en el mismo cuarto de siempre. Podría haberse mudado a la habitación de los padres (así la llama don Severino), que es el doble de espaciosa que las demás y tiene terraza y un vestidor, y ventanas que dan al Norte y al Sur. Nunca lo hizo. Es... demasiado grande, y en ella... Al fin y al cabo, si sólo usa la habitación para dormir, para qué andar con tanto trajín. Quizá don Severino busca razones para no verse forzado a espantar a los fantasmas, y quedarse solo en la casa. O tal vez le guste la orientación de su cuarto, hacia el Sur, hacia la casa en donde vive Marta, una vecina cuya ventana cae enfrente, aunque un poquito más alta.

Don Severino nunca mira con descaro hacia la ventana de Marta; no quiere que se haga una falsa imagen de él. Pero algunas noches, cuando se va a acostar, la ve (del cuello para arriba) y enseguida aparta la mirada o saluda poniéndose rojo como un tomate. Si se ven por la calle, se saludan con mucha educación y también con mucha distancia, que es, según Márquez, uno de los inconvenientes de aquélla. Márquez trabaja en una oficina que hay cerca de la notaría de don Severino, y se conocen desde hace años de coincidir en una cafetería cercana. Esta mañana le decía a don Severino, hablándole de su vida socio-sexual, que la educación, la costumbre y la tradición son enemigos acérrimos de la libre expansión de los instintos. Que regirse por esas reglas es como si, caminando por un desierto, nos empeñásemos en recorrer caminos imaginarios que nos obligasen a dar rodeos. ¿Por qué no avanzar en línea recta? Don Severino, convencido de que Márquez no hablaba en serio y de que lo que pretendía era escandalizarle, no quiso entrar en el juego, pero no pudo reprimirse y le contestó que sólo hay un verdadero camino recto y que lo demás son atajos que únicamente sirven si el trayecto es sinuoso.

Volvemos a salir al pasillo y vemos la puerta que guarda el paso a la terraza de la parte trasera, la de otro cuarto de baño y las inútiles puertas de las demás habitaciones vacías. Escaleras arriba llegamos a una trampilla que impide la entrada a un desván lleno de trastos. ¡Cómo les gustaba de pequeños a don Severino y a su hermana subir a jugar con toda aquella cacharrería! Se pasaban horas. Hace años que no ha vuelto a ir allí. Continuamos ascendiendo y nos encontramos en el tejado una chimenea que sube del salón y una veleta que durante mucho tiempo intrigó a don Severino. Es un funámbulo que tiene en sus manos una barra para equilibrarse y va atravesando la cuerda floja. ¡En el alambre, vaya! La puso su abuelo, el juez. Y como una de esas escenas que, sin saber por qué, se nos fijan en la mente y luego nos acompañan para siempre, a don Severino se le quedó grabada la explicación que le dio su abuelo de lo que la veleta representaba: «La cuerda floja es el camino recto que tanto cuesta seguir, y la barra de equilibrio es la ley; la que nos ayuda a no torcer nuestro destino.

Y así es la vida, no hay más sitio donde aferrarse». Aquella extraña descripción de lo que era la vida lo intranquilizó durante mucho tiempo. Cuando llegaba del colegio miraba la veleta y se le antojaba infinitamente difícil conseguir no caerse y le llenaba de desasosiego aquello de «no hay más sitio donde aferrarse». Entonces sentía el vértigo de la altura estando con los pies en el suelo. Ese vértigo irracional que tenía y tiene don Severino, que le impide asomarse desde cualquier lugar elevado, aunque sea totalmente seguro y con una barandilla hasta el pecho. Además, el vértigo de don Severino no actúa sólo cuando se trata de él mismo. De pequeño, si, por ejemplo, su hermana se subía a algún árbol del jardín, también lo notaba; por eso nunca intentó subirse.

Pero desde aquellos días ya ha pasado mucho tiempo, y a don Severino ya no le preocupa el vértigo porque no necesita subirse a ninguna parte; ni repara en la veleta ni en el funámbulo y, si por casualidad se fija en ella, la mira con la tranquilidad de quien sabe que no se ha salido nunca de su recto caminar.

En el jardín hay un cerezo dormido, pero parece muerto. Este otoño comenzó a sentirse apático, y la dejadez se apoderó de su espíritu. La vida, cansada de verle abúlico y desastrado, decidió que lo mejor sería que se tomaran un tiempo para reflexionar sobre su relación, y se marchó de vacaciones, dejándole en un estado de abatimiento que hizo que se fuera consumiendo poco a poco hasta que acabó por convertirse en lo que es ahora: el aletargado esqueleto de un cerezo; una osamenta de madera clavada al suelo, que sólo espera que regrese la vida.

A una docena de metros del cerezo hay un eucalipto que nunca duerme. Decir que el eucalipto es grande sería fácil y, además, verdad; pero no sería preciso, ya que no dejaría ver la realidad. Y aunque decir que es un majestuoso árbol de más de treinta metros de altura tampoco es preciso, nos ayudará a hacernos una idea de cómo su copa domina la casa, sus ramas desafían a la gravedad y sus raíces sujetan el mundo. Es un árbol único. No es uno de esos eucaliptos de repoblación dispuestos en hileras, que conforman un regimiento de una sola mente, que viven resueltos a asolar la tierra en la que nacen, y que son necesarios gracias a la prisa del mundo actual. ¡Más madera! ¡Más deprisa! No, nuestro eucalipto no es de esos; nuestro eucalipto vive en el jardín de don Severino, donde la prisa no existe. Allí, compartiendo el terreno con el cerezo, sus raíces ayudan a equilibrar la excesiva humedad del suelo, y sus hojas y frutos, que contienen principios broncodilatadores, alivian el aire. Pero estas consideraciones son ajenas a don Severino; él lo tiene porque, igual que la casa, ya estaba en ese mismo sitio cuando él nació y cuando nació su padre. Incluso puede que estuviera ahí antes que la casa y antes que todo.

CAPÍTULO SEGUNDO

Don Severino, después de pasar —como cada domingo— el día con su barco, se ha metido en la cama a dormir el sueño de los justos. Se ha acostado acordándose de Marta, la vecina. Esta mañana, volviendo de misa, se cruzó con ella, y ahora está pensando en lo que le dijo Márquez, aquello sobre la distancia...

Cuando lleva ya un buen rato dormido, se desvela. No suele despertarse durante la noche, pero ha sonado un ruido. Don Severino vive en una zona bastante tranquila, y por la noche se oye todo. Lo cierto es que no está seguro de no haberlo soñado. Se incorpora en la cama y le viene a la cabeza la última conversación que mantuvo con la señora Cecilia, la asistenta. Le dijo que por el barrio se comentaba que habían robado en algunas casas, entrando por la noche, y que las habían desvalijado con gente dentro durmiendo. Don Severino no tiene mucha imaginación, pero hay horas y silencios que la favorecen; y más, si esos silencios dejan de serlo. Ahora sí lo ha oído: ha sido un ruido largo. Un crujido que provenía de abajo; de la cochera, tal vez. Enciende la luz, atento, a la escucha. Habrá sido en la calle. La tranquilidad que le da decirse esto tarda en esfumarse lo mismo que el ruido en volver a sonar, cercano, como si esta vez saliera de debajo de la cama. No sabe qué hacer y busca por la habitación con qué defenderse, pero es inútil. En casa de don Severino nunca ha habido armas. No le gustan. En este momento, en cambio, no le hubiera importado tener en un cajón algo que agarrar.

Por fin se atreve a ir a ver qué pasa. No es que sea un cobarde; tampoco un valiente. Cómo saberlo, si en toda su vida no se ha visto obligado a afrontar situaciones más al límite que las que puedan devenir de la más absoluta cotidianidad. Sale al pasillo en pijama y se queda escuchando, indeciso. Duda entre salir a la terraza de encima de la cochera o, mejor, coger una de las dos espadas que hay colgadas en la pared del salón o, mejor aún, llamar a la policía.

—¡Cómo voy a llamar a la policía por un simple ruido!

Debe asegurarse de que hay alguien, antes de llamar. Pasará por el salón. Empieza a bajar las escaleras despacio y cada pocos pasos se para a escuchar. Quiere darse ánimos, pero no sabe cómo. Entonces se dice que son imaginaciones suyas, y es como si fuera eso justamente lo que provoca el ruido, porque cada vez que se lo dice, vuelve a oírlo. Resuelve no detenerse más y desciende hasta la planta baja, atraviesa el pasillo, entra en el salón y coge una de las espadas.

Armado con el hierro avanza en dirección a la cochera. Llega hasta la puerta y otra vez se detiene y presta atención. Está esperando a que el ruido suene de nuevo para entrar con la espada por delante, y la sujeta con las dos manos, apuntando con ella al frente. Como no oye nada, no se decide a abrir; y entre que se está quedando helado, la emoción del momento y que la espada pesa lo suyo, don Severino tiembla,

los brazos amplifican la vibración, y la hoja rila como si estuviera enchufada a la corriente. Si no hace algo pronto, le va a dar un pasmo; además, ya que ha bajado... Ahora o nunca. Que sea lo que Dios quiera. Y, con este silencioso grito de guerra, entra en la cochera esperando encontrarse uno, dos, quizá tres...

Pues no. Enciende la luz, mira, y ni tres ni dos ni parece que haya nadie. Da una vuelta alrededor del coche y comprueba los cerrojos del cierre metálico. Todo está en orden. En perfecto orden. Luego, para cerciorarse, recorre la casa entera encendiendo las luces, y no hay nadie. Las puertas y ventanas están bien cerradas y no ha vuelto a sonar ningún ruido; sería en la calle. Ahora lo único que oye es su propio corazón desatado.

Todavía nervioso, va al salón a soltar la tizona y se calma viéndose en el espejo con el pijama y la espada, imaginando que sí hubiera habido algún ladrón, se habría muerto de risa al verle.

A la mañana siguiente, no hay agua en la casa. Don Severino se afeita usando agua mineral y se va a la oficina sin ducharse. Es un caso de fuerza mayor: han cortado el agua, y quién sabe cuánto tardarán en arreglarlo.

Mientras saca el coche del taller, recuerda la aventura nocturna y supone que probablemente las cañerías fueran las culpables de los ruidos de la noche. Se siente ridículo, pero no importa porque no se lo piensa contar a nadie.

La mañana transcurre a cámara lenta. Hay poco trabajo; cada día, menos. Ahora hay otras dos notarías en la ciudad, y se nota la competencia. Son gente más joven y más emprendedora, que han introducido mejoras que las hacen más ágiles.

Y si trabajando, el tiempo ya pasa de por sí despacio, cuando hay poco que hacer es aún peor. Se podría decir que el aburrimiento frena el transcurrir del tiempo y que, de alguna manera, el avanzar pausado de este tiempo contenido provoca que la vida se haga más larga. Si esto fuera así de cierto, don Severino llevaría ya vivida, como poco, vida y media. ¿Será don Severino una persona aburrida por decisión propia; una especie de ahorrador del tiempo que sólo se permite los domingos para darse rienda suelta en su taller, derrochando tiempo a manos llenas con su barco? Pudiera ser; sin embargo, lo de la decisión propia no acaba de cuadrar, porque está claro que a don Severino le arrastra una inercia que suaviza tanto las propias decisiones que las hace prácticamente inapreciables.

A mediodía, coge el viejo Mercedes y se va, como de costumbre, a casa a comer. Siempre va por el mismo sitio: se mete por el callejón de la iglesia para evitar el tráfico, y llega sin dar tiempo a que se caliente el motor. Ha aparcado el coche a la puerta de casa —a esta hora siempre lo deja fuera, en la calle— y ha atravesado el jardín planeando darse la ducha que no se dio esta mañana. Al entrar ve una nota que le ha dejado la asistenta y, como el día está oscuro, pulsa el interruptor de la luz del recibidor para leerla, pero no se enciende. Entra en el escritorio y... tampoco. No hay

electricidad en toda la casa. Arrimado a la ventana lee la nota, y en ella, la señora Cecilia le cuenta que no había querido llamarle al despacho para no interrumpirle, pero que cuando llegó no había agua y que, como se enteró por las vecinas de que no era un corte general, avisó al fontanero, el cual se presentó en la casa poco después de haberle llamado y arregló la avería picando en la pared y sustituyendo una tubería a la que faltaba un trozo. Que la factura estaba en su mesa.

No dice nada de la corriente. Don Severino esperaba que la nota le aclarase por qué no hay luz, ¡y habla del otro problema! Por lo menos este ya está solucionado; o casi, porque ahora faltan por venir los albañiles para cerrar la brecha. Bueno, cada cosa a su tiempo. Don Severino comprueba que los fusibles no han saltado y se figura que se trata de un problema en el suministro y que no tardarán en restablecer el servicio. Luego, se ducha y se calienta la comida sin problema en la vieja cocina de butano y, al acabar de comer, aunque le extraña que no haya vuelto la luz, se va a la notaría sin ocuparse más del tema, pensando que a su regreso, por la noche, ya estará arreglado.

La tarde pasa como un lagarto, reptando y quedándose parada a cada momento.

Cuando llega de la oficina, la casa está helada y oscura. La calefacción es de gasoil, pero claro, sin corriente no funciona. Don Severino llama a la compañía eléctrica para saber si hay alguna avería general, y le dicen que no, que el problema debe de estar dentro de la casa y que tiene que llamar a alguien por su cuenta. Como es tan tarde no le queda otra que avisar a un servicio de urgencias, en donde le dicen que le atenderán lo antes posible.

Don Severino busca unas velas para alumbrarse un poco y leer mientras espera. No las encuentra. Entonces se acuerda de la linterna que guarda en el taller y va a buscarla dando tropezones con todo. Al rato da con ella, pero hace siglos que no la usa y está sin pilas. No se había ido la luz desde hace un año, desde aquella vez que llegó tarde a trabajar. Don Severino todavía recuerda la fecha; no obstante, como sólo fue un apagón aislado, no se ocupó de comprar ni velas ni pilas. No tiene más remedio que coger una manta y sentarse en la sala de estar, a oscuras, a esperar a que se presenten los electricistas. Este lapso de tiempo se le hace eterno. Está acostumbrado a estudiar a esta hora y no está a gusto así: sentado y sin hacer nada; sobre todo, porque ha estado haciendo eso mismo la mayor parte del día.

Los electricistas han tardado cerca de tres horas en acudir y tardarán otro tanto en arreglarlo. Tras muchas mediciones, le dicen que es una avería rarísima, que el cable de toma de corriente se ha roto en algún punto de la acometida —que es subterránea — como si lo hubieran cortado, aunque no se ve ninguna señal. Lo arreglan reponiendo el cable, y le pasan una factura que, a juicio de don Severino, es desmesurada. La paga sin rechistar y se alegra de poder irse a la cama. Ha sido un día demasiado largo hasta para él.

Hoy es martes y don Severino aún está intrigado por lo que le dijeron ayer los electricistas. Las vagas explicaciones que le dieron no tenían mucha lógica, y tampoco le parece normal que los fontaneros dijeran que faltaba un trozo de tubería. Por eso, al llegar a casa, ha salido al jardín a echar un vistazo. ¿Cómo se habrá roto el cable? ¿Habrá ratones... o topos? Está mirando alrededor del edificio y no ve ninguna señal que le haga sospechar que haya alguna clase de bicho; aun así, le dirá a la asistenta que eche algún pesticida o que avise a alguna empresa de esas que se dedican a exterminar plagas. La casa es antigua y está un poco descuidada, pero no es razón suficiente. Habrá ratones. Don Severino, cada vez más convencido, va revisando la base de la pared, esperando ver algún agujerillo y, de pronto, se fija en que hay una grieta debajo de una de las ventanas del salón; corre paralela al suelo y mide alrededor de tres metros. Don Severino presume de ser buen observador y, aunque no sale demasiado al jardín, y menos en invierno, está seguro de que esa grieta no lleva ahí mucho tiempo, si no, de una manera o de otra, la habría visto. Después de examinarla largamente y no llegar a ninguna conclusión, le deja una nota a la asistenta, pidiéndole que al día siguiente le espere antes de irse para hablar con ella y decidir qué hacer con los supuestos roedores.

Estas pequeñas reparaciones caseras son, para don Severino, mucho más perjudiciales de lo que cabría esperar: son trabas que no dejan girar su rueda, la rueda de la rutina. El domingo, los ruidos nocturnos por culpa de la rotura de la cañería del agua no le habían dejado dormir bien, ayer no pudo estudiar, y todavía falta que vengan los albañiles y, lo más importante, solucionar la causa común: acabar con los ratones. Don Severino piensa que es imposible que la semana vaya peor. Se equivoca; el miércoles, la señora Cecilia le dice que el teléfono no da línea.

Por suerte, el cumpleaños de don Severino ha sido el trece de este mes, y ese día su hermana le regaló un teléfono móvil, diciéndole que a ver si así la llamaba más. A don Severino nunca le han gustado los móviles. Si necesita llamar por teléfono, lo hace desde la oficina o desde casa. No se le ocurre para qué querría hablar con alguien mientras va andando por la calle. Su hermana no le hizo caso y se empeñó en dejar la batería cargada y en enseñarle el manejo más elemental. Gracias a eso puede llamar a la compañía telefónica, que prometen mandar a alguien en cuanto tengan oportunidad. Luego, la señora Cecilia le dice que ella se encargará de echar algún matarratas y que no hay necesidad de llamar a ninguna empresa. Además, ella está segura de que no hay ratones; lo habría notado. De cualquier forma, lo hará. También le dice que no se preocupe, que sólo son unas cuantas coincidencias y que hacía mucho tiempo que no se estropeaba nada. Intenta tranquilizarle diciéndole que la situación no es tan grave, pero no lo consigue, porque para don Severino esto es un auténtico caos. ¿Por qué no funciona todo como Dios manda? ¿Por qué no guarda

todo su orden? Con estas preguntas en la cabeza, y sin permitir que ninguna asome fuera, don Severino se despide de la señora Cecilia y le da las gracias por haberse quedado hasta tan tarde, cuidando el tono de voz para que no le traicione y deje ver la corajina que le patalea por dentro.

El jueves, las cosas no dejan de empeorar. Por una nota de la asistenta, don Severino se entera de que ha aparecido una mancha de humedad en la pared del servicio de la planta baja, y se pregunta qué será lo siguiente; y lo siguiente es que el viernes, un olor pútrido, que parece emanar de ese cuarto de baño, empieza a extenderse por las habitaciones hasta convertirse, el domingo, en dueño y señor de la casa.

CAPÍTULO TERCERO

Las hormigas no tienen infancia, pasan directamente del estado de larva al estado adulto. Estas son las últimas palabras que don Severino ha oído antes de quedarse traspuesto viendo un documental en la televisión.

A la semana de averías le ha sucedido una semana entera de reparaciones: operarios arreglando el teléfono (una rotura de un cable, similar a la de la acometida de electricidad); fontaneros reparando las tuberías del cuarto de baño (que eran la causa de la humedad de la pared y del mal olor); la señora Cecilia llenando la casa de trampas, cepos y matarratas; y albañiles componiendo lo que iban descomponiendo los fontaneros. A los albañiles, don Severino les preguntó sobre la grieta de la pared, y se limitaron a decirle que debía de llevar allí desde siempre.

Don Severino se empeñó en convencerles de que no, de que la grieta era reciente, y, en parte porque ya no sabían qué responderle y en parte también por pura guasa, el más viejo de los dos albañiles le dijo:

—Jefe, esto, lo suyo va a ser que la mida; luego, se espera usté unos días, la vuelve a medir, y si es más larga, es que crece.

Don Severino no está acostumbrado a que le hablen con guasa ni a que le hagan chistes, por lo que creyó que era una buena idea. Midió la grieta, y medía tres metros y veinticinco centímetros. En un cuaderno, puso la fecha y anotó: «Tamaño de la grieta de debajo de la ventana del salón: 3,25 m. Tres metros y veinticinco centímetros». Sólo le faltó firmarlo, y estuvo a punto por pura costumbre.

Mientras dormita en el sillón, en el documental de la tele hablan de la vida de las hormigas, pero la verdad es que si se estuvieran refiriendo a la de don Severino, sería difícil apreciar la diferencia. Igual que las hormigas, se ciñe a un camino que le han marcado; y aunque no pasó directamente del estado de larva al estado adulto, lo cierto es que lo suyo fue un gran escalón en el que saltara de ser un niño a ser un señor. Quizá porque siempre se había tomado todo muy en serio: estudiando en el colegio, más tarde en el instituto, y mucho más en serio, en la universidad. También es posible que los que se tomaran la vida muy en serio fueran los que estaban a su alrededor: sus padres, su abuelo... El resultado no cambia. Las seriedades y obligaciones propias y ajenas habían esculpido el escalón. Esto hace que haya poco que contar de su "juventud".

En la universidad tuvo una medio novia; bueno, en realidad, fue él el medio novio, ya que ella nunca le tomó en serio. Y no se puede decir lo mismo de don Severino, que después de aquello no volvió a interesarse por ninguna chica. Se metió en sus estudios todavía más, porque cuando veía asomar a la tristeza, en vez de huir de ella dándose a la bebida, o rodeándose de amigos, o las dos cosas juntas —como

hace mucha gente—, lo que hacía era esperarla, notando cómo se apoderaba de su cuerpo, sintiendo el cansancio. Él no sabría explicarlo, pero de alguna manera conseguía acorralarla en su cabeza y, estudiando, llenaba de leyes, de fechas, de asignaturas y de obligaciones los espacios vacíos hasta que no quedaba ningún hueco en donde la tristeza pudiera esconderse. Entonces la echaba sin contemplaciones. O tal vez era su mente la que se iba de su cuerpo a través de las palabras de los libros y lo dejaba abandonado; y todo el mundo sabe que a las tristezas no les gusta estar solas y desaparecen si no encuentran a nadie que las piense. No poseen razón de ser por sí mismas. Necesitan que se les preste atención. Las de don Severino duraban justo el tiempo que tardaba en levantarse de la cama y empezar a estudiar, así que muy pronto se cansaron de visitarle.

De sus amigos de entonces tampoco hay mucho que contar. Don Severino estuvo viviendo un tiempo en la capital mientras estudiaba. Allí compartió piso con otros cuatro estudiantes, y lo cierto es que eran tan diferentes de él, que nunca hubo una verdadera amistad, más bien un agradable compañerismo. Y en la facultad conoció a mucha gente, pero no gozó de ninguna amistad tan fuerte como para conservarla al terminar los estudios. La distancia había acabado con ellas de una forma natural. Cuando se ha vuelto a topar con alguno, los encuentros han sido de lo más convencional: «¡Hombre, cuánto tiempo! ¡Qué sorpresa! ¿Te casaste? Yo sí, yo no, yo tal, yo cual. ¿Y tienes hijos? ¿Qué tal te trata la vida? Hombre, bien, no me puedo quejar. ¡Vaya!, qué alegría haberte visto, a ver si algún día nos vemos más despacio y hablamos de los viejos tiempos». Pero luego nunca se veían, ni hablaban de los viejos tiempos porque, realmente, no había mucho de qué hablar, y ninguno de los dos hacía nada por volverse a encontrar.

Y de los amigos de ahora, llamarles amigos sería excesivo. Don Severino conoce a mucha gente por su trabajo y mantiene con todos una relación cordial. Por las mañanas desayuna en la cafetería que hay al lado de su despacho y suele charlar con la mayoría de los habituales. Por eso, para entenderlo mejor, es más correcto decir que don Severino tiene muchos conocidos. Porque un amigo no es una persona a la que uno se encuentra sólo por casualidad, ni alguien con quien se coincide, por muy a menudo que esto suceda. A los amigos se les va a buscar, o se les espera, o se les llama, o se les piensa.

El domingo, sin obreros por la casa, ha pasado en calma y en paz; sin embargo, ha sido un domingo raro. Esta tarde, don Severino estaba en el taller con su barco y, de pronto, mientras lijaba un trozo de madera destinado a ser timón, se ha sentido cansado. No tenía ganas de seguir y lo ha dejado, y como no sabía qué hacer, ha cenado pronto y se ha puesto a ver la televisión hasta que se ha quedado dormido. No suele quedarse dormido en el sillón, cuando le entra sueño se va a la cama; inexplicablemente, esta vez no ha podido evitarlo. Se ha despertado con dolor de

cuello y aturdido, sin saber ni qué hora es, ni qué día, ni qué hace en el sillón. Mientras se espabilaba ha creído percibir el mal olor del servicio —que había remitido en los últimos días—, pero ahora ya no lo huele. Será que, como es invierno y las ventanas están la mayor parte del tiempo cerradas, hace falta más tiempo para que la casa se ventile y desaparezca por completo la fetidez.

Con la entrada de la nueva semana, la paz y la calma se han ido al mismo tiempo que el agua, la luz y el teléfono. Don Severino se levanta y de lo primero que se da cuenta es de que no hay agua ni para lavarse la cara. Se dispone a llamar al fontanero, pero al tratar de usar el teléfono empieza a sospechar que la cosa es más grave, y un presentimiento le hace comprobar si hay electricidad, esperando lo peor y casi adivinándolo. ¡No es posible!

Tras una semana entera de reparaciones, esto es lo último que se esperaba. No han visto ni rastro de ratones, a pesar de haber buscado y rebuscado, y por otro lado, los cepos con queso están intactos. Don Severino, desolado, se ha dejado caer en el sillón de la sala.

Después de reflexionar sobre el asunto, intentando que el abatimiento no le venza, don Severino resuelve que es demasiada casualidad que se estropee todo a la vez. Si no hay ratones, ha de haber otro motivo. Dispuesto a encontrarlo, se levanta del sillón, decidido a no parar hasta que descubra alguna pista que le aclare lo que está ocurriendo.

Entra en el cuarto de baño, pero no consigue ver nada porque los albañiles ya han tapado el boquete que abrieron los fontaneros. Tampoco le hace falta verlo. El mal olor que le pareció notar anoche se ha convertido en un hedor insoportable que no deja lugar a dudas.

Este rápido reconocimiento le vale para completar un irritante y descorazonador control de daños: no hay agua, no se ve, no hay teléfono, hace frío y apesta. Luego, sujetando el mal humor, recorre la casa, levantando las persianas y mirando en los rincones sin saber lo que busca. No se da por vencido; si dentro no consigue averiguar nada, saldrá a la calle por si la causa está fuera. Sale al jardín y se aleja de la casa sin dejar de mirarla. Llega a la puerta, pero está atrancada. Es como si rozara con el suelo. Al examinarla con más detenimiento, don Severino observa que no es que roce con el suelo, es que da de lleno contra él. Ni siquiera se ve la parte de abajo de la puerta. En un primer momento, don Severino contempla la posibilidad de que los del teléfono hayan cavado siguiendo el cable y no lo hayan dejado como estaba; pero enseguida comprende que es imposible haber levantado las piedras del camino y haberlas colocado de nuevo sin que se note en la hierba que crece entremedias. Entonces, o las bisagras han cedido y la puerta ha bajado, o bien...

Cuando vuelva de la notaría, él mismo lo arreglará. Don Severino tiene una teoría y, aunque es demasiado descabellada, sabe cómo hacer para comprobar si es o no

cierta. ¡Ojalá sean las bisagras!, se dice.

Seguidamente, revisa el portón —no sea que tampoco se abra— y lo abre sin problemas y, pensando en teorías, se acuerda del albañil que le dijo aquello de que midiera la grieta de la pared para saber si crecía, y eso es lo que va a hacer. Convencido de que la grieta va a ser más larga, entra en la casa, coge un metro, un bolígrafo y el cuaderno en donde apuntó el otro día, y la mide: tres metros y veinticinco centímetros. Mira en el cuaderno. Vaya, justo lo que medía antes. No importa. Ha apuntado en el cuaderno la fecha y la medida, seguro de que esa grieta dará que hablar.

Como no quiere llegar tarde a la oficina, llama con el móvil a la señora Cecilia para avisarle de las incidencias y para que entre al jardín por el portón. También le pide que se quede en la casa hasta que acaben con las reparaciones, que él se encargará de hacer que vayan, sin falta, a arreglar lo que, a la vista de los acontecimientos, no han dejado como es debido.

Desde su despacho, don Severino ha llamado a las empresas implicadas, insinuando las posibles repercusiones de su mala gestión. Por difícil de creer que parezca, a lo largo del día unos y otros han ido pasando por la casa para, según han comentado, volver a arreglar lo que ya arreglaron. Los fontaneros han picado de nuevo en la pared y, viendo que era la misma tubería, han dicho que lo mejor sería que los albañiles no lo taparan hasta asegurarse de que no vuelve a romperse.

Don Severino, al regresar por la noche y sin necesidad de ninguna comprobación, ha verificado que su teoría es cierta. Tenía pensado levantar las piedras de delante de la puerta del jardín para ver si así se podía abrir, y eso querría decir que algún movimiento de tierras era el culpable de todas las averías de los últimos días. Ahora ya sabe que si quita las piedras y retira algo de tierra, se abrirá.

Esta mañana el portón se abrió normalmente porque no va pegado al suelo, pero cuando sacó el coche notó como si pisara algo. No quiso pararse porque iba con prisa; sin embargo, al entrar con el coche en el jardín para meterlo en la cochera, ha vuelto a advertirlo, y se ha bajado y lo ha visto: es un pequeño escalón que va de lado a lado del portón, de columna a columna.

Está claro que es el mismo escalón que impide abrir la otra puerta.

Don Severino levanta las piedras de delante y ahonda el terreno con una azada que ha cogido del taller, y, efectivamente, la puerta se abre.

Es evidente que las averías están relacionadas. Las tuberías, los cables, la grieta de la pared... Medirá otra vez la grieta. Seguro que no la midió bien. Es lo que va cavilando mientras entra de nuevo a por el metro, el cuaderno y un bolígrafo. La mide, ¡y es igual de larga! Cualquiera que viera la cara de decepción que se le ha quedado, diría que se habría alegrado de que la grieta hubiera crecido. Pues sí, se habría alegrado porque, cuando las cosas son tan raras, hasta en las desgracias se

agradece un poco de continuidad. Hubiera sido otra prueba irrefutable de su teoría, pero no, la grieta no quiere colaborar y ahí sigue, terca, tal como apareció, obstinada en su tamaño.

Don Severino conoce a unos cuantos constructores de la ciudad que son clientes suyos. Ya no son horas de llamar a nadie, pero mañana, desde su despacho, será lo primero que haga. Lo más adecuado es ponerse en manos de un profesional.

* * *

En este momento está en su casa con un constructor. Se llama Felipe García, de Construcciones Sociedad Anónima. Le conoce desde hace años; va a menudo a la notaría a firmar escrituras de las ventas de pisos y locales, y a cambiar de sociedad anónima. Más de una vez ha intentado convencer a don Severino para que le venda la casa, tramando convertirla en un bloque de apartamentos.

Don Severino le llamó a primera hora y no le quiso contar nada por teléfono, le dijo que era muy urgente y se citaron en la cafetería de al lado de la oficina para ir juntos a la casa. El constructor acudió tan pronto como pudo, con la esperanza de que don Severino hubiera cambiado de parecer. Sería un buen negocio.

Durante el trayecto a la casa, don Severino le ha puesto al día respecto a las averías y reparaciones, pero el constructor todavía no sabe para qué le ha llamado.

—Mire, esta puerta se quedó atascada porque rozaba con el suelo. Hasta que no excavé delante y quité las piedras y un buen tomo de tierra, no conseguí abrirla.

Están los dos al lado de la puerta del jardín, y el constructor observa la casa, las casas de alrededor, el seto, los árboles... Y a don Severino le da la impresión de que lo que menos mira es la puerta.

—Veamos... don Severino, esto tiene fácil explica¬ción; probablemente, las bisagras... o las columnas... hayan cedido, y por eso la puerta ha bajado. No entiendo qué relación guarda esto con lo que me ha contado.

—Vamos, que le voy a enseñar más. Mire esa pared. ¿Ve esa resquebrajadura? Esa apareció al mismo tiempo que todo lo demás.

—Hombre, eso es sólo una grieta. No quiere decir que la casa se esté resquebrajando. Una grieta... es una grieta.

El constructor, dentro de su cabeza, ya ha derribado la casa y arrancado los árboles, y va contestando a don Severino haciendo cálculos de cuántos apartamentos cabrían en ese solar tan hermoso. ¡Qué bonita palabra: solar! Un sitio en donde da el sol por todos lados. Claro, como no hay paredes... ¡Qué bueno! Parece ser que al señor Felipe le están obrando el par de *sol y sombra* mañaneros que se ha apretado después de desayunarse un café solo. No hay más que ver lo que está pensando

mientras don Severino le relata lo de las mediciones.

—¿Cómo dice? ¿Que ha estado midiendo la grieta?

—Sí. Tengo las medidas apuntadas.

—¿Y qué? ¿Ha crecido?

—No. Siempre ha medido lo mismo: tres metros y veinticinco centímetros.

—¡Vaya, se lo sabe de memoria! ¿Y... cómo está tan seguro de que salió al mismo tiempo que lo demás? —El constructor mide con la vista la altura de las casas de alrededor, mira el jardín...—. La verdad, don Severino, es que esta casa tiene ya muchos años, y es normal que vayan apareciendo pegas. Yo, mire, con el corazón en la mano, pienso que lo que le conviene es irse a vivir a un piso nuevo, cómodo y que no le dé problemas. Yo se lo puedo conseguir en cuanto usted me lo diga. ¿Para qué quiere una casa tan grande para usted solo? Aparte de que podría sacar un buen pellizco.

—Venga a ver el portón por donde meto el coche. Allí se distingue mejor. —Don Severino sigue a lo suyo, como si no le hubiera oído—. ¿Ve el escalón que hay en el suelo? Pues ese ha aparecido ayer.

—Hombre... yo dudo mucho de que esto haya surgido de la noche a la mañana. Esto debe de haber ido saliendo con el tiempo. —El constructor hace una pausa y mira el reloj—. Ya le digo... la casa es antigua y... Pero ¿usted adonde quiere ir a parar?

—Lo que yo creo es que ha habido un movimiento de tierras, pero creía que usted me daría alguna explicación coherente.

—Verá usted, si el terreno estuviera en una pendiente, podría haber ocurrido algo así, pero no es el caso. Como le he dicho, es normal que a la casa le salgan cosillas porque es vieja. Lo único que se puede hacer es estar atento por si va a más; yo no lo creo, pero en cualquier caso, llámeme si me necesita, que para eso estamos. Y acuérdese de lo que le he dicho: un piso nuevo y adiós a todos estos problemas. ¿Se lo pensará?

—No, Felipe, no. Ya le he dicho otras veces que no tengo intención de vender la casa ni de cambiarme. Estoy a gusto aquí, y el dinero, gracias a Dios, no lo necesito.

—Como quiera, pero cuente conmigo si cambia de idea, que nadie le va a hacer una oferta mejor; ya sabe que le aprecio desde hace muchos años. Y ahora... si no le importa... —El constructor vuelve a mirar el reloj, haciendo un gesto con la cabeza —. Me están esperando para resolver unos asuntillos. Ya sabe usted cómo es este negocio: no te dejan parar en todo el día.

—Sí, sí, por supuesto. Le llevo a la cafetería, que habrá dejado usted allí su coche. Ya le he robado demasiado tiempo.

Don Severino nunca se enfada y mucho menos lo expresa; tampoco lo contrario, nunca está muy alegre ni muy triste ni muy nada. Pero la verdad es que ese hombre

había dudado de su palabra. ¡Claro que el escalón ha aparecido de la noche a la mañana! Todas las mañanas saca el coche y cada noche lo mete en la cochera. ¿Cómo no iba a haber reparado en ello antes? Está entrando y lo está notando: primero, las ruedas delanteras y luego, las de atrás. Después de pasar el día recordando la conversación con el constructor, está guardando el coche, y acaba de pasar por encima del escalón. ¡Ha tenido que acelerar para que las ruedas lo superaran!

Antes de cerrar la puerta del coche, don Severino respira hondo. La cierra suavemente y sale al jardín. Se queda mirando el escalón, pensativo, y entra resuelto en la casa a por el cuaderno, el bolígrafo y el metro. Son dos centímetros y medio. En la página siguiente a la de las medidas de la grieta, lo apunta y se va a medir la grieta. Si es lo único que puede hacer, lo hará.

Decide no preocuparse ni un ápice más de lo necesario por toda esta debacle y se mete en su escritorio dispuesto a estudiar y a seguir con su vida normal. Y parece que su vida normal también decide ocuparse de él; y entre los dos, dedicándose uno al otro, han conseguido que pase un mes y medio sin alteraciones y sin que nada rompa la rutina, ni siquiera las mediciones, las cuales, al hacerse periódicas, han dejado de ser alteraciones. Día tras día, don Severino, cuando llega, mide el escalón de la entrada y la grieta de la pared, y día tras día, como un reloj, la grieta y el escalón miden exactamente lo mismo. Va siendo hora de llamar a los albañiles para que acaben con los arreglos.

CAPÍTULO CUARTO

El cerezo se ha despertado. Ya había renunciado a todo; se sentía demasiado viejo para nada y se había preparado para el final. Se había resignado a no volverla a ver, pero abrió los ojos y allí estaba ella: la vida; caprichosa, sin dar explicaciones, como ella siempre ha sido. Se ha presentado con más ganas que nunca, y el reencuentro ha sido el más apasionado y exuberante que hayan tenido jamás. El cerezo entero es una fiesta de flores blancas.

Don Severino, a pesar de haber salido todos los días para hacer sus mediciones, no ha visto las flores. Sabe que están. Ocurre cada primavera.

El jardín entero se ha llenado de vida. El césped, que hace mucho tiempo que no se replanta, es de muchos verdes distintos: verde cetrino, verde olivar, verdemontaña y verdemar; y está abarrotado de margaritas, de campanillas de color violeta, de dientes de león con sus flores amarillas y de amapolas rojas a las que visitan mariposas blancas. En eso sí que se ha fijado don Severino: en que el jardín está plagado de bichos y de malas hierbas.

Al eucalipto, la primavera llega de una manera menos vistosa, pero su aroma inunda la casa y los pulmones de don Severino. De esto sí disfruta, porque sólo hace falta respirarlo, no hay que pararse a mirar. Y es que este invierno, con los problemas de la casa, don Severino no ha encontrado tiempo para detenerse a observar el jardín y hacerse la eterna promesa de arreglarlo. Hoy, al salir para ir a misa y ver el estado del césped, ha pensado en avisar al jardinero al que llama todos los años a última hora para que lo adecente un poco y recorte el seto que rodea la casa y el que acompaña al camino de entrada. Tal vez el año que viene... con más calma...

Saliendo de misa se ha animado a dar una vuelta por la cafetería que hay al lado de casa. En la iglesia no suele atender al sermón; suele estar pergeñando en la imaginación lo que planea hacer ese día con el barco. Sin embargo, hoy, oír hablar de la vida después de la muerte le ha dejado mal cuerpo y, extrañamente, no le apetece estar solo.

Como en la cafetería tienen la televisión encendida, se entretiene con las noticias y oyendo las correspondientes opiniones de los clientes, ora de la guerra, ora del fútbol. Hay un grupo que está discutiendo en voz alta; uno de ellos opina que no es justo, dos dicen que no lo ven ni mal ni bien y tres —que parecen del mismo equipo — afirman que es justo y que siempre debería ser así.

Don Severino ha perdido el hilo, no sabe si hablan de la guerra o del fútbol. Al final prevalece la voz de la mayoría. O las voces, porque apoyados unos en otros, y viendo que hay quien les da la razón, se sienten más seguros de su opinión y hablan más alto. Don Severino, harto de tratar de adivinar si hablan de la Convención de Ginebra o del fuera de juego, ha cogido un periódico y se ha puesto a leer un artículo

que le ha llamado la atención por su curioso título:

¿Por qué ha de tener razón la mayoría?

Sólo una minoría está capacitada para hacer descubrimientos científicos. Sólo una pequeña parte de la gente sabe de leyes. Sólo un porcentaje mínimo es capaz de inventar. Genios, en la historia, ha habido muy pocos y, casi siempre, han revolucionado la materia sobre la que estudiaran a base de llevar la contraria a la gran mayoría. Los grandes descubrimientos científicos, por ejemplo, hasta que han sido reconocidos, han contado en general con la desaprobación de toda la comunidad científica; éstos que se supone que saben de qué hablan. ¿Qué habría pasado si, cuando Einstein formuló la Teoría de la Relatividad, se hubiera expuesto a referéndum? ¿Por qué, entonces, se exponen a referéndum cuestiones tan importantes como elegir a los dirigentes de una nación? ¿Por qué no buscar una forma de encontrar a los mejores, a los más honrados, a los más inteligentes, a los más justos y, en general, a los más capacitados para desempeñar tareas tan trascendentales? ¿Por qué dejar esa relevante decisión en manos de la mayoría de la gente, de la masa, la cual ya sabemos que cuanto más ignorante, más fácilmente maleable es?

Tres países democráticos le han declarado la guerra a un país pobre. La mayoría ha decidido matar hombres, mujeres y niños; esa mayoría ignorante y egoísta que desconoce el Derecho Romano y la Teoría de la Relatividad; esa misma mayoría que hace muchos años creía que la Tierra era plana; esa mayoría con un cielo a medida, construido especialmente para ellos, y un infierno para sus enemigos y para los que piensan de diferente modo.

Don Severino, una vez leído el artículo, está considerando que cualquiera que fuera el tema de discusión del grupo de clientes, quizá tuviera razón el que decía que no era justo.

Más entonado, con una cerveza y un pincho de tortilla, don Severino se vuelve a casa. Había conseguido olvidarse del sermón y de la vida después de la muerte, pero en la entrada del jardín, el cielo entero con todos sus apóstoles le estaba esperando para caerle encima: no puede abrir ni la puerta ni el portón.

Cuando asimilamos una situación, llega un momento en que no parece tan grave; pero cuando los problemas que creíamos olvidados y superados resurgen, son más difíciles de aceptar.

Aunque don Severino no lo ve desde fuera, ya sabe lo que va a encontrar dentro y, entre las oleadas de calor que le suben por la espalda de imaginárselo y los esfuerzos que está haciendo para asomarse por encima de la puerta, está empezando a marearse. La gente que pasa por la calle no deja de mirarle en sus idas y venidas por la acera. Agobiado, se va a la cafetería. Necesita serenarse y razonar con calma para tomar alguna decisión.

Mientras intenta tranquilizarse con una tila, don Severino se distrae viendo las noticias, acompañadas de los comentarios de los clientes. Están emitiendo imágenes de una guerra: bombardeos, políticos hablando y gente andando por una carretera. Es una guerra nueva, pero la imagen es ya vieja; es la misma de siempre. Las mismas miradas perdidas y los mismos pasos sin futuro que caminan hacia un sitio que se llama lejos.

—¡La que han montao! Yo no sé si es que estos políticos están ciegos o es que son tontos del culo —comenta uno de los clientes.

—¿Quiénes, los políticos? A ellos qué más les da. Esos van a lo suyo —contesta su compañero.

A don Severino, ver esto le hace comprender que su problema no es tan grave, que hay desgracias que no tienen solución, pero no es su caso. Es hora de poner manos a la obra.

—Martín, ¿tendría usted una escalera para prestarme? Luego se la traigo.

No suele entrar a menudo en la cafetería, pero conoce al dueño, que es quien acaba de meterse detrás de la barra.

—¿Qué está, don Severino, de obras, hoy domingo?

Toda la gente que conoce a don Severino le llama así.

Y no es que sea muy mayor, pero, entre su profesión, su aspecto y, más que nada, su manera de ser, hace tiempo que lleva el *don* delante de su nombre como la cosa más normal.

—¡Qué va! ¡No se lo va a creer! Se han quedado atascas las las puertas del jardín y no puedo entrar —contesta don Severino.

—Eso va a ser de la humedad. Se le deben de haber oxidado las cerraduras. —El dueño de la cafetería prodiga su diagnóstico sin dejar de limpiar la barra—. ¿Pero qué va a hacer, saltar,?, ¿Por qué no llama a un cerrajero? ¿Quiere que le deje la guía?

—No —dice don Severino—. Antes quiero ver qué es lo que ha pasado, y luego, si acaso...

—Ya... —El dueño de la cafetería levanta la vista hacia don Severino y, al instante, continúa limpiando la barra—. Sí que tenemos una escalera. Se la saco ahora. ¿Quiere que se la lleve el chaval?

—No hace falta, gracias. Ya la llevo yo y vengo a traérsela cuando acabe.

Mientras tanto, en las noticias han cambiado de tercio y los comentarios de los clientes han subido de tono.

—¡Esto sí que me pone malo! ¿Cómo se atreve ese tío a decir que no ha sido penalti? —dice uno de los clientes levantando la voz.

—A esto es a lo que no hay derecho. ¿Ves tú? —contesta su compañero.

Don Severino coge la escalera y sale de la cafetería, dejando a la televisión con sus guerras y sus partidos de fútbol, y a los clientes comentando las jugadas más

interesantes de unas y de otros. A él lo que le preocupa es cómo saltar. Porque, por un lado, su forma física deja mucho que desear y, por otro, eso de andar trepando y haciendo la cabra —con público, para más inri— no le hace ninguna gracia.

Saltar, con la escalera, le ha resultado bastante fácil. Una vez dentro, mete la escalera por encima de la puerta y no da crédito a lo que ve: la parte de abajo de la puerta está tapada; todo el suelo del jardín la obstruye. La tapia de fuera y los cipreses que forman el seto que rodea la casa están por debajo de lo demás. Junto al seto, hacia ambos lados, corre un escalón, y es donde mejor se aprecia, porque los árboles están en un nivel inferior. Don Severino comprueba que el escalón rodea la casa entera y que mide cuatro dedos de profundidad, lo cual hace que sea imposible abrir ni la puerta ni el portón. Inmediatamente, va a mirar la grieta de la pared y, a primera vista, le da la sensación de que está igual. De pronto, le viene algo a la cabeza. ¡Oh no! ¡El agua y la luz! Seguro que ya no funcionan. Entra en la casa a confirmar sus sospechas, y así es: ni agua ni luz. Levanta el teléfono y... tampoco. Bueno, esto ya es serio. Hay que razonar con lógica.

Pero ni hay mucho que razonar —al menos, con lógica— ni mucho más que hacer que llamar a los operarios para que empiecen nuevamente con las reparaciones y, mientras tanto, ahora que ya sabe que todos los desperfectos comparten una misma causa y que esa causa se encuentra justo bajo sus pies, averiguar qué coño le está sucediendo al terreno. Lo más urgente es abrir la puerta del jardín. No es cuestión de andar saltando ni de esperar a que vengan a arreglarla. Hay cerrajeros de urgencia, pero esto no es labor de cerrajeros, sino de albañiles, y esos no los hay de urgencia. Lo solucionará él mismo.

Don Severino se mete en el taller y sale cargado con un pico y una azada, dispuesto a cavar al lado de la puerta hasta que consiga abrirla. Cava y cava y, después de una hora, aún no es suficiente, pero como le duelen los brazos, las manos y la espalda, lo deja para comer y reponer fuerzas.

A media tarde, termina. Ha tenido que rebajar el suelo más de lo que esperaba. Luego, coge la agenda y va a la cafetería a devolver la escalera y a llamar por teléfono a la asistenta, a los cerrajeros, a los fontaneros, a los electricistas y a los del teléfono. También lleva el móvil para que se lo pongan a cargar porque se teme que lo va a necesitar durante unos días.

Los cerrajeros, los fontaneros y los electricistas son servicios de urgencias, pero los únicos que han prometido ir hoy han sido los cerrajeros. Los demás han dicho que hasta mañana no pueden hacer nada. Así que no le queda más que irse a casa a esperar a que lleguen.

Ya ha oscurecido cuando llegan los cerrajeros para abrir el portón por donde saca el coche. En un principio, don Severino pensó hacer igual que en la otra puerta, pero enseguida entendió que costaría muchísimo trabajo. Los cerrajeros, después de oír la

exposición de don Severino y de ver la que ha liado al lado de la puerta pequeña, acuerdan que lo más apropiado es subir las bisagras. El intenta que le den alguna explicación, y los cerrajeros, usando a su estilo el método científico de descartar lo imposible y aferrarse a lo posible por muy improbable que se nos represente, le cuentan que puede ser que los pilares hayan cedido y, como consecuencia, el portón haya bajado. Al quitarlo aparece, imponente, el escalón.

Hasta cerca de las doce no acaban los cerrajeros de subir las bisagras. Don Severino observa que hará falta una rampa para poder sacar y meter el coche. Mañana será otro día; hoy ya no tiene ganas de nada.

* * *

Al cabo de otra insufrible semana de arreglos y de operarios, don Severino, el sábado, ha salido a comprar. La asistenta hace la compra diaria pero, una vez al mes, va él a una gran superficie de esas en donde hay de todo y llena un carro entero. Siempre lleva una lista (ha apuntado, lo primero, las velas y las pilas para la linterna) y se atiene estrictamente a ella. Es su forma de defenderse de ofertas inesperadas y de caprichos innecesarios.

Antes solía ir a comprar más a menudo, pero desde que cerraron las dos o tres pequeñas tiendas que frecuentaba (todas por lo mismo: la competencia insostenible de las cadenas de súper e hipermercados), se ve obligado a ir adonde todo el mundo, y lo cierto es que esos sitios tan grandes no le gustan; por eso va lo menos posible.

Ya en casa, después de meter el coche usando las rampas que le han preparado esta semana en una carpintería, coloca cada cosa en su sitio y luego se sienta a estudiar.

Mañana es domingo. Don Severino se está acordando del domingo pasado. Recuerda cómo se torció la mañana en la iglesia con el sermón y cómo se pegó el día cavando delante de la puerta, y no consigue que se le vaya de la cabeza lo de los escalones, la grieta, las averías... Los fontaneros le dijeron que otra vez faltaba un trozo de tuberia, los electricistas conectaron un cable directo de la toma de corriente a la casa ante la inviabilidad de reparar el que había y los del teléfono también hicieron un arreglo provisional con un cable que atraviesa el jardín y que ataron al eucalipto. Quien no ha ido por la casa ni por la notaría ha sido el señor Felipe, el constructor. Don Severino estuvo llamándole y, cuando logró hablar con él, le dijo que guardaba datos de alrededor de dos meses de mediciones diarias, y el señor Felipe, sin dejar que se le notara el estupor, le prometió que iría, sin falta, en cuanto encontrara un hueco. Don Severino no deja de pensar que nadie le ha dado una interpretación convincente de los hechos, que es en este momento lo que le urge, porque él ya sabe

que la casa se ha movido, pero ¿por qué ?, y, más importante: ¿se repetirá?

Mañana no irá a misa. No tiene ganas. Necesita tiempo para... No sabe para qué. Hoy ha estado mirando el barco y calculando las horas de trabajo que le quedan para terminarlo, y le ha parecido una tarea tan colosal, tan inalcanzable... Tan inútil. De todos modos, necesita tiempo. No, no irá.

Por fin cierra los libros. Le cuesta concentrarse y además arrastra sueño atrasado; últimamente no duerme bien. Esta semana se ha despertado a menudo durante las noches y algunas veces ha creído oír ruidos, pero no se ha levantado porque nunca estaba seguro de no haberlo soñado. La madrugada del domingo no es diferente, don Severino se ha desvelado cuatro o cinco veces, y en cada ocasión le ha costado más conciliar de nuevo el sueño. Una de las veces que estaba despierto, sí que ha oído algo, pero tampoco se ha levantado: lo que haya de venir, que venga mañana.

CAPÍTULO QUINTO

La rutina ha vuelto a instalarse en casa de don Severino. No es aquella rutina que le daba calma a su vida; es otro tipo de rutina más diabólica, pero que no deja de ser periódica: cada domingo don Severino comprueba, al levantarse, que no hay agua. Automáticamente, sabe que la puerta del jardín no se abrirá. No falla. Lleva un mes entero igual: cada domingo, su única ocupación ha sido cavar delante de la puerta hasta desatrancarla. Cada lunes, los fontaneros han ido a sustituir las tuberías; los cerrajeros fueron las dos primeras semanas a subir las bisagras del portón por donde sale el coche, pero don Severino dejó de llamarlos porque el escalón mide más de medio metro y, aun abriendo el portón, no lograría sacarlo por las rampas que hizo: se han quedado pequeñas. De cualquier manera, mientras las cosas no se estabilicen, lo que menos le preocupa es cómo sacar el coche.

Por el contrario, la luz y el teléfono, a pesar de ser arreglos provisionales, que apañaron en su día con esos cables que atraviesan el jardín, no se han estropeado más. ¡Quién le iba a decir a don Severino, hace sólo unos meses, que le iba a resultar raro que algo funcionara con normalidad!

El constructor no ha aparecido por la casa. Don Severino estuvo dejándole mensajes hasta que, cansado de llamarle, avisó a un arquitecto al que también conoce de la notaría. Le citó en la oficina y le enseñó el cuaderno con las anotaciones de las medidas de la grieta (la cual, según un comentario entre paréntesis, continúa en idéntico estado, forma y longitud) y las del creciente escalón del jardín. El arquitecto, después de ojear el cuaderno y descartar que era un broma —extremo inimaginable en un hombre como el notario— pensó que, eliminado el humor, sólo restaba hablar de locura; así que le dijo que debería hablarlo con alguien del Ayuntamiento, que ellos tendrían más conocimiento del terreno. No obstante, en cuanto dispusiera de tiempo, iría a verlo en persona. Don Severino le propuso que fueran en ese momento, y el arquitecto declinó la invitación deshaciéndose en excusas y garantizándole que pasaría sin falta a lo largo de la semana. Hasta la fecha, ni él ni el constructor han dado señales de vida.

De repente, un lunes los fontaneros rompen la rutina y dejan de ir. Don Severino llama a otras empresas, pero en todas le dicen que están muy ocupados y que no saben cuándo van a presentarse. No le queda más remedio que tratar de repararlo él mismo. Lo ha visto hacer muchas veces, porque en las últimas semanas ningún lunes ha ido a trabajar y se ha quedado observando e interrogando a los operarios. Le cuesta el martes entero, pero consigue arreglar, él solo, las dos tuberías rotas y hacer un peldaño para poner junto a la puerta del jardín con madera que almacenaba en el taller.

Desde que no puede sacar el coche, don Severino va a la notaría en autobús; sin embargo, el miércoles ha cogido un taxi y ha pasado por el Ayuntamiento. Hace días le dijeron que era preciso rellenar una instancia si quería que los técnicos fueran a ver la casa. Ahora le informan de que su petición está siendo cursada, por lo que será necesario esperar un poco más. También va a la compañía de seguros en donde está asegurada la casa; aquí llevan casi un mes mareando la perdiz. Al final le dicen que los movimientos continuos de tierra, que es como llaman a su problema, no están contemplados en su póliza y que, por lo tanto, ellos no se hacen cargo.

La semana entera ha sido horrible, don Severino presenta cada día peor aspecto; no duerme bien y su cuerpo se va resintiendo. El jueves, la señora Cecilia le comunicó que no iba a seguir trabajando con él porque ya no estaba para trotes. No se lo esperaba. Sabía que un día u otro ocurriría, pero no había previsto que fuera tan pronto.

Fue un mazazo. Desde entonces come en la cafetería de al lado de la notaría o en la que hay junto a su casa, depende de cuál le pille más cerca. Y es que todas las rutinas de don Severino parecen haber desaparecido. Esta semana apenas ha ido al despacho; ha preferido estar en la casa haciendo mediciones y esperando a que llegue alguno de los que han prometido acudir. El viernes, por fin, fueron dos técnicos del Ayuntamiento y, después de escuchar a don Severino y ver la casa, la grieta, el escalón, las tuberías al descubierto, los cables por encima del suelo y atados al árbol, y el cuaderno de las anotaciones, le dijeron que se fuera una temporada a vivir con algún familiar, o a un hotel; y que si la casa estaba asegurada, hablara con la compañía aseguradora, que ellos, como representantes del municipio, no tenían constancia de ningún caso similar y que, al estar los desperfectos dentro de la propiedad y no en terreno público, no era de su incumbencia.

Don Severino se ha levantado, hoy domingo, dispuesto a cavar delante de la puerta hasta que consiga abrirla. Ni siquiera se ha lavado la cara; si lo hubiera hecho, habría visto que sí hay agua en la casa. Al llegar a la puerta, comprueba incrédulo que se abre normalmente, y en ese momento lo que piensa es que lleva más de un mes sin ir a misa. ¡Es domingo y no hay que cavar! ¡No está encerrado! Irá a misa y luego se meterá en el taller con su barco; además, como ya no sabe con quién hablar del problema de la casa, se le ocurre que podría contárselo al cura, al cual conoce de hace tiempo. No sabe muy bien por qué, pero es que no le queda mucha más gente con quien hablar de ello y, hasta ahora, nadie ha aportado una razón lógica. Sea como sea, daño no le va a hacer.

Don Laureano, el cura, después de ver la casa, está más preocupado por el aspecto de don Severino que por lo que éste le va enseñando.

—¿Y dice usted que no ha ido a la iglesia porque los domingos se queda atascada la puerta?

—Sí, todos los domingos, menos hoy, la casa se ha levantado un poquito y me he pasado el día cavando, arreglando tuberías...

El sacerdote, que escucha asintiendo con la cabeza, le interrumpe con un gesto de las manos.

—Amigo mío...

Y tras una tensa pausa, en la que asiente solemnemente para dar a entender que ha encontrado la solución, decreta:

—Los caminos del Señor son inescrutables.

—¿Usted cree que Dios tiene que ver en esto? —pregunta don Severino, señalando el escalón de la puerta.

—Inescrutables, Severino, in-es-cru-ta-bles. Y no dude usted ni un solo instante que Dios tiene que ver con todo. —El párroco levanta la voz y amenaza a don Severino con el dedo índice en alto—. El está detrás de todo cuanto nos acontece.

—Pues ya me explicará usted —dice don Severino, sin dejar de contemplar el escalón.

Al sacerdote le molesta que don Severino no le mire mientras lanza sus diatribas evangelizantes, y se va recalentando viéndole con la cabeza gacha.

—Hijo mío, en primer lugar, yo encuentro una coincidencia muy significativa en el hecho de que este extraño suceso te impida ir a la iglesia los domingos, como es tu obligación y, en segundo lugar, algo te ha empujado a contármelo, porque por alguna razón has adivinado la conexión.

—¿Qué conexión?

Don Severino, de forma inconsciente, intenta hacerse una idea de por dónde irían enterrados los cables que ahora sobrevuelan el césped.

—La conexión que todo guarda con el Creador. ¿Cuánto hace que no pasa usted por el confesionario? ¡Habrá que desendemoniar la casa!

Don Severino alza la vista para ver cómo se escapa, encabritada, la imaginación de don Laureano.

—¿Se refiere a...? ¿Quiere decir un...?

—Me refiero, don Severino, a hacerle un exorcismo a su casa. Dígalo sin miedo. No hay por qué avergonzarse. No es nada del otro jueves, señor mío.

Conforme el ánimo del cura se va inflamando, el de don Severino se apaga.

—¡Un exorcismo! ¿No está usted exagerando?

—No cambies de tema, Severino. ¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas, hijo mío?

A don Severino le aturullan las dos personalidades del párroco: la que le trata de usted y la que le tutea. La que le amenaza y la que le aconseja en tono paternal. Dentro de don Laureano hay un “poli bueno” y un “poli malo”. Don Laureano es un sacerdote antiguo e ignorante que habla con la doble seguridad que da ser imbécil y

cura.

—No lo sé. Tampoco hay nada grave que confesar; lo de siempre..., supongo.

—Si es grave o no lo es, será el Señor quien deba juzgarlo. No se atreva a erigirse en su propio juez.

—De acuerdo, me confesaré, pero lo del exorcismo... —Don Severino está empezando a arrepentirse de haber llamado al sacerdote—. Yo suponía que usted no creía en esas cosas.

—¿En qué cosas? ¿En el Diablo? Sepa usted que sin Diablo, no sería posible la existencia de Dios, ya que ambos se complementan siendo lo uno lo contrario de lo otro.

—Entonces, ¿usted piensa que la casa está endemoniada?

—No es eso. Tú has venido a mí pidiendo ayuda y, desde luego, es lo único que puedo hacer por ti, confesarte para volverte a poner en armonía con el Señor y sacarte el Demonio del cuerpo o de la casa o de donde lo tengas metido, hijo mío.

Al oír esto último, don Severino se estremece y se echa las manos al pecho, palpándose como quien se busca la cartera; luego, hace un gesto de pregunta con las manos, pero levanta la cabeza y ve al cura, que le intimida con su mirada torva, y, totalmente desconcertado, le pregunta lo primero que se le ocurre.

—Y usted... ¿usted mismo haría el exorcismo?

—No. Yo, el domingo que viene, si va usted a la iglesia, le confesaré; y eso otro, he de consultarlo con mis superiores; si ellos lo ven necesario, mandarán a un exorcista. Vaya usted, como le digo, el domingo que viene a verme y le daré noticias.

Don Severino no ha conseguido quitarse de la cabeza en todo el día la turbadora conversación con el cura. Ahora está en su habitación mirando embobado por la ventana. Marta, su vecina, está en la suya y le está saludando con la mano, pero él no reacciona. Está pensando que, gracias al más de medio metro que ha subido la casa, alcanza a verla hasta un poco por debajo de los hombros. Se pregunta si ella se habrá fijado en el detalle. Desde la calle no se nota porque la valla y el seto que rodean la casa siguen en su sitio y ocultan el escalón. Debe de llevar un camisón puesto. Don Severino puede ver los tirantes. Justo cuando va a empezar a imaginarse el camisón, se da cuenta de que ella le está haciendo señas con la mano. ¿Quién sabe cuánto tiempo lleva mirándola? ¡Qué vergüenza! Mientras devuelve el saludo, nota cómo le arde la cara; está completamente rojo. Ella le sonríe, él se azora todavía más y ya no sabe qué hacer. Entró en la habitación con ganas de acostarse, pero ha salido del cuarto y se ha sentado en el estudio. Necesita aclarar sus ideas antes de meterse en la cama.

Como iba diciendo cuando fui... ignorada, el mundo dejó de ser uno y se convirtió en dos. ¿Que cómo lo sé? Porque yo estaba allí y lo vi y lo sufrí. Esto es lo que ocurrió:

Noté cómo el suelo temblaba y cómo se resquebrajaban las paredes del túnel, justo por donde yo estaba pasando. Entonces, como en la peor pesadilla que una lombriz pueda imaginar, la zona delantera del túnel comenzó a elevarse mientras que la parte de atrás permanecía en su sitio, y mi cuerpo quedaba preso entre las dos. Intenté cruzar entera a un lado, pero no podía, estaba aprisionada entre las paredes de la galería, que seguían estrechándose por el punto de rotura porque la parte delantera no dejaba de subir y subir. Al final mi cuerpo se partió por la mitad y fue doblemente doloroso porque, pásmense, ninguna de las dos mitades morimos; al menos, no enseguida.

Para que se pueda entender este embrollo, he de explicar que las lombrices tenemos una gran capacidad de regeneración, y es por eso por lo que yo continúo viva: porque la mitad delantera, la parte en donde tengo lo que podríamos llamar... cabeza, pudo regenerar el trozo de cuerpo que le faltaba; pero la otra mitad, la parte trasera, en donde las lombrices tenemos el aparato excretor, no es capaz de regenerar una nueva cabeza. Esta parte anduvo un tiempo dando tumbos; intentaba sobrevivir, pero lo pensaba todo con el culo y no hacía nada a derechas, y como seguía siendo parte de mí, yo captaba sus escatológicos pensamientos y me daba cuenta de lo confusos que eran sus razonamientos, y, a la vez, me confundía a mí y no me dejaba pensar con claridad.

Esta parte trasera era tan zoqueta que ni siquiera se enteró de que le faltaba medio cuerpo; notó el dolor producido por el corte, pero no supo amoldarse y siguió excretando y excretando, y se olvidó de que no tenía boca para comer y, claro, murió. En ese momento, cuando fui consciente de que una parte de mí misma había muerto, me sentí rota; pero ahora que ha pasado el tiempo y que soy capaz de analizarlo desde la distancia, me alegro de que fuera así. No hubiéramos conseguido vivir, siendo, como éramos, un solo individuo repartido en dos cuerpos diferentes; y es que nadie que no lo haya sufrido en sus propias carnes (nunca ha sido mejor usado un plural) puede saber la desazón que se siente siendo una y, de golpe y porrazo, ser dos y no saber hacia dónde ir ni con un cuerpo ni con el otro. Lo que piensas en una parte lo haces con la otra; en fin, un mal trago por el que no me gustaría volver a pasar...

Continuará.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Un domingo de mayo, al nacer el día y el Sol buscar la casa de don Severino, no la encontró donde siempre había estado. Ya no se sienta en el suelo. Se alzó entre nubes, pero ni el Sol lo sabe; por eso no la encuentra ni la baña. Buscó los árboles y buscó el jardín y, al no verlos en su sitio, el Sol, de pronto, comprendió que la casa se había llenado de despropósitos y que habían desfilado por ella muchas otras palabras que empiezan por *des*. Entraron desamparo y desasosiego, desfigurar y destierro, desgravitar y desapego; y, al entrar estas dos últimas, se desarraigó del suelo, se despertó el terreno y despegó con los árboles, la casa y el jardín, y todo junto como un bloque se desasió de su asidero.

Como un barco que soltara amarras, la casa de don Severino levó anclas y se echó a volar sin hacer ruido, sin que nadie se diera cuenta, ni siquiera don Severino, que sigue dormido. Un movimiento regular y ascendente llevó la casa a muchos metros de altura. Abajo se quedaron el seto, la valla y las puertas que antes rodeaban la casa; abajo se quedaron también la notaría y la ciudad, Marta, la vecina, y la señora Cecilia, la asistenta. Todo se quedó abajo. Y arriba, don Severino, con su casa, está colgado en el aire, suspendido en mitad del cielo.

Ya nada será igual. Ni igual que antes ni igual que después. Cada minuto será diferente del anterior y del siguiente. Cada segundo. Ya nada volverá a estar como estaba ni donde estaba; todo sucederá por primera vez y sin necesidad de precedentes ni de repeticiones. Como en la realidad, donde cada momento es nuevo, y para que algo ocurra no hace falta que haya pasado antes. Como lo de este domingo, que no existe constancia de ningún suceso parecido, pero eso no cambia las cosas: un proceso antigravitatorio ha empapado el aire y una fuerza invisible ha tirado desde arriba y ha levantado la casa con sus cimientos y los árboles con sus raíces. Ha sido una levitación espontánea, o se podría decir involuntaria y apartada de la lógica; sea como sea, es lo que ha ocurrido: la casa, olvidando las leyes de la física, ha ido alejándose de su asiento durante la noche hasta colarse en las nubes y quedar suspendida en medio de ellas, envuelta en una niebla blanca que la rodea por encima del tejado y por debajo del suelo, que toca las paredes y abraza el jardín.

Fue un corte limpio. La casa escapó de la ley de la gravedad y de la ciudad y de todas las ciudades y, con ello, de lo que las habita: la gente. La tierra se separó de la tierra, dejando que un hueco se adueñara del sitio que había sido siempre suyo y dejando a su morador solo y oculto al resto de los mortales. Pero a nosotros no nos interesan ni el hueco ni el sitio en donde estaba la casa, ni la gente ni la ciudad; sólo nos interesa dónde está ahora, y ahora está en el aire, con don Severino dentro a punto de descubrir que el destino, cuando quiere jugar duro, golpea donde más duele. Y es que la vida de don Severino siempre ha seguido las leyes humanas y divinas, y

este proceso de levantamiento agudo que ha sufrido su casa está, sin duda, fuera de toda ley y de todo entendimiento.

Al amanecer, la casa se detuvo como si topara con un techo imaginario y ahí sigue, prendida en el aire, estática y ajena a cuanto la rodea, igual que don Severino, que sigue en la cama, durmiendo, ajeno a su suerte. Como un conductor que se mata yendo de vacaciones: feliz mientras llena el depósito de gasolina, mientras limpia el parabrisas y comprueba la presión de las ruedas, con su mujer y sus hijos, o con su amante y su perro, o con su madre y su sobrino, o con un amigo; y todos felices justo hasta el instante antes de morir. Una curva, un coche de frente, y se acabó. De la misma manera va a chocar don Severino contra la vida cuando despierte y se entere de dónde está. De frente.

Don Severino, al despertar, levanta la persiana y se asoma a ver el día. Niebla cerrada. Qué raro —piensa— ayer en el parte dijeron que habría nubes, que tal vez llovería y que a ratos saldría el sol, pero no dijeron una palabra de niebla. Abre la ventana y nota el aire frío.

Tiene los oídos taponados y hay un extraño silencio. ¡Vaya, sí que es densa; no se ve ni la casa de enfrente! No le da mayor importancia. Le da igual si hace buen tiempo o malo. Sólo va a salir —si la puerta del jardín le deja— para ir a misa a ver a don Laureano, y luego pasará el día metido en el taller de su casa, ocupado en sus manualidades.

Se pone la bata y baja a la cocina a prepararse un café. Después se dará una ducha y se irá a misa. Pues no, ni café ni ducha. El café podría haberlo hecho porque, aunque no hay agua corriente, en casa tiene agua mineral, que es la que siempre bebe; pero al descubrir el corte de suministro, ha empezado a imaginar lo peor.

—Lo que me temía: tampoco hay luz. ¡No! ¡Otra vez la misma historia! ¡Mierd...!

Mientras se viste, repara en que el silencio es absoluto. No se oye el ruido de los coches ni a los niños jugando. No se oye a los pájaros. Nada. Sale de la casa y, al levantar la vista, su cerebro no consigue procesar las imágenes que le llegan desde los ojos.

—¡Dios mío! ¿Qué me está pasando? ¿Dónde está todo?

No hay nada enfrente de su casa, ningún edificio. No está el seto de cipreses, no hay puerta ni valla. La ciudad ha desaparecido. Delante de él hay una gran inmensidad blanca y vacía, y se ha quedado paralizado en medio del jardín, intentando asimilar la situación. Puede ver dónde acaba la hierba y comienza la nada. Unos metros le separan del borde, y el único modo de averiguar la verdad es recorrerlos y acercarse, pero las piernas no le obedecen; no quieren moverse ni dar un paso hacia adelante ni hacia atrás, así que se ha sentado en el suelo a esperar a que se le pase un poco el mareo. No quiere volver a entrar en la casa sin comprender lo que está sucediendo; necesita llegar hasta el borde y asomarse. Arrastrándose, muerto de

miedo, logra tocar el escalón y, sacando la cabeza hacia adelante, descubre que no es un escalón. ¡Es... el vacío! ¡Es... el limbo! Al ver que no hay nada por debajo de él, la sensación de vértigo se le hace insoportable, el terror le atenaza la garganta y le cuesta respirar. Se ha quedado paralizado y está seguro de que va a caerse sin remedio. Nunca en su vida había sentido el vértigo de la altura con tanta intensidad. Ha cerrado los ojos y siente una sensación metálica en el nacimiento de las uñas de las manos y de los pies. Tiene que echarse hacia atrás como sea y entrar en la casa; no puede quedarse allí, en el vacío. ¡Todo está en el vacío!

Se ha separado del abismo reptando hacia atrás muy despacio y, cuando estaba a una distancia prudencial, se ha dado la vuelta y ha atravesado a gatas el umbral. Está pálido, las piernas se le están quedando heladas y la espalda le arde. El miedo le está paralizando el cuerpo. No se ve con fuerzas suficientes para llegar a la cama, que es adonde va porque no sabe qué hacer aparte de tumbarse y dormirse y morirse, y que ocurra lo que tenga que ocurrir, pero en la cama. Siempre creyó que moriría en la cama, y allí va, dispuesto a encarar el trance.

Ha conseguido llegar a la habitación. Cada vez se siente peor. Está vomitando, aunque, con el estómago vacío, lo único que echa son espumarajos amarillos.

Cuando dejan de darle arcadas, se tumba en la cama, empapado en sudor, mientras la habitación entera gira a su alrededor.

—¡Esto es un sueño! Estoy teniendo una pesadilla. Ahora me despertaré y me reiré de...

Ha mirado hacia la ventana, ha vuelto a ver la niebla y no ha terminado la frase. Es incapaz de pensar, pero sabe que no está soñando. Se mira las manos para intentar concentrarse y se pellizca la cara.

—Tengo que pedir ayuda. ¡El teléfono móvil!

En este momento, lo que haría cualquiera sería preguntarse sobre el paradero del mencionado aparato, el cual lleva en su nombre la marca de su sino. Pero a don Severino eso no le preocupa, su móvil únicamente ha hecho honor a su nombre porque está dentro de la casa, y ésta se ha movido entera. Porque lo que es moverse, desde que llegó de la tienda, sólo se movió el día que don Severino lo llevó a la cafetería a cargar. El resto del tiempo lo ha pasado en un cajón del escritorio. Don Severino lo ha usado lo imprescindible: mientras estuvo averiado el teléfono fijo, el de la casa. Por eso la pregunta que se hace es otra. Es una pregunta que le da tanto miedo que sale de la habitación, baja las escaleras, atraviesa el pasillo y entra en el despacho tan rápido que no se acuerda de vértigos ni de mareos. Todo esto sin dejar de repetir: «la batería, la batería...», y pensando que cada segundo que tarde en llegar será más tiempo de descarga. Segundos vitales de vida o muerte. Después de encenderlo y ver que la batería está en las últimas, se sienta en el sillón, respira hondo para tranquilizarse y marca un número de emergencias.

Don Severino da su nombre y dirección y dice:

—¡Necesito que vengan a rescatarme, señorita, es muy urgente!

—Tranquilícese y dígame qué le ocurre.

—¡Por favor, si vienen a mi casa, lo comprobarán ustedes. Si se lo cuento por teléfono, no me va a creer!

El teléfono da una señal de batería baja.

—A ver señor, tranquilícese y dígame sin miedo lo que le ha sucedido. Tengo que saberlo para mandarle una ambulancia, a los bomberos, a la policía o a quien corresponda.

—Necesito un helicóptero para que venga a rescatarme.

—Por favor, explíquese. Cuanto antes me cuente su problema, antes podremos ayudarle.

—Verá usted... Es mi casa, que... se ha levantado del suelo y me es imposible bajar.

—¿Cómo dice? ¿Bajar, de dónde?

—De mi casa, señorita. Como le he dicho, la casa ha salido volando y...

—Oiga, señor, no estamos aquí para atender bromistas.

—Señorita, por favor, le estoy diciendo la verdad... ¡Ha colgado! ¡Me ha colgado!

Don Severino no se desespera y llama de nuevo; en esta ocasión la voz del otro lado es de hombre. Esta vez da su nombre, su dirección y su trabajo, para que no piensen que es una broma.

—Dígame en qué podemos ayudarle.

—Mire, yo sé que esto le va a resultar increíble, pero, por favor, no me cuelgue el teléfono, que no es ninguna broma.

—Sí, sí. Dígame qué es lo que le pasa.

—A ver cómo se lo explico... Desde hace una temporada vengo notando en casa unos fenómenos muy extraños. Todo empezó...

—Sea breve, por favor. Comprenda que esto es un servicio de urgencias.

—Ya lo sé, perdóneme, es que quizá así lo entienda mejor. Es mi casa que..., domingo a domingo, ha ido elevándose, y hoy al levantarme me he dado cuenta de que está encima de las nubes y no puedo salir. Necesito que vengan a rescatarme...

—¡Vaya tela! ¿No le parece que ya es mayorcito para andarse con estas gilipolleces ?

— Oiga, le juro... ¡Ha colgado! ¡Me han colgado otra vez!

Mientras estaba hablando, ha sonado otro aviso de batería baja; don Severino lo ha oído. Mira la pantalla, y el símbolo de la batería está parpadeando.

—¡Este trasto se va a quedar sin batería, y no consigo que me hagan caso! ¡Ya sé...! Diré que hay ladrones, que manden a la policía y que comprueben con sus propios ojos lo que ha sucedido.

Don Severino vuelve a llamar y a dar el santo y seña, esta vez un poco atropelladamente porque le da miedo que la batería se acabe en mitad de la llamada.

—¡Por favor, mándeme a la policía. Han entrado ladrones en mi casa!

—¿Usted está dentro?

—Sí... yo estoy dentro, claro.

—¿Y los ha visto?

—¿Que si los he visto...? En realidad, no los he visto..., pero he oído que han forzado la puerta; por favor, es una emergencia.

—De todos modos, debería haber llamado usted mismo a la policía, este servicio es para otro tipo de urgencias, así sería más rápido.

—No lo sabía. Tengo apuntado este número... y el problema es que no me queda suficiente batería en el teléfono para llamarlos, además el teléfono de casa no funciona, se arrancaron los cables...

—Vamos a ver, si dice que está en casa, ¿por qué no conecta el teléfono móvil a la corriente para que se vaya cargando mientras habla?

—Es que los cables de la luz también se arrancaron cuando...

Don Severino sabe que está metiendo la pata, que por ese camino no va a ninguna parte; al final dirá otra vez que la casa salió volando, y le volverán a colgar.

—Bueno, no importa. Mire usted, tampoco hay electricidad. ¿Me haría el favor de mandarme a la policía, que vieran el sitio donde estaba la casa?

La metió.

—¿Cómo dice? ¿El sitio en donde estaba la casa? ¿ Es que ya no está en el mismo sitio? ¡Ya, salió volando y por eso se arrancaron los cables del teléfono y de la luz!

—¿Cómo lo sabe?

—Oiga, ¿a qué está jugando? ¿No le da vergüenza?

—No, por favor, no me...

Tiene que pensar bien a quién va a llamar y qué va a decir; tal vez sea su última oportunidad. Decide que lo más acertado es llamar a la policía y decirles lo del robo sin dar demasiadas explicaciones. En cuanto suena la voz del otro lado, sin dejar que termine, dice telegráficamente:

—Ladrones entraron en casa.

La voz le interroga impertérrita (aunque quizá, el término *interroga* no sea el más exacto, porque la policía nunca pregunta, sino que exige una determinada información. No dice, por ejemplo: ¿dónde estaba usted aquella noche?, sino: dígame dónde estaba usted aquella noche).

—Indíqueme su nombre y dirección.

Don Severino está nervioso y quiere hablar deprisa. Ha dicho el nombre y se ha visto obligado a repetir la dirección hasta que, por fin, a la tercera, se ha hecho entender.

—Qué es lo que dice que le pasa (esto también es una pregunta, esa especie de pregunta amenazadora).

—Han entrado unos ladrones en mi casa.

—Si los ha visto, dígame cuántos son.

—Pues yo... no, bueno, sí. Oiga, me estoy quedando sin batería en el móvil.

—No se preocupe, enseguida llegará una patrulla.

Aquí es donde don Severino debería haberse callado, haberse despedido y haber colgado, pero no ha podido; ha querido aprovechar, antes de que se agote la batería, para volver a meter la pata.

—Por favor, ¿sería tan amable de decirles a los agentes que si ven algo raro al llegar, que miren hacia arriba?

—Algo raro como qué. Y a qué viene eso de mirar hacia arriba. Es que están subidos a los árboles (más preguntas).

—No, los árboles tampoco están...

—Cómo que los árboles no están. Acaso, no será esto una broma (parece una negación, pero no lo es, y mucho menos una pregunta).

Aquí es donde el móvil se apaga. Se le acaba la batería y nos quedamos sin saber si la policía irá, si creerá que era un broma, si irá, pero nadie verá nada o si irá y, en algún momento, alguien mirará hacia arriba.

CAPÍTULO SEGUNDO

—¡Voy a morir! ¡Dios mío, voy a morir sin remedio! ¡O quién sabe si no estoy muerto ya! No, muerto no estoy, porque esto no es ni el cielo ni el infierno. No. Estoy vivo y estoy sufriendo una alucinación, o me he vuelto loco, o... estoy soñando. Sí, eso es, estoy soñando. ¡Severino, despierta! ¡Despiértate, por lo que más quieras!

Don Severino se abofetea la cara; la tiene dolorida, es la segunda vez que lo hace. Está convencido de que está sufriendo una pesadilla y de que, de buenas a primeras, va a despertarse y va a salir del sueño; sin embargo, no ocurre nada. Mira por la ventana y ahí está la niebla espesa y blanca para decirle que no, que no está dormido y que no despertará.

Está sudando y tiritando de frío. Le es imposible tenerse en pie, la cabeza le da vueltas y le dan ganas de vomitar. No puede controlarse. La determinación que le permitió bajar desde su cuarto a toda velocidad huyó en el instante en que el móvil se quedó sin batería. Llegó a la habitación a gatas y se tiró en la cama. Ahí continúa. Ahora se ahoga entre la desesperación y las arcadas. Cuando amaina el mareo se incorpora despacio y se levanta, y en cuanto da unos pasos vuelve a sentirse mal. No ha logrado salir de la habitación en todo el día.

Han corrido las horas y la casa está completamente oscura. Don Severino está despierto, pero sigue en la cama. Le duelen el estómago y la cabeza, tiene los oídos taponados y le zumban, o quizá sea la cabeza lo que le zumbe.

—Necesito comer algo; pero ¿cómo hago para llegar a la cocina sin marearme? Sí, tengo que ir a la cocina como sea y comer y, luego, recapacitar. Alguien se habrá dado cuenta de que la casa ya no está en su sitio; lo más seguro es que mañana, si no hay nubes, me vean desde abajo.

Ya estaba incorporado, pero, al acordarse de la altura, se ha dejado caer en la cama porque de nuevo la cabeza se le va. El calor, el frío, el sudor y el vómito son las cuatro patas de su cama, los cuatro jinetes que le patean el cuerpo. Empiezan de uno en uno, turnándose, y acaban todos a la vez, ensañándose hasta que, en el punto álgido, don Severino se desvanece. Cuando vuelve en sí, se reinicia el ciclo: calor, frío, sudor... y vómito.

Ha sido la noche más larga de su vida. La peor. No ha pegado ojo. Cada vez que intentaba analizar lo que está sucediendo, el pánico se adueñaba de él. No quería pensar, pero no conseguía sujetar su cerebro; le era imposible no tratar de adivinar cómo le rescatarían, si con un helicóptero o con un globo... Y ahí su mente chocaba con lo irracional.

Lleva demasiadas horas en la cama. Le duelen los riñones; se le junta el dolor con el del estómago. También le duele la cabeza; no obstante, ahora lo nota menos gracias

al dolor de riñones. La vejiga le va a estallar. Necesita ir al servicio o mearse allí mismo, en la cama, o poner un pie en el suelo y hacerlo sobre la alfombra.

—No. Eso sería lo último. Me levantaré e iré al baño arrastrándome si hace falta. Después me prepararé un buen desayuno y estudiaré la forma de pedir ayuda, aunque supongo que no será necesario porque ya estarán al corriente de todo. Necesito mantenerme con vida hasta que me rescaten. Con vida y con dignidad. No hay por qué dejarse llevar por la desesperación. Me lavaré con agua mineral y me vestiré como es debido para recibir a mis rescatadores. Estarán al caer.

Se ha levantado de la cama, se ha arrodillado y, con la idea fija de llegar al cuarto de baño y vaciarse, avanza por la habitación a cuatro patas intentando sobreponerse al miedo y al mareo. Cruza el pasillo a gatas, entra en el servicio y, muy despacio, se levanta y se sienta en el inodoro. ¡Victoria! Tiene el estómago descompuesto; si hubiera tardado un poco más en levantarse, se lo habría hecho en la cama sin remedio. Hubiera sido vergonzoso que vinieran a rescatarle y lo encontraran en la cama en semejante estado.

Ya se siente mejor; debería probar a ponerse de pie. El cuarto de baño no es muy grande y le brinda la posibilidad de agarrarse al lavabo y a las paredes, de manera que si se cae, el golpe será más pequeño. Ya está de pie.

—Tranquilo, no hay problema. Si me apoyo en la pared y camino con normalidad, no hay peligro.

El solo se va animando. Mientras habla no se acuerda de la altura ni del vértigo.

—Iré a la cocina a por una botella de agua, me lavaré y me adecentaré un poco. En cuanto se despierten en el barrio, hoy lunes, verán que no está la casa. Lo raro es que no lo notaran ayer; es imposible que una cosa así pase desapercibida. Lo más probable es que todos sepan ya que la casa se ha...

Iba a pronunciar la palabra, pero ha sentido que volvía el mareo y que se quedaba sin fuerzas, y ha preferido cambiar de tema.

—No. Me concentraré en andar, en cruzar el pasillo y en bajar las escaleras. Me pondré presentable y luego me haré algo suave para asentar el estómago... Una sopita caliente me vendrá bien.

Y de esta manera, hablando todo el tiempo, don Severino se ha aseado lo más imprescindible y se ha vestido. Más tarde, en la cocina, ha caído en la cuenta de que era una suerte no haber cambiado la vieja cocina de butano por una cocina eléctrica; no hubiera podido preparar la sopa sin electricidad. Las cerillas y el butano no fallan.

Don Severino ha cerrado las persianas casi por completo porque hoy las nubes no rodean la casa, y se marea viendo tanto cielo. Además, el hecho de no ver por las ventanas de la cocina las casas de enfrente le produce sensación de ahogo y le recuerda su desesperada situación. Si quiere comer con tranquilidad y no vomitarlo, es mejor que se ocupe de la comida y, después de comer, de organizar la casa para

que esté limpia y recogida cuando vengan a rescatarle.

—Primero, limpiaré la cocina. Sacaré de la nevera lo que se ha estropeado y recogeré el agua que hay en el suelo. Luego, arreglaré la habitación y barreré la casa para estar entretenido.

Don Severino se ha pasado el día hablando; comentando lo que iba haciendo y callándose, sólo, si le parecía oír algo. Lo cierto es que no ha habido ningún ruido que no hiciera él mismo moviendo las sillas, las mesas y lo que retiraba para barrer debajo.

De vez en cuando se sentaba a descansar, y cada vez que lo hacía le resultaba imposible no darle vueltas a todo hasta que acababa mareándose. Enseguida se levantaba y cogía de nuevo la escoba. Después de barrer la casa entera, ha estado poniendo orden, aunque la verdad es que no había nada fuera de su sitio; si acaso los cuadros estaban un poquito torcidos. Claro, que eso es normal; lo raro es que no se hubieran caído al suelo. Don Severino se puso a enderezarlos uno por uno, alejándose y acercándose para verlos con la perspectiva adecuada, hasta dejarlos derechitos tras un exhaustivo examen. Luego, como no quería estar parado, se dedicó a fregar y a quitar el polvo, y cada cinco minutos miraba el reloj dos o tres veces y, entre los comentarios acerca de lo que iba haciendo, soltaba frases como: «bueno, ya no pueden tardar mucho», o: «estarán al llegar», o: «seguro que ya están en camino». Acordarse de sus rescatadores y pensar en el helicóptero y en la altura hacía que se sintiera mal; por lo que cada cinco minutos, dos o tres veces, se notaba indispuesto. Entonces empezaba a hablar de otra cosa y se le pasaba el mareo, pero, al instante, volvía a mirar el reloj y a hacer algún comentario y volvía a ponerse malo hasta que, otra vez, cambiaba de tema y se recuperaba; y así ha estado el día entero, cada cinco minutos, más o menos, se ha puesto enfermo dos o tres veces. Al atardecer, las piernas ya no le sujetan. Ha sido un día más largo de lo imaginable: de un vahído a otro apenas tenía tiempo para recuperarse. Se ha sentado en el sillón de la sala de estar, comprobando la rectitud de un cuadro, y se ha quedado dormido de puro agotamiento.

Don Severino está aturdido. Ha estado más de cuatro horas durmiendo en el sillón y, al despertar, la casa está oscura y en silencio.

—Vaya, me he quedado dormido en el sillón. ¿Qué hora es? Las doce y media; pero de qué día, del lunes, bueno, no, ya del martes. A no ser que haya estado aquí durmiendo un día entero. No, imposible, me habría despertado; debe de ser lunes, quiero decir, martes. ¡Llevo dos días aquí arriba! Espero que no se alargue mucho más. ¡Qué le vamos a hacer...! Será cuestión de ser paciente y de no desesperarse. ¡Qué frío hace! Necesito comer y reponer fuerzas. ¡Vaya! Tendría que haber cogido la linterna antes de que oscureciera. Iré a por ella y estaré preparado cuando vengan. Cuanto antes me levante, mejor.

Se ha despertado igual que se ha dormido: hablando solo. El miedo le hace hablar sin parar. Todo lo que se le ocurre lo dice en voz alta; de este modo conduce sus pensamientos y domina el pánico. En cuanto se calla, las ideas más negras le rondan por la cabeza y se ve despedazado en mitad de la calle. Entonces se le hace un nudo en el estómago, otro en la garganta y otro en el cerebro. El cosquilleo de las uñas de los pies y las manos empieza a convertirse en un calambre, como si cada músculo de su cuerpo quisiera tener su propio nudo. Se le altera la temperatura: frío en las piernas y calor en la espalda. Sudor por cada poro. Está empapado; aferrado con las manos a los brazos del sillón, como si cayera en picado. Durante más de media hora no puede moverse, sólo vomitar y luego rezar en voz alta; y gracias a eso (no a rezar, sino a hablar) consigue encarrilar su mente. Ha soltado un padrenuestro y tres avemarias de corrido, como quien canta sin fijarse en la letra de la canción; pero en el segundo padrenuestro, al decir eso de que estás en los cielos, se acuerda de su propio estado.

—No. Será mejor no rezar nada ni de los cielos ni de la tierra. Lo que debo hacer es estar tranquilo y continuar hablando. Hay que mantener la calma y el control. Me ocuparé de ir a por la linterna. ¿Dónde estará? Creo que la dejé en el taller. Estoy sudando. Tengo que arroparme con una manta, si no, voy a coger una pulmonía. Pero antes, la linterna. Me levanto despacito y voy a por ella al taller. ¡Adelante!

Sin callarse un momento tras esta última recaída, don Severino se levanta y, a tientas, al cabo de muchos tropezones (todos ellos comentados debidamente), encuentra la linterna. Luego, ya con luz, sube a cambiarse el traje. No ha hablado tanto rato seguido en su vida, y menos, solo; pero ya ha comprobado que es el único medio de que dispone para no dejarse llevar por el miedo. Se ha preparado algo de comer y, mientras cocinaba, ha ido relatando al detalle las cualidades beneficiosas y nocivas de cada alimento y de cada especia, y preguntándose por qué en todo, hasta en la comida, las cosas no son buenas o malas, sino buenas y malas a la vez.

Después de comerse el extraño guiso que ha cocinado, más preocupado por añadir ingredientes de los que poder hablar que del resultado final, don Severino siente que las tripas se le rebelan. Sale de la cocina y entra en el cuarto de baño de la planta baja. Suele usar este servicio para lavarse las manos o para peinarse; para lo demás, prefiere el de arriba, pero esta vez no le daba tiempo a llegar. Al sentarse en el inodoro nota una corriente de aire en sus partes más nobles y al mirar dentro de la taza ve el suelo, ¡el verdadero!, ¡el de abajo! La ciudad entera está ante sus ojos. La tubería, al romperse, ha arrancado la parte inferior y por el agujero se ven miles de luces. Es como estar sentado en el aire, y la sensación de vértigo hace que se paralice. Le es imposible mover un solo músculo y se siente incapaz de levantarse. Ayudándose con las manos en la pared de atrás, se tira hacia delante y queda tumbado en el piso. Mientras intenta recomponerse, antes de levantarse, empieza a comprender que no debe usar ningún retrete de la casa, de lo contrario, quién sabe adonde iría a

parar todo. Si la casa no se ha desplazado horizontalmente, caería en el solar vacío que habrá quedado debajo; en cambio, si se ha apartado de la vertical de ascenso, aunque sea sólo un poco, podría caer sobre cualquiera, en algún vecino, incluso encima de Marta. No, eso no va a consentirlo. Cada vez que lo necesite, hará un hoyo fuera y luego lo tapará. Sin embargo, de momento, lo que va a hacer es aguantarse; no se atreve a salir y exponerse a que una ráfaga de viento le haga rodar por el jardín y caer al vacío. Quedaría espachurrado contra el asfalto, como un pelele, y a la vista de todo el mundo. La imagen de su cuerpo roto, estrellado contra el suelo (desde quién sabe cuantísimos metros de altura), no le está ayudando a sentirse mejor. Afortunadamente, la vergüenza de imaginarse el vestido de Marta manchado de sus propias heces hace que se le pase el mareo. Ya puede ponerse de pie. Ahora tiene que salir del cuarto de baño y subir al piso de arriba; allí se sentirá más seguro. Pero antes, se acerca al inodoro como quien se acerca a un precipicio y, sin volver a mirar dentro, baja la tapa intentando conjurar el peligro que acecha desde el abismo del wáter.

* * *

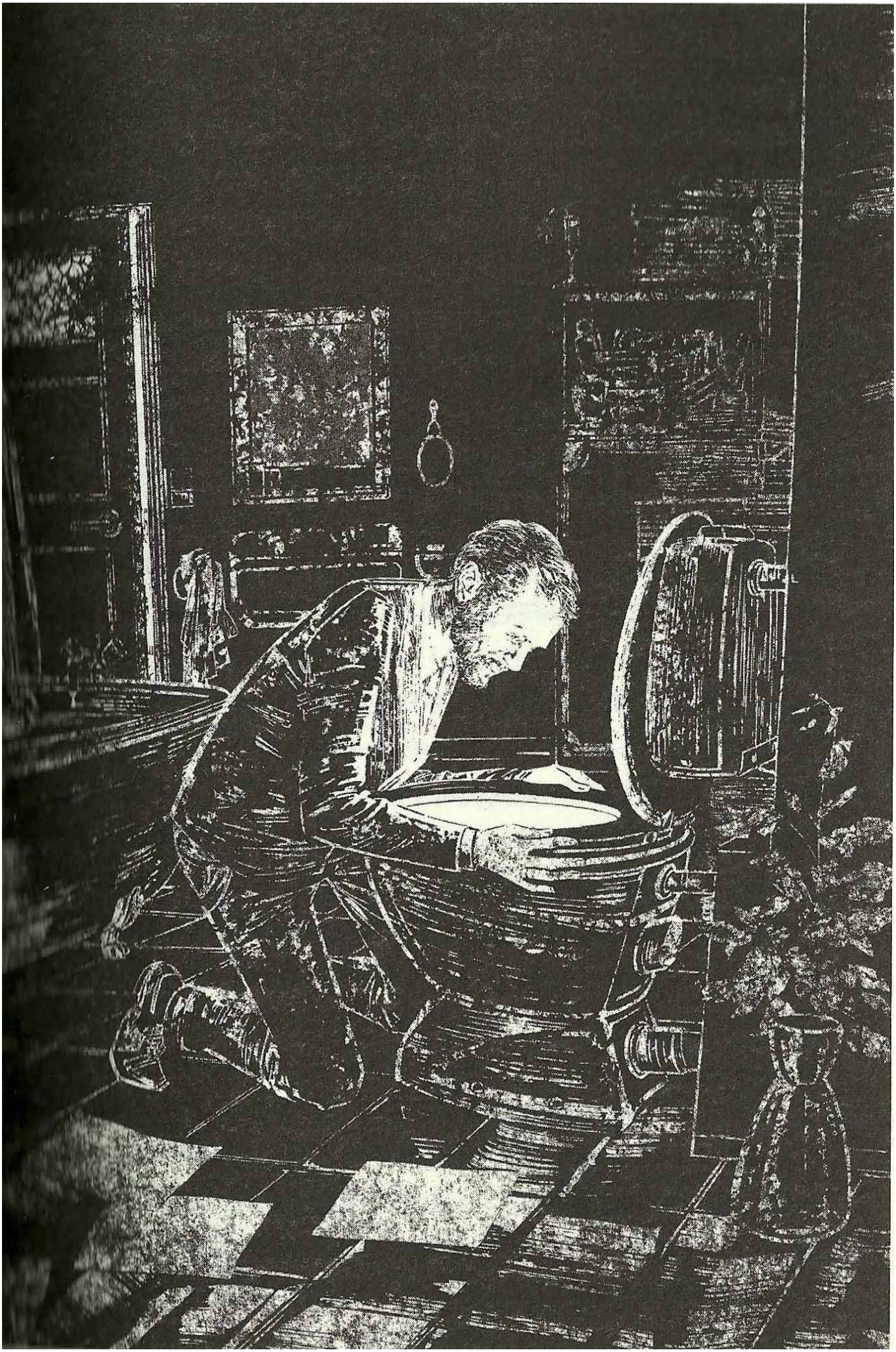
Han pasado dos días más y sigue igual: perdido en lo alto. Otra larga noche de espera, sumido en la oscuridad y sin absolutamente nada que hacer. Necesita asomarse, superar el vértigo y asomarse. Quiere ver la ciudad, su ciudad.

Hasta el borde del jardín no se atreve a llegar ni siquiera atado con una cuerda. Vería una inmensidad encima y otra debajo, y sabe que sería inaguantable. Ayer, cuando salió fuera, descubrió que también sentía vértigo invertido: vértigo de mirar hacia arriba, como si él y la casa pudieran caer hacia el espacio, pero sobre todo él. Entonces se felicitó por haberse atado, aunque fuera para estar a dos metros de la puerta. Por eso ha pensado que lo más prudente es asomarse desde el retrete, a través del agujero que dejó la tubería. Tiene el corazón desbocado. Se acerca de rodillas al inodoro, y allí está, ante sus ojos, la ciudad completamente iluminada. Hay luces que se mueven y luces estáticas, luces de colores y luces blancas, luces con un brillo continuo y otras que parpadean; hay anuncios, semáforos, coches, farolas... y hay luz en las ventanas de las casas. Lo que no hay es lo que esperaba ver don Severino: enormes focos apuntando al cielo y buscándoles a él y a su casa, helicópteros rescatadores, globos aerostáticos rastreando el aire, y un bullir de luces alteradas. De esto no hay nada. Abajo, todo transmite tranquilidad. Las calles son como ríos de luz. Se ve la iglesia del barrio, iluminada y llena de paz, y más allá, la catedral: más luz, más paz y dentro cabe un Dios más grande. Abajo, todo es armonía.

—¡No es posible que no se haya enterado nadie de lo que ha pasado con la casa!

Esto es inaudito. Creo que veo el sitio en donde estaba la casa y sólo hay un hueco oscuro; ni bomberos ni policía ni helicópteros ni nada de nada.

Don Severino ha empezado a hablar porque se le está poniendo mal cuerpo. La desesperación de saberse olvidado y la visión aérea de la ciudad, de rodillas y con la cara metida en la taza del wáter, es más de lo que puede soportar.



—Más me vale salir de aquí y preocuparme de cómo hacerme ver.

Muy despacio, como disimulando, baja la tapa y retrocede hasta que se aleja del sorprendente mirador.

—Ya sé lo que voy a hacer. Escribiré notas pidiendo socorro y las lanzaré de alguna manera vistosa. Pero lo haré mañana con luz. No quiero quedarme sin pilas en la linterna. Todavía me quedan pilas de reserva de las que traje el último día que hice la compra, pero no hay por qué gastarlas sin necesidad; además, de noche no las vería nadie. Mañana lo haré.

Así, a lo tonto, a lo tonto, hablando de la linterna y de las pilas, ha conseguido salir del cuarto de baño sin marearse y sin quedarse paralizado por el vértigo.

Don Severino está redactando las notas de auxilio. Si estuviera en una isla desierta, las metería dentro de botellas y las tiraría al agua. Pero desde aquí arriba hay que pensar en otro sistema: algo que no pese demasiado por si cae encima de alguien, y que tampoco sea tan liviano como para que se lo lleve el viento y aparezca en cualquier otra parte. Lo suyo es que las notas caigan debajo de la casa, en su barrio, donde le conocen; así que las meterá en cajas de zapatos, echará unos puñados de tierra dentro para que cojan un poco de peso y las cerrará con cinta adhesiva. Lo peor es que, para tirarlas, tendrá que acercarse al borde del jardín. Por el momento, está ocupado en la redacción. Ha escrito y roto un montón de notas; no le parecen creíbles cuando las lee. Ha de ser más conciso.

En la primera puso:

«Ruego encarecidamente a quien encuentre esta señal de socorro, avise cuanto antes a las autoridades pertinentes para que procedan a mi rescate. Mi situación es desesperada. Mi casa está justo donde estaba antes, pero mucho más alto: a cientos de metros del suelo. Yo estoy dentro y no puedo bajar; de todos modos, aunque quisiera, no podría permanecer mucho más tiempo aquí sin agua. Además, padezco vértigo de la altura ».

En otra:

«Don tal y tal, vecino de tal, con dirección en la calle tal, número tal, en plenas facultades psíquicas y físicas, EXPONGO: que habiendo, la casa del abajo firmante, con nocturnidad, escapado del lugar propio que indica la dirección arriba expresada, y encontrándose el abajo firmante dentro de la casa de la dirección arriba citada, y la casa muy por encima de todo lo demás; viéndose en la imposibilidad de abandonarla, SOLICITO: a quien encontrara esta petición de auxilio debidamente conformada, pusiera, a la mayor brevedad, en conocimiento de las autoridades, el contenido de esta petición, y DOY FE: mediante rúbrica, de que lo anteriormente expuesto es la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad. Firmado don tal, notario del ilustre colegio de tal».

En otra:

«Por una extraña causa que desconozco, mi casa, con el jardín, se ha desvinculado del suelo y ha sufrido un proceso antigravitatorio que no alcanzo a entender; por tanto, me encuentro aquí arriba a cientos de metros de altura sin poder salir a la calle, o mejor dicho, descender a la calle. Ruego a quien encuentre esta nota, se haga cargo de mi extrema situación y comprenda que necesito ser rescatado con la máxima urgencia».

En otra:

«¡Miren hacia lo alto, por Dios! Llevo cinco días encima de sus cabezas. ¿Cómo es posible que no se hayan dado cuenta? Vayan a la dirección que escribo al final y comprueben que mi casa no está donde siempre ha estado, ni yo tampoco; y yo estoy dentro de la casa, y la casa ya no está. Podrán verlo con sus propios ojos si van a mi antigua dirección, que es la única que he tenido siempre y es donde debería estar, pero no estamos ni yo ni la casa ».

En otra:

«Socorro, necesito ayuda. Estoy en el aire y no puedo bajar. Mi casa está flotando encima de las nubes. Miren hacia arriba si hace buen tiempo y, si no, simplemente crean en mi palabra, que soy notario y...».

Luego, se decidió por frases más cortas, pero contundentes.

En una puso:

«Socorro, mi casa se ha elevado y necesito bajar».

En otra:

«Notario volando necesita ayuda».

En otra:

«Soy don Severino y estoy en las nubes».

En otra:

«Casa volando y superviviente a bordo».

En otra:

«Vecinos, la casa no ha desaparecido, está en el aire».

Al final, como no le convencía nada de lo que había escrito, recogió los trozos de papel, volvió a escribir las parrafadas y las frases, y optó por tirarlas todas; alguna sería la buena, y quizá juntas aclarasen mejor su desesperada situación.

CAPÍTULO TERCERO

Hace una semana que don Severino está esperando a que le rescaten. Ha pasado las noches en vela, deseando que vinieran de madrugada; así sería menos consciente de la altura a la hora del rescate. Durante el día, la mayor parte del tiempo ha estado dormido en el sillón de la sala de estar. No se ha quitado el traje en toda la semana; no quería que le encontraran en la cama, quería estar dispuesto cuando vinieran a por él. Apenas ha comido, porque tampoco quería que le cogieran con la mesa puesta, como si estuviera allí tranquilamente sentado, comiendo, mientras otros se juegan la vida por rescatarle. No, don Severino está listo para lo que sea: ha ordenado la casa y ha hecho las maletas y, por si no le dejan llevárselas, a causa del peso, ha preparado una bolsa de aseo con lo más imprescindible.

Ha estado haciendo sus necesidades en el jardín, de noche, que es cuando se atreve a salir atado con la cuerda. Hace un agujero lo más cerca posible de la casa y al acabar lo tapa. Para orinar también se ata con la cuerda, y lo hace sobre el césped. Como siempre cree que es la última vez que se verá obligado a hacerlo, no se despega de la casa y, con el paso de los días, cerca de la puerta ya huele mal. Anoche salió a orinar y lo notó, y se le ocurrió que debería ir esparciéndolo un poco, aunque para ello fuera necesario separarse de la casa.

Eso es lo que está haciendo ahora. Va como un astronauta que sale de la nave a dar un paseo espacial: la soga atada a la cintura, las rodillas ligeramente flexionadas, los brazos abiertos para mantener mejor el equilibrio y la mirada clavada justo delante de él. Ha llegado hasta el eucalipto, se ha puesto de rodillas y, agarrándose al árbol con una mano, se alivia con la vista fija en el chorro. Le da miedo levantar la cabeza y ver la inmensidad rodeándole; si lo hiciera, vería a la Luna iluminando la casa, y es muy probable que la viera más cerca que nunca. Por eso continúa mirando fijamente el caño, tratando de no pensar ni en la Luna ni en nada; sólo en su misión: salir fuera, vaciarse y regresar de una pieza. Antes de salir ha medido otra vez la cuerda para que no sobrepase el límite del jardín (ya lo hizo cuando tiró las notas pidiendo auxilio); de esta forma es imposible que se quede colgando si, por cualquier causa, rebasa el borde. Porque nunca se está seguro al cien por cien en situaciones como estas. ¿Quién le dice a él que la casa no va a inclinarse en cualquier momento o, incluso, a darse la vuelta en el aire? ¿Qué sería de él entonces? Quedaría colgando por la cintura y sin fuerzas para volver a entrar.

Todo esto se le pasó por la cabeza antes de salir, y se vio haciendo esfuerzos por la cuerda intentando meterse en una casa puesta al revés. Entonces decidió que no haría caso a su imaginación y se centraría en su misión, sin desvarios, pues la casa no ha sufrido un solo bamboleo; el único movimiento se ha producido de abajo hacia arriba y sin oscilaciones. Aparte de que, dada la imprevisible situación en la que se

encuentra, es inútil preocuparse por conjeturas que sólo sirven para meterle más miedo en el cuerpo.

Don Severino se ha olvidado de estas elucubraciones y de muchas otras, aún más terroríficas, y se ha prometido no pensar en nada, pero no lo ha cumplido.

Cómo se explica que nadie se haya percatado de que la casa ha salido volando. En la notaría tendrían que haberle echado de menos y haber ido a ver qué pasa; o puede que no. Tal vez hayan creído que está enfermo y que no tiene ganas ni de llamar por teléfono ni de nada. Pero en ese caso habrían ido a interesarse por su salud; aunque también puede ser que no. Sin embargo, los vecinos estarán al tanto y habrán llamado a la policía o a los bomberos, y la prensa estará al corriente, y los científicos, investigando. Esto habrá conmocionado al país; todo el barrio estará lleno de periodistas con cámaras y micrófonos, haciéndose eco de las interpretaciones que den los vecinos, que son, o deben de haber sido, los únicos testigos; o quizá... ¡quizá también puede ser que no!

—¡Dios mío, nadie sabe que estoy aquí!

Viendo los pensamientos de don Severino se comprueba que, en circunstancias difíciles, lo de no pensar en nada no suele funcionar. A él, al menos, no le está funcionando.

—¡El chorro! He de concentrarme en el chorro. Ya está, se acabó el chorro. ¡Qué a gusto! Lo siguiente es llegar a la casa. No hay que pensar, no hay que pensar. Me abrocho el pantalón, un botón, otro botón. Me agarro a la cuerda, miro en dónde pongo los pies y, despacito, me encamino a la puerta y no me paro hasta que esté dentro. Sin prisa, pero sin pausa. Un pie, otro pie, la cuerda, la mano, otro pie...

Una vez en el interior, se da cuenta de lo cerca que ha estado de dejarse dominar por el pánico. Habría sido terrible quedarse fuera inmovilizado, quién sabe si la noche entera. Por fortuna, ha sabido controlarse.

* * *

Don Severino no ha vuelto a entrar en el cuarto de baño de la planta baja. Para asearse utiliza el del piso de arriba y para hacer sus necesidades, el jardín. El agua se le está acabando. Todos los días se ha lavado y afeitado con agua mineral, y también la ha usado para cocinar; en esto último es en lo que menos ha gastado. Ahora que lleva más de una semana incomunicado y que sabe que el agua no durará mucho, prefiere beber poco, pero continúa afeitándose más veces de lo necesario, como si lo único importante fuera estar presentable a la hora del tan esperado rescate.

Ya sólo habla en los momentos de más angustia: cuando no consigue sujetar su imaginación o cuando se ve forzado a hacer algo comprometido, como salir a

evacuar.

Día a día, el miedo va dando paso al aburrimiento y, la mayor parte del tiempo, no sabe qué hacer. El silencio y la oscuridad son absolutos y lo llenan todo, aunque don Severino diría que lo llenan todo de vacío, de nada: no se ve nada, no se oye nada y no se puede hacer nada. Tampoco puede dormir; tiene el horario cambiado. La linterna está casi sin pilas y hay alguna vela, pero no hay por qué estar con ellas encendidas sin necesidad. Don Severino cree que, si han de venir a rescatarle, no será por la luz de las velas o de la linterna; si han de venir (que ya deberían haber venido hace muchos días), no será por lo que él haga o deje de hacer, porque no se le ocurre cómo llamar más la atención que estando en una casa voladora.

Finalmente el aburrimiento vence al miedo. Podría ir al retrete a echar un vistazo; allí no correrá peligro y verá si hay movimiento alrededor de la casa. Tiene que haberlo, porque es impensable que sea de otra manera. Si mira a través de la tubería, sin duda verá los preparativos de su rescate. Un simple foco que le alumbre será un rayo de esperanza. Por otro lado, sabe que, si realmente le están buscando, lo más normal es que le busquen durante el día. No importa. Desanimarse no le lleva a ninguna parte; ni darle tantas vueltas, tampoco. Cruza el pasillo apoyándose en la pared, llega a la puerta del cuarto de baño, la abre y se arrodilla. Mejor a cuatro patas, por si se marea. Avanza hacia el inodoro, levanta la tapa despacio, se agarra con las dos manos, se asoma un poquito y rápidamente se retira. Le ha parecido que estaba todo negro. ¡No puede ser! Se vuelve a inclinar hacia delante y, en efecto, no hay luces. Bueno, sí, hay algunas luces, pero muy dispersas. ¡Qué raro! Lo que hay debajo de él le resulta desconocido.

Poco a poco empieza a comprender. ¡La casa se ha desplazado en sentido horizontal! ¡Quizá se esté moviendo en este instante! Don Severino baja la tapadera y, mientras intenta encajar el golpe, el remolino de su cabeza comienza a salir por su boca en forma de palabra; y agarrada a una palabra va la angustia; a otra, el pánico; a otra, el desánimo. Y así hasta que se queda vacío, sin nada. Así sale del servicio: desalojando los malos pensamientos.

—No es la ciudad. No es mi ciudad. ¿Dónde está mi ciudad? Eso no es mi ciudad. ¿Dónde estoy? ¿Adonde va esta casa? Y yo, ¿hacia dónde voy yo? De momento, fuera de aquí. Fuera del cuarto de baño, sin levantarme del suelo, marcha atrás; luego me levantaré y cerraré la puerta y me tumbaré en la cama y...

Hasta que no llega a la cama y se tumba, no se calla. Ha comentado cada paso que iba dando, y con la última palabra se ha ido el último mal. Don Severino se ha quedado dormido en la cama con el traje puesto y con una extraña tranquilidad, que se convierte, al despertar, en la desidia más devastadora. Lo único que ha hecho ha sido quitarse el traje porque tenía calor. Después se ha quedado en la cama durante el día y la noche y el siguiente día con su noche y con su día siguiente. No ha comido ni

bebido ni ha ido al servicio. Cuando ya no aguantaba más, ha usado un cubo para orinar. El tiempo que no ha estado dormido, tampoco ha estado totalmente despierto. Ha soñado a ratos, unas veces con los ojos cerrados y otras con ellos abiertos, y no sabría distinguir entre lo que ha imaginado y lo que ha soñado. En los sueños ha recorrido todas las etapas de su vida y se siente como si hubieran pasado años desde que se tumbó en la cama.

Don Severino ha anulado su voluntad; ha ordenado a su cuerpo permanecer inmóvil, a su cerebro, que no piense, y a los dos, dejarse morir. Está a punto de lograr su objetivo. Si continúa con este ayuno, dentro de poco sus fuerzas se habrán consumido y ya no podrá levantarse de la cama aunque quiera. Va a dejarse morir con calma, sin hacer nada por quitarse la vida, pero tampoco por conservarla; será una muerte pasiva. Una de las veces que despierte, lo hará delante de la cara de San Pedro.

¿Por qué, en el momento decisivo, su cuerpo se rebela? ¿Por qué no puede dejar de pensar en unos huevos fritos con patatas y con chorizo? Su cuerpo, llevado por la sed, ha convencido a su mente para que sueñe que está en un desierto, bajo un calor sofocante, sin agua, medio enterrado en la arena y con un Sol que le quema por dentro, que le quema el estómago. Entonces llega a un oasis y cuando mete la cara en el agua, no es agua, sino más arena. Ahí se despierta y lucha para dominar a su mente sublevada. No quiere escuchar a su cuerpo y echarlo todo a perder. ¡Casi lo ha conseguido! Vuelve a dormirse y de nuevo aparece el Sol. Un Sol que se va agrandando hasta que termina por convertirse en un huevo frito gigante. Sueña con cerveza fría, helada. Sueña otra vez con el desierto y sueña que muere de sed rodeado de arena seca y que, al despertar, no es la cara de San Pedro lo primero que ve, sino un infierno de arena, de sed y de hambre, donde no hay demonios, sólo necesidad. Abre los ojos, pero no deja de soñar; todavía está en ese infierno de calor. Tiene que salir de ahí. Está despierto y no es capaz de salir del sueño. A través de la habitación oscura, se arrastra avanzando hacia el oasis de la cocina; allí hay agua y comida.

Necesita llegar, más por salir de la pesadilla que porque haya abandonado la idea de morir. Con barba, sed y hambre de tres días, baja por la escalera luciendo un aspecto lamentable. Está a oscuras, pero don Severino aún ve dunas de arena luminosa. Entra en la cocina y bebe agua como un loco, echándose la botella entera por encima de la cabeza para empaparse por dentro y por fuera; necesita espabilarse y salir del sueño. Ha empezado a abrir latas de conserva y a comer de una y de otra con las manos y, mientras se llena la boca de calamares en su tinta, de berberechos y de callos, se pregunta por qué ha soñado con huevos fritos y con cerveza si ninguna de las dos cosas le hace mucha gracia. Y lo más extraño es que sigue con ganas. De todas formas, no le quedan huevos; se los comió los primeros días porque, como la nevera no funciona, se hubieran echado a perder; y no hay cerveza porque nunca

compra para llevar a casa; si acaso, muy de tarde en tarde, en la cafetería que hay cerca de la oficina, si no le apetece un café y no sabe qué tomar, se bebe alguna, y a menudo suele ser más por pedir algo que por ganas. Lo que sí tiene es alguna botella de vino de las que le regalan los clientes de la notaría; no le gusta el vino más que la cerveza, pero se abrirá una y se dará un buen banquete. Y, ahora que ya está más tranquilo, calentará los callos; todavía le queda butano.

Don Severino se va animando. Trago a trago se ha bebido tres vasos, y le parece mentira lo beneficioso que, en determinadas ocasiones, puede llegar a ser el vino para un espíritu atormentado. Para el suyo lo ha sido: la devastadora desidia que ha hecho crecer esa barba de tres días se ha transformado, de un sentimiento de absoluto desapego, en un *todo me da igual* más moderado. Cuando termina de comer, se pasa la mano por la barba —satisfecho— y sabe que se sentirá mejor después de afeitarse, mejor y más despierto. De momento, con eso le vale.

Al salir del cuarto de baño se dice que carece de sentido abatirse y que hay que aguantar el máximo tiempo posible hasta que le rescaten. Hará un recuento de víveres y se racionará el agua, pero, antes de nada, tiene que vaciar la tripa. Saldrá, se atará con la cuerda y hará un agujero fuera. No hay de qué preocuparse.

Los vasos de vino que se ha bebido han sido mano de santo. Ha estado fuera sin problemas y ha entrado dispuesto a no desalentarse y a tomar el gobierno de la nave. Ha hecho el informe de intendencia, y lo más preocupante que arroja el inventario es la escasez de agua. La comida, si la raciona, le puede durar bastante. La semana antes de despegar hizo la compra y, como ya no disponía de asistenta, lo que compró fueron latas, sopas de sobre y embutidos; se abasteció para una temporada larga porque no quería volver en muchos días. De cualquier manera, mucho antes de que se gaste la comida, habrán venido a rescatarle. Con esta última reflexión esperanzadora, se ha afanado en buscar cubos por la casa para dejarlos fuera y recoger agua de la lluvia, y así estar haciendo algo. No quiere volver a dormirse: le dan miedo los sueños delirantes.

Mientras coloca los cubos, va pensando que va a ser una lata hacer un agujero cada vez que salga a aliviarse. Lo más práctico sería preparar una letrina cavando un foso lo suficientemente grande como para usarlo unos cuantos días. Pondrá unas tablas encima y echará un poco de tierra después de cada uso. De este modo contendrá el mal olor.

En el centro del jardín, se pregunta qué profundidad tendrá el bloque de tierra que arrastra la casa. Debe ser lo bastante grueso como para aguantar las raíces del enorme eucalipto. Con el pico en la mano y atado con la soga, le asaltan las preguntas de difícil respuesta y de aún más difícil razonamiento en el momento en que se dispone a comenzar su obra: ¿Y si cavando traspasa la capa de suelo y cae al vacío? Para eso tiene la cuerda. Pero ¿y si rompe alguna extraña fuerza que mantiene el jardín unido a

la casa y se desploma entero? Sabe que la única forma de seguir adelante es fijar su mente en lo primario, en lo inmediato, en el siguiente golpe de pico, en sacar la tierra con la pala y en volver a descargar el pico con todas sus fuerzas.

El ejercicio le está sentando bien a don Severino. Se va dando cuenta de que su cuerpo le es, en estas circunstancias, más fiel que su cabeza. El manda y su cuerpo obedece: arriba el pico y abajo otra vez.

Cuando le parece que el hoyo es bastante hondo, se mete en el taller, sierra las dos tablas que usará para apoyar los pies y las asienta en los bordes del agujero. Luego, coge la pala y amontona la tierra que ha sacado. Debe ir siendo ordenado y guardar una cierta disciplina moral para que sus rescatadores no se encuentren la casa como una pocilga. Al acabar, recoge las herramientas y no deja fuera ni la pala. Orden. Hay que conservar el orden.

Está amaneciendo. Don Severino no quiere acostarse, no quiere ni ver la cama; todavía le duelen los riñones por esos tres días que ha estado sin salir de ella. Para entretenerse, no estaría mal echar un ojo por el retrete ahora que clarea. Le da un poco de reparo; la última vez que se asomó fue el día que vio que la casa se había movido, y el disgusto casi le hace rendirse. Aun así lo hará. Ya está más animado; además, después de haber superado el trauma de que la casa se alejara de la ciudad, qué podría ver que fuera peor que eso. Cree que vea lo que vea no será peor, pero se equivoca. Una vez más, se equivoca de cabo a rabo.

Entra despacio, a gatas. Sube la tapadera y tarda varios minutos en averiguar qué es lo que está viendo: ¡Agua! ¡Sólo hay agua! Tiene la cabeza un poco levantada y mira hacia abajo como sin querer acercarse, pero al ver que es agua, la mete dentro para ampliar su campo de visión ¡y no ve nada más que agua!

—¡El mar! ¡Es el mar! Es demasiada agua para que sea un lago. ¿Qué mar será? ¡Dios mío! ¿Y si es un océano? ¡Un océano entero!

Necesita comprobarlo, necesita salir y asomarse por los cuatro lados de la casa. No es posible que esté encima de un océano. Seguro que se ve la tierra desde el jardín. Vuelve a equivocarse. Ha salido después de atarse con la soga a la medida justa para llegar hasta cerca del borde y ya puede dar fe de que cuando todo va mal, siempre hay algo susceptible de empeorar. Se ha asomado por los cuatro costados y ha visto lo mismo por los cuatro: agua.

—No hay duda, eso es un océano. ¡Un océano como Dios manda!

Esta vez la depresión sólo le ha durado un día con su noche y con su siguiente día. Se ha tumbado en la cama dispuesto a dejarse morir, pero al segundo día han comenzado las alucinaciones, los desvarios y las pesadillas de desiertos con soles como huevos fritos. Don Severino va superándose: al cabo de los dos días —uno menos que la vez anterior— se ha levantado de la cama y, mientras comía, se ha bebido un par de vasos de la botella de vino que tenía abierta ¡Qué bien le sienta!

Nunca antes, en toda su vida, le había sentado tan bien el vino. A decir verdad, ni el vino ni nada le había sentado antes tan bien.

* * *

En los días sucesivos ha ido aceptando la realidad de estar sobre el mar. Al principio no dejaba de pensar en lo que ocurriría si la casa descendiera y acabara metiéndose en el océano, sumergiéndose. Y no quería volver a mirar por el retrete porque conservaba mal recuerdo de las dos últimas veces que lo hizo, pero la palabra *sumergiéndose* abría en su cabeza una puerta por la que entraba un miedo superior a cualquier otro miedo. Necesitaba saber si moriría ahogado. Por otra parte, en caso de que el descenso fuera lento y el amerizaje, sin violencia, tendría una oportunidad de salvarse construyendo una balsa. Esto fue lo que le hizo atreverse a mirar y, asomándose cada cierto tiempo, ha ido cerciorándose de que la altura es estable: prácticamente la misma que cuando estaba sobre tierra firme.

Don Severino va recuperándose. Está bastante más delgado, tiene ojeras y se siente cansado, pero, al menos ahora, come con más regularidad. Además, ayer al asomarse a medir la distancia al agua, no la encontró; ya no estaba sobre el mar. Era de día y se veía tierra. Se preguntó si sería una isla; entonces se ató con la cuerda, salió al jardín y comprobó que no lo era. Ya no se ve agua por ninguna parte. Es un continente. Don Severino no sabe cuál; sin embargo, no deja de ser una buena noticia. Cualquier cosa es mejor que estar perdido por partida doble: perdido en el océano y perdido en el aire. Ya sólo está perdido en el aire, y el rescate se ve más cerca.

Transcurrida una semana, los cubos siguen vacíos. No ha caído ni una gota. Parte del tiempo la casa está encima de las nubes; otras veces, está debajo; pero hay muchas ocasiones en que la casa está en medio de ellas.

Don Severino se ha dado cuenta de que, esos días que la casa está entre nubes, la humedad en el ambiente es tan alta que casi se toca el agua en el aire, y se le ha ocurrido que si colgara sábanas y mantas en el jardín, se empaparían con el relente que flota alrededor y, escurriéndolas, podría recoger agua. Atraparía el agua.

Ha colgado varias sábanas y mantas de árbol a árbol, y de los árboles a la casa, atándolas con cuerdas. Ha estado media mañana buscando lo necesario, y la otra media, decidiéndose a salir. Ha permanecido todo el tiempo atado con la cuerda y, aunque lo ha pasado bastante mal, ha merecido la pena: al día siguiente apenas escurre unas gotas, pero ya sabe que su invento va a funcionar.

Don Severino ahora tiene una ocupación diaria: salir a recoger agua. No tarda mucho en hacerlo. Se ata siempre con la soga e intenta estar fuera el mínimo tiempo

posible. Desata una manta o una sábana y la escurre minuciosamente en un cubo; luego, la devuelve a su sitio y coge la siguiente. Mientras lo hace, se siente tranquilo. Inmerso en atar, desatar y escurrir mantiene su cabeza ocupada en mandar a su cuerpo órdenes directas, y así no se pierde por tortuosos caminos de dudosa andadura, como solía decir don Laureano, el cura; el mismo que iba a hacerle un exorcismo a la casa el día que salió volando. El recuerdo de don Laureano hace que piense que quizá nada de esto habría ocurrido si el cura se hubiera adelantado; pero eso significaría admitir que detrás de esta locura hay una causa maligna, el poder de algún diablo o la maldición de algún dios. Estos son, precisamente, los tortuosos caminos por los que no quería meterse, y está cabalgando por ellos sin freno.

En esta ocasión no le hace falta hablar; concentrándose en su tarea logra pasar del galope al trote y del trote al paso. Luego, su mente desbocada se detiene y él se apea de sus galopantes pensamientos entre atar, desatar, escurrir...

A los pocos días, el agua deja de ser un problema; don Severino se ha procurado una producción continua. Al parecer, todos los días la casa está parte del tiempo rodeada de nubes. Engullida.

CAPÍTULO CUARTO

Don Severino se está acostumbrando a la altura. Su cuerpo se va adaptando y ya no se pasa el día entero mareado, fatigado y pesado, como si le faltase el oxígeno, como si los pulmones no encontrasen aire. Pero aunque su cuerpo se amolda, su mente no; su mente sigue sin aceptar la realidad. Ha perdido la cuenta de los días que lleva vagando y no sabe qué día es; lo único que sabe es que lleva una eternidad encerrado en casa. Sale al jardín el tiempo justo para recoger el agua y para hacer sus necesidades —siempre atado con la soga—, y esto último, las veces imprescindibles, cuando ya no aguanta más. Aún cree que el rescate tiene que llegar de un momento a otro y pasa el tiempo esperando, sentado en el salón (ya no se sienta en la pequeña sala de estar), como quien espera una visita importante.

Alguna que otra vez va al retrete a mirar, pero últimamente nunca se ve nada, sólo nubes: una niebla espesa que no le deja ver si está sobre un continente o en mitad de un océano. Por eso está barajando la idea de salir a la terraza de la habitación de los padres, y la batalla entre el miedo y el aburrimiento no cesa un instante. El miedo opina que la casa sigue desplazándose, pues aunque no ve el suelo hace días, lo intuye; no puede ser de otra manera. El aburrimiento sostiene que en la terraza estará seguro, porque no ha notado ni un movimiento brusco, ni la casa se ha inclinado hacia ninguna parte (si hubiera sido así, se habrían caído las cosas de los muebles). El miedo dice que es mejor esperar a que le rescaten, sin afrontar riesgos innecesarios. El aburrimiento, que necesita hacer algo.

Como siempre tiene las persianas bajadas casi por completo y toda la casa está en penumbra, al entrar en la habitación de los padres, para habituarse a la claridad, ha levantado las persianas y ha descorrido las cortinas para que la impresión, cuando salga a la terraza, sea menor.

Es la mejor habitación de la casa, la más luminosa; además de la terraza al fondo, tiene ventanas en los dos lados. Hacía tiempo que don Severino no entraba en esta habitación. Está tal como la dejaron sus padres y, excepto el vestidor, todo está tal como cuando la usaban sus abuelos: a la derecha, la cama de nogal oscuro —cortejada por dos esbeltas mesillas con encimeras de mármol rosa— preside la estancia; enfrente, el tocador con el joyero y las fotos en blanco y negro deja entrever escenas de otra época; y al otro lado, el secreter del abuelo, que guarda recuerdos, hoy inaccesibles. Cuando don Severino era un niño, había un armario que más tarde su padre sustituyó por el vestidor (un pequeño cuarto con baldas y perchas para guardar la ropa y con un espejo para cambiarse en el interior). Don Severino se acuerda de aquel armario de vetas tan marcadas que despertaban la imaginación más dormida. Siempre que entraba en esa habitación se sentía vigilado. Entre las dos puertas había dos nudos colocados con la simetría de una cara, pero entonces no eran

nudos, eran ojos, silenciosos ojos, siempre alerta. Sólo se atrevía a entrar en la habitación si había alguien dentro y, aun así, mientras estaba allí sentía como si le leyeran los pensamientos. Todavía ahora, que ya no está el armario, le parece sentir su presencia, o tal vez sea el olor a otro tiempo que despide todo cuanto hay en la habitación: un olor rancio y añejo de un pasado que no es el suyo.

Por fin se decide a salir. Se acerca a la puerta, la abre..., pero no sale, la deja abierta y se sienta en la habitación de cara a la terraza, notando el aire fresco. Piensa que lo mejor sería sacar una silla por si se siente indispuesto estando fuera. Saldrá, dejará la silla sin mirar hacia ninguna parte y entrará sin entretenerse. Y eso es lo que hace después de rumiarlo durante un buen rato: sale, suelta la silla y entra como el rayo, sin levantar la cabeza.

Desde dentro, observa la terraza mientras se analiza interiormente. No se marea ni se siente mal. Unos minutos más haciendo acopio de valor y... ¡allá va!

Sale con la vista anclada al piso de la terraza y no levanta la cabeza hasta que no está sentado.

—¡Dios mío!

Sabía lo que iba a ver, pero no ha podido quedarse callado. Sin embargo, no le ha dado demasiada impresión; si no, hubiera seguido hablando. Por debajo de él se extiende una llanura interminable formada por una densa capa de nubes que parecen sustentar la casa, y don Severino tiene la sensación de que se podría caminar por encima. El Sol debe de estar tumbado en la terraza del otro lado de la casa, porque no lo ve, y por lo tanto, no ve nada, porque todo lo que no es desierto blanco es cielo azul.

Ha pasado la tarde inmóvil, sentado en la silla, mirando hacia el frente y torciendo la cabeza muy de vez en cuando, como si ese simple movimiento fuera a desequilibrar la casa entera.

Al anochecer, el cielo ha cobrado vida. Las estrellas, sin luna que desluzca su brillo, se han adueñado del firmamento, llenándolo de vida y de grandiosidad. Es un espectáculo infinito de luces que se pierden en la inmensidad eterna del cosmos. Don Severino, que en un principio estaba disfrutando del panorama, al ser consciente de la abrumadora magnitud de la escena, ha empezado a encogerse hasta sentirse, primero, insignificante, luego, desorientado y confuso y, por último, mareado.

Con los ojos cerrados, espera impaciente a que se le pase el vahído para poder meterse bajo techo cuanto antes y ponerse a salvo del universo, que se expande, aterrador, delante de su cara.

Todavía indispuesto, entra tambaleándose y se va derecho a la cama. Se encuentra cansado y, con el susto, se le ha quitado el hambre; además, debe intentar dormir. No puede estarse las noches en vela, sin luz y sin hacer nada. Tiene que ir adaptando el horario, dormir de noche y vivir de día, y así, al menos, verá lo que come. Por otro

lado, ahora ha encontrado algo que hacer: mirar. Al tiempo que esperar, mirar. Eso sí, de día. Mejor, de día.

Don Severino ha vuelto a salir a la terraza, y hoy el día está despejado por arriba y por abajo: sin nubes. La impresión es mucho más fuerte. Había salido confiado, pero, al percatarse, ha vuelto a entrar de un salto. Hará como el día anterior: sentarse dentro de la habitación observando la terraza y darse tiempo antes de salir. Le cuesta decidirse, pero sale y se sienta fuera, y la verdad es que no le da vértigo. La tierra no se ve justo debajo, sino más allá del jardín, como si estuviera lejana, y por eso se siente más seguro que en el retrete; allí, la visión vertical es mucho más sobrecogedora.

Mirando hacia delante ha descubierto un punto en el horizonte que aparenta estar más alto que la propia casa, y lo más asombroso es que diría que la casa se dirige hacia ese lugar, porque desde que apareció no ha cambiado de posición: siempre lo ve enfrente.

En los días siguientes, el punto ha ido creciendo hasta convertirse en una cordillera llena de nieve que, en ciertas zonas, si la vista no le engaña, sobrepasa la altitud de la casa. Don Severino no quería hacerse demasiadas ilusiones, pero como la trayectoria ha sido directa y la velocidad uniforme, en estos días no ha dejado de pensar que si la casa no variaba el rumbo, quizá topase con alguna cima. ¡Si fuera así, saltaría de la casa y se vería libre de esta pesadilla! Cuando esto se le presentó como una posibilidad real, previendo la manera de bajarse, unió a la soga que usa para salir al jardín todas las cuerdas resistentes que encontró en la casa y luego hizo un nudo cada medio metro.

Ayer, sin embargo, no estaba tan claro que la casa fuera a tocar la montaña, y estuvo atormentándose con la posibilidad de que pasara de largo, con lo que, si se quería salvar, se vería obligado a arrojarse a la nieve desde quién sabe qué altura. Hoy no se ha desecho de la duda en todo el día; por la mañana, estaba convencido de que rebasaría la montaña muy por encima, pero conforme ha ido corriendo el día, ha ido alimentando esperanzas y, ahora que está tan cerca del suelo, el corazón le late con fuerza.

La velocidad de la casa ha ido disminuyendo al aproximarse. Si la altitud y la dirección se mantienen, la parte de abajo del jardín, tarde o temprano, acabará por impactar contra la montaña y la casa quedará embarrancada.

No sabe dónde ponerse; no deja de pensar que con el choque podría derrumbarse la casa. Le da miedo estar fuera, pero ha de estar preparado porque está llegando a una meseta inclinada tras la cual no se ven cumbres más altas, y, si a pesar de todo la casa no se detiene, tendrá que tirarse en marcha o no habrá más oportunidades. Así que se ha abrigado bien, se ha equipado con botas, guantes, gorro, bufanda y abrigo, y está en el jardín, agarrado a la cuerda y a una de las columnas de la entrada, listo

para salir corriendo si se le cae la casa encima.

No ha notado nada; la nieve debe de haber amortiguado el golpe. De todos modos, la casa ya estaba casi parada cuando ha hecho contacto. Ahora permanece estática y don Severino no acaba de creérselo y continúa aferrado a la columna y a la soga.

—Ha llegado la hora de irse.

Se ha soltado de la columna y, agarrando la cuerda con las dos manos, se dirige hacia la salvación. Todavía hay luz; con un poco de suerte llegará a algún sitio habitado. Mientras se acercaba no ha visto ni pueblos ni casas ni señales de vida, pero confía en que al otro lado de la sierra sea diferente. Es hacia donde se encaminará. Llega al borde del jardín, se asoma y... ¡Vaya!, está más alto de lo que esperaba. No va a ser tan fácil como creía. Tiene cuerda de sobra para llegar al suelo, lo que le faltan son las fuerzas. Se pone de rodillas mirando en dirección a la casa, se echa cuerpo a tierra y, arrastrándose hacia atrás, saca las piernas fuera; luego, sujetando la cuerda con una mano y agarrándose al borde del terreno con la otra, se desliza hasta que hace presa con los pies en un nudo y logra asirse de la cuerda con las dos manos. Baja arañándose los codos y las rodillas, tanteando con los pies en busca de otro nudo y resbalando las manos por la cuerda. A mitad del descenso le duelen las manos y los músculos de los brazos. Además, el abrigo que lleva no es lo más adecuado para estos menesteres y se le enreda entre los pies, que ya no encuentran el siguiente nudo y, a pulso, baja un poco más, pero... Tiene que encontrar un apoyo, pero... Tiene que resistir, pero...

—¡Ah, ah, que me mato!

Se ha clavado en la nieve hasta el pecho. Había estado todo este tiempo callado, pero al caer no ha podido aguantarse. No se ha hecho daño en la caída, sólo mientras bajaba, pero no importa; ya está a salvo: ha conseguido escapar de la casa.

Aunque la nieve está dura por arriba, por debajo está derritiéndose. Don Severino se pone de pie trabajosamente y empieza a andar. A cada paso que da, se hunde hasta las rodillas. Se ha separado de la casa y por primera vez ve la sección vertical de tierra que rodea el jardín. Es... ¡increíble! Se ha quedado pasmado contemplando el corte transversal del terreno cortado a pico. Calcula que mide alrededor de cuatro o cinco metros y le parece imposible que, con sólo esa tierra, el gigantesco eucalipto se tenga en pie. Todo ello forma un gran bloque compacto, posado sobre la montaña como si llevara allí toda la vida.

Lo mejor será olvidarse de la casa. Le da la espalda y retoma su penoso avance a través de la nieve. A pesar de las botas, ya lleva los pies calados. El abrigo no le permite manejarse con libertad, le agobia y le hace sudar. Nunca se hubiera esperado que hiciera tanto calor en la nieve.

Después de recorrer unos cien metros, está agotado. El faldón del abrigo está

empapado y pesa toneladas. Decide quitárselo y tirarlo sin mirar atrás. Un poco más adelante necesita pararse a coger aliento: no puede más. Se le hace dificilísimo andar por la nieve, y aún le falta otro tanto para llegar al final de este llano y averiguar qué hay al otro lado. Y luego, ¿cuántos kilómetros le separan de la civilización? Se para a medir con la vista el trayecto que lleva recorrido y ve el abrigo a medio camino entre la casa y él. Por un momento ha creído ver que la casa se movía. Piensa que no es posible y que, además, le da lo mismo si se mueve o no. Lo único que tiene que hacer es seguir andando y no volver a preocuparse nunca más en su vida por esa casa.

Al hacer los preparativos para bajar de la casa, olvidó coger algo de comida y unas mantas, y está empezando a arrepentirse de haber salido tan apresurado. No deja de preguntarse cuánto tiempo tardará en encontrar a alguien. Puede ser que tenga que pasar la noche en la montaña, rodeado de nieve y de quién sabe qué alimañas; y quien dice alimañas, dice lobos, osos... De pronto, le ha parecido oír gritos, voces o quizá, aullidos. Ya no le falta mucho para llegar al extremo de la pequeña altiplanicie en donde se ha estacionado la casa y cada vez está más seguro de que oye... No podría decir si son una cosa u otra. Sería irónico, después de haber sobrevivido a la aventura de la casa voladora —cuando todo indicaba que moriría en cualquier momento estampado contra el suelo—, que muriera de frío o devorado en una montaña abandonada de Dios.

Se detiene de nuevo a descansar y, mientras mira la casa, se da cuenta de que ya no está donde estaba; ahora la casa está al lado del abrigo. Se aprecia con nitidez que se ha levantado, que se está moviendo en este instante y que va tras los pasos de don Severino.

Los gritos o aullidos suenan más cerca, pero todavía indefinibles, y a don Severino ya no le cabe el cuerpo dentro de la piel. Tal vez debería haber esperado hasta ver alguna zona habitada antes de bajarse; pero cómo saber si volvería a topar con un monte. De cualquier modo, salir sin comida ni unas mantas por si acaso, ha sido una temeridad. Entretanto, la casa sigue avanzando, de manera que en breve llegará hasta donde está él. Ya está más alta; la separan de la nieve un par de metros, y se ve, colgando, la cuerda por la que bajó. Si sigue así, llegará al final de la meseta antes que él. En cuanto lo rebase, se separará mucho más del suelo y ya no habrá forma de volver a subir.

—Pero ¿para qué voy a subirme otra vez? No, no y no. ¿O sí?

La casa va a pasar ya por encima de su cabeza, y tiene que tomar una decisión. Si hay lobos, morirá devorado, y, si no encuentra un pueblo antes de la noche, probablemente morirá de frío. Por tanto, la comida no es un problema: no le dará tiempo a morir de hambre. Y para colmo, no deja de oír aullidos lejanos.

—No... Son voces. No... Son aullidos.

Si pudiera llegar hasta la parte alta del altiplano y asomarse antes de tomar una

decisión...; pero no hay tiempo. O se agarra ya a la cuerda o se queda en la montaña y que sea lo que Dios quiera. Mientras sopesa sus posibilidades, mira el abrigo y se imagina estar dentro de él, tirado en la nieve, muerto. No sabe en qué país está, ni siquiera en qué continente. La sensación de imaginarse bajo sus ropas muertas y el desamparo de no saber dónde está son determinantes. Don Severino se agarra a la cuerda con todas sus fuerzas en el último momento. No quiere trepar aún por la cuerda porque, si la casa no se eleva demasiado, acaso tenga ocasión de soltarse; si, al rebasar el límite del llano en el que se encuentra, ve algún pueblo, aunque sea lejos, saltará. A no ser que esté cortado a cuchillo y, sin darle tiempo para reaccionar, se abra a sus pies una pared vertical de más de cuarenta metros de alto. Lo ha pensado al mismo tiempo que ocurría; por eso al acabar la frase ya sabía que eran más de cuarenta; quién sabe si cincuenta. Qué mas da, para matarse, de sobra.

Ahora, colgado en el aire, es capaz, por fin, de distinguir los gritos, las voces. No eran aullidos, eran voces. Voces de niños y mayores, de gente pasándoselo bien. No puede creerlo, es una estación de esquí. Todos le han visto, y los gritos han cesado de repente. Si la casa hubiera asomado un poco más a la derecha o más a la izquierda, podría haber saltado, pero por donde ha salido es por donde hay más altura.

La gente continúa mirando hacia arriba con la boca abierta y, cuando don Severino va a pedir socorro, todo el mundo, al unísono, empieza a aplaudir.

—¡Socorro, auxilio! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Socorro!

Los niños se ríen y los mayores no dejan de aplaudir.

Va a morir delante de todos, mientras ellos creen que es alguna exhibición. Don Severino no alcanza a oír lo que dicen, pero nosotros sí.

—¿Qué es, papá?

—Es un globo aerostático con forma de casa, hijo.

—¿Y por qué va ese señor colgando?

—No sé. Estarán haciendo publicidad de algún producto. Lo raro es que no se vea el nombre de ninguna marca. Será eso que llaman publicidad subliminal. Ya nos enteraremos en la tele. Mira qué gracioso, nos está saludando con la mano.

Don Severino ha soltado una mano para llamar más la atención (¡como si fuera necesario!) y ha estado a punto de caerse. Después del susto sigue desgañitándose, mientras su público le aclama y espera que se tire en paracaídas o algo aún más espectacular. La casa se va alejando al tiempo que asciende, y don Severino se alegra. Ya que no le van a ayudar, al menos que su muerte no se convierta en un espectáculo. Vuela a más de cien metros de altura y por delante no se ve ninguna cima en la que pueda embarrancar de nuevo la casa.

Morirá sin remedio. Morirá si no empieza inmediatamente a escalar por la cuerda. Morirá como un perro despeñado. Morirá como en ese sueño que ha tenido tantas veces, en el que siempre acaba despertándose antes de estrellarse. ¿Habría sido un

sueño premonitorio? ¿Había estado soñando durante toda su vida con el anunciamiento de su propia muerte o, quizá, no era sino el último recuerdo de una vida anterior en la que ya hubiera muerto así? Y a partir de aquí, ¿se cerraría el círculo, o es la vida una espiral compuesta de muchas vidas que sólo se tocan en sueños? ¿Y por qué, en esta desesperada situación, se hace esas absurdas preguntas?

Más que el simple miedo a morir, lo que le da fuerzas es el terror que le hacen sentir estos interrogantes descreídos, que reblandecen de golpe los cimientos de todas sus creencias.

—No, Severino, no te rindas ahora. ¡Hay que subir! ¡Vamos! ¡Arriba!

Sobre su cabeza hay seis metros de cuerda como seis verdugos. Piensa que daría igual que fueran sesenta, de todas formas le será imposible.

—No, mentira. Son sólo seis metros. ¡Venga! ¡Arriba! Ahora, ahora, ahora...

Dándole órdenes a su cuerpo como si fuera el patrón de una trainera, logra llegar hasta la mitad de la cuerda. La distancia al suelo aumenta de manera vertiginosa y, como tiene que mirar hacia abajo cada vez que quiere afianzar los pies en un nudo, no puede evitar verlo y la cabeza se le va. Entonces levanta la vista y la fija en el trozo de cuerda que tiene delante de la cara y patalea a tientas hasta que consigue asegurar los pies. Luego, hace fuerza con las piernas, suelta una mano para agarrarse al nudo siguiente, sube la otra mano, se levanta a pulso, y otra vez a intentar atrapar la cuerda con los pies, sin mirar. Don Severino está defendiendo su vida con uñas y dientes. Sí, con los dientes: ¡está mordiendo la cuerda! Pero no por eso deja de darse ánimos. No, no son ánimos, son órdenes. Ordenes de vida o muerte.

—Ahoda, ahoda, ahoda.

Casi llegando arriba se le rompe la pulsera del reloj y se le cae al vacío. Don Severino, que llevaba media vida con ese reloj, se queda mirando cómo desciende a toda velocidad y se ve a sí mismo cayendo. El reloj desaparece rápidamente de su vista, pero él ve muy claro cómo choca contra el suelo, todavía puesto en su muñeca. Don Severino se encomienda a Dios y supera el último tramo ayudado de un poder sobrenatural. El mismo poder sobrenatural que le hace mearse encima.

Aunque ya se encuentra a salvo, tumbado bocabajo en el jardín, continúa aferrado a la cuerda. Tras recuperar el aliento, se dirige hacia la casa arrastrándose, sin soltar la cuerda, tirando de ella como si siguiera escalando en horizontal, y no se levanta hasta que no entra. Está muerto de cansancio y de frío, enfadado consigo mismo por no haberse quedado en la montaña, y está asustado, sofocado y avergonzado.

Lo primero que hace es lavarse y ponerse ropa seca. Tiritando, va a la habitación de los padres, coge una de las mesillas y, después de vaciar los cajones y meter su contenido en la otra, la lleva al salón. Luego, va al taller a por un hacha y un serrucho, y despedaza la mesilla para hacer fuego en la chimenea del salón, mientras sus ojos evitan cruzarse con los de la madera.

CAPÍTULO QUINTO

Las cosas se le complican a don Severino. A la desesperación de estar perdido en el aire mientras la gente le ignora o le aplaude, se suma la angustia de saber que la comida se le está acabando. Le quedan unas pocas latas, unos sobres de sopa, una ristra de ajos y especias que, como casi no cocina, no ha usado. Tendrá que comerse todo lo que encuentre si quiere sobrevivir. Hoy, recogiendo agua, se ha fijado en el cerezo. Las cerezas ya deberían estar maduras, pero el árbol no está por la labor. La altitud y el frío le tienen confundido, y la vida se plantea volver a abandonarlo. Esta vez, el cerezo cree que no lo soportará. Si la vida le deja... No puede pensar en nada más. Cómo va a ocuparse de las cerezas; además, no se siente con fuerzas para sacarlas adelante él solo. Antes necesita saber si ella se quedará o no.

Don Severino ha observado que no hay más que unas pocas cerezas diminutas y verdes. Si la situación no mejora, se las comerá como están, pero de momento prefiere esperar; así sólo le darían dolor de tripas.

Cada día pasa un rato sentado en la terraza de la habitación de los padres, no demasiado. Al ver cómo se alejaban las montañas con las que había topado, perdió la esperanza de un nuevo contacto. Ahora la tierra vuelve a estar lejos, inalcanzable. No está a gusto en la terraza porque le consta que esa es la parte delantera de la casa; es decir, que aunque la casa cambie de dirección, por allí es por donde aparece el paisaje, y por la terraza de atrás, por donde se aleja. Alguna vez ha salido a esa terraza, pero es demasiado grande y se siente desprotegido, y lo peor es que estando allí no estará preparado para lo que llegue; justo lo contrario de lo que le hace no estar a gusto en la terraza de la habitación de los padres: que se encontrará de cara con la desgracia mientras permanezca en ella. Para animarse, intenta convencerse de que no tiene por qué ser malo lo que venga; en las montañas, si hubiera sabido jugar sus cartas y no se hubiera agarrado a la cuerda cuando ya estaba abajo, se habría librado de este calvario. Sin embargo, algo que está más dentro que los pensamientos le dice que sí, que lo que llegue será malo y muy malo.

Don Severino se ha acordado de que por la casa había un telescopio bastante antiguo con el que de pequeños miraban las estrellas. Debe de estar en el desván. Irá a buscarlo y, de paso, se mantendrá ocupado. El desván está lleno de toda clase de chismes, zarrios, cacharros, calambucos... Objetos que, aunque tiempo atrás poseyeron un nombre, lo han olvidado de no oírlo y ya no lo tienen; ahora son un todo compuesto de chatarra sin nombre. El telescopio ha recobrado el suyo oyendo a don Severino nombrarlo mientras lo busca y, agradecido de que le devuelvan su nombre y de volver a ser útil, lejos de esa cacharrería sin oficio ni beneficio, se ha dejado ver, con la dejadez pasiva de los trastos abandonados.

Por la tarde, sus sospechas se hacen realidad. Al fondo el paisaje viene diferente;

hay una línea, cerca del horizonte, en donde cambia el color, y no hace falta mirar con el telescopio para saber que se dirige hacia el mar. Otra vez hacia el agua. El ánimo que le había abordado, recorriendo con los pies el desván y con la cabeza los recuerdos que emanaban de cada artilugio, ese ánimo que era superior a la tristeza que su propio abandono sugería, ese ánimo se ha disipado igual que dentro de poco se disipará la tormenta que está formándose en torno a la casa. Pero no ha lugar al desaliento; no señor. Es el momento de comprobar si los cubos para la recogida de agua están en su sitio.

La tormenta ha estado encima y debajo, y ahora está alrededor de la casa, que tiembla con cada trueno. Ya no está abatido ni tiene hambre ni nostalgias ni siente otra cosa que miedo. Miedo puro. Miedo a que le parta un rayo e incluso miedo a que se derrumbe la casa. Cerró todas las ventanas en cuanto empezaron los primeros golpes de viento, pero el ruido es ensordecedor. Está en el corazón de la tormenta.

Cuando cesa la tempestad y sale para comprobar los daños, observa que el trecho que le separa del agua es, más o menos, la mitad del que había. Luego, se asoma a la terraza trasera, y la tierra es ya un punto lejano. De modo que el miedo que sintió durante la tormenta está sufriendo un proceso inverso al de la altitud de la casa. Metido en el retrete con la cabeza dentro del wáter, ve cómo la distancia al agua disminuye, y su miedo aumenta en la misma proporción hasta mutar de nombre y convertirse en pánico. Además, se le ha ocurrido usar el telescopio metiéndolo dentro del inodoro para calcular a qué velocidad desciende la casa, y lo único que consigue es atemorizarse aún más: con el telescopio la distancia se reduce y puede distinguir las olas agitándose. Es como si don Severino quisiera ir adelantando —al miedo que siente— el miedo que sentirá.

En los días que han seguido a la tormenta, don Severino, dedicado a vigilar el descenso, apenas ha dormido unas horas. Está preocupado porque la altura no ha dejado de reducirse, pero eso no es lo peor; lo verdaderamente terrible es que, como la comida se está agotando, ya no sabe cuál es su problema más acuciante. Si tuviera que escoger entre morir ahogado o de hambre, no sabría qué elegir. Quizá lo menos dramático sería que la comida durase hasta que la casa se hundiera. Intentando escapar de estas aterradoras e inútiles cábalas, ha vuelto a sopesar la idea de construir una balsa, pero no ha tardado en desestimarla, porque ¿adonde iba a ir en una balsa sin comida? Sólo serviría para alargar la agonía, para aguantar unos días más sufriendo el hambre, la sed y las inclemencias del tiempo, y esperando un rescate que, si no había llegado mientras estaba en una casa voladora visible para todos, con muchas menos probabilidades llegaría estando en una balsa casi invisible, perdido en un mar, en un océano o en donde Dios quisiera que cayera.

Moriría. Una vez más, moriría.

Ya no le queda sino esperar que el Señor le perdone y le acoja en su seno sin

hacerle sufrir demasiado. Pero pasan los días y no sucede nada. Además, no ha vuelto a ver tierra por ninguna parte; de manera que, mientras sus posibilidades de salir de esta padecen una continua merma, el miedo se mantiene al alza.

* * *

El día que don Severino abrió la última lata y se dispuso a racionarla para que durara justo el tiempo que le hacía falta (que era el tiempo preciso para que la casa se hundiera y todo dejara de ser necesario y de tener sentido), la superficie del mar podía apreciarse claramente sin utilizar el telescopio. Las albóndigas de esa última lata han durado tres días, en los que la casa no ha dejado de acercarse al agua. Don Severino ha ido acompañando las raciones con ajos, pero ya sólo hay ajos, y la verdad es que, por lo que a él respecta, es como si ya se hubiera acabado la comida. Se ha asomado a mirar por el agujero del wáter y ha notado la brisa marina. El agua casi toca la base de la casa. Él ya ha cumplido con su parte y no ve razón para prolongar la agonía; así que, como si el fin de los víveres fuera la señal convenida, se ha sentado en el sillón del salón, aceptando la situación y esperando a que, en cualquier instante, la casa se sumerja y se llene de agua. Poco después de sentarse se ha quedado profundamente dormido y abandonado de toda preocupación; sí, y del miedo, también del miedo.

Ha dormido durante horas. Incómodo por la postura, se levanta del sillón y se tumba en el sofá para continuar durmiendo. Ya no está tan tranquilo. No quiere ver el agua anegándolo todo. No lo verá, no abrirá los ojos; la última imagen de su vida no será una visión tan horrible. Permanecerá con los ojos cerrados pase lo que pase, y morirá dormido o haciéndose el dormido.

Han transcurrido muchas más horas y sigue en el sofá; está despierto pero con los ojos cerrados. Cree que el agua está esperando a que los abra para entrar en tromba. Tiene hambre. O puede que no sea a eso a lo que está esperando el agua. Sí, ahora lo ve claro: el agua está empeñada en que se coma los ajos antes de inundar la casa.

De pronto, el agua irrumpe rompiendo puertas y ventanas. Desde el sillón, inmóvil, don Severino contempla los muebles, que pierden la compostura y bailan por el salón, y todo lo que había en ellos flota libremente. El agua llega hasta el techo y, como el sillón no se ha movido de su sitio, don Severino está dentro del agua, y el agua está dentro de él. Le recorre la boca, la garganta y los pulmones. Lleno de angustia, se revuelve y se asombra del tiempo que se tarda en morir. Entonces se percata de que la mesa del comedor tampoco se ha movido, y sobre ella hay un plato con... ¡unos huevos fritos con chorizo, con una pinta...!, que siente que lo peor del naufragio es esa pérdida. Muy despacito, abre un ojo, se incorpora en el sofá, mira el

sillón vacío... y reconoce que se había resignado a morir ahogado y lo había asumido, pero las pesadillas... Las pesadillas son peores que la muerte.

Se levanta del sofá y va directo a la cocina a comerse unos ajos fritos con un poquito de perejil y un buen chorro de aceite. Abrirá una botella de vino, que de eso no le falta, y también le alimentará. Después del vino y de la espartana comida, se siente con fuerzas para afrontar lo que venga, de pie y despierto. El miedo que tiene a volver a caer en la debilidad, en las pesadillas y en ese estado en el que no sabe si está despierto o dormido, le da valor suficiente para encarar lo que esté por venir.

En el exterior reina la calma: el mar, el viento... Por primera vez ha salido sin atarse con la cuerda. Está amaneciendo. El día es claro, sin nubes ni lejos ni cerca; donde acaba el mar, empieza el cielo. Ha rodeado la casa para otear el horizonte, pero la imagen —alterada sólo por el Sol, que desde la parte delantera se ve emergiendo del agua— es idéntica por los cuatro costados.

Hay un silencio raro. Las olas deberían hacer ruido al golpear contra la zona baja del jardín y, en cambio, no se oye nada. Fluye de todo una quietud, y de don Severino, una serenidad, que nadie diría que hace un momento estuviera seguro de que había llegado su última hora. Se asomará para ver hasta dónde llega el agua.

Camina despacio hasta el borde, se tumba sobre la hierba y saca la cabeza. Sorprendido, ve que las olas no tocan la casa y que la distancia no ha cambiado desde que se asomó por el wáter. Eso significa que la casa se mantiene estable desde ayer por la tarde. La cuerda que usó para bajar de la casa en la montaña le sirve para calcular el trecho que le separa del agua. Desde donde está hay poco más de seis metros; por lo cual, supone que al menos dos o tres metros separan la parte de abajo de la casa de la superficie marina. Como la cuerda tiene nudos, podrá ir comprobando si la casa baja o sube o qué hace. Volar tan bajito comporta sus ventajas: como no siente vértigo, no necesita atarse a la casa.

Lleva toda la mañana asomándose a mirar la cuerda; cada vez que lo hace se queda observando el agua, echado en el suelo con la cabeza por fuera del jardín. La altura no ha variado, pero eso no es lo mejor: ha visto montones de peces. Don Severino recuerda que su padre y su abuelo solían salir a pescar. Tal vez haya alguna caña vieja en el taller o en el desván; si no la hay, también puede hacerse un anzuelo y atarlo a cualquier cuerda. Algún pez caería. Buscando la caña de pescar, se da cuenta de que no le queda comida ni para poner de cebo; el ajo difícilmente tentaría a ningún pez.

Avanza entre trastos y retrocede en el tiempo y recuerda cuando iba a pescar con su abuelo. A él, de pequeño, le gustaba ir, no por pescar, sino por levantarse temprano y estar en el campo al amanecer, el olor del río, la alegría del verano. Lo primero que hacían era escarbar en la tierra en busca de lombrices. No le gustaba lo de clavarlas en el anzuelo. Nunca lo hizo.

Don Severino se pregunta si habrá lombrices en su jardín. Nosotros sabemos que sí.

Removiendo recuerdos y trastos por el desván, aparece en un rincón una de las cañas de pescar de su padre; es una caña que de niño le parecía inmensa. Ha encontrado también un pequeño baúl en donde su padre guardaba los útiles de pesca y ha cogido anzuelos, boyas, plomos y todo lo que cree que le va a hacer falta.

Mientras busca un lugar donde instalarse, considera que, aunque no está a mucha altura, si se cayera, no habría manera de volver a subir. Don Severino, confiando en que la casa siempre se desplaza con la terraza por delante, ha atado la soga a una de las ventanas del taller, que está en la parte trasera, y la ha dejado colgando, asegurándose de que llega hasta el agua; así, si cae por delante, es fácil que, nadando, logre agarrar la cuerda. Viendo la terraza que hay encima del taller, se le ocurre que no sería mala idea pescar desde allí arriba. En la terraza estará a salvo y, como en la parte trasera el jardín es más corto, salvará el tramo con la caña.

Ha cogido anzuelos de muchas medidas y no sabe cuál poner. Quizá lo más acertado sea encontrar primero la lombriz y luego montar el anzuelo adecuado a su tamaño. Está claro que en el mar hay peces para todas las clases de anzuelos.

Nada más empezar a escarbar, ha aparecido una lombriz.

—Bueno, amiguita, tú vas a ayudarme a conseguir la cena.

Habla porque le da un montón de asco tocar la lombriz, pero lo peor vendrá después, cuando haya que clavarla en el gancho.

Don Severino se está acordando de esos documentales en donde pescan peces espada, en los que los pescadores, atados a la silla, parece que vayan a caer al agua vencidos por las embestidas del monstruo. Por otra parte, sin saber si va a encontrar más lombrices, no sería inteligente jugárselo todo a una carta. Usará un anzuelo pequeño y cortará la lombriz por la mitad para contar con dos oportunidades.

El chirrido de la hoja de la navaja arañando el piso de la terraza mientras cercena el pequeño cuerpo, ha sido el grito de dolor de la lombriz. Don Severino se ha estremecido y la dentera le ha puesto la carne de gallina, y ver cómo se retuercen las dos mitades le está revolviendo las tripas y el ánimo. Mientras trata de clavar en el anzuelo una de las dos mitades, no puede dejar de mirar cómo la otra se contorsiona.

—¡No es posible! Debería haber matado a este pobre bicho antes de clavarlo.

No lo hace porque sabe que si la lombriz se mueve, el pez será más fácilmente engañado. «No hay que matar a la lombriz, Severino. Ha de estar viva. Ha de moverse para atraer a la presa». Su abuelo se lo repetía y se empeñaba en enseñarle, pero aquello era demasiado macabro para don Severino. Sin embargo, ahora que su vida depende directamente de sus actos, no puede permitirse el lujo de repugnancias ni de remordimientos. No logrará sobrevivir si no se centra en su objetivo: empalar en el anzuelo a la lombriz. Y que no muera.

* * *

¿Dónde está la suerte del principiante? ¿Dónde está la cena de don Severino? Hasta bien entrada la noche, don Severino ha estado intentando pescar. La suerte del principiante hizo un amago de asomar a media tarde: un pez se enganchó del anzuelo y don Severino lo sacó del agua sólo unos centímetros, antes de que escapara. Después de eso, nada: coger lombrices y verlas desaparecer del anzuelo; si acaso, ha notado algún que otro tirón y, al final, ni siquiera tirones, como si los peces perdieran el interés. Por tanto, la cena está donde están los ajos. Mañana será otro día. Don Severino, tras la frugal cena, se va a acostar pensando en que mañana dispondrá de más tiempo para pescar. A no ser, claro, que la casa suba o baje; unos metros de diferencia supondrían igualmente la muerte: hacia abajo, el agua y hacia arriba, el hambre.

Imposible dormir en toda la noche. No deja de salir a la terraza de la habitación de los padres cada media hora para medir la altura. La Luna está llena y la noche, clara, sin nubes, y todo es apacible; aun así, no consigue tranquilizarse. Cada vez que sale, ve que la distancia al agua es la misma y se encamina a la habitación diciéndose que no hay de qué preocuparse, pero, cada vez, antes de llegar a la cama, no puede evitar salir al jardín y verificarlo mirando la cuerda con nudos.

Antes de comenzar la jornada de pesca, don Severino ya está cansado. Cuando termina, además de agotado, está decepcionado.

Ha sido un día aciago y vano: ni una sola captura. Se quedaba dormido con la caña en las manos. Al llegar la noche, unos ajos crudos le sirven para engañar el hambre. Sabe que hay poco butano y prefiere reservarlo para cuando pesque algo, no sea que se tenga que comer un pez sin poder pasarlo por la sartén.

* * *

Una semana comiendo ajos, la mayoría de las veces, crudos. Una semana echando la caña, y don Severino no comprende cómo es posible que el mar esté tan vacío. Y, por si fuera poco, el agua vuelve a escasear; las sábanas y mantas con las que la recogía del ambiente húmedo de las nubes están secas desde hace días.

Esta mañana, sin embargo, a don Severino le ha sonreído la suerte. Al salir de la casa para buscar lombrices que usar de cebo, ha visto tierra. Está lejos, pero está justo enfrente de la terraza de la habitación de los padres, que es la zona de la casa que asocia, cada día más, con la parte delantera; la parte que marca lo que, en términos

marineros, sería la derrota de la casa; si ésta no varía y la altura continúa igual, es probable que pueda bajarse. Es otra oportunidad que viene en el último momento, y sería imperdonable que la desaprovechara. Además, el cerezo se ha reconciliado con la vida y ella ha decidido quedarse; el cambio de aires les ha sentado bien, y ahora que el árbol se siente animoso y templado, las cerezas brotan con fuerza.

El día va a ser completo: a última hora de la tarde, don Severino captura una presa. Ha pescado su primer pez; no es muy grande, pero al cabo de una semana de estricta dieta de ajos, resultará un manjar exquisito. Lo raja, le saca las tripas y a la sartén. Tiene aceite porque apenas lo ha usado, y también le queda vino. Un vasito le sentará bien.

Don Severino acumula cansancio de muchas noches sin descansar. Después de cenar, sin recoger ni la mesa, se ha ido a la cama con la certeza de que esta noche dormirá de un tirón.

El cansancio se amontona encima de don Severino; el cansancio le entierra, le cubre. En toda la noche no ha dormido más de dos horas; se despertaba soñando y le costaba volver a coger el sueño. Se ha levantado de la cama molido y, aunque estaba dispuesto a ponerse a remover la tierra en busca de lombrices, se ha acordado de las tripas del pez del día anterior y ha preferido utilizarlas como cebo.

El Sol está en lo más alto del cielo, y don Severino aún no ha logrado ni una captura. Está hambriento. Está pensando que quizá la culpa sea del cebo: las tripas del pez no deben de gustarles a los otros peces. Ha estado observando con el telescopio el trozo de tierra que avistó ayer, y hoy está más cerca, pero todavía no es capaz de distinguir ningún detalle. Lo bueno es que está en la misma dirección: delante de la terraza de la habitación de los padres. Podría ser algún cabo, porque a los lados no hay tierra, o tal vez sea una isla. Esto sería peor. Una isla... En la cabeza de don Severino las palabras *isla* y *desierta* pugnan por enlazarse, y él se reconforta procurando convencerse de que lo más probable es que ya no queden islas desiertas, que lo más fácil es que todas estén compradas y habitadas, por muy pequeñas que sean. Si las condiciones se mantienen, pronto llegará y lo comprobará con sus propios ojos. Lo normal es que encuentre una playa llena de gente.

Pero mientras llega o no llega, como lo que le urge es comer, decide dedicarse a buscar alguna lombriz, a ver si así los peces se animan a picar. Su suerte, a pesar de que coge lombrices y cambia el cebo, no varía en toda la tarde. Descorazonado, lo deja cuando oscurece y se come unas cerezas (que no han acabado de madurar) acompañadas con unos ajos y unas cucharadas de aceite.

Otra noche sin dormir, de la cama al wáter y del wáter a la cama. Las causantes han sido las cerezas verdes: le han hecho daño. Y menos mal que, como está sobre el mar, ha podido usar el cuarto de baño; si no, si hubiera tenido que salir al jardín cada vez que le daba un apretón, pocas veces habría conseguido llegar.

Los cálculos de don Severino no han sido correctos: la tierra se ve más cerca, pero todavía falta bastante para arribar. La casa no se mueve tan deprisa como él creía. Hoy ha pasado el día desecho y, encima, no ha atrapado ninguna pieza. Se ha conformado pensando que quizá la dieta le venga bien para el estómago y no ha comido nada, ni ajos ni nada.

Tres días después, la casa aún no ha tocado tierra. En estos tres días, don Severino sólo ha pescado dos peces pequeños y ha comido algunas cerezas que han ido madurando; sin embargo, la mayor parte del tiempo, han sido el hambre y el aburrimiento de que ningún pez mordiera el anzuelo los que han impuesto su ritmo. Un ritmo decadente que ha seducido a la casa para que acomodara el movimiento andante que traía, en un aire lento, largo, *larguíssimo*.

Enculada, atravesada y arrojada al agua desde una altura incomprensible para mí, puedo decir, sin temor a errar, que ahora sí que he caído en desgracia, en la más absoluta de las desgracias.

Por mucha fantasía que tengas y por mucho que yo me empeñe en explicar con pelos y señales lo que se siente, nunca llegarás siquiera a imaginarlo. Sólo podrías saber lo que yo sentí si te metieran un hierro por el culo y te lo sacaran por la boca. Aquí no hay explicación que valga. Si nunca te han empalado y has seguido vivo para contarlo, es imposible que sepas cómo te quedas después de una gracia de este tipo.

Es cierto, yo estaba allí al lado (ahora habla la mitad de mi cuerpo que aquel día, milagrosamente, se salvó). Cuando me cortaron por la mitad (¡Otra vez! ¡Con lo que me había costado regenerarme!), me revolví de dolor; pero, luego, tras hacerme la muerta, me deslicé tan rápido como pude por la superficie lisa e impenetrable en la que me encontraba y caí desde una altura que sería de unos cientos de veces mi propio cuerpo. Sobreviví a la caída por poquito. Hice la técnica-muelle. No te rías, ¡menuda leche! Entre la amputación y el trastazo estaba tan dolorida que, aunque el azar quiso que cayera cerca de donde vivo, tardé muchísimo en llegar a mis dominios desde la superficie. Mientras escarbaba, notaba las sensaciones que sufría mi otra mitad:

Estoy intentando desclavarme, aunque no sé para qué, porque, haga lo que haga, moriré. Estoy en un medio que me es completamente extraño: no hay tierra, sólo agua, y de muy mal sabor. Quizá llegando hasta el fondo... pero qué va, a cada

movimiento, el dolor es más insoportable. ¡Aaaah! ¡He sido engullida! Esto es como una versión cutre de *Jonás y la ballena*. Debe de ser un pez pequeñito, porque estoy un poco estrecha aquí dentro; no puedo ni moverme. No me había dado cuenta, pero el hierro que me atraviesa está amarrado a alguna parte, y ahora están tirando del hierro, de mí y del pez. Le ha durado poco la alegría al gañán. El hierro nos atraviesa a los dos, y ambos somos víctimas de la misma suerte. Nuestra muerte servirá para un mismo propósito. Eso debería habernos unido, pero ¡qué carajo!, esas son las razones de siempre con las que los devoradores comen el coco a los devorados, las que usan los explotadores con los explotados para hacerles creer que comparten un único destino y que, por tanto, el beneficio obtenido también es compartido. Pero no. Tal vez este tampoco sea un razonamiento acertado. No voy a dejarme llevar por el rencor. Mi último pensamiento ha de ser más elevado. Por ejemplo..., que... quizá siempre haya una mano oculta que hace que nos odiemos después de devorarnos unos a otros. ¡Como si no fuera bastante, para un ser puro como una lombriz, el agravio del cruel enculamiento, sino que además fuera necesario el ultraje de hacerle tener sentimientos bajos! No voy a dejarme manipular. No celebraré la mala fortuna de mi devorador. Esa mano oculta que maneja los hilos no conseguirá su objetivo.

Justo antes de morir advertí que el pez se desenganchaba del hierro y caía al agua, y me alegré. Como que estoy muerta, que me alegré.

Muerta y bien muerta. Noté cómo me moría y, la verdad, me dio pena, pero dejó de dolerme el cuerpo y, además, me estaba rayando pensando dos cosas distintas a la vez. Vi cómo la hincaban en aquel hierro con forma de interrogante y, después de ver cómo le afectó aquello y de captar las reflexiones que se hizo, me pregunto si fue la forma del hierro lo que volvió majara, en su postrer aliento, a mi otro yo.

Mi otro yo, mi otro yo. Hala, continuará.

—Oiga, pero cómo que continuará. Llevo medio libro intentando explicar el porqué de todo esto que parece tan enigmático y que, sin embargo, tiene una explicación muy sencilla, ¡pero es que no hay manera de meter baza! Y ahora, que acabo de retomar el hilo, me cortan y, encima, se ríe de mí el gilipollas este de los carteles. Mi otro yo, pues claro que sí. ¿Es que aquí nadie ha tenido un otro yo? ¿Ven lo que les decía sobre la historia y los ignorados? Pues ya estamos igual que siempre: pisoteándolo todo y a todos. Eh, oiga, el del cartelito de los cojones, váyase a la mierda con su historia. ¡No te jode! No quería decir tacos, pero es que estos humanos me... me sacan de mis tunelillos, coño.

CAPÍTULO SEXTO

A medida que se ha ido acercando a tierra, don Severino ha ido divisando una playa de alrededor de un kilómetro de larga, delimitada por una hilera de árboles. El sitio se ve bastante verde, pero, en el tiempo que ha pasado escudriñando por el telescopio, no ha conseguido ver un alma.

Hoy, desde que amaneció, está listo para bajar. Ató la soga con nudos a una de las columnas de la entrada, metió en una mochila unas mantas, una botella de agua y un cuchillo, y se dispuso a esperar a que la casa, de un momento a otro, encallara en la playa. Pero el momento se ha hecho esperar todo el día, y la menguante velocidad de la casa ha terminado siendo inapreciable. Estaba tan desesperado por llegar y por encontrar algo comestible que ha estado a punto de descolgarse hasta el agua antes de llegar a la playa, pero se lo ha pensado dos veces y no se ha atrevido.

Por fin, ya de noche, la casa se queda varada en la playa, y ahora don Severino tampoco se atreve a bajar porque hace días que la linterna dejó de funcionar y está demasiado oscuro. Será mejor esperar a que amanezca. Pero ¿y si a media noche la casa se eleva? ¿Y si después de haber tenido la suerte de llegar hasta aquí, deja pasar la oportunidad esperando a que se haga de día? Un día más, sólo un día más en la casa, sin comer, y no sería capaz de soportarlo. Así que está con la mochila puesta y dudando sobre qué hacer. ¿Qué más podría hacerle falta...? ¡La caña de pescar! Si duerme en la playa y mañana cuando se despierte la casa ya ha zarpado, se quedará sin nada y sin saber si está en un lugar habitado o en una maldita isla desierta. Cada vez le suena peor lo de *isla desierta*. Aunque, en realidad, supondría una mejora respecto a su situación actual, convertirse en un Robinson Crusoe le aterroriza; y lo malo es que intuye que será su única alternativa.

Después de mucho meditarlo, don Severino resuelve que lo más prudente será salir de la casa. Lo peor que podría pasarle es que se lo comiera algún animal salvaje, pero en ese caso sólo sería adelantar lo inevitable; todas las demás opciones están descartadas. Tira abajo la caña de pescar y la mochila y, muy despacio, se deja resbalar por la cuerda con nudos, quemándose las manos y desollándose las rodillas y los codos. Pero ya tiene los pies en el suelo y al fin se han terminado sus padecimientos. ¿O no?

La casa se ha ido a posar delante de la línea de árboles que bordea la playa, acoplándose por completo al terreno. Don Severino se ha bajado por la parte delantera, la que está más cerca de los árboles, y se le ha ocurrido atar la cuerda al que está más próximo. ¿Qué puede pasar ? Si se levanta la casa, quizá arranque el árbol. En ese caso le daría tiempo para despertarse con el ruido y decidir si volver a subir a la casa o no. Tal vez el árbol sujete la casa, o puede que se rompa la cuerda. Don Severino sabe que es inútil elucubrar sobre qué hará o qué no hará la casa,

porque no le conduce a nada. Pero, por si acaso, la ha dejado atada y bien atada.

Se ha tumbado junto a la casa y está intentando dormir. De vez en cuando oye ruidos como de pájaros o de monos, o sabe Dios qué bichos andarán por ahí sueltos. Está demasiado excitado y atemorizado para dormir; por eso, tras dar muchas vueltas tratando de coger el sueño, determina que lo más práctico es ocupar la noche en sacar de la casa lo más imprescindible, por si al final se eleva con árbol y todo. Empieza a trepar por la cuerda, pero es más fácil decirlo que hacerlo. Con la debilidad que tiene encima le parece imposible. Sin embargo, sabe que no lo es; ya ha subido antes por la cuerda y en peores condiciones: con el precipicio debajo de él. Acaso fue eso lo que le dio fuerzas. De cualquier manera, si ya lo ha hecho antes, por qué no iba a poder hacerlo de nuevo.

Con una vez que suba será suficiente. Desde arriba, tirará a la playa lo que necesite, aunque no sabe qué va a necesitar, porque lo que de verdad le urge es encontrar comida, y de eso no hay en la casa.

Ha conseguido subir, pero está tan cansado, después del esfuerzo, que no le quedan ganas de ponerse a buscar por la casa. Será suficiente con que coja lo más imprescindible: unos guantes. Se ha destrozado las manos con la cuerda. Aparte de eso, cogerá unas sillas para hacer un fuego y mantenerlo encendido toda la noche, y así estará a salvo de las alimañas. Mañana, con luz, podrá recoger leña y, si descansa un poco, razonar, porque ya no tiene las ideas claras. Está demasiado débil.

Ha tirado abajo las seis sillas del salón y ha cogido unas revistas viejas y las pocas cajas de cerillas que le quedan; cuando se le gasten aún podrá encender fuego con la chispa de un mechero en la cocina de butano. Pero será mejor tocar el butano lo menos posible. ¿Por qué se preocupa del butano ? Ya no le hace falta, no volverá a la casa; lo más seguro es que mañana, cuando dé una vuelta por los alrededores, se encuentre con algún lugareño y se acaben sus problemas. Encenderá una buena fogata, y hasta es posible que alguien la vea y antes de que llegue el día ya le hayan encontrado. Si no, al menos dormirá protegido por el fuego. Quiere estar descansado mañana, porque también cabe la posibilidad de que le espere una larga caminata antes de encontrarse con gente.

Sabe que en el taller hay una vieja motosierra, lo que no sabe es si funcionará. Para averiguarlo tendría que sacar gasolina del coche y probarla, y no tiene ganas de quedarse en la casa, con el peligro de que en cualquier momento despegue. Ha cogido un serrucho y, mañana, con tiempo —si lo hay— ya verá lo que hace con la motosierra. Además, puede partir las sillas a golpes.

Vuelve a bajar de la casa, pero a mitad de camino se le escapa la cuerda y se estrella contra el suelo. No se ha roto ningún hueso, pero le duele todo. Ahora no tiene tiempo de curarse ni de lamentarse; hay trabajo por hacer, y se pone a ello. Pronto comprueba que las sillas no son tan fáciles de romper como uno se imagina si

no ha roto ninguna; hay que dar contra algo duro, y con el golpe tiembla la silla entera en las manos.

—¡No es posible que una estúpida silla sea tan terca! ¿Por qué te empeñas en no dejarte romper, jodida silla? ¡Aah...!

Don Severino, a oscuras, está arremetiendo contra las sillas como un poseso. Las golpea, les da patadas, tropieza, se cae y se levanta rápidamente como si le fuera la vida en ello, como si estuviera luchando contra seis fieras salvajes. No es fácil, para nadie que tenga una noción clara del carácter de don Severino, imaginárselo en esta falta de compostura; pero hay que comprender: la flojera, la falta de sueño, la desesperación...

—¡Conmigo no podréis! ¡Vais a saber lo que es bueno! ¡Aaaah...!

Quizá sea la pena de romper unas sillas que conocía de toda la vida. Madera noble, a prueba de años. Madera que le ha visto crecer.

—¡No, no! ¡Toma, toma!

A cada palabra, da un leñazo contra una roca; se está terminando de desollar las manos.

— ¡El golpe de gracia a la silla más puñetera! ¡Yiieeaah...!

Tras ver esto, sólo queda saber una cosa: si don Severino está enloqueciendo o ha enloquecido ya.

—¡Victoria! ¡Victoria absoluta!

Se ha dejado caer exhausto. Tirado en el suelo con los brazos en cruz, jadeando como un perro y con el corazón golpeándole en los oídos y queriéndosele salir por la boca, se ha quedado dormido al ritmo descendente de su latir: boumba, boumba, boumb, bomb... bom... bom... La crisis nerviosa, o lo que quiera que sea lo que le ha dado, y el esfuerzo físico que ha hecho han sido demasiado para él.

Se ha despertado y todavía es de noche. Tiene hambre y frío. Lo último que recuerda, antes de quedarse dormido, no es muy claro, y se pregunta por qué no hizo el fuego antes de echarse a dormir. Le duelen los brazos y la espalda, pero lo que más le duele son las manos. A su alrededor todo son astillas y trozos de madera.

Mientras reúne la madera dispersa, la escena del arrebato se asoma tímidamente a su cabeza. Más que de lo que pasó, de lo que se acuerda es de lo que sintió. Nunca había sentido emociones parecidas y nunca había hecho nada comparable ni de lejos. Perdió el control por completo cuando nunca lo había perdido en toda su vida.

Don Severino ha estado tumbado al lado del fuego hasta que se ha hecho de día. Dormir, ha dormido poco; se ha pasado la noche oyendo ruidos y condenando trozos de silla a la hoguera. Ahora, descansado o no, lo que hará será buscar algo de comer y, luego, reconocerá el terreno para hacerse idea de dónde está. La casa permanece en su sitio, atada al árbol, lo cual no quiere decir que esté ahí a causa de ello, pues la cuerda no está tirante ni hay ninguna señal en el bloque que sugiera el más mínimo

movimiento. Don Severino contempla la casa negando con la cabeza y decide olvidarse de ella. De un primer vistazo a su alrededor observa que hay palmeras. Si hay palmeras, tendrán dátiles o cocos. Y pensando que es imposible trepar por un árbol sin ramas en las que apoyarse, se pone debajo de la que está más cerca y ve que está repleta de cocos.

—¡Es un cocotero! ¡Madre mía, menuda altura!

Don Severino mira alrededor en busca de algún árbol conocido y de más fácil acceso ¡Una higuerita o un ciruelo, coño! Sabe que el sitio es demasiado raro como para que haya árboles que él conozca; es demasiado tropical. De los que hay, los que más familiares le resultan son precisamente los cocoteros y, excepto en la televisión, nunca había visto uno. Mientras está de espaldas al árbol, oye un ruido a la altura de su cabeza, como si algo arañase la corteza del cocotero, y al girarse se da un susto de muerte.

—¡Dios mío! ¿Qué es este monstruo?

El padre de todos los cangrejos baja por la palmera. Tiene dos pinzas que, según don Severino, podrían corlarle los brazos a un hombre, y debe de pesar seis o siete kilos, o más. Don Severino se ha caído hacia atrás y así se ha quedado: sentado en el suelo con la boca abierta, mirando al gigante. Con el tamaño que tiene, es casi imposible que no lo viera mientras observaba los cocos.

EI cangrejo, al llegar a tierra, se queda mirando a don Severino con las pinzas en alto, en postura amenazadora, y a don Severino le falta poco para echar a correr, pero se incorpora sin hacer movimientos bruscos, intentando mantener el tipo.

—Tranquilo, bicho. ¡Vaya fiera!

El cangrejo está haciendo retroceder a don Severino. Parece que no le agradan los visitantes. Hace amagos de echar a correr, y don Severino salta hacia atrás con cada amago. Cuando ve que don Severino no es rival para él, se da la vuelta tranquilamente y se acerca a un coco que hay en el suelo.

—¡Un coco! ¿Cómo no lo he visto antes?

El coco, al lado del cangrejo, se ve insignificante. Don Severino sabe que debe actuar con rapidez.

—Un coco...

De momento, no reacciona.

—Un coco... ¡y un cangrejo!

Tiene el menú al alcance de la mano. Bueno, es una forma de decirlo; la mano es lo último que interpondría don Severino entre el cangrejo y su comida.

—¿De manera que has subido hasta ahí arriba tú solito y has dejado caer el coco? Vaya, vaya; y no vas a dejar que nadie te lo quite, ¿verdad?

Don Severino sabe que lo suyo sería matar al cangrejo y, además del coco, comérselo también a él. Pero no le importaría que su oponente se rindiera y se

retirase; él se daría por satisfecho y, desde luego, no lo perseguiría.

Necesita un arma para enfrentarse a semejante animal; un palo, una piedra... lo que sea. Agarra un palo y se pone a gritar y a hacer aspavientos como si quisiera espantar una manada de toros. Poco después, los gritos y los gestos se toman diferentes: de un intento de alejar al gigante, pasa a retarlo en plan torero.

—¡Eh, eh bicho! ¡Eeeah!

El cangrejo mira a don Severino con cara de pocos amigos y vuelve a hacer las falsas embestidas del principio con la esperanza de que su enemigo se amilane. Pero don Severino, sujetando el palo con las dos manos, lejos de retroceder, empieza a ganar terreno. No es un palo demasiado grande, hubiera preferido una buena estaca, pero no ha habido tiempo de buscar nada mejor. La lucha debe ser aquí y ahora, si no, el astuto cangrejo subidor de palmeras se comerá el coco en un abrir y cerrar de pinzas. Con el palo por delante, como si le fuera a pinchar, don Severino se lanza al combate.

—¡No... Suelta! ¡Suéltalo, bestia inmunda! Cangrejo: uno, don Severino: cero. El monstruo se

ha quedado con el palo entre las pinzas y no le ha pillado la pierna de milagro.

Don Severino se retira cabizbajo. Va buscando una piedra; no se rinde, sólo ha perdido el primer asalto. Encuentra una piedra como un puño y se revuelve con ella hacia su adversario.

—Tú lo has querido.

Sin acercarse, le tira la piedra y le da un buen golpe. No ha sido una pedrada tan fuerte como para matarlo, pero de sobra para enfurecerlo. Ahora, el cangrejo, sí que corre detrás de don Severino con ganas de hacerle daño, y don Severino no para de correr, sin dejar de buscar otra con su perseguidor pegado a los talones. Tiene que ser una piedra más gorda, mucho más pesada. En su huida, distingue un pedrusco del tamaño de un balón de fútbol y llega hasta él con el cangrejo casi dándole alcance; se para justo delante de la piedra y, mientras se agacha para cogerla, nota cómo las pinzas le agarran por encima del tobillo y siente un dolor terrible. No puede con la piedra, parece que esté pegada al suelo. Haciendo un esfuerzo supremo, la levanta, se la pone a la altura de la cadera, a la altura del pecho, a la altura del hombro, la empuja hacia atrás y la deja caer por la espalda.

Ha sonado un crac que no deja lugar a dudas sobre la suerte que ha corrido el cangrejo, aunque a don Severino la pinza todavía le aprieta y continúa haciéndole un daño atroz. De un tirón se la arranca al cuerpo inerte de su contrincante y se la lleva enganchada al tobillo hasta que, tirando con las dos manos, consigue desprendérsela. Se ha llevado un buen tajo.

Don Severino se abalanza sobre el coco como un jugador de rugby. Lo lleva abrazado y va corriendo por la playa buscando un sitio seguro. No hay un solo

cangrejo a la vista, ni grande ni pequeño, pero don Severino no se fía; piensa que si había un cangrejo de esas dimensiones, capaz de subir a una palmera, también puede haber un pájaro comedor de cocos que caiga en picado del cielo y le arrebate su, por ahora, única esperanza de sobrevivir. Así que va mirando hacia arriba, al agua, a los árboles, como si fuera un jugador que no sabe a quién pasar el balón; va hacia delante y hacia atrás, da vueltas. Cuando se calma, se sienta con el coco entre las piernas y comienza a darle golpes con una piedra. Al principio, despacio; sabe que dentro hay leche de coco y no quiere que se derrame ni una gota, pero cuando ve que es más duro de lo que imaginaba, va dándole cada vez más fuerte, hasta que se rompe.

—Con el cuchillo; será mejor que lo raje con el cuchillo.

Primero, la leche. ¡Cuánto tiempo hacía que no saboreaba nada tan dulce! Y después, el coco entero. Los últimos trozos se los ha comido con remordimientos: debería guardar algo para más tarde, pero es incapaz de parar. No importa, aún le queda el supercangrejo, y luego Dios proveerá.

Mientras mira el cuerpo aplastado del crustáceo, se pregunta cómo se lo comerá. Necesita una cazuela bien grande para cocerlo. También podría dar antes una vuelta de reconocimiento a ver si logra enterarse de dónde está; pero entonces es probable que su comida se echara a perder o que se la comiera algún otro bicho. Lo peor es que va a tener que volver a trepar por la cuerda.

Don Severino se arma de paciencia y decide llevar el cangrejo a la casa y cocerlo en la cocina. Podría hacerlo en el fuego sin gastar el poco butano que quede, pero, de todas formas, le hace falta una cazuela; además, con el estómago medio lleno se siente optimista y, aunque todavía no sabe dónde está, no cree que vaya a necesitar ya ninguna cosa de la casa. Está convencido de que en cuanto se aleje un poco se encontrará con alguien.

Mete el cangrejo en la mochila y calcula que pesará unos ocho o nueve kilos; si ya le costó trabajo subir a la casa sin peso, con la mochila va a ser mucho más complicado. Está pensando en desatar la cuerda que tiene atada al árbol (por la que sube y baja), atar la mochila, encaramarse primero él solo y luego tirar de la cuerda desde arriba. Sin embargo, no se sentiría seguro en la casa sin que esté atada; quizá no valga de mucho, pero le da cierta tranquilidad.

Antes de ascender por la cuerda, resignado, dice a modo de ruego:

—Espero que sea la última vez que tenga que hacer esto.

Cree que va a ser imposible lograrlo con el bicho a la espalda y, poco a poco, se va recalentando.

—No volveré a subir a no ser que... que nada.

No hay ninguna necesidad de hacerlo, una vez que coma, se alejará y buscará un sitio con gente y lo encontrará. Sí, claro que lo encontrará.

—No subiré más veces y punto. No y no; no, no y no.

Va subiendo al ritmo de los noes y se va enfadando consigo mismo. ¿Por qué le pasa todo esto?

—No, nunca más. Lo juro.

Ha hecho el juramento al llegar arriba, casi sin aliento, mirando a la cuerda como si se lo dijera a ella.

Suelta el bulto en el suelo y, mientras le resuenan sus últimas palabras en la cabeza, se da cuenta de que no ha cogido agua para hacer el cocimiento y mira resentido al cangrejo, como si él tuviera la culpa. No se acuerda de haber roto ningún juramento, y menos uno hecho solemnemente; pero no debería gastar el poco agua dulce que le queda en hacer la comida. Tendrá que bajar otra vez, coger agua y escalar de nuevo por la cuerda, comerse sus palabras, romper el juramento y lo que haga falta romper.

En la bajada se vuelve a arañar las rodillas y los codos, y se da un golpe en la cadera. El ascenso, con la garrafa de agua atada a la espalda, ha sido aún más penoso que con el cangrejo; pero esta vez no ha abierto la boca.

Al final ha merecido la pena; ha sido una comida exquisita y abundante. No ha podido terminárselo; ha dejado la mitad para más tarde. Se lo llevará en la mochila por si tarda en dar con gente.

Está cansado, pero no debe quedarse en la casa; probablemente se quedaría dormido. Además, la curiosidad que siente por saber dónde está puede más que el cansancio, y, lo más importante, necesita ponerse a salvo cuanto antes; de manera que se pone ropa limpia y sale de la casa ; contemplándolo todo, despidiéndose. Fuera, el cielo se ha llenado de nubes que se arremolinan curiosas encima de don Severino, pero él ni siquiera repara en ellas. Desde el jardín se gira para decir adiós y empieza a bajar por la cuerda. Cuando pisa tierra, después de los arañazos y las contusiones correspondientes, dice con mucha suficiencia:

—Se acabó.

Como supone que tiene por delante una buena caminata, parte una rama para apoyarse y, sin pensárselo, se cuelga la mochila y se adentra entre los árboles sin mirar atrás. Ya no quiere volver a ver la casa.

CAPÍTULO SÉPTIMO

A poco más de doscientos pasos de la casa, llega a una roca que hay en un claro, en un lugar elevado. Se encaramará a la roca y desde allí decidirá qué dirección lomar. Eso cree. Igual que al bajar de la casa creyó que ya se habían acabado sus desventuras; igual que pensó y hasta juró que no volvería a subir a la casa. También suponía que pasaría el resto del día andando, y en eso también se ha equivocado. Desde la roca se ve todo. No le hace falta dar un solo paso más. Es una isla, una isla desierta, por supuesto. Además es pequeña, demasiado pequeña. Tiene forma de media luna, el centro está un poco elevado y en la parte más ancha no habrá más de quinientos metros. Está perdido. Otra vez está perdido sin haber estado encontrado. Ahora es un condenado náufrago.

—¡Nunca he montado en barco! ¡Yo nunca he montado en barco!

Lo ha gritado mirando hacia arriba, enfadado.

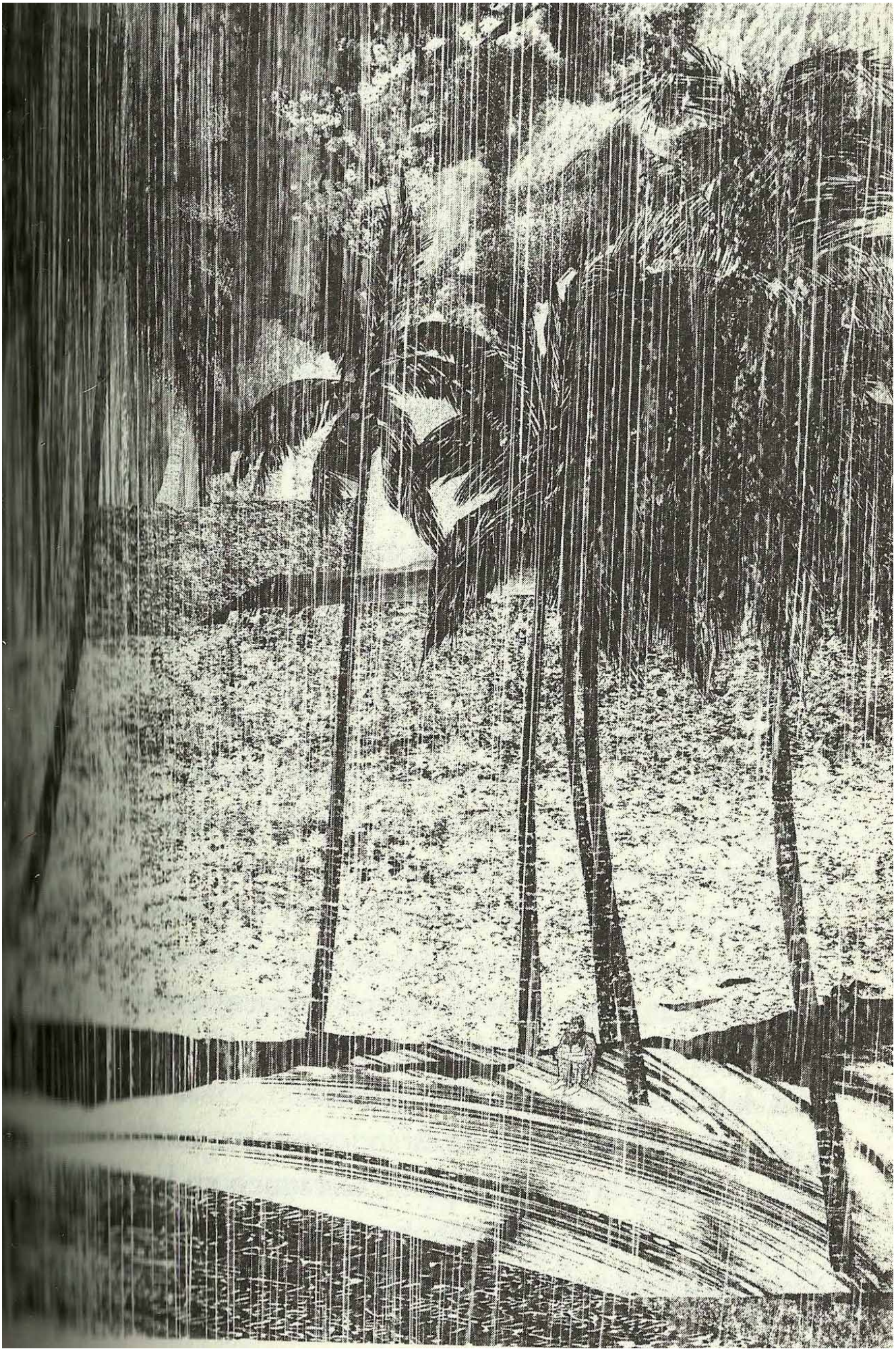
—¿Qué será lo siguiente?

Se lo ha gritado al cielo, desafiante. Súbitamente, un trueno parece contestarle, y, al momento, rompe a llover de tal manera que antes de reaccionar, antes de bajarse de la piedra, don Severino está empapado de pies a cabeza.

—Será una tormenta de verano.

Entonces, suena otro trueno mucho más fuerte, como negándolo, como diciendo: tú no sabes con quién te has metido.

Ha vuelto junto a la casa, se ha sentado en el suelo —bajo la lluvia— y lleva más de una hora mojándose. Ya ha visto la isla entera y ya no hay nada que hacer sino aguantar hasta que pase un barco y le rescate. La lluvia está calando tan dentro de don Severino que le está aguando el poco espíritu que le queda. Tendrá que ceder y cobijarse del tozudo chaparrón. Ya no tiene ganas de nada y no le importa qué hará la casa: si se levantará o se zambullirá en el océano. Qué más da. Sólo quiere meterse en la cama y olvidarse de todo, pero sin ganas no se puede subir por una cuerda mojada. Es la última prueba que habrá de superar hoy. Mientras se pregunta de dónde sacará las fuerzas para escalar el jardín, un rayo, acompañado de tal estruendo que da la sensación de que ha caído en la misma isla, es la respuesta.



Al amanecer, el cielo está despejado y la temperatura es agradable. Don Severino se levanta animado porque no ha dormido mal: se ha despertado alguna que otra vez, pero no le ha costado demasiado volverse a dormir; al fin y al cabo, subir y bajar por la cuerda le ha sentado bien. Esta mañana está decidido a no quedarse de brazos cruzados y, aunque no le sirva de mucho, como por algo hay que empezar, tratará de averiguar en dónde está. No sabe cómo va a hacerlo, porque sus únicos conocimientos sobre orientación son que la Estrella Polar señala el Norte y que el Sol sale por el Este y se esconde por el Oeste.

—Bueno, pues por allí que acaba de salir el Sol, está el Este. Y qué.

Don Severino ha salido al jardín a mirar, se ha encogido de hombros y ha vuelto a entrar en la cocina a hincarle el diente al trozo de cangrejo que le sobró ayer; con el estómago lleno se razona mejor. Mientras come no deja de asombrarse del excesivo tamaño del cangrejo, y entonces se le ocurre que podría buscarlo en la enciclopedia, seguro de que un bicho así no pasa desapercibido y consta con nombre y apellidos.

Lo ha encontrado rápidamente; en la definición de cangrejo hay uno que coincide por completo: su nombre común es cangrejo de los cocoteros, y dice que es un crustáceo tropical terrestre de gran tamaño, que vive en las islas del Pacífico Sur y el Océano índico...

—Ya está. Ya sé dónde están los puntos cardinales y, más o menos, la zona del globo terráqueo en la que me encuentro. Y ahora, qué. Ahora tengo que buscar comida y olvidarme de indagaciones.

Don Severino se ha contestado con firmeza; no quiere desanimarse viendo que sus pesquisas no le llevan a ninguna parte. De nuevo en el jardín, mientras coge las pocas cerezas maduras que hay en el cerezo, se fija en que una rama del eucalipto roza con una palmera llena de cocos. Le parece menos difícil subir por el eucalipto que por una palmera. De cualquier manera, antes de aventurarse a subir por el árbol, intentará conseguir comida de algún otro modo, sin jugarse la vida.

Todos los cubos que puso para recoger agua se han llenado gracias a la tormenta de ayer; además, las mantas y sábanas que tiene aún atadas para recoger agua están empapadas. Es hora de escurrir el agua y almacenar reservas; quién sabe cuánto tiempo estará confinado en la isla antes de que pase algún barco.

—¡Un barco! ¡Es un barco!

Ha levantado la vista mientras recapacitaba y ha descubierto un barco, justo enfrente, no muy lejos.

—¡Aquí, estoy aquí! ¡Socorro!

Se quita la camisa y la ondea al viento para hacerse ver, pero no sabe si le han visto o no. Entra corriendo en la casa a buscar el telescopio, sale, lo monta sobre el trípode, lo coloca en el suelo, pone el ojo en la lente y, agitando la camisa por encima de la cabeza, enfoca el barco y ve que en la cubierta hay gente bailando y riendo,

gente que saluda con los brazos en alto, otros que le miran con prismáticos y algunos que se han quitado las camisetas y las agitan igual que hace él.

—¡Son como monos! ¿Pero qué hacen saludándome? ¿Es que no se enteran de que les estoy pidiendo ayuda?

Mientras el barco se aleja, los turistas —o quienes quiera que sean— siguen contentos y felices, riendo y agitando la ropa, bailando y bebiendo. Don Severino continúa zarandeando con énfasis la camisa, pensando qué hacer para hacerse entender. Entonces mira hacia la casa y cae en la cuenta de que desde el barco no ven un náufrago, ven una casa en la playa y un señor que les saluda con la camisa en la mano.

Podría escribir algún mensaje en la pared para cuando pase otro barco; algo corto para que las letras fueran grandes: una sola palabra. Podría poner socorro o auxilio o help. ¿Y la pintura? En el taller tiene pintura que usaba para sus manualidades, pero no tanta, son botes pequeños. Se le ocurre que recortando en unas sábanas las letras a modo de plantillas y colgándolas en el perfil del jardín, se verían desde bastante lejos. Se decide por poner SOCORRO. Coge siete sábanas y recorta una letra en cada una. Luego, las cuelga clavándolas en la parte trasera de la casa, que es la que da al mar. Esta tarea le ha ocupado la mañana entera. Lo siguiente es bajar a ver qué tal se lee.

Como le resulta agotador y angustioso usar la cuerda para acceder a la casa y como no sabe cuántos días estará en la isla antes de que le rescaten, antes de bajar ha entrado en el taller a por todo lo necesario para construir una escalera. Ha cogido clavos, un martillo, un serrucho y, después de comprobar que la motosierra no funciona ha cargado con un hacha. No volverá a escalar por la cuerda. Además, si hace una escalera bastante larga, le servirá, si no para llegar a los cocos, sí para salvar el primer tramo del eucalipto, que es donde hay menos ramas para agarrarse. Luego, el problema estribará en el vértigo de la altura que padece don Severino. Sin embargo, si no le rescatan pronto, no le quedará otra alternativa que vencer el vértigo y procurarse comida. No cree que vuelva a tener tanta suerte como el primer día, que encontró un coco en el suelo y un cangrejo gigante.

Desciende por la cuerda, raspándose entero como siempre, y al contemplar su obra no se queda satisfecho porque, leyéndolo, no da la impresión de que haya alguien en una situación desesperada. Está muy bien hecho y las letras son demasiado grandes; más bien, parece que la casa se llame villa socorro, como si fuera una fonda o un refugio de marineros. Debería ponerlo también en inglés, sólo son cuatro letras, le sobran sitio y sábanas, y así estará más claro.

Al caer la noche, don Severino ya ha construido su escalera. Ha talado dos troncos de casi cinco metros y les ha quitado las ramas, que ha usado para hacer los peldaños. Falta colocarla en su sitio y probarla. Es madera dura y muy pesada, y le cuesta un gran esfuerzo moverla y apoyarla en el costado del jardín.

Una vez arriba, don Severino termina la última ración del cangrejo y se va a dormir.

* * *

La mañana está siendo nefasta. Don Severino pensó que lo más práctico sería sentarse en unas rocas que están en un extremo de la playa con la caña de pescar, y de esta forma estaría atento al paso de los barcos y se ganaría el sustento. Pero ni lo uno ni lo otro. Se dio de plazo hasta que el Sol estuviera en lo más alto: si para entonces no había sacado ninguna pieza del agua ni avistado ningún barco o, mejor dicho, si ningún barco le había avistado a él, se pondría a otra cosa. Lo malo es que la única opción que se le ocurre es intentar coger los cocos de la palmera que se besa con el eucalipto.

Hace mucho tiempo que el Sol rebasó su cénit, y don Severino aún está sentado con la caña. Ya no mira hacia el mar; está observando las rocas a ver si aparece algún cangrejo o cualquier criatura comestible. Si continúa esperando, antes de emprender la subida a los cocos, será demasiado tarde porque, por una parte, el ayuno le va debilitando y, por otra, quedan pocas horas de luz y, si ya le parece difícil de día, a oscuras se le antoja imposible.

Don Severino ha subido a la casa, ha izado la escalera con mucho trabajo, la ha apoyado en el eucalipto y se dispone a ascender sin perder un minuto más. Ha estado buscando una cuerda por el desván y ha encontrado una lo bastante larga como para partirla en dos mitades. Cuando se le acabe la escalera, se ayudará con las cuerdas; con una se atará al tronco del árbol, y la otra irá lanzándola a la rama que tenga encima. De esta manera tratará de alcanzar la rama del eucalipto que acaricia los cocos de la palmera. Luego, no hay más que arrastrarse por ella sin desatarse y arrancar los cocos.

La teoría, así expuesta, no presenta complicaciones. Pero la realidad es bien distinta. En teoría, no tardaría más de media hora en subir, tirar los cocos y bajar. En la práctica, lleva más de dos horas y sólo ha conseguido alcanzar la rama más próxima a la escalera. Ha estado abrazado al tronco, sentado a horcajadas sobre la maldita rama, sin atreverse a mover ninguna parte de su cuerpo, ni para atarse. Cuando, por fin, logró asegurarse al árbol y ponerse de pie, pasar la otra cuerda por la siguiente rama, sin caerse, fue mucho más difícil de lo que se imaginaba. Y subir por la cuerda, estando atado al tronco del árbol, eso sí que es un sueño irrealizable. Tras muchas consideraciones, opta por cambiar la técnica. No se atará al tronco, sino a la rama que hay sobre él, y no subirá por la cuerda, trepará por el árbol agarrándose a donde pueda.

Ha invertido una hora más en llegar hasta donde está atada la cuerda. La luz va decayendo, pero ya no puede volverse atrás. Repite la operación, desatándose y atándose a la rama siguiente, y cuando supera este tramo, que le sitúa a mitad de camino, la noche está oscura como boca de lobo.

¿Seguir... o bajar?

—Si al menos hubiera luna...

Pero no hay; las nubes la ocultan. Las mismas nubes que de un momento a otro, se van a poner a descargar agua, mientras don Severino continúa con su dilema: subir o bajar.

La disyuntiva se resuelve sola porque no hay nada que preguntarse; no es capaz de seguir subiendo porque no ve y, por este motivo, tampoco se atreve a bajar. Don Severino descubre que no había dos alternativas, sino tres, y será la que no ha sido mencionada la que se lleve la palma: tendrá que pasar la noche atado al árbol y esperar a que se haga de día para reanudar el ascenso si le quedan fuerzas, o para bajarse si no le quedan.

Empieza a diluviar justo cuando don Severino se iba a preguntar si todavía podía empeorar su situación, su más que desesperada situación.

Resignado, don Severino se ata al árbol y procura calmarse. Se estaba quedando dormido y ha sentido como si una mano le anduviera por la pierna. Creyó que se trataba de un cangrejo, pero al abrir los ojos se da cuenta de que es la araña más grande que ha visto en su vida. Se la ha quitado de encima de un manotazo, con tanta violencia que si no hubiera estado atado, se habría caído.

—¡Dios mío! ¿Es que en esta abominable isla todo es gigante?

A partir de ahí, la serenidad de don Severino se esfuma igual que la araña. Ha pasado la noche entera notando como si muchos bichitos le anduviesen por todo el cuerpo. No ha dejado de rascarse compulsivamente, buscándose entre el pelo, entre la ropa, dándose manotazos. Al final se quitó la ropa porque notaba algo dentro. Se la quitó sin desatarse del árbol. Lo más difícil fueron los pantalones; tuvo que poner las dos piernas en el mismo lado de la rama en la que estaba sentado y se resbaló y se quedó colgando de la cuerda. Para volver a su posición, se llenó de arañazos y, entonces, a los picores se sumó el escozor de las heridas, convirtiendo la noche en una interminable tortura. Ni siquiera se enteró cuando dejó de llover. Ha seguido con sus movimientos espasmódicos hasta el amanecer; con el *baile San Vito,* como diría su abuelo.

Don Severino está agotado, arañado, hambriento, desnudo y medio histérico; tiene barba de una semana, está escuálido, tembloroso y no deja de rascarse por todo el cuerpo. Además, le arden la espalda y los hombros, que se los ha quemado el Sol estos últimos días. Está hecho una pena y quiere bajarse del árbol cuanto antes, pero, si lo hace, no podrá ni querrá volver a subir. No tiene más remedio, ahora que ya se

ve, que seguir trepando para llegar a los cocos.

En uno de los árboles cercanos hay unos frutos similares a las cerezas, pero también están bastante altos y, además, no sabe si son comestibles.

—Habiendo llegado hasta aquí, no tiene sentido que me plantee cambiar de árbol, ni buscar comida en otro sitio. Los cocos están ahí arriba, y voy a cogerlos.

A velocidad casi cero, asciende por el árbol como uno de esos perezosos que se mueven muy despacio para no ser vistos, con la diferencia de que don Severino avanza poco, pero se mueve mucho.

A media mañana, consigue llegar a la rama que está horizontal y que lleva hasta los cocos. Al llegar, se tumba boca abajo, abrazado a la rama y atado a ella. Sin darse cuenta mira hacia el suelo y un escalofrío le recorre la espalda: ¡el vértigo!

—¡He de mirar hacia arriba!

Se abraza al eucalipto con todas sus fuerzas, mientras el paisaje da vueltas a su alrededor, incluso con los ojos cerrados.

Transcurre media hora antes de que se le pase el mareo. Inmóvil, sin atreverse ni a rascarse. Lo bueno es que le ha dado un poco de descanso a la piel; aunque no a los músculos, pues ha permanecido con el cuerpo entero en tensión, aferrándose con brazos y piernas.

Cuando se sobrepone, sigue progresando como una oruga por la rama hasta que llega a los cocos. Los arranca retorciéndolos y tira abajo más de una docena. En la palmera quedan más cocos, pero están lejos del alcance de don Severino. Es mediodía y lleva demasiado tiempo en el árbol. Es hora de acometer el descenso.

La bajada ha sido mucho más rápida que la subida; lo ha logrado en sólo media tarde. Además, cuando llegó a la escalera, se desató de la cuerda, y los últimos tres metros han sido de caída libre: ha resbalado en un peldaño y le han faltado las fuerzas para agarrarse. El trastazo ha sido el remate a las interminables horas de penurias que ha soportado para coger los cocos. No sabe si se ha roto algún hueso; él juraría que sí. Es lo último que ha pensado antes de desvanecerse. Luego, su cerebro se ha apagado y, ahora, en la misma postura en que ha caído, yace dormido o muerto.

Durante un rato don Severino continúa sin moverse, pero después, aún dormido, vuelve a la carga con sus rascamientos convulsivos. Debe de estar bastante mal, porque ha comenzado a llover y no se despierta.

Esta vez no es una pesadilla lo que despierta a don Severino, esta vez es el dolor; un dolor que le abarca el cuerpo entero. Le duelen los músculos, los huesos, la piel, la cabeza, el estómago, las manos, los pies. ¡Todo!

El suelo está mojado y la noche, oscura. Don Severino está famélico y tirita de frío. Se levanta despacio, palpando y examinando cada parte de su cuerpo. Cada vez que se toca en una parte, le duele en dos: en la parte tocada y en el dedo tocador. Pero como puede mover todas las articulaciones, es el momento de espabilarse y recoger el

fruto de su trabajo. Don Severino devora el primer coco que coge, y el coco le devuelve la vida. Luego, con más fuerzas, se pone a buscar los demás. Algunos han caído fuera del jardín; no quiere dejarlos ahí y que se los roben los cangrejos gigantes. Cuando los encuentre todos, se curará un poco y se acostará, convencido de que la noche y el día siguientes no pueden ser peores que los pasados. Ya tiene comida y los pies en el suelo.

CAPÍTULO OCTAVO

Ha estado dos días sin salir de casa. Sólo se ha levantado de la cama para comer y para hacer sus necesidades. No ha querido ni ver la escalera. Tiene el cuerpo entero magullado, pero ya se siente con fuerzas. Necesita pescar; no puede comer únicamente cocos. Además, haría bien en vigilar por si pasara algún barco, y así estaría entretenido.

En la pesca, la suerte le ha visitado de manera efímera. Usando un trozo de coco como cebo, ha obtenido una buena captura; pero cuando se disponía a dejar la caña y ya estaba saboreando su merecida comida, ha ido a coger el pez, y el pez ha desaparecido.

—¿Dónde está mi pez? ¡No es posible! ¿Quién anda ahí?

No hay nadie, ¿o sí ? A don Severino le extraña mucho que haya sido un cangrejo, porque estaba sentado en unas rocas y tenía la cesta con el pez muy cerca de él; en ese caso habría oído algo. Es una isla demasiado pequeña, por lo que es imposible que haya fieras; eso es lo primero que quiere meterse en la cabeza. A no ser que sea una bestia comedora de pájaros, porque pájaros sí hay. De todos modos, si es una fiera, no será muy grande. Lo que menos miedo le da es que haya sido un cangrejo; todo lo demás que se imagina es mucho más terrorífico. Porque podría haber sido una persona, pero ¿qué clase de persona sería tan ruin como para no presentarse y, encima, robarle su comida? ¿Quién podría vivir en una isla tan pequeña? ¡Un salvaje!, o quizá alguien que hubiera parado con su barco en la otra parte de la isla; ¡un pirata! Y ahí es cuando don Severino decide que lo más sensato y tranquilizador es pensar que ha sido un cangrejo y que no hay que darle más vueltas.

Mientras come un trozo de coco y unas cerezas, se dice que lo más urgente es salir de la isla; el ladrón que le robó el pez también se ha llevado la poca tranquilidad que tenía. Por eso, al terminar de comer, recorta la palabra HELP en otras cuatro sábanas y las cuelga delante de la palabra SOCORRO.

Hoy tampoco ha visto barcos, pero, si pasó uno, pasarán más y, por fuerza, alguno verá su llamada de auxilio. Durante toda la tarde ha estado asomándose a la parte de la isla que no se ve desde donde pesca y no ha encontrado nada: ni barcos ni personas ni fieras; sólo pájaros. Podría intentar coger unos huevos, aunque, de momento, no piensa volver a subirse a ningún árbol a no ser que sea absolutamente imprescindible. Tal vez esto ocurra antes de lo que cree, porque tampoco ha visto peces fuera del agua.

Con la noche, llega la lluvia; esta vez, con una aparatosa tormenta eléctrica y un viento que despeina la isla, como si los árboles —que, cediendo al empuje, se arquean para no quebrarse— fueran el cabello de un gigante del que sólo asoma la cocorota por encima del agua.

* * *

Don Severino y el Sol han salido a la vez para ver, los dos, un barco que navega cerca de la isla. El barco es similar al otro que vio y lleva idéntica derrota. El Sol no le da la menor importancia; don Severino, en cambio, no cabe en sí de alegría.

—¡Socorro! ¡Estoy aquí! ¡Aquí!

El telescopio está tirado en el jardín, aunque no hace falta usarlo para darse cuenta de que el barco no cambia de dirección. Continúa su inamovible rumbo, como si ni don Severino ni la isla ni la casa existiesen.

—¿Es que no me ven? ¡Socorro, aquí!

Ha montado el telescopio en el trípode y está mirando, igual que la otra vez, sin dejar de agitar en alto la camisa. Es increíble. Desde la cubierta le están mirando y hacen lo mismo que los del otro barco: se quitan la ropa y Ia ondean en el aire, imitándole. Se ríen, beben, bailan, brincan y cantan, y hasta le hacen fotos; todo menos parar.

—¿De qué se ríen esos desgraciados? ¡Oiganme, por favor!

Desolado, don Severino se da la vuelta para meterse en la casa y tirarse en la cama y, casualmente, repara en la grieta de la pared. La grieta que tantas veces midió. La grieta que se negó a crecer. La grieta que pudo haberle avisado de lo que se le venía encima. Al verla, la desolación se torna en ira.

—¡Tú me engañaste, grieta del demonio! ¡Tú me engañaste!

Mientras maldice, agarra el telescopio y la emprende a golpes contra la pared hasta que lo hace añicos, hasta que saca fuera la rabia. Luego, extenuado, se tumba y llora desconsolado y pesaroso por haberse dejado llevar y haber roto el telescopio, y no deja de repetir entre sollozos: «me engañaste, ¿por qué me engañaste?».

Cuando se repone, don Severino y el Sol siguen viéndose, pero ya sólo uno de ellos ve el barco. De pronto, ven, los dos, que la playa está llena de cocos tirados por todas partes. El Sol sigue su camino; ya nada le impresiona. Ha oído explotar planetas y ni siquiera se ha girado a mirar. Ya nada le interesa; dicen que busca a la Luna, pero las noches le aterran.

¿Y don Severino? Don Severino, en unos minutos, ha pasado de la alegría a la desolación, de la desolación a la cólera, de la cólera a la desesperación y de la desesperación, vuelta a la alegría sin pasar por ningún estado intermedio, y ahora está

como un niño que cumple años, y recorre la playa loco de contento, recogiendo sus regalos del suelo.

—¡Sí, del suelo! Ni más ni menos que del suelo. ¡Sol, mira lo que tengo!

Parece que, en esta pareja, uno le afecta demasiado al otro. Don Severino, póngase a la sombra.

Mientras recoge los cocos, don Severino encuentra una sábana tirada en la playa.

—¡Es la hache!

El vendaval de anoche no sólo tiró los cocos. Después de la hache, don Severino encuentra la ese y la ce. Al volverse a mirar la casa, comprende por qué no paró el barco: con las letras que han quedado clavadas puede leerse: ELP O ORRO.

—¡El porro! ¿Pero qué combinación de fuerzas demoniacas se han unido para dar al traste con todos mis planes? ¡Maldita sea! Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y ya que me has abandonado, ¿por qué no te olvidas de mí y me dejas tranquilo?

Don Severino está arrepentido de lo que ha dicho. Ha sido salir la última palabra de su boca y ya estaba arrepentido. La verdad es que ha sido una de cal y otra de arena: se han caído algunas letras, pero, por otra parte, tiene cocos para un montón de días. Sin embargo, don Severino se está rebelando contra algo o alguien, aunque ni él mismo sepa contra qué o quién.

Para olvidar el mal trago, ha estado recogiendo cocos por la isla; luego, ya más sosegado, ha colocado en su sitio las letras que se habían caído. La hache había sufrido algún desperfecto, pero la ha cosido con aguja e hilo. Ahora que ya está todo arreglado y dispone de provisiones en abundancia, comerá un poco y, aunque ya no tiene telescopio, dedicará el resto del día a escudriñar el mar por si avistara otro barco.

No ha pasado ningún barco; han venido, como casi todos los días, las nubes, dispuestas a descargar agua como si la isla de don Severino fuera el único sitio en donde llover. Lleva una hora pescando o, más bien, intentándolo, sin que la lluvia le quite de su quehacer.

—¡Llueve, cojones! Llueve cuanto quieras; descarga con gusto que yo de aquí no me muevo.

Este hombre está irreconocible; le está cambiando el vocabulario. Antes no hubiera usado una expresión así, y mucho menos hubiera hablado a los elementos o a quien hable. Es más, se diría que continúa pescando sólo por llevarle la contraria a alguien o a algo. Su sentido común le dice que lo apropiado sería resguardarse en la casa, que no es tan urgente pescar. Pero quizá sea precisamente contra el sentido común y contra ese tipo de cosas que exigen que todo siga siempre el camino marcado, contra lo que don Severino se está rebelando. ¿Dónde estaba el sentido común cuando la casa salió volando y acabó con la paz de su vida? Por aquí no andaba.

La tozudez de don Severino ha dado su fruto; después de más de tres horas mojándose, saca del agua una buena pieza. No esperará a que se la roben; además, es la hora justa de cenar, no queda mucho tiempo de luz y necesita ponerse ropa seca.

Se ha puesto un traje, que es lo único que había limpio. Debería lavar la ropa ahora que le sobra el agua. Antes de cenar, llena la bañera con el agua de los cubos y vuelve a colocarlos en su sitio. Mañana será día de limpieza; hará la colada y limpiará un poco la casa. Aunque sólo vaya a estar unos días en la isla antes de que le rescaten, no hay por qué estar rodeado de suciedad.

Don Severino no puede dormir. Está cansado, pero sigue dando vueltas en la cama a un lado y a otro sin conseguir conciliar el sueño. Ha creído oír un ruido, pero no quiere levantarse y espabilarse más, prefiere concentrarse en dormir. Si no, mañana estará rendido y no podrá estar ojo avizor por si aparece otro barco y las letras no están en su sitio.

—Habrá sido el aire.

En este instante, desde la cocina llega el ruido de una cazuela cayéndose al suelo. Y, además, no hace aire.

—Pues habrá sido... ¡El ladrón!

Está sopesando las dos opciones posibles: quedarse en la cama como un cobarde o salir al encuentro del ladrón y...

—¡No voy a permitir que un ladrón me robe en mi propia casa!

El miedo a que le quiten el medio pez que ha dejado para mañana le da valor suficiente para acercarse a echar un vistazo, pero no le da una linterna con pilas ni un arma para defenderse. Por lo tanto, bajará armado con su propio miedo, como si dijéramos, amedrentado hasta los dientes, pensando si el caco será persona, animal o cosa.

—¡Qué cosa ni qué narices! Yo no he pensado que sea una cosa. Será una persona o un animal; a no ser que sea un extraterrestre. ¡A ver! ¿Quién anda ahí?

Don Severino, su cabeza le está jugando una mala pasada; primero, piensa que puede ser una cosa, luego, lo niega y, al final, dice que un extraterrestre, y, por si fuera poco, habla usted solo.

—No estoy hablando solo. ¡Eh, tú, mangante saqueador! Identifícate.

De esta guisa ha llegado don Severino a la planta baja: hablando con sus pensamientos y gritándole al intruso, sea lo que fuere. En la cocina no hay nadie, ni animal ni persona ni cosa ni extraterrestre. ¡Ni peces!, tampoco está el pez. La cazuela está vacía, tirada en el suelo.

—¡Condenado ratero! ¿Cómo puede haber alguien capaz de robarle a un pobre náufrago? ¿Se habrá llevado los cocos?

Los cocos están en su sitio y no falta ninguno.

—Tiene gracia, estoy en una isla desierta y hay un ladrón. Será mejor que los

suba a la habitación; al menos por las noches estarán seguros. A no ser que...

Don Severino, ¿no volverá usted con lo de la cosa y el extraterrestre?

Y don Severino, al ver con qué claridad oye sus propios pensamientos burlándose de él, se pregunta si no estará volviéndose loco, o si tal vez no sea ya demasiado tarde para hacerse ninguna pregunta.

No, hombre, ¿cómo va a ser tarde?

—Sólo tengo que subir los cocos arriba y no pensar en nada.

* * *

Hace más de una semana que don Severino no divisa ningún barco. Tampoco el ladrón ha vuelto a dar señales de vida. Casi todos los días ha llovido durante la tarde y por la mañana ha lucido un espléndido Sol; un Sol lento que apenas se mueve de su sitio, como si se negase a dejar de ver a don Severino. Quizá la historia de este ser insignificante empieza a interesarle.

El tiempo avanza pesadamente sin que nada lo perturbe, lo detenga o lo acelere; don Severino dedica la mayor parte del día a pescar, y el resto, a dar paseos alrededor de la isla. Está perdiendo la confianza en que lo rescaten y convenciéndose de que si quiere salvarse, ha de ser él quien encuentre la forma.

Desde ningún punto de la isla se ve tierra, pero es probable que haya otras islas cerca. Si construyera una balsa y le acoplara una vela, podría echarse a la mar y dejarse llevar por el viento en busca de tierras pobladas; pero ¿cuántos días tardaría en encontrar tierra? Sería un suicidio. No hay por qué suponer que yendo en una balsa vaya a verle alguien aunque se cruce con él; si no le han visto cuando iba por el aire ni cuando iba a nivel del agua, ni le vieron en su ciudad cuando despegó del suelo, ¿por qué iban a verle en una minúscula balsa?

Todas las preguntas que se hace don Severino conducen a lo mismo: a nada, a no hacer nada, a procurar aguantar el máximo tiempo posible sin intentar nada que no sea sobrevivir.

Esta semana, sin sobresaltos y comiendo casi bien, Ie ha servido a don Severino para recuperarse. Las heridas y magulladuras que se hizo trepando por el eucalipto ya están curadas, y se siente más fuerte. Pero, por un lado, eI aburrimiento y, por otro, la impaciencia por ser rescatado están haciendo mella en su más que deteriorado equilibrio mental.

—No voy a construir una balsa para luego no atreverme a irme en ella. Y ¿qué significa eso de mi deteriorado equilibrio mental? Yo no estoy loco.

Al momento, don Severino se ha puesto a construir la balsa. Necesita hacer algo, lo que sea. Cuando oye voces, que no está claro si vienen de su propio ser o de fuera,

y se descubre contestándose, lo que de verdad le aterra es que él sabe que no habla solo, sino que responde a alguien. Y si, por ejemplo, oye unas voces que le dicen que es un apocado, capitán de los cobardes y un inútil incapaz de arreglárselas por sí mismo, y que va a morir por estúpido...

—Talaré unas cuantas palmeras para hacer la balsa y así, de paso, conseguiré cocos. ¿Quién es aquí el estúpido? Escogeré los árboles más rectos y los que más cocos tengan, haré cuerdas con tiras de sábanas o con mantas o con lo que encuentre, uniré los troncos y pondré un mástil con una vela. Ya me las arreglaré.

Don Severino no deja de hablar de lo que hace y de lo que va a hacer, para no oír las voces de dentro de su cabeza.

—No están dentro de mi cabeza. Eres tú, que no me dejas en paz y me insultas. Yo no estoy loco. ¡No estoy loco!

Vale, don Severino. Tranquilo, que no está usted loco. Ande, póngase un poquito a la sombra.

—¡Que se ponga tu padre!

Este último rifirrafe ha sido tan desquiciante para don Severino que, después, no ha parado de trabajar en todo el día y no ha vuelto a hablar consigo mismo, o con quien quiera que hable. Cogió el hacha y la emprendió a golpes con el primer árbol que eligió: una palmera bastante recta y repleta de cocos. Descargó sobre el árbol la tensión acumulada y, cuando finalmente lo derribó, no se detuvo a pensar, recogió los cocos y los guardó en la casa; después, cortó el tronco a la medida deseada y se dispuso a repetir el proceso: elegir otra palmera y derribarla a golpe de hacha.

Hasta que no estuvo exhausto, ya entrada la noche, no abandonó su tarea. Necesitaba que todas sus fuerzas le abandonaran antes de tratar de dormir, que no quedase en su cuerpo ni el mínimo de energía que se requiere para mover un cerebro, y durante unas cuantas horas lo ha logrado. Sin embargo, mucho antes de amanecer ya está despierto. Hoy, antes de retomar su faena con la balsa, se dedicará a pescar. Ayer sólo comió unos trozos de coco y tiene hambre.

La suerte vuelve a sonreír tímidamente a don Severino porque, nada más ponerse, ha sacado del agua un pequeño pez. No seguirá pescando; hará un fuego y se lo comerá sin dar tiempo a que se lo robe nadie. Está harto de esperar sentado con la caña de pescar en la mano y con la mirada perdida en la inmensa extensión azul.

* * *

El astuto ladrón, despojado de su orgullo, se ha atrevido a mostrarse. A plena luz y a cara descubierta, avanza hacia don Severino. El olor de la carne asada del pez guía sus pasos y, muy despacio, va acercándose implorando un poco de comida. Don

Severino no puede creer lo que ve.

—¡Un gato! Pero ¿tú de dónde has salido?

Un gato blanco con manchas negras. Un gato normal y corriente. Un gato común, desvalido y hambriento. Tiene una mancha negra en la cabeza que le cubre un ojo.

—¡Menudo pirata estás tú hecho! Anda, toma; come un poco.

Don Severino le lanza un pedazo del pez y el gato lo coge y sale corriendo sin volverse ni a dar las gracias.

—Me pregunto cómo habrá llegado hasta aquí este bandido.

Al acabar de comer, se da una vuelta por la isla. No cree que vaya a encontrar a nadie, porque si el gato es su ladrón, ya lleva más de una semana rondando por allí. De todas formas, tiene que asegurarse; podría haberse bajado de algún barco que hubiera en la otra parte de la isla, y él sin enterarse.

Nada. No hay barco ni cerca ni lejos. El gato debió de desembarcar de alguno que atracó en la isla antes de que él llegara; desde luego, no es un gato salvaje.

* * *

Don Severino ha tomado una decisión. Han transcurrido más de quince días sin que aparezca ningún barco. Después de estar toda la mañana oteando el horizonte, supo lo que debía hacer. Ahora está en la cocina cenando. Pirata está sentado a su lado como si le conociera de toda la vida; es más, parece que no sólo sepa lo que don Severino ha decidido, sino que, de alguna manera, está de acuerdo con él; le apoya.

Esta última semana se han hecho íntimos. Mientras don Severino pasaba el tiempo ocupado en construir la balsa, el gato no dejaba de observarle, le miraba y esperaba paciente la hora de comer. A don Severino le agradaba su presencia; desde que lo encontró, para no hablar con las voces, hablaba con el gato, llamándole por el nombre que le puso al primer golpe de vista. Así pasaron dos días, y al tercero, el gato también empezó a hablar con don Severino.

La primera vez que le habló, don Severino no entendía qué era lo que el gato le contaba, pero cuando notó algo que se deslizaba por encima de su pie y vio una serpiente que amenazaba con subírsele pierna arriba, comprendió lo que Pirata, con sus bufidos, sus pelos de punta y su lomo arqueado, quería decirle. Don Severino se quedó inmóvil, no respiraba. Pirata le hizo cara a la bicha, Con el cuerpo en tensión, se puso a su lado y le dio un par de toques con la garra en plan boxeador. La culebra, que estaba a punto de colarse por dentro del pantalón de don Severino (que seguía sin respirar ni parpadear), se volvió hacia el felino y le lanzó un mordisco que falló por poco. Pirata saltó hacia atrás y luego siguió acosándola, mientras la serpiente, furiosa, no dejaba de lanzar los colmillos hacia delante. De repente, la bicha, viendo que su

enemigo era más rápido, o quizá porque no era una serpiente venenosa o porque no comía gatos o quién sabe por qué dio media vuelta y se alejó entre la maleza, y don Severino no hizo absolutamente nada. Si no llega a ser por Pirata podría haber muerto por la picadura o, incluso, de un infarto a causa del susto. A partir de ese momento la comunicación entre los dos, una vez comenzada, fue tomando cuerpo y superando barreras.

—Toma, Pirata, come un poco más.

A mediodía, han dado juntos un paseo alrededor de la isla. La inmensidad del mar amenazaba con engullir el exiguo pedazo de tierra que pisaban, y don Severino se ha sentido indefenso, como flotando, como a la deriva. Ya no va a volverse atrás. Lo hecho, hecho está.

Tumbado en la cama, don Severino no puede dormir, va a ser una noche larga; está nervioso. No sabe por qué, pero algo le dice que lo que ha hecho funcionará, para bien o para mal; algo se lo dice y él se lo cree de lleno.

Tras el paseo, estuvo contemplando la balsa, lista para su botadura. Lo que más trabajo le había costado había sido encastrar en el piso el mástil para sujetar la vela, una vieja lona que había en el desván. Luego, con las hojas de las palmeras cortadas, le había hecho un sombrajo; y por último, un remo acoplado a la parte trasera: el timón, el doblemente inútil timón. Quizá fuera mejor dejarse llevar por el viento y llegar a cualquier sitio lo más pronto posible. Había invertido una semana entera en hacerla y, observándola, se dio cuenta de la doble inutilidad del timón; primero, porque no sabría hacia dónde dirigirse y, segundo, porque la balsa ya había cumplido su misión; ya había servido para cuanto podía servir, al menos a él.

Don Severino pasó el resto de la tarde cogiendo leña, subiéndola a la casa y apilándola en el garaje. Cuando creyó que ya tenía suficiente, recogió sus bártulos y algún coco que encontró por la playa.

—Pirata, ¿tú tampoco puedes dormir?

Pirata está acostumbrado a la gente y duerme encima de la cama con don Severino, que nunca ha tenido animales en casa. Nunca le han gustado. Pero con Pirata es distinto; para él, Pirata no es un animal, es un ente. No le habla como a una persona, sino más y mejor: le habla como si a la vez se hablase a sí mismo, y puede contarle lo que quiera sin temor a indiscreciones y, para alguien como don Severino, que nunca se ha abierto demasiado a nadie, es una experiencia nueva.

Al declinar el día, antes de subir por la escalera, le preguntó a Pirata qué prefería él. Le dijo: «Pirata, ¿tú qué haces, te vienes? Yo me voy. Si te quedas aquí, tal vez, con suerte, pase alguien y te encuentre; si te vienes, no te aseguro nada, pero no creo que vaya a ser peor que esto. Aquí te volverás loco si es que no lo estás ya. ¿Los gatos nunca os volvéis locos o qué?» El gato, con dos maullidos, le contestó a lo primero que sí y a lo segundo que no. «Los gatos somos como somos, ni locos ni

cuerdos, hacemos lo que nos manda nuestro yo, nuestras ganas, o llámalo como quieras; sólo hay una cosa, en cada momento, que los gatos queremos hacer y eso es lo que hacemos».

Mientras don Severino reflexionaba sobre todo esto, Pirata, de dos saltos, se subió al jardín. Desde allí vio cómo don Severino, con seguridad, ceremoniosamente, como si se tratase de un rito, desataba la cuerda que ató al árbol el día que llegó a la isla. Luego, le vio subir por la escalera y, al llegar arriba, le vio tirar de ella hasta que consiguió subirla al jardín.

* * *

A la mañana siguiente todo sigue igual. Don Severino se ha asomado a la ventana y lo ha comprobado; la casa está asentada en el suelo. Tenía la certeza de que no sería así y de que al despertar su situación sería distinta.

—Vaya, parece que mi idea no ha funcionado, eh, Pirata. ¿Tú qué dices?

El gato se rasca, se estira y maúlla. Y don Severino le entiende; pero por si no le ha dicho lo que pensaba de verdad, con una mirada penetrante se mete en la cabeza de Pirata y lee los pensamientos del gato de primera mano.

—Ya... tienes razón; habrá que esperar un poco más.

Don Severino está tan convencido de que su plan dará resultado que ahora le ha surgido un nuevo problema. Está tan seguro de que la casa, estando desatada del árbol, acabará por elevarse que ya no se atreve a bajar. No habría nada peor que quedarse en tierra, en ese mísero trozo de tierra, y que la casa se fuera sin él, que lo dejara tirado en medio del mar, sin un refugio y sin esperanzas de salir de allí.

—Lo siento por ti; ya sé que no te gustan los cocos. Pero no te preocupes, que ya habrá tiempo de pescar cuando la casa vuelva a coger su trayectoria.

Ahora el gato, cambiando el orden de las cosas, le mira, maúlla, se estira y se rasca.

—¡Cómo! ¿Que no sabes qué quiero decir con “su trayectoria”? Muy fácil, es la dirección que traía la casa antes de encallar en esta isla. Ten un poco de paciencia y ya verás como tengo razón.

CAPÍTULO NOVENO

Y al tercer día se levantó.

Y nuestra isla ya no es nuestra isla. El Sol ha sido el primero en darse cuenta. Al salir buscó la casa, pero no la vio. Y la Tierra, adormilada, como todas las mañanas, le preguntó: «¿A qué vienes?». Y el Sol: «Traigo el día». Luego, sin darle importancia, como quien mira sabiendo lo que va a ver, el Sol levantó los ojos y, justo donde esperaba, encontró lo que quería, pero siguió su camino; no se quiere entretener. Y la Tierra, despechada, cuando acaba la mañana, le pregunta: «¿Adonde vas?». Y el Sol: «A llevar el día».

La Tierra, celosa de que el Sol se fije en una sola persona y en un solo momento, no deja de ponerse delante, incitándole a mirarla entera. Pero entera al Sol no le interesa; le marea con tanta vuelta. El Sol prefiere mirarla por partes. Le divierte don Severino; sabe que ese inmundo mortal que ha sido capaz, sin saberlo, de rebelar un trozo de tierra contra su propia naturaleza, puede ser capaz de todo.

Y al tercer día se levantó. Pero han sido tres largos días de espera, sin nada que hacer y aguantando a Pirata con sus maullidos, sus miradas, sus estiramientos y sus rascamientos que, sin lugar a dudas, significaban que él (el gato), a medida que el tiempo iba pasando, iba perdiendo la fe en la teoría de don Severino.

—¿Ves como yo tenía razón? Te dije que saldríamos de allí.

Don Severino no estaba del todo equivocado, y la prueba es que al tercer día la casa se levantó. Sin embargo, estaba equivocado en parte, en la parte que se refiere a la trayectoria. Para comprender mejor la magnitud del error, se podrían agrupar todas las posibles trayectorias en sólo dos: las horizontales y las verticales, y meter todas en uno u otro grupo, según a qué se acercasen más; pues bien, la que traía la casa de don Severino era horizontal; ahora, en cambio, es como si la casa fuese una bola de billar que hubiese chocado contra la isla y hubiese salido rebotada, intentando decidirse por una de las dos opciones, y se eleva y se aleja, se eleva y se aleja.

Fuera, en la terraza, los dos miran el mar cada vez más lejano y sienten el movimiento ascendente. Suave, pero inequívoco.

El gato maúlla y le mira; ya no se rasca ni se estira, y don Severino sabe que le está preguntando que dónde están los peces que le había prometido.

—Tendrás que acostumbrarte a los cocos. Yo no tengo la culpa de esta nueva situación; ¡qué coño!, ni de esto ni de nada. Oye, Pirata, te estás pasando de la raya.

Y así, sin un maullido más alto que otro, comenzó a enfriarse la comunicación entre hombre y gato, y siguió enfriándose hasta que se congeló. Más tarde, coincidiendo con el reparto del último coco, se calentaron los ánimos; y con este proceso de enfriamiento y calentamiento, ocurrido a lo largo de muchos días, pero

agravado en los últimos por la falta de comida, llegamos a la situación actual:

El tiempo se ha detenido, pero no la casa; la casa continúa desplazándose. ¿A qué velocidad? Don Severino no puede calcularlo; le harían falta una medida de tiempo y una unidad de espacio como, por ejemplo, kilómetros por hora. Para lo del espacio, en el caso de los kilómetros, don Severino necesitaría ver algún punto estático, pero, por desgracia, no ve ninguno porque, como no se atreve a asomarse al borde del jardín ni quiere mirar por el agujero del wáter porque se marea, sólo ve cielo y nubes; por lo tanto, todo a su alrededor se mueve.

—Pirataaa, ven con Severinoooo.

Don Severino está buscando a Pirata, canturreando y con una mirada insólita.

Por otro lado, como el tiempo, personificado en el reloj del salón, se ha detenido, ya no se puede hablar de horas, sino de ratos o momentos. Quizá lo único más claro y más fiable serían los días; así que tenemos una velocidad de equis nubes por equis días. ¿Y la altura? Para saber esto, don Severino tendría que ver la tierra —o el agua, si va sobre el mar— y, además, saber calcularlo.

—Ven con papá, ven minino, miniiinoooo. ¿Quieres jugar? ¡Vamos a jugar!

A Pirata, su instinto le dice que desconfíe de don Severino; pero a Pirata, un gato con nombre y que, a causa de vivir entre humanos, ha perdido el respeto a sus instintos, la curiosidad le puede.

Algunos días las nubes van en dirección contraria a la casa, y don Severino cuenta nubes sin parar. Otros días las nubes van en el mismo sentido y a ratos acompañan a la casa o se quedan atrás o la adelantan, y don Severino se fija en sus formas para poder reconocerlas por si se cruza dos veces con la misma nube. ¿Debería restar las que le adelantan de las que se le cruzan para averiguar la velocidad que lleva la casa? Y, si la cuenta sale negativa, ¿qué querría decir, que va más despacio o que va hacia atrás ?

Y estas preguntas y muchas otras, bastante menos comprensibles, se juntaron con las preguntas atrasadas que conservaba don Severino amontonadas en la cabeza y se entrelazaron y construyeron puentes, túneles y caminos. Don Severino, después de recorrerlos todos, encontró una vereda y, al final, una más angosta y sinuosa senda que le llevó hasta una puerta. Es la puerta de la locura, y don Severino acaba de traspasarla con decisión y dando un portazo. Nosotros nos vamos a quedar fuera, esperando a que regrese. A partir de aquí veremos lo que hace su cuerpo, oiremos lo que dice, pero no sabremos lo que piensa, por que detrás de esa puerta sólo don Severino va a saber lo que hay, y quizá cuando vuelva, si vuelve, nos lo cuente.

—Mira lo que teeengoooo. ¿Para quién es este pececiiitoooo?

Don Severino lleva algo en la mano extendida hacia delante, y Pirata, al verle agachado, se olvida por completo de su instinto, que le dice que si ahí hubiera un pez, olería. Y mientras con su último maullido le pregunta literalmente a don Severino:

«¿Qué te pasa, tarado? ¿Crees que voy a comerme un trozo de cartón?», don Severino, con un rápido movimiento, ensarta a Pirata con el cuchillo grande de la cocina y lo deja, con sus últimas palabras y también literalmente, clavado al parqué.

Las tres primeras vidas salen corriendo del gato como alma que lleva el diablo, y cuando le llega el turno a la cuarta, es el gato el que sale corriendo más deprisa todavía y con el cuchillo atravesándole el cuerpo. Se ha pasado las tres últimas vidas corriendo por toda la casa, salpicando de sangre las paredes y saltando por encima de los muebles hasta que ha escapado el último aliento de su boca, según parece, al mismo tiempo que la última gota de sangre.

—Pirata, esta noche, la cena la hago yo.

Y efectivamente, después de hacer añicos el reloj de pared del salón y hacer un fuego con él sobre las baldosas de la cocina, don Severino se ha cenado a Pirata.

* * *

Como si alguien hubiera cortado los imaginarios cables que la sujetaban, la casa de don Severino, de pronto, comienza a caer. Don Severino, mientras tanto, no se da cuenta de nada; sus pies se han levantado del suelo y está flotando por la casa. Las sillas, la mesa, los sillones, el sofá, la televisión... todo en el salón está levitando. Y es que la casa cae a la velocidad exacta para provocar que en su interior se produzca un efecto de falta de gravedad, y don Severino, lejos de asustarse, va dando saltos de pared en pared y andando por el techo. Sus cuerdas vocales emiten ruidos que de ninguna manera podrían ser denominados palabras. Es un alarido continuo, sólo interrumpido por las carcajadas salvajes, que no parecen de un hombre, sino de un demonio que hubiera cometido la peor de las maldades y lo estuviera celebrando.

Apenas a un centenar de metros de altura, la velocidad disminuye bruscamente y don Severino, igual que todo el mobiliario de la casa, se queda pegado al piso. Al terminar la terrible frenada y sin pararse un instante, la casa comienza a ascender a la misma velocidad a la que bajaba, con lo que don Severino, que ni siquiera puede respirar, está aguantando el peso de una gravedad muchas veces aumentada por la rapidez del ascenso. Empleando todas sus fuerzas, intenta incorporarse, pero le es imposible despegar del suelo ni un solo miembro de su cuerpo, No se sabe si se está riendo o es que tiene la cara crispada, pero asusta verle con esa mueca, asomando los dientes y con los ojos abiertos de par en par, que parece que vayan a salir disparados contra el techo. De repente, don Severino estalla otra vez en esa extraña carcajada que recuerda más a un aullido que a la risa, al tiempo que empieza a levitar nuevamente. Y es que la casa, al llegar a un determinado punto, vuelve a caer a toda velocidad.

Y ahí está don Severino flotando. No hace otra cosa: flota, aúlla, se carcajea y recorre la casa de pared en pared. Ahora, sale a la terraza y la casa acelera todavía un poco más, como si quisiera desembarazarse de él. Y como si de un rodeo se tratara, don Severino se agarra a la barandilla y se queda totalmente vertical con la cabeza abajo y los pies en alto, mientras la casa sigue acelerando, y así hasta que, sin previo aviso, la casa frena y el batacazo es de impresión. De nuevo, mientras la casa —que aparenta rebotar contra la superficie terrestre, pero que no llega a tocarla— reanuda su velocísimo ascenso, don Severino se queda pegado contra el piso de la terraza, esta vez, bocabajo.

Y allá va la casa, como un cohete, arriba y abajo sin parar un solo momento y sin que a él parezca importarle lo más mínimo. Se diría que disfruta igual cuando flota por la casa que cuando se queda adherido al suelo casi sin poder respirar.

Al cabo de varias horas dando botes, la casa se estabiliza en una altura, pero ha empezado a moverse horizontalmente a muchísima velocidad. Con su errático deambular, bien hacia el Este o el Oeste, bien hacia el Norte o el Sur, todo se ha trastornado. Ya no se puede hablar de mañanas, de tardes ni de noches. El Sol sale y se mete sin ningún horario: lo mismo a media mañana (lo que antes era media mañana) el Sol sale corriendo, y se hace de noche rápidamente, que lo mismo retrocede y desamanece. Hay ocasiones en que la casa persigue al Sol y avanza en un prolongado ocaso; otras veces huye de él, convirtiendo el día en una eterna aurora; y otras, el Sol sale y se mete, sale y se mete, como si fuera un amanecer-atardecer intermitente.

Por suerte, a don Severino no se le ha ocurrido salir al jardín, porque alrededor de la casa corre un auténtico huracán. Dentro, por el contrario, la velocidad no se aprecia; al menos él no se entera. Él se pasa el día vistiéndose y desvistiéndose y entrando y saliendo de la cama según sale o se mete el Sol. Cuando está fuera de la cama, se dedica a cambiar la ropa del armario al baúl y del baúl al armario. Y como un día (lo que antes era un día) está en un hemisferio y al siguiente en el otro, invierno, primavera, verano y otoño se han fundido en un gazpacho que sólo don Severino sabe apreciar. Se levanta, se acuesta, se arropa, se destapa, quita las mantas de la cama, las vuelve a colocar, se vuelve a levantar, se pone el abrigo, se lo quita, se pone la ropa interior de invierno, la de verano, otra vez la de invierno. Todo esto a tal velocidad que es difícil, sólo con palabras, ofrecer una imagen tan movida. ¡Un verdadero trajín! Dentro de su cabeza no sabemos qué sucede, y la verdad es que quizá estemos mejor sin saberlo, porque —aunque no dice nada— entre el tejemaneje que se trae y la cara, que con las subidas y bajadas se le ha quedado tensa, da miedo imaginarse lo que puede pasar por esa cabecita.

Algo más ha variado en la forma de trasladarse de la casa. Si antes se movía siempre hacia delante (suponiendo que la puerta de entrada a la casa sea la parte

delantera), ahora, cada vez que cambia de dirección, no gira, sino que, aleatoriamente, avanza de costado o hacia atrás o en oblicuo. La prueba está en lo que acaba de suceder: una mañana de verano, un estruendo de cristales rotos viene del piso de abajo. Don Severino, al llegar, se encuentra un ganso que, después de atravesar una de las ventanas del salón, se ha estampado contra la pared de enfrente. Don Severino está intentando cerrar la contraventana, porque por donde se ha colado el ganso, irrumpe concentrado todo el huracán que antes rondaba el jardín y no se atrevía a entrar. Mientras don Severino se debate en medio de un ciclón en el salón de su casa, un súbito frenazo y un drástico cambio de dirección casi le hacen salir disparado por la ventana. Afortunadamente, puede sujetarse al marco y, gracias a otra repentina variación del rumbo, consigue cerrar la contraventana. Luego, se dispone a prepararse no se sabe si el almuerzo o la merienda o el desayuno, porque en lo que ha tardado en hacer fuego con unas cuantas tablas de las muchas que hay esparcidas por el salón y en asar el ganso, ha oscurecido, ha amanecido, ha atardecido y hasta ha empezado a hacer frío.

Repentinamente, una noche de invierno, la casa comienza a dar vueltas sobre sí misma. A ratos gira despacio, pero a veces lo hace a tal velocidad que la fuerza centrífuga mantiene a don Severino pegado a las paredes sin poder moverse, y con los muebles queriendo quitarle el sitio. Don Severino lucha con los muebles para que no le aplasten contra la pared y, cuando la velocidad de giro decae, aprovecha para desprenderse del tabique y proseguir con sus ocupaciones. Pero ahora, una tarde primaveral, de nuevo la casa vuelve a caer vertiginosamente haciendo molinetes mientras sigue desplazándose a gran velocidad; antes de chocar, rebota y vuelve a subir como si fuera dando gigantescas zancadas, y don Severino flota, se arrastra, se queda pegado al parqué o a las paredes, sin dejar de cambiarse de ropa y de meterse y salir de la cama al ritmo que le marcan los días y las estaciones que se le antojan a la casa.

* * *

Es difícil decir cuánto tiempo ha estado la casa zarandeando a don Severino. Si han sido sólo unas horas o varias temporadas es cuestión de criterio. Lo cierto es que la casa ha ido aminorando la velocidad, olvidándose de girar y manteniendo una altitud estable, dejando con ello que todo vuelva a retomar su ritmo; incluido el Sol, que ahora ya sabe a qué hora levantarse y cuándo irse a acostar. No está acostumbrado a estos desmanes y no le gusta que se tome a broma su horario; o es de día o de noche, o asola la canícula o pasma el invierno, pero todo con su conveniente

tiempo de preparación y su debido protocolo; no le gustan estas faltas de rigor. Además, se estaba volviendo loco, víctima del *jet lag*, que como no podía con don Severino se había ensañado con él. ¡Con él, que ni siquiera sabía lo que era! Pensaba que era algo así como la *jet set*, un tipo de gente rarita; pero no, no es eso, es el desfase que sufre nuestro reloj biológico al viajar en avión entre lugares con diferentes husos horarios. Claro, por eso la gente dice *jet lag*, para acabar antes. ¿Para qué tanta explicación? Soy de la *jet set* y tengo *jet lag*, punto final. Y, si se quiere ser pesado, se puede decir más veces en menos tiempo: *jet lag, jet lag,* tengo *jet lag*, y aturde muchísimo más.

Mientras el Sol —que sí que es verdad que se estaba volviendo loco— sigue abstraído en sus desvarios sociolingüísticos, y gracias a la nueva estabilidad de la que goza la casa, don Severino ha podido salir al jardín sin que se lo lleve el aire. Claro, que él ha salido sin pararse a mirar si se podía o no; si no ha salido antes, ha sido porque estaba entretenido en sus quehaceres domésticos. Pura casualidad.

Don Severino está sentado en el borde del jardín con los pies colgando y parece buscar algo en la lejanía. Debajo de él hay un mar de nubes, una inmensa llanura ondulante. ¿Qué es lo que ve? ¿Ve un mar o una llanura? Lo único seguro es que, por la manera que tiene de vigilar el horizonte, no ve nubes. ¿Qué es lo que busca tan atentamente?

De vez en cuando se queda contemplando el eucalipto. Lo observa desde abajo hasta arriba, escrutando el árbol. Al llegar a lo más alto, mira hacia delante y otra vez a la copa del árbol como haciendo algún cálculo. Pero no hay forma de saber lo que acaece tras esa mirada zulú. Una mirada de loco que da miedo, no por lo salvaje ni por lo turbada, sino por lo decidida. Al menos, no mira hacia abajo.

A lo lejos, un avión de pasajeros sale de entre las nubes, permanece un momento por encima de ellas y luego vuelve a desaparecer. Don Severino lo ha visto y se le ha crispado la cara.

—¡La ballena blanca, la ballena blanca!

Pues ya sabemos que don Severino lo que ve es un mar; sí, un mar con ballenas y todo.

—¡A ver, el vigía! ¡Mirad bien todos! ¡Hay ballenas por ahí! ¡Si veis una blanca, a partirse él pecho gritando!

Parece que don Severino se cree el capitán Ahab persiguiendo a Moby Dick. En principio no es una locura demasiado peligrosa, a no ser que pase algún avión cerca y le dé por arponearlo.

—¡Yo mismo seré el primero en ver a la ballena!

Con paso firme, entra en la casa y sale cargado con tablas, clavos, cuerdas y un martillo. Ha estado rebuscando por toda la casa mientras iba diciendo incoherencias.

—¡Cía! ¡La ballena blanca chorrea sangre espesa!

Se ha subido al eucalipto y está clavando tablas y atando cuerdas de rama a rama para poder seguir subiendo. Está a más de veinte metros del suelo y las ramas empiezan a ser más delgadas. Encima de dos ramas que salen del tronco a la misma altura, ha clavado unas tablas y se ha sentado a vigilar el horizonte de nubes. Aparentemente, no le molestan demasiado las ramas que le quitan visibilidad, si no, lo próximo será desmochar al pobre árbol.

CAPÍTULO DÉCIMO

Hoy, esta mañana, una mañana que podría haber sido como cualquier otra, ha preferido, sin embargo, ser una mañana única y no parecerse a ninguna; y lo ha conseguido, porque esta mañana don Severino ha regresado de donde estaba: de la locura.

Ha vuelto así, sin más, como el que vuelve del supermercado: tranquilo porque ahora tiene todo lo necesario, y sabiendo que, si ha sido capaz de regresar, ya no habrá nada que perturbe su calma ni nada que le atemorice ni le detenga. Ha colocado cuidadosamente, en los estantes de su alma, las nuevas provisiones con las que a partir de ahora alimentará su espíritu y ha sabido, desde este momento, que ya nunca sufrirá ninguna carencia. Y como un millonario que posee más dinero del que nunca podrá gastar, ha decidido dedicar el tiempo a derrochar su flamante fortuna.

Don Severino abre los ojos, y es una persona nueva que abre unos ojos sin usar y que descubre un mundo nuevo tan cargado de colores que está seguro de no haberlo visto antes; lo recordaría. Tampoco recuerda haber respirado el aire que ahora le llena de vida los pulmones, y las narices, de olores; le sabe distinto, y cada bocanada es nueva. Luego, intenta notar sus instintos y lo primero que advierte es que ese aire que tanto le sacia no le alimenta el estómago, y siente el hambre acumulada en los días de escasez: un hambre de recién nacido. Sabe que en la casa no hay comida, pero no le preocupa; se dice que sólo es un problema y se hace el siguiente razonamiento: ¿Qué es un problema? Un problema es algo que conlleva una solución. Vale, pero ¿y si no hay solución? Entonces no es un problema, es otra cosa. Y entonces... qué era lo que yo tenía, que ya no me acuerdo... ¡Ah, sí!, un problema; bueno, pues... en ese caso, habrá una solución. Y, buscándola, don Severino pregunta al instinto que tiene más a mano —que no es precisamente el del tacto, como quizá sugiera la expresión, sino el de la vista— y, sin más conjeturas ni preámbulos, empieza a comerse el seto de su jardín, de su querido jardín, que ahora le sustenta, en el más amplio sentido de la palabra sustentar.

Mientras pace, cobra conciencia de que toda su vida ha querido tener un huerto, un huertecito como el del poema: «Y yo me iré, y se quedarán los pájaros cantando; y se quedará mi huerto con su verde árbol y con su pozo blanco...»

No sólo eso, está convencido de que no querría hacer ninguna otra cosa que no fuera cultivar un huerto y alimentarse de él. Así que entra en la casa a por el libro en donde está el poema, lo coge, vuelve a salir al jardín, se quita la ropa para alimentarse con el primer sol de la mañana y no deja de leer y releer el mismo poema hasta que, imaginándose el huerto, su huerto, se da cuenta de que está escarbando y removiendo la tierra que hay delante de él. Y es que como ha estado en la locura, ha aprendido a ir con mucha facilidad de lo imaginario a lo real y viceversa. Coge la tierra a puñados,

la huele, le habla, la saborea y la traga, y sigue cavando y aparece una lombriz, que sufre idéntico proceso: es cogida, olida, hablada, saboreada y tragada. Y, mientras la mastica, siente que su propia vida le pertenece y que el tiempo entero del mundo también le pertenece.

Don Severino ignora cómo se las apañará para sembrar algo, pero, ahora que se sabe con la despensa de los pensamientos repleta, no le preocupa eso; intuye que encontrará la solución y continúa arando el suelo con las manos, concentrado en lo que hace, sin dejar que sus pensamientos vuelvan a alejarse de él, ahora que ha adivinado que son lo único que necesita.

* * *

A don Severino le están creciendo el pelo y la barba; él lo nota. Ultimamente se dedica sólo a eso, a notarlo.

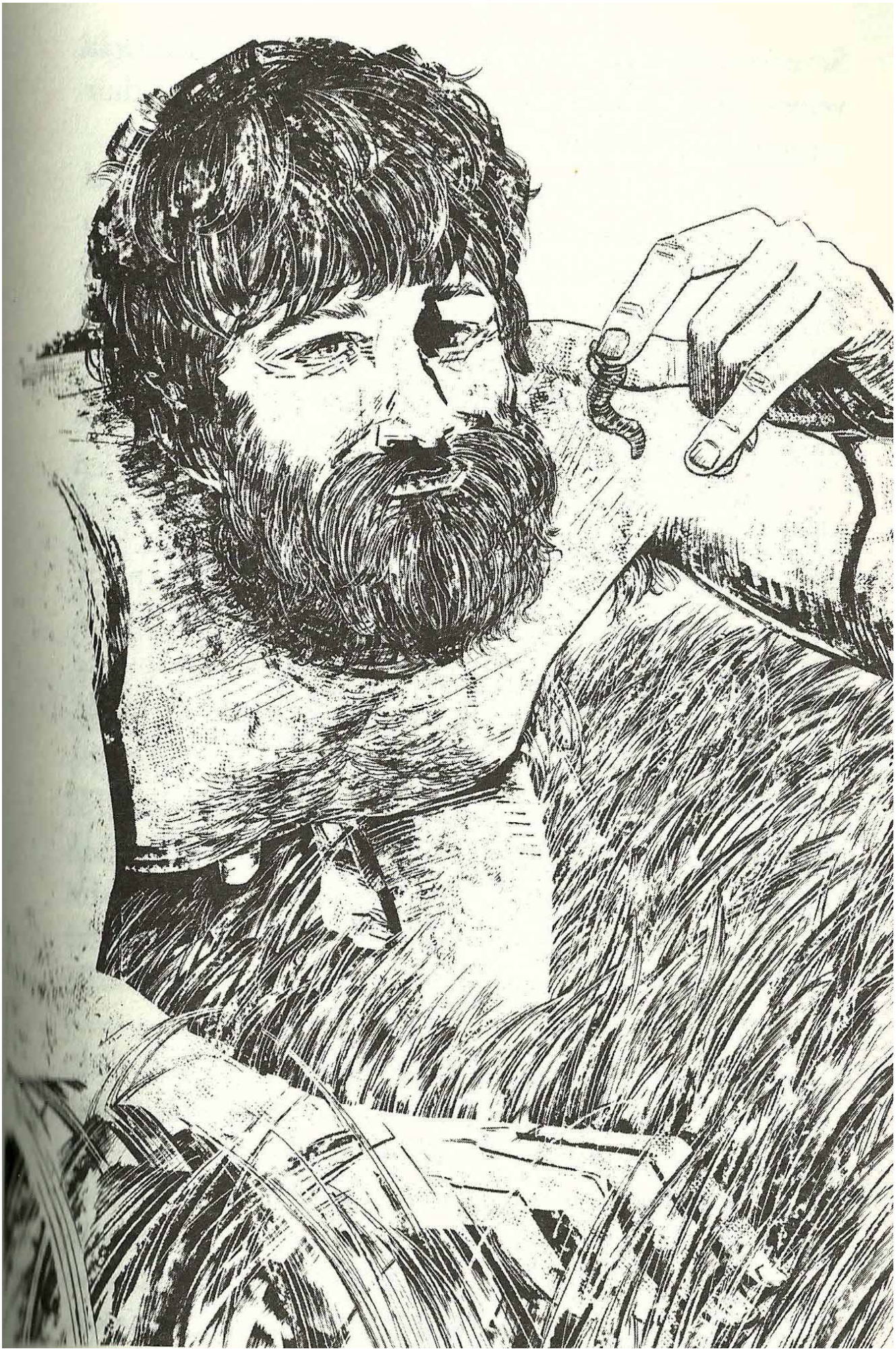
Hace dos días, mientras vagaba por la casa observando sus enseres como si los viera por primera vez, se vio en el espejo de la entrada y se encontró diferente. Llevaba semanas sin afeitarse o, quizá, meses. Nunca antes había tenido barba ni bigote ni el pelo tan largo. La transformación, desde la última vez que se había mirado a un espejo, era tan grande, y por dentro se encontraba tan distinto, que no sintió ningún rechazo por su imagen; al contrario, supo que le pesaba el tiempo perdido. ¿Por qué no había sido consciente del cambio? Cuando hizo la cuenta del tiempo perdido, del tiempo que no se había ocupado de sí mismo, de su mismidad, contó días, semanas, meses... ¡años! Y no pensó más que en recuperarlo a toda costa. Se propuso empezar por lo que podría distinguir con más claridad: sus pelos, sus miles de pelos de todo el cuerpo. No se perdería detalle. Lo próximo serían las uñas, crecería con ellas. Luego, bogaría por el torrente sanguíneo de sus venas y espiaría las comunicaciones secretas de sus células. Pero, de momento, se dedicaría a los pelos, exclusivamente a los pelos.

Aunque le costó situarse, paso a paso se fue integrando, metiéndose dentro de sí y confundiendo cuerpo y mente. Hasta que no estuvo seguro de que sentía medrar cada pelo de su cuerpo, no pasó a lo siguiente. Y de este modo, sin apenas dormir, ha estado dos días, decidido a aprovechar el tiempo, pendiente sólo de sí, recorriéndose entero y empeñado en verse crecer; y así continúa: sentado en medio del jardín sin hacer nada que no sea notarse.

* * *

La casa se ha contagiado de la paz que invade a don Severino; no se ha detenido, pero ya no se aprecian ni la velocidad ni las alteraciones del rumbo. Todo es un fluir tranquilo y constante.

Don Severino sigue aricando su precoz huerto, el huerto que le alimenta desde que se puso a escarbar. No ha plantado nada todavía, pero no dejan de salir nutritivas lombrices cada vez que remueve la tierra. De todas formas, a esta labor dedica poca parte del tiempo; la mayor parte la pasa ensimismándose, contemplándose, captando su propia esencia, su olor, su aura.



Por otro lado, el desplazamiento de la casa le da a don Severino una sensación de cambio continuo. Está comenzando a comprender que no está en su mano parar la casa, igual que no le es posible parar el tiempo. Y ha sido el movimiento el que le ha dado la solución: sí puede sujetar el tiempo porque el tiempo no se compone de pasado, presente y futuro, como antes creía. El tiempo no es una mesa con tres patas. No. El tiempo es algo en movimiento, es una rueda que gira sobre un eje. Esa es la solución. Para detenerlo hay que meterse dentro de él, instalarse justo en el eje y dejar que todo dé vueltas alrededor, sin apartarse un segundo —ni hacia delante ni hacia atrás— del presente más absoluto.

Después de acoplar la velocidad de la casa a la de la rueda del tiempo, don Severino ya no necesita recuperar ningún tiempo perdido porque ya sólo cuenta lo que hace en cada instante. Y como ya puede dedicarse a lo que quiera, ha empezado a interesarse por lo que está fuera de él y se asoma a ver el mundo, y vaya adonde vaya y sea el día que sea, para él, todo es un único momento de lugares diferentes.

* * *

¡Qué distinto se ve el mundo a través de la taza del wáter! No parece el mismo; a don Severino, de hecho, no le suena de nada. Y es que, aunque sea una contradicción y don Severino se sienta henchido y atiborrado, la verdad es que está plenamente vacío. Para entenderlo mejor, habría que comparar la cabeza de don Severino con un ordenador, y entonces se podría decir que el disco duro se le ha borrado por completo y que no ha quedado un solo dato. Por eso lo que ve no está contaminado por prejuicios ni pasiones y no puede analizarlo basándose en experiencias anteriores. Si, por ejemplo, ve —como está viendo ahora— un pueblo en fiestas, ve una situación normal y cotidiana; como si los aldeanos llevaran la vida entera bailando al son de la orquesta, evolucionando como planetas eternos. Es como si esa imagen fuera la primera imagen de su vida, lo primero que se percibe al nacer; por tanto, se siente en su salsa. Y aunque contempla el mundo como una película de miedo sin música de fondo y no comprende lo evidente de las cosas, lo que ve no tiene filtro alguno, pasa puro de los ojos a la carne, sin atravesar el cerebro y sin sufrir ninguna alteración. Por eso no entiende nada, pero todo le alimenta: ve unos monigotes dando brincos de alegría y borrachera, y se pone contento y feliz. Ahíto y ebrio.

Cuando deja de ver el pueblo, le queda una extraña nostalgia de lo desconocido; ha degustado su sustancia y le resulta familiar. Siente nostalgia de bailar en el medio de la pista como nunca ha hecho y, acordándose de la orquesta, siente nostalgia de los escenarios, sin haber pisado jamás ninguno. Y mientras se aleja, siente nostalgia por todo lo que no ha conocido.

* * *

La imagen: un blanco perfecto.

Don Severino está aprendiendo a pensar otra vez desde el principio. No desde que nació, sino desde el principio del pensamiento.

—Es un blanco perfecto. —La imagen se ha convertido en palabras.

En la cabeza de don Severino ya no hay diferencia entre ética y estética. No distingue entre fondo y forma. Estos conceptos, que son inseparables, puesto que todo tiene una realidad y una apariencia, para don Severino son conceptos solidarios: uno cualquiera de ellos representa a la totalidad de los dos. Su mente va más allá de entender, va más lejos. Analiza las situaciones como una cámara de fotos: recoge la imagen, atenta a cada modificación de la luz, y la imagen recogida se convierte en la realidad. A una máquina de fotos le da igual retratar dos nubes chocando que un toro corneando. No distingue la diferencia entre lo vivo y lo muerto, pero apunta cada movimiento, cada embestida, todos los rasgos. A la máquina, la imagen le basta, la estética le vale. Para ella la forma es suficiente. Eso es lo que le pasa a don Severino, y no deja de pensar que lo que está viendo es un blanco perfecto.

Abajo, en el suelo, el cuadro es tal como lo pinta don Severino: una multitud compuesta de negros —de pequeños negritos con sus mamás negras, negros viejos y jóvenes con sus novias negras y con sus amigos negros— rodea un círculo rojo formado por los Cardenales de Su Santidad, que son los que enmarcan al blanco perfecto.

Don Severino, abismado en el retrete, analiza la situación. Debería hacer algo para que se enterasen de que está encima de ellos, y además lo que está viendo es un blanco perfecto. Por otro lado, lo malo y lo bueno son otros dos conceptos que, para él, han perdido lo que los diferenciaba. Lo bueno es la buena puntería, y lo malo... también. Lo malo es lo que don Severino planea hacer con el blanco perfecto. Quiere acertarle de pleno. Lo bueno es que tiene ganas de hacerlo. No sabe por qué; seguramente porque a don Severino, que está aprendiendo a dejarse llevar por el instinto y descifra la realidad por las noticias que de ella le dan las imágenes que ve, su instinto y las imágenes le están hablando de que está en el wáter y de que tiene debajo una diana y con qué disparar.

Dicho y hecho: se baja los pantalones, se sienta en el inodoro, espera a que la casa pase sobre el centro de la diana y... ¡Uy, por qué poco ha fallado su plan! Don Severino no se había percatado de la burbuja de cristal que aísla a su víctima de todo mal, y la mierda se ha estrellado contra el cristal antibalas del *Papamóvil*, salpicando los inmaculados ropajes del pomposo séquito. Los cardenales no osan mirar hacia

arriba. Saben lo que es, pero están en una explanada sin ningún edificio cerca y nadie puede haberles tirado eso. Nadie, sino...

Todos han pensado lo mismo: que siempre habían creído que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, pero no se esperaban que la semejanza llegara a esos extremos. ¡No es posible que el Mismísimo se les haya cagado encima! Pero, si ha sido así, no van a ser ellos los que miren al cielo pidiendo explicaciones. Han oído el golpe y han visto la mierda estampada en el cristal y sus ropas asperjadas con lo que suponen Sagrada Hez, y han resuelto a un tiempo, en décimas de segundo, que lo mejor es mantener el extraño suceso en secreto. Nadie hablará con nadie de lo que allí ha sucedido. Todos disimulan y, como si no hubiera pasado nada, siguen con su actuación salutatoria, con pena en el corazón por no poder gritarle al mundo que por fin poseen una prueba irrefutable de la existencia del Altísimo, con alegría de sentir reforzada su fe, y un poco extrañados de que la semejanza de la que les habían hablado llegara hasta el inconfundible olor de la mierda.

Al Papa, la burbuja aislante que le rodea no le ha dejado oír el golpe ni apreciar el olor. Tampoco nadie le cuenta lo ocurrido; no quieren preocuparle. Bastantes problemas tiene él ya con tratar de convencer a los inmorales y lúbricos negros de que no se pasen el día fornicando y usando esos condenados métodos anticonceptivos.

* * *

En el coche, de camino a casa, de vuelta de la estación, a Abdón le asalta una duda: no recuerda bien si cerró la puerta del jardín que separa a los perros. Tuvo que salir tan deprisa que no se acuerda de lo que hizo. La hembra se ha puesto en celo, y el macho, como todos los perros, siempre está en celo, aunque no lo sepa. La hembra se llama Linda y es una bóxer de cuatro años, y el perro —un animal joven que se encontraron abandonado y que aún no debe de haber cumplido el año— es de una raza indefinida, compendio de muchas otras. Al perro, el nombre se lo puso Andrés, el pequeño; se le ocurrió hacer un acrónimo usando la primera sílaba del nombre de cada uno de los cuatro de la familia, y el resultado fue increíble. Con la primera combinación que hizo, surgió el nombre, y aunque suena fatal —porque lo cierto es que a pesar de que llevan más de tres meses gritándolo de continuo, sigue sonando mal—, a todos les sorprendió tanto la coincidencia que no se atrevieron a negarse. Además, Dolores, que siempre estaba en contra de lo que decía su hermano, dijo que aunque, inexplicablemente, no se le hubiera ocurrido a ella, era la mejor idea del mundo. Hacía tanto tiempo que nadie estaba de acuerdo con nadie en la casa que ninguno quiso enturbiar el momento, y el pobre perro acabó cargando con el

nombrecito. Tampoco es que se pasaran el día de bronca, qué va, no discutían; no estaban de acuerdo, pero no discutían.

Y, si bien en apariencia todo era normal, algo debía de estar moviéndose delante de las narices de Abdón mientras él seguía allí, detrás de sus narices, preguntándose qué le estaba pasando a su vida.

Noelia le llamó desde la estación. Le dijo que se iba y que se llevaba a los niños; que no se preocupase por ellos, que estarían bien. Abdón no podía creerlo. Montó en el coche y salió de casa como en un sueño. Ahora, de vuelta, continúa sin creer que esté sucediendo y no deja de repetir el nombre del perro.

El joven mestizo, pese a que ya se ha desarrollado por completo, no es más que un cachorro grande y no comprende lo que le pasa. Sus instintos le dicen cosas, pero le hablan todos a la vez y no los entiende. Sabe que a Linda le sucede algo, algo grave, y a él también; no es normal lo que siente. No puede dejar de correr, de oliscar y de saltar por encima de Linda; y entre salto y salto se agarra a ella y empuja y culea. Sus músculos se mueven solos, nadie les manda; su cerebro también se mueve solo. El perro intenta encontrar en los gestos de su compañera alguna pista que le indique lo que tiene que hacer, pero no la encuentra y, entre tanto, corre, salta, empuja, culea, lame y se desboca entero.

Linda no es novata en estas cuestiones. Tuvo una camada con un perro al que no había visto antes y al que no volvió a ver después. Su dueño lo eligió para que fuera el padre de sus hijos, y todo ocurrió de una manera fría, oscura y sucia: tras un mareante viaje en el coche, la encerraron con aquel extraño —que ella, por supuesto, no había elegido— en una perrera sin apenas luz ni aire, y allí no hubo un tío páseme usted el río, no. Allí estaba aquel cavernícola salido, obcecado en montarla sin haberla mirado ni a la cara, y sin que ella pudiera escaparse ni oponerse, ni al perro ni a las urgencias de su propia libido.

¡Qué diferente de ahora! Este nuevo compañero, con su torpeza, le parece el amante perfecto; no sabe lo que quiere, al contrario de aquel animal, que sólo quería lo que quería. Eso, piensa Linda, debe de ser el amor, lo que siente este jovencito, ese no saber por dónde empujar. Ella también lo siente, sí, como un fuego que le quema. Sí, es el amor.

Don Severino, desde el aire, desde su casa, no se ha perdido detalle. Asomado por el boquete del wáter, lo ha visto todo: dos perros follando. Eso es lo que ha visto: dos perros follando.

Y lo demás no existe; ni Abdón ni Noelia ni los niños. Y cuando la casa se aleja, siente que necesita quedarse con algo, asir algo tangible de lo que ha visto. ¿Qué le queda? ¿Qué ha aprehendido? Ya no existe la escena, y no le es posible mirarla, pero es dueño de tres palabras que puede decir siempre que quiera, y cada vez que las dice, le nutren.

—Dos perros follando. Dos, perros, follando. Dos-pe-rros-fo-llan-do. Dosperrosfollando.

Ha salido al jardín y, mientras pasea, va recitando, cambiando el tono, la cadencia, los espacios entre las palabras, entre las sílabas. Saboreándolo. Comiendo.

* * *

Nunca jamás hubiera imaginado don Severino que iba a ver a la reina de Inglaterra, y menos, ojeando por el retrete. Sin embargo, ¡hay que ver las vueltas que da la vida! O tal vez todo dé vueltas excepto la vida.

Don Severino ha pegado un espejo a la parte de abajo de la tapadera del inodoro, de tal manera que, con ella levantada unos cuarenta y cinco grados, lo ve todo; y así, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la bañera, contempla el mundo. Tiene la tapadera atada con una cuerda para que se mantenga levantada, pero, con la excitación, ha metido la cabeza entera dentro del cagadero y no sale de su asombro. ¡Está sobrevolando Londres! No hay duda: hay un desfile y unas carrozas, la Torre de Londres, el Támesis y... ¡nada menos que la reina de Londres! Bueno, de Inglaterra, del Imperio Británico, qué cojones.

Don Severino es un francotirador nato. Ha nacido para esto. Lo nota. Acecha a su víctima como un felino. Ya ha perdido la esperanza de que alguien le vea, o mejor dicho, sabe que nadie le verá, sabe que aunque le acierte con un mojón a la reina del susodicho imperio en mitad de su noble testa, nadie va a mirar hacia arriba, y, si acaso mirara alguien, seguro que sería el tonto del pueblo, y para ser el más tonto de Londres, con lo grande que es, hay que aplicarse. No le haría caso nadie.

La casa avanza en la misma dirección que el desfile, facilitando la operación. Lleva horas conteniéndose en busca de una buena presa, pero ha merecido la pena. Don Severino está pensando en hacer un periscopio o algo por el estilo, porque cuando se sienta a soltar el regalito, ya no lo ve, y claro, el zurullo no es teledirigido, pues aunque es parte de él, una vez que sale de sí, se aleja de su esencia como un hijo de un padre. Don Severino se pregunta si eso no se podrá controlar con alguna de las partes del cerebro que dicen que no usamos. Eso tendrá que estudiarlo más detenidamente; ahora necesita centrarse en su objetivo. Está justo encima de la carroza de la reina —es descapotable, y no hay nada que lo impida—; es su oportunidad. De repente, cuando don Severino se va a colocar en su puesto de mando, llega lo único que faltaba de Londres: la niebla. No importa, se sienta en el wáter. ¡Atención! ¡Sala de esfínteres, paso libre! Don Severino aprieta, y allá va ese torpedo lanzado a toda velocidad en busca de su meta. Pero la niebla ha venido para ocultarle, para que nadie sepa quién se cagó en la reina de Inglaterra, para que nadie sepa

siquiera si le acertó a la misma reina o a algún familiar o, incluso, a algún simple guardaespaldas. Y por culpa de la niebla y de que esto no es una guerra —y no hay reporteros con cámaras dispuestos a meternos dentro de una realidad que no huele ni mancha y que, además, se puede apagar—, no podemos ver, como nos gustaría, la imagen del impacto.

No obstante, si cada uno por su cuenta consigue visualizar la imagen dentro de su cabeza y encuentra ese primer plano en donde se ve con nitidez el plastazo y la mueca altiva de la reina con su corona de oro y caca, entonces, en este momento, en este presente en que coinciden el tiempo de lectura con el tiempo de escritura, está haciendo contacto nuestra bala de mierda, y no hay niebla que nos impida recrearnos ni hacen falta palabras para describirlo: ¡chof!

* * *

Don Severino está meditando sobre los últimos acontecimientos. No está arrepentido de lo que ha hecho. Ha renegado con sólo dos cagadas de todo lo humano y lo divino, pero no está arrepentido porque no siente que haya cometido ninguna maldad; hizo lo que le pedía el cuerpo, que ahora es la única voz que escucha. Además, tampoco se está acordando de eso; para él, no tiene importancia. Para él, ahora hay cosas más interesantes, cosas en las que nunca se ha fijado, en las que nunca se ha detenido; cosas que nunca (nunca, nunca) ha hecho. De lo que se está acordando es de la imagen de aquellos dos perros que vio, de la naturalidad que captó. La misma naturalidad que ahora le manda.

Mientras se encuentra en la terraza enfrascado en sus pensamientos, han llamado al timbre.

—¡Vaya! ¿Quién será?

Don Severino sabe muy bien quién es, por eso no pregunta por el portero automático y directamente sale a abrir la puerta del jardín. Es su vecina Marta. Tiene puesto un vestido bastante antiguo, pero que a don Severino le parece encantador.

—Buenas tardes, don Severino.

—¡Hola, qué sorpresa! Muy buenas tardes, Marta. ¿Qué te trae por aquí? Pasa y, por favor, tutéame.

—Me trae que el otro día vino un señor a dejarle... o sea, a dejarte un paquete, y como usted... como tú no estabas, le dije que me lo dejara a mí, y que yo se lo... que yo te lo traería.

—¡No sabes cómo te lo agradezco! Pero entra, no te quedes ahí. ¿Quieres tomar un café?

—Lo que tú quieras, Severino.

Se han dirigido hacia la casa sin un asomo de duda ni de ese no saber qué hacer que los atenazaba tanto siempre que se veían. Don Severino, inconscientemente, le ha tendido la mano y luego, ya muy consciente, no la ha soltado, y han entrado los dos de la mano.

Una vez dentro, han cerrado la puerta y se han quedado mirándose a los ojos, sin moverse.

—Marta, no podemos perder el tiempo haciendo café.

—¡Cuánto tiempo llevaba esperando oírte decir eso!

Uno contra el otro, los dos contra la puerta, estrujándose como dos salvajes, besándose. Y luego otra vez los dos, inmóviles, mirándose a los ojos y empezando de nuevo, suavemente, acercando las caras sin que se perciba el movimiento, en una imagen congelada. Sus labios, ahora, sólo sus labios. Y ahora, el vestido. Ahora, desabrochar los botones uno a uno muy despacio. Y otra vez volver a desabrochar los mismos botones. Y arrancarlos de un tirón.

Don Severino ha metido la cara en el cuello de Marta y ha cogido el vestido por abajo con las dos manos. No puede resistirlo, se va a morir de placer. Va subiendo las manos muy despacio, pero, al tocar las bragas de Marta bajo el vestido, ya no ha podido sujetarse más.

Mientras resuena la voz de Marta diciendo: lo que tú quieras, Severino, el cuerpo de don Severino se convierte en un caballo desbocado, un toro que embiste, un pantano que se desborda, una inagotable fuente de placer de la que mana un requesón añejo.

En la terraza, don Severino tiene el corazón fuera del pecho, jadea como un perro, goza como un dios y mancha como un cerdo.

* * *

Don Severino pasa el día como una madalena. No, llorando, no. Después de estar un tiempo empapándose en sí mismo y exprimiéndose para beberse su propio jugo, ahora es como si el mundo fuera un café con leche, y la casa y don Severino, una madalena que se sumerge dentro de eso que se podría llamar “lo demás”.

Cuando sobrevuela el campo, se llena de lo que ve, de lo que huele y de lo que oye. Se queda mirando por el agujero del retrete y puede oír el zumbido de un mosquito, y aun verlo. Y cuando atraviesa el cielo por encima de las ciudades, absorbe como una esponja la esencia de las conversaciones que oye, de los sentimientos y pensamientos que, como si fueran ondas, recorren las ciudades, invisibles para todos.

Las conversaciones rutinarias —por decirlo de alguna manera— no le alimentan;

en cambio, si las palabras quieren decir algo de verdad, llega a saborearlas; pero esas son más escasas. No es que haya palabras sin significado, es que la repetición les ha robado la eficacia. Tantas conversaciones iguales de tanta gente semejante en tantas ciudades similares hace que pierdan la importancia, Demasiado: «hola, qué tal, voy a trabajar, parece que va a llover, me he comprado un coche, quién juega el domingo; muy bien, yo vengo de la tienda, no creo que vaya a llover, porque lo han dicho en la tele, ¿cuánto te ha costado?, no sé quién juega porque no me gusta el fútbol». Y demasiado poco: «mira cómo me crece el pelo, me apetece sentarme aquí y lo voy a hacer, inventemos una nueva forma de comunicarnos, adonde irá ese tren, te huele el sobaco, a qué, no sé, pero me gusta».

Nadie repara en la casa. Nadie se para a preguntarse qué hace en lo alto. Si piensan que es un globo o no piensan nada, no podría don Severino asegurarlo, por mucho que se pase el día abrevando en conversaciones ajenas. De cualquier modo, no le inquieta; le interesa mucho más saber a qué olía ese sobaco o adonde iba ese tren. Ahora, sin razón aparente, la casa acompaña al tren, y don Severino se da cuenta de que no era adonde iba el tren lo que le interesaba, sino por qué alguien se hacía esa pregunta con ese tono de voz.

La ciudad desaparece de su vista, y se siente nutrido, repleto, embebido.

* * *

El huerto, que ya ocupa casi el jardín entero, sigue sin acoger una sola semilla, pero alimenta a don Severino a base de lombrices; y don Severino, para agradecérselo al suelo y a las lombrices, ha decidido dejar de defecar y empezar a estercolar. Así se siente bien, sabiéndose no el final de ningún trayecto, sino un simple trámite, un transformador de la materia, no un consumidor. A don Severino le gustan las lombrices, con ellas se siente transitado. Las lombrices, por su parte, probablemente preferirían estiércol de un rumiante, pero don Severino, que se pasa el día comiendo hierba y a ellas mismas, es lo más parecido que tienen. Y lo cierto es que la relación —el círculo— funciona de maravilla para las partes implicadas, porque don Severino come, el suelo come y las lombrices deben de ponerse las botas, a juzgar por el número de ellas que aparece cada día.

Henchido de cuerpo y alma, don Severino ya no necesita nada, está completo, pleno. Pero le ha surgido una pregunta: qué hacer para seguir avanzando, qué buscar. Tumbado en el huerto, persigue la respuesta preguntando a cuanto ve. Le ha preguntado al jardín, a los árboles, le ha preguntado al universo, les ha preguntado qué buscan ellos, y todos le han contestado lo mismo: que no quieren otra cosa que expandirse. Así que don Severino está pensando en emprender alguna determinada

empresa en la que invertir lo que no le cabe dentro; sin embargo, como no necesita nada, no encuentra cuál es esa empresa con la que expandirse. Quizá lo primero sea averiguar qué necesita, para saber qué intentar conseguir. Pero la palabra *necesitar* ha cambiado de significado para don Severino; él no va a buscar algo que necesite, sino algo que poder necesitar. Debería ser algo que no tenga y que no pueda lograr, porque en cuanto lo obtuviera dejaría de necesitarlo. No es fácil. Tal vez, algo de lo que no se apropiase; algo que, igual que las lombrices, devolviera cada vez. Sabe que la solución está dentro de él, pero como no da con ella, se ha ido de nuevo a mirar por su privilegiado mirador del retrete para darse la oportunidad de que un estímulo externo le ayude. ¿Habrá, allá abajo, algo que le interese, que necesite? Don Severino sabe que sí lo hay y que es culpa suya si no lo encuentra porque, según su nueva lógica, nadie necesita lo que no existe.

Lleva un rato observando y, de pronto, ha sabido con toda seguridad en dónde está: por el wáter ve la Estatua de la Libertad, el símbolo del sueño americano.

Ahí tenemos algo que mucha gente persigue: el sueño americano. Algo que muchos buscan, que necesitan. A don Severino no le interesa en absoluto; por lo tanto, difícilmente podría llegar a necesitarlo. Pero ¿y si hubiera en ese sueño, en esa estatua, algo que él no alcanza a comprender? Quizá si se acercase más, lograría interpretar su naturaleza. La casa, como obedeciendo a los pensamientos de don Severino, ha variado la trayectoria y se dirige justo hacia el monumento. En el descenso, don Severino pierde el ángulo de visión y sale a la terraza para verla mejor, para imbuirse del espíritu de la estatua, para extraer lo que de necesitable pudiera haber en ese símbolo. Y la casa parece querer decir que por ella que no sea, y sigue acercándose y dándole gusto a don Severino. Ahora, frente a frente, don Severino y la estatua se miran a los ojos y se hablan.

Don Severino le pregunta que hacia adonde tendría que dirigirse para alcanzar ese sueño, y la estatua le contesta que la primera meta en el camino hacia el sueño americano está en conseguir el primer millón. Y don Severino: «¿Y la segunda meta?». Y la estatua: «En el segundo millón». Y don Severino: «¿Y la tercera?». Y la estatua: «Pues en el tercero». En ese momento, mientras don Severino, a través de esta entretenida conversación, se penetra del sueño americano, la casa, que continúa avanzando con paso decidido, también penetra, atravesando la cabeza del descomunal muñeco, que cae rota en mil pedazos que al estrellarse contra el suelo se rompen en otros mil trozos cada uno. Ya está, don Severino acaba de agenciarse su primer millón, un millón de cachos de escombro.

rivera

Don Severino no puede creerlo. Ha visto lo que ha visto y no sale de su asombro porque no puede dejar de preguntarse con quién, si la cabeza estaba hueca, con quién hablaba él.

Nosotros tampoco sabemos con quién hablaba, porque dentro, casualmente, no había nadie. Por suerte, no ha habido víctimas colaterales de este ataque a las libertades de la nación. Seguro que es así como llaman mañana los periódicos al estropicio que han preparado entre don Severino y su casa. Cómo explicar que no ha sido un atentado terrorista, que esto ha ocurrido por culpa de las ganas de don Severino de aprehenderlo todo, de meterse dentro de todo, de imbuirse, de empaparse, de extraer, exprimir, apurar.

Recuerdo un tiempo en que la vida me sonreía; vivía rodeada de tanta dicha que la felicidad me empachaba.

Pasaba el tiempo retozando con mi pareja, todo el día reproduciéndonos como bestias, multiplicándonos como animales, procreando hasta hartarnos. Aquellos fueron buenos tiempos, ya lo creo. Pero pasaron, y la vida ya no me sonríe; ahora se descojona de mí.

Para empezar, el trozo de mundo que me tocó en suerte es incomprensible. Arriba está la superficie; hasta ahí bien, pero es que a los lados también hay superficie, obviamente, una superficie vertical; y lo más cachondo: por debajo hay otra superficie, pero puesta del revés, y, si sales entera, te vas a la mierda. Encima, a pesar de ser un mundo pequeño y sin escapatoria, no conozco a nadie; sólo me cruzo con desconocidos siempre distintos, como si hubiera una superpoblación cambiante de individuos jóvenes que no llegan a hacerse adultos. Me da la impresión de que soy la más vieja de todo este mundo y, entre tanta criatura anónima, siento la peor de las soledades, la que tampoco te deja disfrutar de la tranquilidad y la paz.

Y es que si Barullo y Soledad nunca se llevaron bien, ¿por qué tuvieron que juntarse? Entre los humanos, sé que esto es normal y por eso tienen en casa la televisión, para librarse del barullo de fuera y de la soledad de dentro. Pero entre las lombrices, esto no había ocurrido nunca y no disponemos de nada semejante a la tele para... Pero, bueno..., me estoy yendo del tema. Retrocedamos en el tiempo para comprender mejor cómo he llegado a esta situación.

Por aquellos boyantes días, un insólito rumor se extendió por el subsuelo:

extrañas patrullas de enormes lombrices culturistas perseguían y raptaban a los nuestros, y nunca más se les volvía a ver. Decidí investigar por mi cuenta y comencé a recoger información. Las patrullas siempre iban de cinco en cinco y eran sospechosamente homogéneas: siempre había uno más gordito, que era el que parecía dirigir a los otros cuatro. Con los datos que recabé, enseguida me di cuenta de que eran los mismos que habían intentado acabar conmigo y habían torturado y asesinado a mi otro yo. Ahora que lo pienso, fue una de esas veces en que la falta de perspectiva hace que no puedas vislumbrar la magnitud del problema. Pero ya me contarán ustedes cómo vamos a tener perspectiva si no tenemos ojos. Y, claro, como sólo palpamos, en aquella ocasión tardamos bastante tiempo en darnos cuenta de que era el hombre el que estaba acabando con todas nosotras. Un bicho que lleva cuatro días existiendo y se cree más importante que nadie. ¿Tienes hambre? ¡Pues cómete un culturista de esos que usas para atraparnos, coño ya!

Un día, la desgracia en persona llamó a nuestra puerta, y salió a abrir mi pareja. Nunca me recuperé de aquella pérdida. Fue un desastre inimaginable para un humano, porque las lombrices somos hermafroditas, con lo cual la pérdida es absoluta, sin resquicios. Perdí a la hembra que me ofrecía dulcemente su sexo cálido y húmedo para que yo entrara cabalgando en ella y dejara mi semilla, y perdí, al mismo tiempo, al macho que me taladraba sin contemplaciones y me inundaba mientras yo le abría con suavidad mi correspondiente sexo ardiente y mojado. ¡Es la hostia! No sabéis lo que os perdéis. Por ejemplo, la masturbación por sí sola puede hacer de cualquier fantasía una ilimitada realidad. No es que yo... Entiéndanme... Lo que quiero decir es que no la hay más completa en el mundo animal. Pero a lo que vamos..., que nunca me recuperé de aquella pérdida...

Eso no hace falta que lo jures, so lesbiano. Continuará.

—¡Me cagüen la gusana madre de la creación, que nos parió y nos trajo a este puto mundo lleno de gárrulos! ¡Maldita raza humana y cerril! ¡Joder!

Me prometí a mí misma escribir esto sin dejar que la mala leche me agriara la prosa, pero me dijeron que podría contar mi historia, y esto es un engaño. Apenas me dejan meter un inciso muy de vez en cuando, y casi diría que sacado de contexto. Me dijeron que el título sería: *La vida íntima de las lombrices*. Otro engaño. Y lo más importante, me dijeron que no correría peligro, y me han aplastado, me han cortado, me han enculado, me han vuelto a cortar, me persiguen, me insultan, y todo para nada: a nadie le importa un carajo. Me ignoran. En cuanto trato de construir una descripción objetiva de los hechos, alguien me interrumpe con una versión que nada tiene que ver con la cruel realidad, mi realidad. Por ejemplo, en esta historia se cuenta

que el humano, antes de comerse a la primera lombriz, le habló, ¡claro, ya sé yo lo que le dijo!: Hola bonita, vas a ser mi comidita. Eso no es hablarle a alguien, joder, eso es partirse el culo sin respetar el último momento de nadie. Pero yo contaré la verdad, vaya si la contaré: se comieron a mi pareja, a mis hijas, a mis madres, a mis hermanas, a mis sobrinas, a mis nietas, a mis abuelas, a mis primas, a mis tías, a toda mi familia cercana y lejana, a mi familia política: suegras, consuegras, cuñadas, nueras...

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Isaco se está haciendo mayor. Sabe que dentro de poco deberá dejar la vida que lleva ahora: todo el día jugando bajo la protección de los mayores. Cuando piensa en ese día, se acuerda de cuando su hermano mayor se hizo adulto. Se marchó. No había en el clan una pareja para él y se marchó. No ha vuelto a verlo, pero no cree que ande muy lejos; cualquier día se lo encontrará, y está seguro de que ese día lo verá rodeado de su familia y, por qué no, de su propio clan. Sí, no sería raro que fuera jefe de todo un clan; siempre fue muy emprendedor. Pero Isaco no piensa irse, al menos, solo. Se quedará, y sabe muy bien con quién.

Mulao es el jefe del clan. Es el que lleva el collar de jefe. Lo lleva desde que sucedió al anterior patriarca. Según él, a los pocos días de convertirse en jefe, el collar pasó de uno a otro de manera mágica. A él se lo dieron en un sueño: despertó y ya lo tenía puesto. Mulao es un jefe cordial y pacífico que se dedica a dormir y a tomar el sol la mayor parte del día. No le preocupa que algún jovencito quiera ocupar su cargo; el día que alguno dé muestras de estar verdaderamente interesado, le cederá el mando y se quedará aún más tranquilo, si es que eso es posible. Su compañera, Atasara, es un poco más joven que él y, a pesar de que tiene que cuidar de la pequeña Daida, siempre encuentra tiempo para estar con Mulao y hacerle sentirse joven y fuerte. Mulao y Atasara tienen otro hijo mayor que Daida, Juguiro. Es tan fuerte como su padre y, aunque todavía no ha acabado de crecer, ya es más grande que algunos adultos. Atasara está convencida de que sería un buen jefe. No ve en su hijo más que virtudes. Pero Juguiro tiene otras cosas en la cabeza.

Isaco piensa en Guiayara, Juguiro también piensa en Guiayara, y a Guiayara le gusta saberse pensada. Ella sabe, en el fondo, a quién prefiere. Por eso al fondo no quiere asomarse. Le gusta que la persigan y, aunque a veces le agobia tanta atención, goza con el acoso de miradas, se siente permanentemente observada, cuidada. No tiene por qué elegir todavía, pero llegará un día en que deberá decidirse y lo sabe; y por eso disfruta cada momento manteniéndose en la superficie.

Isaco y Juguiro son amigos. Dentro del clan todos se llevan bien, pero ellos guardan una relación especial: nacieron con sólo dos días de diferencia y lo que saben lo han aprendido juntos. Ahora son rivales, pero no menos amigos que antes. Competirán hasta que Guiayara se incline por uno o por otro y, si no se decide y hay que luchar, lucharán; y como el grupo es pequeño y Guiayara es la única de su edad, el vencido se verá obligado a marcharse en busca de otro clan, de otra pareja. Los dos saben que para el que pierda será duro dejarlo todo al mismo tiempo, pero eso no les inquieta; para ellos es inevitable, igual que una tormenta: llegará, hagas lo que hagas, y se irá, por mucho que dure.

Hace poco, el grupo se mudó de territorio. Erraron por la selva en busca de un nuevo sitio en donde asentarse, y ellos tres no se separaron mientras duró el éxodo. Fueron los días más felices de sus vidas porque por las noches dormían todos juntos y las familias no se alejaban unas de otras, y durante el día no dejaban de inventarse nuevos juegos y de cruzarse con los demás habitantes de aquella, cada vez más pequeña, selva. Los otros miembros del grupo estaban demasiado ocupados en vigilar por dónde iban y en elegir el mejor trayecto posible. Encontrar un territorio nuevo no es una tarea fácil; la cantidad de peligros con los que podrían toparse en el camino es innumerable. Además, cada día escasean más los espacios libres en donde establecerse. Cuando Mulao, el patriarca, era pequeño, también solían mudarse, pero con el tiempo regresaban a los mismos parajes, que otra vez estaban rebosantes de comida; entonces el cambio no era tan drástico. Sin embargo, desde hace ya mucho tiempo, desde antes de convertirse en patriarca, no han podido volver a ningún sitio del que se fueran. Ya no se van de sus asentamientos para dejar que la naturaleza se recupere, para que tome fuerzas. Ahora siempre que abandonan un territorio es porque la selva desaparece a su alrededor como por arte de magia. Desaparece como si nunca hubiera existido; no queda nada, sólo el suelo, de un color que pocas veces ven. No entienden qué pasa, no entienden adonde se va todo lo que había allí antes, ni entienden qué se puede hacer en un mundo vacío.

Antes de emprender la marcha que les condujo a su actual emplazamiento, Isaco, Guiayara y Juguiro vieron la tierra vacía. Frente a ella, sintieron miedo, pero un miedo inocente; como quien mira un precipicio y sabe que, si no se acerca, no correrá ningún peligro. Los mayores, en cambio, no sintieron lo mismo; ellos no vieron un peligro estático, sino un monstruo que amenazaba con acorralarlos y acabar con su mundo, y cuyo avance inexorable era imposible detener.

Pero eso es agua pasada. ¿Quién se acuerda de aquello estando rodeados de acogedora selva, bajo un cielo azul y plácido, con una temperatura suave y gozando de una apacible tarde, con la tripa llena y tumbados, ora al sol ora a la sombra? Nadie, no se acuerda nadie. Aquello ya no existe porque no existe ni su recuerdo.

CAPÍTULO SEGUNDO

La casa parece avergonzarse de lo que ha hecho y se ha escondido en lo más profundo de una selva deshabitada. Bueno, no tan profundo, sólo es una forma de hablar. Don Severino ha visto que la zona está atravesada por un serpenteante río. A un lado del río el terreno está lleno de vegetación y enormes árboles. Pero al otro lado la selva está desapareciendo. Queda, junto al río, una especie de isla verde; es grande, pero don Severino puede ver los límites desde arriba. Y, al llegar abajo, comprueba que esta selva, además de no ser profunda, no está deshabitada. Así pues, olvidemos, sin más, la primera frase, porque la casa tampoco sabe lo que es la vergüenza. Ni la casa ni don Severino sienten ningún remordimiento por nada de lo que han hecho. Y, por último, tampoco se ha escondido, sino que se ha quedado encima de los árboles, tocando, con la base del jardín, las ramas más altas, levitando, dando el cante. El eucalipto sobresale como si fuera la antena de la selva.

Justo debajo hay unos seres mirando la casa con cara de inteligencia. Don Severino también los mira. Durante días, los contempla y los considera y se esmera en comprenderlos y, como siempre, en quedarse con algo de ellos.

Poco a poco, la casa y don Severino han ido cogiendo confianza con el entorno. La casa ha ido hundiéndose en la selva, haciéndose hueco entre los árboles y la maleza. Y don Severino y el clan ya son una misma cosa: una pandilla que se dedica a sacarle todo el jugo a la vida.

La dieta de don Severino se ha enriquecido en todos los aspectos, no sólo espiritualmente. Aparte de lombrices (que, por cierto, ya iban escaseando), come una amplia variedad de frutos, raíces, hojas, insectos, larvas... y todo lo que comen sus nuevos amigos, con los que ahora se pasa el día entero. Y es que don Severino, que ya sólo va a casa a dormir, se ha convertido en uno más del grupo; eso sí, uno más al que consideran más torpe y más tonto. Pero no les importa, se divierten con él y tratan de ayudarle siempre que pueden y enseñarle cuanto saben. Esta tarde, sin ir más lejos, Mulao, el patriarca, le ha enseñado a mantener alejados a los mosquitos, machacando un milpiés con una piedra y frotándose luego el cuerpo con él. A los demás les ha hecho gracia que desconociera técnicas tan elementales y se han estado riendo mientras él, a duras penas, intentaba entenderse con Mulao.

Isaco y Juguiro han estado imitando a Mulao y a don Severino, haciendo como si fuesen dos locos que hablaran cada uno de un tema, y los demás se han desternillado con la escena. Don Severino, haciéndose el ofendido, ha empezado a perseguir a Isaco y a Juguiro, que se han subido a un árbol chupa chupa con la rapidez de un rayo; y don Severino, que de día en día va poniéndose más fuerte y más ágil, se ha encaramado detrás de ellos, y los dos le han bombardeado con bayas que arrancaban

del árbol mientras subían, hasta que, alcanzado por los proyectiles, don Severino se ha ido dejando caer y, ya en el suelo, se ha quedado quieto haciéndose el muerto. La algarabía ha sido general cuando, al acercarse a él los que estaban abajo, ha pegado un salto y ha salido corriendo, y todos, mayores y pequeños, le han perseguido como si no tuvieran nada mejor ni más importante que hacer que jugar; y en efecto, así es: no tienen nada mejor ni más importante que hacer que jugar.

Cerca del crepúsculo, el cielo, tras llenarse de nubes negras, se ha puesto a descargar rayos, truenos y, enseguida, una lluvia torrencial que ha empapado hasta el último rincón de la selva. Todo el grupo se ha asustado de la violencia de los truenos y se miran unos a otros preguntándose por el mejor sitio para refugiarse. Don Severino los ha invitado a entrar en la casa y, aunque al principio dudan, al ver entrar a Mulao, el clan entero ha corrido a refugiarse del temporal. Una vez dentro, se han dedicado, cada uno por un lado, a reconocer el terreno. Están asombrados por la cantidad de cachivaches que hay en la casa. No comprenden cómo alguien puede tener tantos trastos guardados, y se afanan en verificar la inutilidad de ese montón de objetos incomprensibles que no habían visto nunca, hasta que la tormenta pasa y el instinto los llama desde fuera para que respiren el aire limpio, como recién lavado.

Durante los siguientes días, han continuado entrando en la casa cada vez con más familiaridad y, hoy, al empezar a llover, han entrado en la casa sin vacilar. Cuando llega la hora de dormir, viendo que no para de caer agua, deciden quedarse a dormir dentro, y a la mañana siguiente, al salir fuera, no reconocen el sitio. La casa se ha levantado por la noche y, después de vagar por encima de la selva, se ha posado en un lugar diferente.

El grupo entero, incluido don Severino, entre desconcertado y divertido, ha echado a su alrededor una rápida ojeada y, sin reparar en lo obvio de la situación, se ha lanzado a explorar el nuevo territorio y a zamparse lo que encuentre. Ni lo saben ni les importa, pero están bastante cerca de donde estaban; distintos árboles con los mismos nombres y con distintos frutos que encierran los mismos sabores. Así que, tras el breve momento de indecisión de la mañana, el día ha transcurrido con normalidad, y al anochecer, todos, sin que ninguno lo dudara, se han metido a dormir en la casa. Mañana les espera un “nuevo” día.

Muchos “nuevos” días han sucedido al primero. La casa, sin ninguna regla ni rutina, cada dos, tres, cuatro o más días, cambia de sitio. Navega por la noche y aterriza antes de que amanezca. Cuando ocurre esto, siempre es motivo de alegría, pues la comida está más cerca. A veces la casa vuelve a sitios en los que ya ha estado, y eso también les gusta porque ya lo conocen y saben dónde está lo que necesitan. Se han convertido en unos nómadas acelerados que recorren la selva sin que les importe si están aquí o allá.

* * *

Los tres adolescentes del grupo están siempre alrededor de don Severino. A los cuatro les gusta aventurarse por la selva y descubrir sitios nuevos. Hoy han deambulado sin fijarse muy bien por dónde iban, avanzando hacia ninguna parte en especial, y cuando el Sol comienza a esconderse, se dan cuenta de que no saben cómo volver.

Guiayara no deja de mirar a don Severino con cara de qué hacemos ahora. Isaco intenta que no se le note, pero la idea de pasar la noche los cuatro separados de los demás le intranquiliza, y a Juguiro, en cambio, eso mismo le excita: ¡esto sí que es una verdadera aventura! El defenderá a Guiayara, sí, y a sus compañeros, a ellos también. Si no encuentran pronto el camino al campamento, buscará un buen sitio para dormir en el que estar protegidos, y desde el que poder vigilar y, si llega el caso, salir pitando. Don Severino, por su parte, se siente a gusto, no echa de menos nada de nada, ni su casa ni su cama ni su nada. Está completamente desnudo y no posee ninguna pertenencia ni lleva nada en las manos ni pegado a su cuerpo, y siente que ese es su estado natural y que no podría ser de otra manera. Eso es lo que es él, él entero, completo, sin accesorios ni equipamiento.

El valor y la calma de Juguiro y de don Severino se han desbordado de sus propias cabezas y han inundado las de los otros dos, y, después de haber encontrado un buen sitio para pernoctar, están preparándose la cama entre juegos y bromas, disfrutando de la nueva situación.

Al día siguiente, al volver junto a los demás, todo son muestras de alegría; no hay reproches ni broncas. Ayer ya pasó y ahora están juntos; eso es lo que cuenta. Y es que don Severino y su panda viven ajenos al correr del tiempo. Lo pasado ya no les importa, y de lo por venir no tienen la más mínima conciencia. Por eso la palabra *preocupación* no existe para ellos. Vivir como viven, anclados al presente, hace que la palabra *preocupación* no tenga sitio en sus vidas. Porque la preocupación existe por algo que pasará, no por algo que está pasando. En el presente no hay preocupación, sólo ocupación. No hay un *antes de*.

Y así viven: dejados de todo lo que no sea darle gusto al cuerpo momento a momento.

CAPÍTULO TERCERO

Desde su observatorio camuflado entre los árboles, la doctora Martínez observa a un grupo de *Cebus apella libidinosus*. Son esos monos pequeñitos con una cola larga, más conocidos como capuchinos, que han sido usados en circos y actuaciones callejeras desde siempre. La doctora lleva siguiendo a este grupo en concreto desde hace más de tres años. Sin embargo, no está siempre en la selva; no puede permitírselo. Cada cierto tiempo ha de ocuparse de reunir dinero, y se dedica a dar conferencias y a buscar gente que financie su trabajo. Esta vez ha llegado con el encargo de grabar un documental que, aparte de mantenerla cerca de los capuchinos durante algún tiempo, le reportará fondos para continuar con su estudio.

Llegaron hace unos días, ella, un cámara y un ayudante de producción, y desde entonces no han dejado de buscar el nuevo territorio de los pequeños primates. Ayer, por fin, dieron con él y estuvieron preparando las cámaras, el material y el escondite (que es como llaman al observatorio camuflado desde donde espiar sin ser vistos y sin molestar); también montaron el campamento y dejaron todo en orden para ponerse a trabajar antes del amanecer.

Ahora, mirando a través de los prismáticos, vuelve a sentirse bien. Durante cada minuto que ha estado fuera, ha estado deseando regresar. No ha dejado de viajar. Por la noche en los hoteles (cuyas sábanas, como ella suele decir, son las más frías del mundo), no le es fácil conciliar el sueño; y durante el día, intentar convencer a gente a la que no entiende y con la que no tiene nada en común le hace pensar que todo ese tiempo es perdido, que no es tiempo vivido, que es un pago que hay que hacer para vivir la verdadera vida, la que está viviendo en este preciso instante.

Además, la doctora no se acostumbra a bregar en un mundo de hombres. Tiene que discutir con ellos e, incluso, convivir con ellos durante largas temporadas; y casi siempre le da la impresión, sobre todo cuando está lejos de su campamento en la selva, de que no la tratan como a una persona, sino como a una mujer; cree que siempre están, calladamente, esperando el momento de abalanzarse. A ella el sexo no le interesa, no lo necesita, no piensa en ello. Le parece que la mayoría de los hombres siempre están salidos y le resulta patético verlos hacer esfuerzos por disimular, sin querer a la vez desaprovechar ninguna oportunidad. Tampoco le ha interesado nunca una relación estable. No tiene tiempo. Tiene otras cosas en la cabeza. Su trabajo es lo primero, y no sería posible compaginarlo. No podría vivir como vive. Y una relación a distancia, para ella, no sería una verdadera relación. Así que, para evitarse complicaciones, la doctora mantiene siempre una lejanía en sus relaciones con los demás. Establece una distancia de seguridad con unos limites que no deja traspasar a ninguna persona. Por ejemplo: nunca tutea a nadie. Da igual si lo conoce de mucho tiempo. No quiere dar pie a que la tuteen a ella. En su opinión, la confianza vale para

comprenderse y ayudarse, para hacerse un favor o pedirse dinero... Pero no implica que haya que romper las normas de conducta ni invadir la intimidad, el territorio íntimo de cada uno. Mientras ha estado fuera, más de uno ha querido acompañarla a su habitación del hotel a invadir ese territorio. Ninguno lo ha conseguido.

A la doctora no le gusta arreglarse: usa ropa cómoda, lleva el pelo en una trenza y no se maquilla. Además, se comporta de manera fría y distante, pero tiene algo que atrae, aunque ella prefiere pensar que no, que lo único que atrae de ella es que sea una hembra y que pueda estar en celo. Pero ya está en la selva, alejada del mundo, y ya no hay por qué preocuparse de eso. Con sus dos acompañantes, que son bastante más jóvenes que ella, ya ha dejado las cosas claras, y ahora lo único que cuenta es su trabajo: esos animales que había añorado todo este tiempo. Ahora los tiene delante y los observa con los prismáticos para saber si falta alguno desde la última vez que los vio. Es capaz de distinguir desde lejos a cada uno de los miembros del grupo y de llamarlos por su nombre. Nombres que ella misma les puso.

—¡Hombre, Isaco!, has crecido. Y esa jovencita debe de ser... Guiaya... ¡Dios mío! ¡Pero... Dios mío! Pero..., pero...

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que hay? —Joaquín, el cámara, como no obtiene respuesta, ajusta el objetivo y busca lo que la doctora ve, pero no hay nada raro; todo está tranquilo menos la doctora, que sigue tartamudeando—. Pero ¿qué es lo que está viendo?

—¡Hay un hombre allí, en el árbol...! ¡Hay un hombre... masturbándose!

Joaquín, después de quedarse atónito viendo la cara descompuesta de la doctora, ha vuelto a buscar entre la maleza, pero no ve nada extraño.

—¿Qué me dice? Yo no veo a nadie. ¿Dónde?

—Sí, allí, en aquel árbol torcido... No, ya no está; ya no lo veo. ¡Pero le juro que lo he visto! Era muy peludo... Quiero decir que tenía barba y el pelo largo. Sí, estaba en cuclillas en el árbol, y estaba...

Joaquín y la doctora no se conocían de antes; apenas hablaron unas horas para preparar el viaje. Para él era un trabajo más. Le preguntaron en la agencia si aceptaba un encargo que duraría un par de meses en un sitio perdido de la mano de Dios y, como andaba necesitado de dinero, no se lo pensó. Pero está empezando a tener sus dudas, el primer día de grabación y la lerda esta salta con que ha visto a un tío meneándosela en mitad de la selva. ¡En qué acabará esto!

Por la noche, mientras se lo cuenta a Roque, el ayudante de producción, casi no puede contener la risa.

—Dijo que estaba sentado cerca de los monos como si fuera uno más.

—¿Qué dijo que era, un *homo erectus*?

Ahora les ha sido imposible aguantarse, no querían que la doctora los oyese, pero han estallado en carcajadas y son incapaces de parar.

—¡Ya está bien! ¿Que creen, que estoy loca? Si digo que lo he visto, es que lo he visto. Mañana ya veremos quién tiene razón.

La doctora no ha podido permanecer callada y los ha increpado desde dentro de la tienda. Los oía reírse y sabía que no podía ser de otra cosa. Se había pegado el resto del día detrás de los prismáticos con el propósito de ver de nuevo lo que ella sabía que había visto, pero en vano. No volvió a verlo, ni a él ni a los animales que estaban junto a él. Al llegar al campamento no había querido cenar, estaba de mal humor. ¿Qué estaba pasando? Había estado fuera poco más de un mes, y ese hombre estaba ahí como si llevara toda la vida entre la manada. Y no había sido una alucinación. ¿O sí?

Por la mañana, apostados en el escondite, esperan con impaciencia a que asomen los miembros del grupo, pero algo raro sucede: el Sol está elevándose, y no han visto a ninguno. Y el Sol sabe que no los verán.

Mientras transcurre el tiempo sin que haya qué grabar, la doctora está pensando en cómo manejará la situación. El documental que tienen que grabar no trata sobre los capuchinos. No pudo convencer a ninguna productora de que lo hicieran. No les parecía interesante grabar un documental sobre unos animales tan pequeños y tan poco atrayentes. Comprendió que dijeron interesante cuando en realidad deberían haber dicho rentable. Y se le ocurrió proponerles una idea con un poco más de morbo: sería un documental sobre las consecuencias de la deforestación en las selvas del planeta. «Eso sí que tiene tirón —les dijo—; si se hace suficientemente trágico y apocalíptico, puede saltar de las cadenas de documentales a las de sucesos tremebundos. A la gente le gustará verlo, igual que si fuera una película de miedo».

Al final se salió con la suya: grabaría el documental justo en donde estaban los animales sobre los que hacía su estudio. No engañaría a nadie; en esa zona podía grabarlo porque conocía el terreno y, además, tenía imágenes anteriores que le valdrían para plasmar el efecto del paso del tiempo. Pero ahora que los primates no aparecen, no sabe cómo hacer para que no se note demasiado que lo único que le preocupa es su estudio y cómo ese hombre estaría influyendo en unos especímenes a los que lleva investigando tanto tiempo. Necesita tomar alguna decisión.

—Voy a echar un vistazo. No creo que sigan ahí.

Ha dejado al cámara en el escondite y va acercándose despacito al lugar en donde estaban ayer. La doctora comprueba que no están, pero... es extraño: observando el lugar, se da cuenta de que no han estado mucho tiempo en él. Entonces, ¿por qué se han ido? Hay bastante comida por los alrededores y no encuentra motivos para que hayan abandonado este sitio. Sin duda, ese hombre debe de haber tenido algo que ver.

De vuelta en el escondite, prefiere mostrarse decidida.

—Joaquín, quiero que grabe la zona por donde han andado. Creo que, aunque las obras estén todavía bastante lejos de aquí, de alguna manera, los animales están

sufriendo ya las primeras consecuencias. Será interesante investigar hacia dónde se dirigen.

—¿Cuándo se han ido? —pregunta Joaquín.

—No lo sé. Debieron de irse ya de noche; no lo entiendo. Esta mañana supuse que el localizador del collar que lleva Mulao se había estropeado, pero qué va, es que se han marchado.

A la doctora no le gustan los collares radiotransmisores porque son demasiado aparatosos para el tamaño de estos pequeños primates; por eso sólo pone uno al mandamás del grupo, confiando en que no le ocurra ninguna desgracia. Además, para colocárselo hay que dormir al animal disparándole un dardo, y eso le gusta menos todavía.

Mientras Joaquín, el cámara, graba por la zona, ella busca algún indicio que le indique hacia dónde se han ido. El localizador recibe una señal demasiado lejana para ser cierta; no pueden haber llegado tan lejos. El aparato debe de estar captando una señal equivocada, y así es casi imposible adivinar la ruta que han tomado. En los árboles no hay caminos ni huellas, pero quizá el humano haya dejado alguna señal que les dé una pista. No quiere decírselo a Joaquín, habría que oír los comentarios que él y Roque harían sobre el tema: dirían que se había vuelto loca y que se había puesto a perseguir a un sátiro imaginario en mitad de la selva.

* * *

Tras una semana de búsqueda, han localizado al grupo de monos. Los han encontrado siguiendo, sin mucha confianza, la dirección que marcaba el localizador. Esta semana ha recibido señales de sitios tan distantes que cada vez se fían menos de él.

Oyeron sus gritos y, sin ni siquiera verlos, se han alejado de la zona. No hay razón para pensar que su presencia les moleste, porque, aunque la doctora siempre ha procurado no acercarse demasiado, está claro que todo el tiempo que ha estado observándolos, ellos han sido conscientes de su presencia. Pero como no sabe aún por qué se fueron del sitio anterior, no estará de más tomar todas las precauciones posibles. Por eso, como la tarde se acaba y queda poca luz, la doctora resuelve montar el campamento y esperar a que pase la noche antes de contactar con ellos. Para instalar el escondite será mejor explorar el terreno más despacio.

Con el alba, mientras sus compañeros están preparando el material, la doctora sale en busca del grupo. Está en el sitio en donde ayer advirtieron su presencia y todavía no ha oído nada, ni visto. Avanza, escondiéndose cada vez menos, y continúa sin oír nada, ni ver. Y ya sin ningún temor a ser descubierta, camina describiendo

círculos más grandes y haciendo ruido porque sabe, porque el Sol se lo ha dicho, que no oirá nada, ni verá.

En el campamento, la doctora no se explica el motivo de la repentina desaparición, y Joaquín se desespera viéndola recoger sus cosas, dispuesta a reanudar la búsqueda.

—Pero ¿por qué está tan convencida de que se han ido? —pregunta Joaquín.

—Porque a esta hora ya tendrían que haber aparecido —contesta la doctora mientras intenta ordenar sus ideas—. No creo que hayan dormido por aquí, y eso es lo extraño, que se fueran tan tarde. Eso no es normal.

—Y si lo que oyó no eran sus gritos. ¿Por qué está tan segura ?

—Joaquín, en primer lugar, el localizador nos trajo hasta aquí y...

—Ese chisme es una patata —la corta Joaquín.

—Y en segundo, conozco sus voces, las de cada uno. ¿Comprende? Esa pregunta sobraba.

Que no creyeran que había visto a un hombre masturbándose en medio de la selva, era una cosa, pero que pusieran en duda sus conocimientos de biología y su profesionalidad, era otra muy diferente. Quizá en otro momento no hubiera sonado mal, pero en este ha logrado sacarla de sus casillas. Quiere parar y no puede:

—¿Está usted seguro de que sabe manejar esas cámaras? Pues eso es lo que tiene que hacer: asegurarse de que sabe hacer su trabajo y dejar que cada uno se encargue del suyo.

A Joaquín la mala contestación le ha cogido por sorpresa.

—Sólo era una pregunta. No hace falta que se enfade.

Pero a la doctora le cuesta frenar sus impulsos.

—Sí, una pregunta estúpida.

—Vale, usted gana. ¿Qué hacemos ahora? ¿O también es una pregunta estúpida?

Joaquín empieza a enfadarse, pero la doctora consigue contenerse, un poco avergonzada por ese no saber sujetarse a tiempo.

—Lo siento, no es culpa suya. No sé qué me pasa.

Estoy un poco nerviosa y... Lo siento, discúlpeme.

—Está usted disculpada, no hay problema. Sólo un detalle: si no le importa, prefiero que me tutee.

—No se lo tome a mal, Joaquín, pero es una costumbre de muchos años y no creo que a estas alturas vaya a cambiar. Y discúlpeme por haberle hablado de mala manera; no entiendo qué es lo que está pasando y..., en fin, supongo que no voy a poder estar tranquila hasta que no encontremos a la manada.

—No se preocupe. —Joaquín comienza a recoger las cámaras y trata de suavizar un poco la situación—. Ya verá como no están lejos. Y, por cierto, la segunda pregunta que le he hecho también era estúpida, ¿verdad?

La doctora se ríe, agradeciendo que la saque del apuro con la broma.
—Me temo que sí, porque esto nos deja una sola opción.
—No me la diga que la adivino: recoger.

Y recogieron y se pusieron en marcha y buscaron por la selva durante dos semanas más, sin dar con el grupo. Sólo, de vez en cuando, hallaban pistas de su presencia; pistas que, lejos de tranquilizarlos, no hacían sino despistarlos más. Nunca se habían movido tanto ni tan rápido. ¿De qué huyen? ¿Adonde van? La doctora sospechaba desde el principio que el hombre que vio era el responsable de la desaparición, pero, aunque imaginaba toda suerte de destinos para los capuchinos, y todos malos, encontrar esas pistas significaba que no se los había llevado, que seguían por allí vivos y libres. Entonces pensaba que aquello era demasiado complicado y contradictorio, y que lo más normal es que hubiera ocurrido, como casi siempre, lo peor.

Cuando ya han perdido la esperanza de volverlos a ver y caminan, agotados, obedeciendo a regañadientes a la errática y engañosa señal del localizador, a la doctora le parece oír algo. Mediante gestos, les indica a los otros dos que guarden silencio, y ella avanza agachada hacia el sitio de donde vienen los gritos. Joaquín, a cierta distancia, va tras ella, y Roque se ha sentado al lado de las mochilas que han soltado sus compañeros; está cruzando los dedos, harto de buscar por la selva y de no adelantar con el rodaje. De repente, Joaquín ve a la doctora levantarse y quedarse paralizada con la vista fija en un punto. Ese punto es don Severino, que, rodeado de su pandilla, se solaza en una formidable cancharana; un árbol increíblemente solitario que ha conseguido adueñarse de un claro en medio de esta maraña verde.

CAPÍTULO CUARTO

Y don Severino vio a la doctora.

Se puso de pie con la mirada fija en sus ojos y así sigue: mudo, absorto, como imbecilizado. Mientras tanto, la doctora, superando el pasmo del encuentro, le increpa.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que hace aquí?

Los monos, al oír a la doctora, han salido corriendo hacia las ramas más altas, pero don Severino permanece inmóvil. La doctora, acercándose y alzando la voz cada vez más, continúa preguntándole.

—Oiga, ¿quién es usted? ¿Comprende lo que le digo? ¿Puede entenderme?

Ella habla, pero él no la oye. Ve su boca, que se mueve y le vuelve loco. ¡Cómo le gustaría besarla! Se baja del árbol y avanza hacia ella, y ella, muerta de miedo, retrocede, pero enseguida se queda quieta, paralizada de nuevo. Joaquín y Roque vienen desde atrás llamándola. Roque lleva un palo en la mano, y, como don Severino se acerca más, él y Joaquín han salido corriendo hacia ellos. Don Severino, al llegar adonde está la doctora, hinca la rodilla en tierra, le coge la mano y, cual caballero andante que encontrara a su princesa, a su diosa, le jura amor eterno sin abrir la boca. Con los ojos.

Joaquín y Roque se han parado en seco y, después de mirarse con cara de explícamelo tú si lo entiendes, se han echado a reír viendo a la doctora muerta de vergüenza y poniéndose roja porque los ojos de don Severino han hablado alto y claro.

Mientras don Severino continúa clavado al suelo, sujetando la mano de la doctora y declarándose silenciosamente, Joaquín y Roque han notado que la doctora levantaba la vista y se volvía a quedar de piedra. Y al descubrir lo que ella ve, se han quedado igual que ella: estupefactos. Desde arriba, los monos con sus caras de inteligencia contemplan el cuadro, respetando el silencio, que se prolonga hasta que lo rompe la doctora.

—¿Una casa? Pero ¿qué...? ¿Es esa... su casa? Pero ¿quién es usted?

Y don Severino, con voz solemne y sin dejar de mirarla a los ojos:

—Esa es su casa. Y yo soy Severino, para servirle a usted y nada más que a usted.

La casa está posada en el suelo. Por el borde del jardín, por la pared vertical del corte del terreno, ha crecido la vegetación, y da la impresión de que la casa está subida en un talud, en una postura difícil aunque posible.

A Joaquín y a Roque, todavía nerviosos —viendo lo que menos esperaban encontrarse en lo que ellos creían una recóndita selva—, se les ha soltado una risa floja que no son capaces de sujetar. Y la doctora, acordándose de lo que estaba haciendo don Severino la otra vez que lo vio, ha retirado la mano instintivamente y

ha decidido parar los pies al donjuán de la selva.

—¿Qué hace usted aquí... con mis animales?

—¿Sus animales?

—Quiero decir que... qué hace usted aquí entre los capuchinos, y ¿desde cuándo vive aquí? Juraría que hemos pasado por este mismo sitio hace un par de días y aquí no había nada. Nunca he sabido de nadie que viviera por esta zona. ¡Y levántese del suelo, haga el favor!

—Lo que usted quiera.

Levantarse ha sido lo peor que ha podido hacer. Mientras estaba de rodillas no se notaba, pero ahora, de pie, puede admirarse en todo su esplendor que don Severino se ha naturalizado tanto que ni reprime sus instintos ni le importa que se le noten. La doctora, al ver el miembro de don Severino mirando al cielo, ha pegado tal grito que toda la manada se ha puesto a chillar, y Joaquín y Roque, que habían parado de reír, han estallado en carcajadas, y a la doctora se le va la cabeza con tanto escándalo.

—¡Tápese un poco, por Dios!

La doctora se ha dado la vuelta y, mientras se aleja en dirección al sitio en donde soltó la mochila, a don Severino le regresa la sangre a la cabeza y por primera vez se fija en Joaquín y en Roque, que le observan sin dejar de reírse.

—¡Hola! ¡Encantado de conocerles!

Los saluda levantando el brazo y ellos le devuelven el saludo, indecisos, sin saber si acercarse a darle la mano; pero don Severino vuelve a mirar a la doctora y Joaquín y Roque desaparecen, y todo lo demás desaparece con ellos.

Esa noche, en el campamento, hablan los tres sobre lo que harán al día siguiente. Roque quiere grabar ya lo que sea.

—Doctora, ¿por qué no grabar a los ejemplares al lado de la casa? Estoy seguro de que ese hombre se ha construido ahí la casa porque sabía que la carretera que están haciendo iba a pasar cerca de aquí. Esta es una de las consecuencias de la deforestación de la selva: que los animales se buscan la vida viviendo entre la gente, y eso es lo que hemos venido a filmar.

Ella no está conforme, pero ya no puede negarse a que empiecen a trabajar.

—Está bien. Pero mañana veremos qué hace ese hombre para que la manada permanezca junto a él. Si está dándoles de comer, lo qué grabemos estará tan contaminado por el contacto humano que parecerá un circo. Pero, si quieren grabarlo, adelante.

Para no volver a asustar a la doctora, don Severino entra en la casa y se lava con agua de lluvia que tenía recogida, se afeita y se hace una coleta. Luego se prueba un traje, pero como, después de tanto tiempo de andar en bolas, le molesta, se lo quita y se pone en la parte de arriba sólo el chaleco; eso sí, abrochado. A los pantalones les

corta las perneras a la altura de las ingles y, con esta indumentaria, sale fuera a reunirse con su pandilla. Los asombrados monos se suben divertidos por encima de él y le tiran de la ropa y se cuelgan de la coleta, y don Severino, sin hacer caso de sus burlas, se dedica a buscar un sitio donde acomodarse. Poco más tarde, en un colosal guayabo que hay cerca de la casa, encuentra el lugar idóneo.

Ha cogido unas puertas de la casa y, con una cuerda y mucho esfuerzo, las ha subido a más de veinte metros de altura. No puede quitarse de la cabeza la imagen de esa mujer... Con las puertas, ha montado una plataforma en la horcadura de dos ramas. Ni olvidar su boca... A continuación, con ramas y hojas, ha construido encima un chamizo. Ni sus ojos... que le abrasan... Esta noche no dormirá en la casa. No quiere que se eleve mientras duerme y se lo lleve lejos de ella.

De madrugada, antes de salir el Sol, Joaquín y la doctora montan el escondite en el suelo, enfrente de la casa. Si merece la pena, buscarán con más tiempo algún sitio entre los árboles.

Cuando se dejan ver los primates, ya llevan más de dos horas dentro del observatorio. Los monos no han titubeado, han ido directos hacia ellos y se han plantado en los árboles más cercanos, de cara al escondite, como si cogieran sitio. Luego, han empezado a mirar hacia un mismo lugar y... ¡por ahí llega don Severino!, hecho un pincel, con su traje de diseño, descalzo, enjuto, fibroso. Si el eucalipto parecía la antena de la selva cuando la casa no tocaba el suelo, ahora don Severino sería un genuino espécimen de portero selvático, aunque a la doctora le recuerda a una mezcla entre torero y bailarín. Don Severino trae en una mano un hatillo que ha hecho con hojas y ha llenado con frutos que ha estado recolectando y, en la otra, un diminuto ramo de flores enanas. Ella está extasiada contemplándole, esperando que en cualquier momento se eche a bailar o se ponga a celebrar algún extraño rito. Don Severino llega hasta el escondite y se planta delante.

—Hola... Buenos días.

La doctora, preguntándose si salir o quedarse callada, mira a Joaquín a ver si él la saca de dudas, pero Joaquín se encoge de hombros, dando a entender que no hay más remedio que hacerle caso, y desde dentro saluda a don Severino. Y la doctora, aparentemente molesta por la interrupción, sale del escondite para hablar con él, porque, en realidad, prefiere saber cuanto antes qué es lo que está pasando; además, esta vez, por lo menos está vestido y no parece un salvaje. Parece cualquier cosa menos un salvaje.

—Hola, ¿qué quiere?

Don Severino adelanta el hatillo y las flores.

—Esto es para ustedes, y esto, para usted.

La doctora ha cogido cada obsequio con una mano y se ha quedado observando el minúsculo y desigual ramo, y no sabe si reírse o tirárselo a la cara y gritarle que se

vaya y que la deje en paz. Con una sonrisa forzada, que se ha quedado a medias entre las dos opciones, le contesta sin dejar de mirar las flores.

—¡Vaya...! No sé cómo agradecérselo... Muchas gracias.

Como don Severino no dice nada, sólo la mira, la doctora sigue hablando, ya no por satisfacer su curiosidad, sino por decir algo.

—Verá... me gustaría hacerle una pregunta si no le importa. —La doctora levanta la cabeza y apunta hacia los árboles—. ¿Qué les da de comer?

—¿De comer? Yo no les doy de comer. Comen ellos solos.

—Y, si no les da de comer, ¿por qué no se van?

—No se van porque... Yo no sé por qué no se van. Porque están bien conmigo, supongo.

La doctora ya no puede parar de hacer preguntas.

—¿Desde cuándo vive usted en esa casa?

—Desde siempre.

—¿Y vive usted solo?

—¿Solo? Sí, si ellos no cuentan, sí, vivo solo; pero ya no quiero vivir solo más tiempo.

Lo ha dicho mirándola a los ojos y se ha quedado como esperando una respuesta. Ella nota cómo le llega el calor a la cara y sabe que le están saliendo los colores. Mira las flores y la fruta y no sabe qué hacer.

—Muchas... muchas gracias por la fruta... y por las flores... En fin, hasta luego.

—Espere, yo... no sé su nombre.

La doctora, azarada, le tiende la mano en plan profesional.

—Ah, discúlpeme, soy la doctora Teresa Martínez, bióloga.

Don Severino le ha cogido la mano con las dos suyas y repite su nombre, saboreándolo.

—Teresa, Teresa...

La temperatura de la cara de la doctora sigue en aumento, y ella sólo quiere desaparecer.

— Encantada... de... haberle conocido.

—Teresa, ¿le gustaría a usted que diésemos un paseo?

—¡Cómo! ¿Un paseo? Yo...

—No tiene por qué ser ahora, cuando usted pueda, cuando usted quiera.

La doctora no se lo esperaba y no sabe qué contestar. No quiere decir que sí, pero tampoco quiere decir que no.

—¿Un paseo? Yo... no sé... La verdad es que estoy bastante ocupada con la grabación... Quizá en otro momento.

—¡Estupendo! Entonces vendré en otro momento. Si necesitan cualquier cosa, no dude en decírmelo.

Esta vez ella no ha retirado la mano; no ha sido consciente, hasta que don Severino la ha soltado, de que se la tenía cogida. No le molestaba.

La doctora se despide y se mete en el escondite, le ofrece la fruta a Joaquín y se sienta dentro con el escuálido ramo de flores en la mano y sin saber dónde soltarlo. Tiene el corazón a cien por hora, y cuando ve que don Severino se aleja, respira aliviada.

El resto de la jornada no ha sido de mucho provecho; hace falta que pasen unos días para que los animales se acostumbren a su presencia y se olviden de que están ahí. Además, con don Severino por allí esperando ver a la doctora y acechando en torno al escondite, no ha habido manera de hacer una sola toma en la que los monos estén a lo suyo y sin mirar a la cámara.

CAPÍTULO QUINTO

Desde que salió, esta mañana, el Sol no ha dejado de ver gente alrededor de la casa. El primero que le saludó fue don Severino, que se estaba despidiendo de las últimas estrellas después de haber pasado la noche entera con ellas. También ha visto a Roque trabajando con el ordenador. Más tarde, cuando todavía estaba bastante bajo, el Sol vio un helicóptero sobrevolando la casa; luego, vio a un par de tipos haciendo fotos, y ahora, que falta poco para la hora de irse, acaban de llegar cuatro hombres que se han metido en medio del plano que estaba grabando Joaquín. A quien no ha visto el Sol ha sido a la doctora, que entró en el escondite sin que él la viera y no quiere salir para que don Severino no la vea.

Los cuatro recién llegados están dando vueltas alrededor de la casa y gritando a ver si sale alguien. Don Severino está tumbado en su hamaca. Se la hizo trenzando cuerdas que cogió de la casa. Cuando sabe que va a estar con su pandilla un rato en un mismo árbol, ata los dos extremos a una rama, o entre dos que estén a la distancia adecuada y, si se cansa, se sienta o se tumba en ella y se deja mecer por el suave cabeceo del árbol. Ahora está colgado, muy lejos del suelo, entre las ramas de un lapacho negro lleno de flores de color rosa que se dejan caer con desgana. Los cuatro hombres han pasado por debajo de él y no le han visto.

Don Severino baja del árbol sin hacer ruido y aparece detrás de ellos.

—Hola, muy buenas. ¿Puedo ayudarles?

—¡Dios, menudo susto! —El que estaba más cerca no ha podido disimular el sobresalto—. ¿Es usted el dueño de esta casa?

Don Severino se queda escudriñando la casa con tal atención que se diría que la está viendo por vez primera, y los cuatro hombres, intentando ver lo que él ve, comienzan una suerte de baile con la cabeza como si siguieran, en un partido de tenis, una pelota imaginaria que fuera de los ojos de don Severino a la casa, y vuelta de la casa a don Severino.

—Sí, yo soy —contesta al fin.

—¿Desde cuándo vive aquí?

El que habla lleva en las manos unos planos que examina con extrañeza.

—Desde siempre. He vivido en esa casa desde siempre.

—Creo que debe de haber algún error. Soy ingeniero de la compañía encargada de las obras de la carretera que va a pasar por aquí; y cuando digo por aquí, quiero decir que su casa está justo en medio del trazado de la carretera.

—¡Ah, vaya! Pues cómo lo siento.

El ingeniero no sabe si don Severino no entiende de verdad lo que ocurre o es que se está riendo de él.

—Señor, el que lo siente soy yo, porque, si los planos dicen que la carretera va a pasar por aquí, pasará por aquí. No lo dude.

—Bueno, entonces, ¿cuál es el problema?

Don Severino sonríe mirando a los cuatro hombres y el ingeniero le contesta de mala manera, seguro ya de que se está riendo de ellos.

—El problema es que dentro de unos días las obras habrán llegado hasta aquí y, para

entonces, usted tendrá que haberse marchado.
—Vale.
—¿Se irá?
—Claro.
Dos de los hombres, los que van peor vestidos, van armados y se han quedado un poco más atrás; los otros dos, los que están delante, hablan en voz baja entre ellos, señalando hacia los alrededores. No se explican qué hace ahí esa casa, pero tampoco les importa demasiado. Estará comprada o expropiada; eso, en cualquier caso, no es asunto suyo. Ellos son ingenieros y su labor es otra.
Por fin, el Sol y don Severino pueden ver a la doctora. Ha salido del escondite. No ha querido quedarse al margen después de oír lo de la carretera. Al Sol le gustaría detenerse un momento, incluso retroceder, pues no ve bien con tantos árboles. Pero no se atreve; se notaría demasiado. La gente vería dudar a la sombra, y eso no ha ocurrido nunca antes. Todo el mundo confia en que la sombra siga su camino pase lo que pase. Demasiada responsabilidad para el Sol. A don Severino, en cambio, le importa un bledo si se nota o no se nota que está loco por la doctora. Desde que ha aparecido ella, lo demás se ha desvanecido; ahora no existe nada más, nadie más. Ni el Sol ni don Severino se están enterando de qué hablan la doctora y los cuatro hombres, que, más que hablar, discuten. Bueno, es la doctora la que discute, ellos sólo contestan a sus preguntas y aguantan el chaparrón. Les ha hablado del calentamiento global, del desarrollo sostenible, del equilibrio ecológico, de las especies en peligro de extinción, de la necesidad de preservar las últimas selvas del mundo como un tesoro. Y ahí uno de los ingenieros ya está cansado de oírla.
—En eso sí que estamos de acuerdo, en que es un tesoro. Un tesoro que hay que aprovechar. Nosotros estamos haciendo esta carretera para que, cuando esté terminada, muchos otros puedan trabajar y salir adelante. Por aquí hay muchas personas en peligro de extinción, igual que sus animales. Y no se lo tome a mal, pero nosotros tenemos otros problemas más cercanos y más apremiantes que esos de los que usted nos habla y que no está en nuestra mano solucionar. Eso queda para los políticos, señora.
La doctora, más por enterarse de algo, oyendo hablar a don Severino, que por otra cosa, le increpa para que se meta en la discusión.
—Y usted, ¿no va a decir nada? ¿No va a hacer nada? ¿ No le importa que le tiren la casa ni que acaben con este lugar?
Don Severino ha salido de su embobamiento al notar que ella le está hablando a él.
—Bueno, yo... yo no necesito esa carretera.
La doctora intenta dar algún sentido a las palabras de don Severino mientras el ingeniero, después de guiñar un ojo a los otros tres, le contesta con sorna:
—Hombre, hombre, hombre. Esto es otro cantar. ¡Cómo no lo había dicho antes! Si el señorito no necesita la carretera, ¿qué estamos haciendo aquí ya? Hala, vámonos que todavía llegamos a tiempo de parar las obras antes del siguiente relevo —y cambiando de tono—. Señor, usted no necesita esta carretera, pero hay gente que sí la necesita. Lo que espero que usted no necesite es su casa.
—Pues no, tampoco la necesito.
Todos miran a don Severino tratando de adivinar quién es, qué es, de dónde ha salido.

Y don Severino mira a la doctora y ya no hay nada más. Ni gente, ni monos, ni puesta de sol, ni casa, ni carreteras, ni la luz que se filtra entre las hojas y cambia el color del suelo, ni suelo; no hay nada, no hay ruido, no hay ningún olor. Y esa imagen, en la que sólo aparecen ellos, es tan nítida que la doctora puede verla, y se ve en ella y se siente desnuda. Y por salirse de la escena, le pregunta al ingeniero que cuándo llegarán las obras, y el ingeniero, que no llega a ver la imagen, pero que la imagina, contesta sin saber ni lo que dice y se despide azarado, como quien hubiera entrado en una habitación ajena y hubiera roto la magia de un momento íntimo.
Los cuatro hombres se han marchado, y la doctora, confusa, y sin decir esta boca es mía, se ha metido en el escondite, aunque sabe que ya no van a grabar porque la manada se fue en cuanto llegó la visita, y el Sol, que hubiera querido quedarse un poco más, también ha tenido que ausentarse.
Antes de irse a acostar, el equipo de grabación le propone a la doctora que, para trabajar en condiciones y que los monos no estén constantemente alrededor de don Severino, lo mejor sería que aceptase pasear con él y mantenerle alejado. Así habría oportunidad de grabar a los animales a su aire. A la doctora le da un poco de corte, pero la curiosidad puede con ella. Quiere saber quién es ese hombre, qué hace allí, cuándo llegó, para qué.

* * *

—¿Qué hará cuando derriben su casa? ¿Adonde irá?
Don Severino se presentó a media mañana delante del escondite, con un cucurucho hecho con una hoja y lleno de bayas del árbol chupa chupa. Cuando salió la doctora, volvió a proponerle que dieran un paseo juntos, y ella accedió con el objetivo de interrogarle, que es lo que está haciendo sin ningún pudor. A don Severino no le parece mal; a él también le gustaría saber cosas de ella, pero no del pasado ni del futuro, sino del presente.
—No sé adonde iré; no tengo pensado irme. Ahora estoy aquí y estoy bien. Pruebe esto, verá qué rico. —Don Severino le ofrece la fruta que ha traído, a ver si así puede meter baza—. Déjeme que yo también le pregunte algo. ¿Por qué estudia usted a esta especie en particular?
La doctora coge un fruto de los más pequeños.
—Esto es zapote, ¿verdad? De esta clase..., creo que no los he probado.
—No sé, ellos lo llaman chupa chupa.
Don Severino contesta apuntando con el dedo a los árboles.
—Claro, es que también se llama chupa chupa —mientras habla, la doctora cae en la cuenta del gesto que ha hecho don Severino—. ¿Cómo que ellos? ¿A quiénes se refiere ?
Don Severino iba a responder con toda naturalidad que se refería a Mulao, a Isaco y a los demás, pero, viendo la cara de desconcierto de la doctora, se atasca y, encogiéndose de hombros, como pidiendo disculpas, dice bajito:

—A... ellos.
—Ya... —La doctora, con la boca abierta, mira hacia arriba y ve a Isaco, a Juguiro y a Guiayara, que están observando desde los árboles, atentos a don Severino—. Dice usted que se lo han dicho ellos...
La doctora habla sin perder de vista a los tres monos, que ahora se han vuelto hacia ella, pero cuando termina la frase, los tres miran otra vez a don Severino como si esperaran la contestación. Y a la doctora, que llevaba tanto tiempo estudiando a esos mismos ejemplares, se le rompen los esquemas viendo cómo siguen a don Severino, cómo le escuchan, cómo... ¿le hablan? No puede ser. No quiere continuar por ahí.
—¿Decía usted que por qué hago mi trabajo sobre esta especie? Yo creo que da igual una especie que otra. Estudiando el comportamiento de cualquier grupo de animales es posible descifrar las transformaciones del ecosistema. Lo malo es que aquí hay poco que descifrar, primero harán la carretera y luego acabarán con todo esto.
—Sí, pero ¿por qué esta concretamente?
—No lo sé, supongo que me cayeron simpáticos. Además, ¿sabe usted?, estos monos son tan conocidos fuera de aquí y la gente los ha tenido siempre tan cerca que nadie se ha interesado nunca por ellos en su ambiente. Aquí a nadie le importan un carajo, y como, según quieren hacernos creer, no están en peligro de extinción, no hay razón para preocuparse por ellos. ¿Quién ha dicho que no están en peligro de extinción? Lo están todos los animales del planeta; todos, menos los que están en las granjas de engorde. —La doctora se va animando, pero no quiere ser la única que hable—. Pero, en fin, no podemos cambiar el mundo. ¿No cree?
—Se equivoca. Claro que puede —contesta don Severino.
—La verdad es que no veo cómo.
—Usted forma parte del mundo.
—¿Qué quiere decir, que soy yo la que tengo que cambiar? ¡Qué me está diciendo!
—Estoy diciendo que el mundo sólo puede cambiar de dentro hacia fuera.
La doctora está empezando a mosquearse.
—No comprendo. ¿Qué es, una adivinanza?
—No. Es pura matemática: si se altera uno solo de los componentes de un conjunto, el conjunto resultante ya no es el mismo, es distinto, es otro. Si usted cambia, sólo con eso, el mundo ya será diferente.
Don Severino no le está recriminando nada; él se lo explica para que lo entienda, pero la doctora se empeña en sacarle punta.
—Ya sé por dónde va. Lo próximo que me dirá es que yo también consumo y ensucio, y que, como dependo del sistema, soy parte del él. ¿Qué tendría que hacer, vivir igual que usted en medio de los simios y volver a la Edad de Piedra, unga unga? ¡No me diga eso!
A don Severino le entra risa viéndola hacer el troglodita.
—Usted dijo que quería cambiar el mundo y yo sólo le he dado la solución. Aunque, ya que lo dice, si usted quiere, no nos haría falta ni llegar a la Edad de Piedra, podríamos quedarnos incluso antes, unga unga.
Ahora es a la doctora a la que le hace gracia ver a don Severino imitándola. Se calma y se da cuenta de que es él el que la está llevando a su terreno y no le está hablando de su propia vida; así que decide probar con otra táctica y otro tema.

—¡Qué bien lo hace! Y dígame, ¿qué hacía usted por aquí antes de que llegáramos?
—¿Antes...? Lo que hacía era ver, oler, comer, tocar, oír, imaginar...
La doctora le corta antes de que siga; no quiere saber más detalles.
—Ya, ya. En realidad, lo que me gustaría saber es porqué, de un tiempo a esta parte, el grupo de capuchinos se ha mudado tantas veces. Usted iba con ellos, ¿verdad?
—¿Que por qué nos hemos mudado...? No sabría cómo decirle...
—¿Hubo algo que asustara a los animales? ¿Se mudaban sin más, o qué ? ¿Por qué estaba usted con ellos ? ¿Por qué le siguen o por qué los sigue usted a ellos?
La doctora se embala, y don Severino lo prefiere así porque le da la oportunidad de escaparse de algunas preguntas.
—No, Teresa, ni ellos me siguen ni yo les sigo a ellos. Es más fácil: estamos juntos porque nos apetece y porque nos entendemos bien.
—Es que yo llevo estudiando a estos mismos ejemplares desde hace años... y, que usted haya cogido esa confianza con ellos en el poco tiempo que he estado fuera, me resulta muy difícil de creer. Es inaudito.
—Ya se lo he dicho: congeniamos.
La doctora no deja de mirarle perpleja, dudando de que don Severino le esté diciendo la verdad, pese a que, por lo que ella ha observado, no hay otra explicación.
—En ese caso, ya que se entiende tan bien con ellos, ¿por qué no les dice que voy a tener que capturarlos uno por uno para llevarlos a un sitio en el que puedan continuar vivos de momento?
—¿Adonde quiere llevarlos?, y... ¿por qué?
—Porque toda la selva que queda en esta parte del río acabará siendo talada. Lo sabía desde hace tiempo, pero pensaba que sucedería más despacio y confiaba o, más exactamente, soñaba con que algún milagro de última hora detuviera el proceso; sin embargo, al ver la velocidad a la que avanzan las obras de la carretera, me he dado cuenta de que queda poco tiempo, y hay que actuar pronto. Si no los llevo a la otra parte del río antes de que les echen el ojo, los cazarán para venderlos.
—No hace falta capturarlos, con contárselo será suficiente. Ya se han visto forzados a abandonar otros sitios en donde la selva desapareció.
—Sí, eso es cierto. —La doctora, que camina sin quitar ojo a los tres primates, de pronto se para y mira a don Severino—. Pero ¿usted cómo lo sabe? —y, seguidamente, con un gesto irónico—. Ya... No. No me lo diga. Se lo contaron ellos, ¿verdad?
Don Severino, viendo la cara de la doctora, se siente como si le hubieran cogido curioseando dentro de la cabeza de los simios, y trata de excusarse, pero lo que dice no hace sino complicar más la imagen que la doctora se está haciendo de él.
—Ahora que lo dice, la verdad es que lo sé, pero no recuerdo que me lo hayan... contado..., quiero decir, ellos.
Mientras la doctora —sin conseguirlo— intenta interpretar las palabras de don Severino, él está pensando que después de tanto descolocarla con sus contestaciones, necesita apuntarse algún tanto con ella.
—No se preocupe, Teresa, cuando quiera llevárselos, yo la ayudaré.
A la doctora, cada respuesta de don Severino la deja más patidifusa. Además, dice su nombre de una forma que la turba, y, como él se dirige a ella con respeto y

hablándole de usted, no se atreve a decirle que la llame doctora, igual que hacen los demás. No logra hacerse una idea de quién es, pero, al menos, está dispuesto a colaborar.
—Muchas gracias. La verdad es que, viendo la confianza que tiene con ellos, me vendrá muy bien su ayuda porque no sé cómo lo voy a hacer.
La doctora se rinde y desiste de pretender comprenderlo todo de golpe; gracias a eso, de vuelta al campamento, pueden caminar en silencio sin necesidad de preguntarse nada.

CAPÍTULO SEXTO

En la compañía constructora de la carretera, se discute acaloradamente el tema de la casa que está donde no debería estar. El ingeniero ha informado a su jefe, y ahora, a muchos kilómetros, en el consejo de dirección de la compañía, los abogados discuten las opciones posibles. La construcción de la carretera es una pieza clave de un ambicioso proyecto de la compañía, que ha contado, desde el inicio del proyecto, con el rechazo de mucha gente. Acaparó durante un tiempo la atención pública, pero últimamente otros temas ocupan esa atención y nadie se acuerda de la carretera. No sería conveniente volver a saltar a los medios de comunicación por culpa de esa casa; en eso están todos de acuerdo. Se preguntan por qué la casa no aparece en los planos, pero nadie lo sabe a ciencia cierta. Cuando han hablado con el ingeniero responsable, éste ha jurado que en ese sitio no había ninguna casa, que el terreno había sido estudiado palmo a palmo y que sería un error de las últimas mediciones.

Parece ser que la casa se ha posado en un sitio estratégico. Eso (y que hay un equipo de grabación junto a ella) hace que sea un verdadero problema para la compañía. Sin perder tiempo, un equipo de hombres, entre los que van un par de ingenieros y un abogado, se presenta en la casa.

Don Severino y la doctora, que hoy también pasean juntos, se han encontrado con ellos. Mientras los demás se afanan con las mediciones, el abogado, tras presentarse como representante de la compañía, le ha preguntado a don Severino si podían hablar a solas.

—¿A solas? ¿Por qué a solas? Yo no tengo inconveniente en que ella oiga lo que ha venido a decirme. Al contrario, prefiero que se quede. En todo caso, que haga lo que quiera.

Don Severino mete a la doctora en la conversación con un movimiento de cabeza, y ella contesta mientras fulmina al abogado con la mirada, sin preocuparse por disimular que ya le cae mal.

—¿Yo...? Sí, por supuesto. Prefiero quedarme.

—Como ustedes quieran; por mí, no hay ningún problema. ¿Es verdad que vive usted en esa casa desde siempre?

—Sí, es verdad.

—Vaya, vaya... Ya veo.

El abogado habla despacio para tener tiempo de estudiar a don Severino y a la doctora.

—Y ustedes —dice, dirigiéndose a la doctora—... están grabando algo, ¿verdad?

A la doctora, el tipo la está poniendo de los nervios con las preguntitas.

—Eso es: algo. Y usted, ¿a qué ha venido, a hacer una encuesta?

El abogado cambia la cara por otra, por otra que tiene, no por la suya; la suya no la lleva a trabajar. Trabajando usa en cada momento la idónea, como un profesional.

—De acuerdo. Iré al grano. —El abogado, con su nueva cara, más seria que la anterior, se dirige abiertamente a don Severino—. Yo estoy aquí para hacerle una oferta por su casa, y me gustaría decirle que estoy en condiciones de ofrecerle un acuerdo inmejorable y..., en una palabra, estamos dispuestos a pagarle mucho más de lo que vale la casa.

La doctora, expectante, contiene la respiración, pero la respuesta de don Severino no se hace esperar.

—Muy bien, y yo se lo agradezco, pero no deseo vender la casa.

—Yo le pediría que lo pensara. Ya le digo que poseo plenos poderes de parte de la compañía para ofrecerle una cuantiosísima suma: la que usted y yo determinemos.

—No, usted no lo entiende. No es cuestión de dinero.

Las respuestas de don Severino fuerzan un apresurado cambio de rostro y de táctica por parte del abogado.

—Está bien. Veo que el que no lo entiende es usted, así que se lo voy a dejar claro: le estoy dando la oportunidad de vender la casa por un precio que nadie, nadie le daría. Si no acepta, se quedará usted sin la casa igualmente y al final cobrará muchísimo menos dinero, o puede que nada. Esta carretera tiene mucho valor para gente muy importante e influyente, y se hará de todas formas y sin pérdida de tiempo. Llegarán los obreros y la derribarán; y luego será usted el que tenga que ir a reclamar a no sabemos dónde y a no sabemos quién. ¿Comprende ? —El abogado aprovecha la pregunta para un nuevo trueque de faz que le dé un aire más cercano y sigue hablando—. Hágame caso, no conseguirá interrumpir las obras. Y, si lo hiciera, que lo dudo, no creo que la interrupción durara mucho. No puede parar el tiempo.

El abogado quería decir el progreso, pero se ha equivocado y ha dicho el tiempo. Y don Severino lo ha visto claro.

—Dígame cuánto me darían ustedes por la casa.

La doctora se ha quedado atónita al oír a don Severino, pero no dice nada.

—Estoy en disposición de ofrecerle diez millones de dólares americanos.

—¿Diez millones? Necesito... dos semanas para pensármelo. ¿Podría ser?

El abogado, que, oyendo hablar a don Severino, había empezado a preocuparse por el éxito de su empresa, al ver el giro que ha tomado la conversación, prefiere no presionar y opta por ceder.

—De acuerdo. Dentro de quince días volveré, y espero que para entonces haya decidido lo mejor para todos.

El abogado ha esperado a que los ingenieros acabaran con las mediciones, aunque a simple vista se nota que la casa está en medio del paso natural. La doctora ha estado esperando impaciente a que se fueran para hablar con don Severino.

—Ha hecho un buen negocio.

La doctora lo ha dicho seria, afirmando con la cabeza y sin mirar a don Severino.

—¿Negocio? Yo no he hecho ningún negocio.

—Pero va aceptar la oferta que le ha hecho ese hombre, ¿no?

—Se equivoca. No voy a vender la casa. ¿Para qué?

—No le entiendo; usted sabe que es inevitable. ¿Qué gana negándose a vender? Coja el dinero y cómprese otra en otro sitio. Además, si no recuerdo mal, dijo usted que no necesitaba la casa.

La doctora, sorprendida, se ha girado hacia don Severino, haciendo un gesto de incomprensión con las manos.

—Es que no la necesito, pero tampoco me hace falta el dinero. Y no quiero una casa en otro sitio. No necesito nada de ese hombre. Ahora todo está como yo quiero y la selva sigue en su sitio. ¿No le parece que así está bien?

—Sí, pero ¿cuánto tiempo cree que podrá detener a esa gente? Y además está lo del dinero: lo perderá sólo por unos días de falsa alegría.

—No perderé ningún dinero que no tengo, ni quiero. Ya se lo he dicho. Ese hombre dijo que yo no podría parar el tiempo y se equivoca: ahora es ahora. Y... doctora, según su valor del tiempo, ¿cuánto haría falta para que mereciera la pena, un mes, un año, cien años, mil, un millón?

La doctora apenas puede creer lo que oye. Cuanto más habla con don Severino menos le conoce. Pero le comprende; le comprende tanto que se asusta.

—¿Por eso ha dicho que se lo pensará?

—Claro.

—¿Y qué hará cuando vuelvan a por su respuesta?

—¡Eso será dentro de dos semanas! ¿Por qué le preocupa eso? Hágame caso: ahora es ahora.

Don Severino y la doctora se han detenido porque han oído a Guiayara, que los llama justo desde encima de ellos. Está con Juguiro y con Isaco, y los tres están en lo alto de una vieja higuera comiendo higos. Don Severino, al verlos, ha trepado al árbol.

—¿Le apetecen unos higos, Teresa?

La doctora quiere saber si ella también puede gozar de la confianza que tiene don Severino con los pequeños simios.

—Sí que quiero, pero prefiero cogerlos yo misma. ¿Se asustarán si subo?

—No creo. Pruebe.

Los tres pequeños no se han asustado de la doctora, aunque no se han acercado a ella como hacen con don Severino. A él, a veces lo toman por uno de ellos, y a veces, por parte del paisaje: le usan para pasar de una rama a otra sin ningún recelo. Don Severino y la doctora han subido hasta lo más alto que han podido, se han hartado de

fruta, y ahí están los cinco, haciendo el mono, subidos en la higuera.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Una suave calma se ha instalado alrededor de la casa; gracias a ello, la doctora puede dedicarse a su trabajo. Nunca antes había conseguido acercarse tanto a los capuchinos sin que dejaran de comportarse con naturalidad. Sin embargo, con don Severino es diferente y, poco a poco, los animales van cogiendo confianza con ella y mostrándose tal como son.

Don Severino se ha convertido en el ayudante de la doctora, ha hecho una hamaca para ella, y los dos pasan horas colgados a muchos metros del suelo. Así que a la doctora ya no le hace falta usar tranquilizantes ni nada parecido para manipular a los pequeños monos; él los llama, les dice lo que han de hacer, y ya está. Algunas veces tarda un poco en hacerse entender, pero tareas como el control del peso y de la talla, que son mediciones periódicas que la doctora ni siquiera imaginaba que pudiera llevar a cabo, se han convertido en actividades rutinarias que no entrañan ninguna molestia para los animales, que se prestan, con don Severino, a toda clase de juegos y de enredos.

La doctora no deja de pensar en que los días transcurren deprisa y en que pronto volverá la gente de la carretera y, como está adelantando más que nunca en su estudio particular, ha enviado a Joaquín y a Roque a grabar las obras. Les ha dicho que graben los alrededores de la carretera y a los animales que vayan viendo desde allí hasta el campamento. Es algo que vendrá bien para el documental, pero la verdadera razón es que tiene curiosidad por saber en qué punto se encuentran las obras —y a qué ritmo avanzan— para averiguar cuánto falta para que lleguen. Con don Severino casi no habla de ello porque él siempre contesta con evasivas y como si no le importase. A pesar de todo, la doctora no siempre puede evitar comentarle cosas que tiene en la cabeza y a las que no deja de dar vueltas.

—¿Sabe...? Me pregunto por qué el abogado que vino el otro día le ofreció esa cantidad de dinero. Además, diciéndole que, aunque no lo aceptara, no evitaría que tiraran la casa. ¿Por qué no lo hacen y se ahorran el dinero? ¿No le parece a usted demasiado dinero? ¡Diez millones de dólares! Y otro detalle, ¿no habían venido antes a comprarle la casa? ¿Por qué han tardado tanto tiempo en venir? Prácticamente, las obras ya están aquí.

Cuando la doctora comienza con las preguntas, don Severino no sabe por dónde escaparse. A veces le dan ganas de contarle lo de la casa, pero ¿para qué? Eso también forma parte del pasado. La casa ya no se mueve y quizá nunca más lo haga, y lo que es seguro es que ella no le creería. Por suerte, ha sido una avalancha de preguntas de esas que favorecen la escapada.

—Sí, la verdad es que es mucho dinero; deberían haber regateado un poco.

La doctora, creyéndole interesado, aprovecha la ocasión.

—Claro, de entrada, tendrían que haber ofrecido menos dinero y luego, como usted dice, regatear.

Pero a don Severino el tema le aburre.

—Si no han regateado al principio, les haremos regatear la próxima vez; no se preocupe por eso ahora. ¿Le gustaría darse un baño en un sitio perfecto?

La doctora está empezando a dejarse llevar por el desapego de don Severino; su serenidad la tranquiliza.

—¡Un baño! Ya... Y todo lo demás no importa, ¿verdad?

—Exacto, usted lo ha dicho.

—¿Está lejos?

—No lo sé. ¿Por qué le preocupa?

—No es que me preocupe, pero me gustaría... ¡Cómo que no lo sabe!

—No, no lo sé. —Don Severino hace ademán de buscar el sitio con la vista—. Pero no creo que esté muy lejos.

—¿No sabe si está lejos ? Habló usted de un sitio perfecto.

—No sé si está lejos porque nunca he estado, pero tengo la certeza de que, siguiendo el riachuelo que hay ahí al lado, encontraremos un sitio perfecto.

La doctora, bromeando, hace un gesto de desesperación.

—Entonces... habrá que buscarlo.

Siguiendo el curso del agua, a poco menos de una hora desde que dejaron el campamento, acaban encontrando el sitio perfecto. Isaco, Juguiro y Guiayara han ido acompañándolos por encima de los árboles y, en este momento, están tratando de ver qué tiene de perfecto, porque a ellos no les dice nada el sitio. Sólo es agua que, saltando sobre una enorme roca, ha conseguido, con el tiempo, horadarla y formar en su seno una poza. Por supuesto, esto los monos lo ignoran; ya sabemos que lo del paso tiempo no lo tienen muy claro. Además, no les gusta el agua. Pero don Severino y la doctora no han tenido ninguna duda; la doctora, que iba delante, se ha detenido al verlo, segura de haber encontrado lo que buscaban.

—Ahí está. Ahí lo tiene.

El agua cae en cascada desde cinco o seis metros de altura. El arroyo no es muy caudaloso, pero, al llegar abajo, el agua forma una pequeña charca, un remanso entre la piedra gastada.

—¡Vaya! Ya le dije que no estaría lejos.

Don Severino, que ya había empezado a quitarse la ropa, se ha contenido, acordándose de la primera vez que vio a la doctora.

—Teresa, ¿le importa si me desnudo?

A la doctora no le hace mucha gracia, pero no quiere parecer una mojigata. Se supone que no debería importarle.

—No, en absoluto. No crea que voy a asustarme.

—Se lo digo porque el primer día que me vio, sí se asustó.

—¡Hombre! Aquello fue distinto. Aparece allí de golpe, armas en alto. ¡Para salir corriendo!

—Le prometo reprimir mis impulsos.

Los dos se echan a reír, y a la doctora cada vez le da más confianza don Severino.

—¿Sabe? Aquella no fue la primera vez que le vi. Antes ya le había visto, y... ¿sabe qué estaba haciendo usted?

—¡Vaya!, me vio y no me dijo nada, ¿eh? ¿Cómo quiere que sepa qué estaba haciendo? —pregunta don Severino, divertido.

—No le dije nada porque desapareció usted como por arte de magia.

La doctora no deja de reírse.

—Vale, ¿y qué estaba haciendo que le da tanta risa?

—Estaba usted subido en un árbol... masturbándose. Sí, sí, justo era eso lo que estaba haciendo.

—¡No me diga! ¿Qué creyó, que había encontrado el eslabón perdido?

—Algo así. Joaquín y Roque le bautizaron como el *homo erectus*.

Los dos se ríen a carcajadas, y don Severino, sin dejar de reírse, se da la vuelta, se desnuda y se mete en el agua. Mientras él nada hacia la catarata, ella se queda en ropa interior en el borde mismo de la charca y se zambulle a toda velocidad, igual que una ranita. Visto y no visto.

La doctora se acerca y se coloca al lado de don Severino, que ya está debajo de la cascada, y los dos dejan que el chorro les masajee la espalda.

—Por cierto, Teresa, ¿sabe usted que sus capuchinos también lo hacen?

Don Severino se ve obligado a levantar la voz para superar el ruido del agua al chocar contra el agua, contra las piedras y contra ellos.

—Claro que lo sé. Y le diré que si le hubiera visto haciéndolo en otro sitio, no sé qué hubiera pensado, pero viéndole allí entre ellos, me pareció... En fin, quiero decir que no me pareció tan antinatural.

—¿Tan antinatural como qué?

—No sea usted borrico. Tan antinatural como lo que es.

—No cuando se está solo. O quizá lo que no sea natural sea estar solo.

Don Severino se ha puesto serio, y la doctora rápidamente cambia de tema.

—Mírelos, allí están. Nos están observando. Por una vez en mi vida, no soy yo la perseguidora. Podría trabajar en cualquier momento, incluso dándome un baño. Es increíble. Ah, y ya que ha mencionado lo de la ropa, por mí no hace falta que se ponga el chaleco, si es que lo hace por mí. Con ese calzón de diseño que usa, ya es suficiente.

—Vaya, ¿no le gusta el chaleco? A mí tampoco, pero no sabía qué ponerme para... civilizarme un poco.

—Le queda... cómo le diría... Imagínese: el día que le vi vestido me asusté casi más que cuando le vi desnudo.

Los dos vuelven a reírse a carcajadas y luego se quedan en silencio bajo el chorro, hasta que el Sol se despide porque se le está haciendo tarde, y la doctora, pensando en que sus compañeros ya deberían haber regresado, decide que ellos también tienen que irse y se lo dice a don Severino. No quiere salir ella la primera del agua, prefiere que salga primero él para que no se quede detrás, mirándola; así que se hace la remolona hasta que don Severino se da cuenta y se dirige a la orilla, y, mientras él camina delante, es ella la que no puede evitar mirarle. Don Severino se pone la ropa y empieza a andar sin darse la vuelta, dando tiempo a que la doctora se vista. Pero la doctora ya va detrás de él; se ha vestido a la misma velocidad a la que se desvistió.

En el campamento se encuentran con Joaquín y Roque, que no traen buenas noticias. Dicen que las obras están muy cerca, que hay un ejército de hombres trabajando y que progresan a tal velocidad que no tardarán mucho en llegar.

—No hay tiempo que perder —dice la doctora mirando a don Severino—; tenemos que llevarnos de aquí a la manada antes de que lleguen. ¿Me ayudará a hacerlo ?

—Por supuesto, Teresa. Lo que quiera.

Don Severino es el único que la llama por su nombre, y a los otros dos les suena raro.

—Cuando lleguen aquí las obras, los animales estarán en continuo peligro —asegura la doctora, dirigiéndose a Joaquín y a Roque para intentar persuadirlos—. En cuanto los vean, no pararán hasta dar caza a los más pequeños. Saben que pueden sacar mucho dinero vendiéndolos.

—¿Y cómo haremos para llevarlos? —pregunta Joaquín— ¿Piensa capturarlos?

—Eso, no lo sé. —La doctora se vuelve otra vez hacia don Severino—. ¿Qué cree usted? ¿Hará falta capturarlos o... podrá convencerlos para que nos sigan?

—Imagino que bastará con explicárselo.

Don Severino ha contestado sin hacer mucho caso; está pensando en lo que tiene que coger de la casa para hacerlo lo más rápido posible. Los demás ya le van conociendo y saben que si él lo dice, será verdad; pero no dejan de observarle con asombro. Entonces don Severino se levanta y, mientras camina en dirección a la casa, pregunta:

—¿Salimos al amanecer?

—Mañana vendrá el abogado a por su respuesta. —La doctora va levantando la voz conforme don Severino se aleja—. Quizá deberíamos esperar a que llegara, y salir luego.

—Por mí, vale. Voy a coger lo que vayamos a necesitar —dice don Severino; luego, se para, se gira, echa una mirada de complicidad a la doctora y añade—: y a

quitarme este chaleco tan elegante.

La doctora, ruborizada por la confianza de don Severino delante de sus ayudantes, sin dejar de hablar, se mete en la tienda de campaña a coger lo necesario para el viaje y a ocultar su rostro sonrojado.

—Lo más conveniente es que ustedes dos se queden aquí. Es mejor que haya alguien por si acaso vienen. Y nosotros dos, yendo solos, llevaremos menos peso y avanzaremos más deprisa.

—¡Cómo! ¿Va a irse usted sola con él? ¡Pero si apenas le conoce! —Joaquín le hace a Roque un gesto dándose golpecitos con el índice en la sien—. Además, ¿qué quiere conseguir? Tirarán la casa igualmente, haya alguien o no.

—De momento, le han ofrecido un montón de dinero por venderla, pero la situación podría cambiar si la casa se quedara abandonada —contesta la doctora sin dejar de revolver por la tienda—. Y no creo que vaya a pasarme nada por irme con él. No está loco, ni mucho menos.

—¿Y por qué no nos vamos todos y no volvemos? —ahora es Roque el que pretende convencer a la doctora—. Esto es una causa perdida. No podremos evitarlo.

—Yo, de todas maneras, pienso volver —afirma la doctora—. Quiero saber en qué acaba este asunto. Y lo mejor para todos sería que ustedes se quedaran aquí.

—A mí me da que lo único que está buscando ese hombre, con esto, es sacarle todo el dinero que pueda a la compañía que construye la carretera —dice Joaquín, asomándose a la puerta de la tienda—. Luego, se irá, y ya está.

La doctora sale de la tienda con una mochila en la mano y se encara con los dos.

—Vale, ¿y qué? Está en su derecho de intentar sacar lo máximo posible por su casa. ¿No están ustedes de acuerdo? Él no ha hecho otra cosa que ayudarnos, y me parece que lo que vamos a hacer mañana, sin su colaboración, se convertiría en una larga cacería. No veo por qué no podemos ayudarle nosotros a él. Si vende la casa y se va, tendremos a la manada donde queremos, y si no...

—Si no, ¿qué? ¿Qué quiere decir? —pregunta Roque.

—Quiero decir que él asegura que no va a vender la casa.

La doctora, de rodillas en el suelo, se ha puesto a meter latas de comida en la mochila, y Roque se agacha para mirarla a los ojos.

—¿Y usted le cree?

—¿Yo...? Sí, yo sí le creo. —La doctora se pone de pie y se dirige a los dos—. Al menos eso es lo que le ha dicho al abogado. Desde luego, esa gente no va a parar así como así. Lo harán de un modo o de otro: con dinero o por la fuerza. Y opino que, en parte, es nuestra obligación moral ser testigos con las cámaras de lo que ocurra. ¡No deberíamos dejarle solo!

—Sabe que haremos lo que usted decida, doctora. Sólo espero que no nos la estemos jugando nosotros por quedarnos.

Roque se da por vencido, y la doctora le contesta intentando no perder la seguridad.

—Supongo que, si fueran a hacernos algo, esperarían a que estuviéramos todos juntos.

—¿Cuánto tiempo tardarán en regresar? —Joaquín ya da por hecho que no lograrán disuadir a la doctora—. Y, entre tanto, ¿qué haremos nosotros?

—Tardaremos cinco, seis, siete días... Espero que no más. Y ustedes, pueden seguir con el trabajo y grabar a otras especies. Ponen el escondite en algún sitio con buena vista de este paso, y a ver qué sale.

Después de un silencio en el que cada uno ha mirado los pros y los contras de los nuevos planes, los dos ayudantes de la doctora vuelven a la carga. Y la doctora, a medida que contesta a sus preguntas y ofrece soluciones a los problemas que le plantean, va estando más y más convencida de que tiene razón. Así que los dos abandonan porque se dan cuenta de que no sólo no son capaces de reconvenirla, sino que la están animando. Y es verdad: si acaso necesitaba algún empujón que la ayudara a saltar sobre el agujero que dejan las dudas en el camino de la vida, se lo acaban de dar; se lo han dado entre los dos.

CAPÍTULO OCTAVO

El abogado que visitó a don Severino está en el despacho del presidente de la compañía. Le ha informado de lo sucedido y ahora está recibiendo las directrices a seguir.

—Discreción, amigo Valdés; la clave de este asunto es la discreción.

El presidente está sentado, dándole la espalda, oculto en un sillón giratorio que tiene vuelto hacia el ventanal que hay tras su mesa. Este ventanal le ofrece una vista privilegiada desde donde se domina gran parte de la ciudad.

El presidente, por una parte, detesta los fallos, la incompetencia y la falta de rigor, pero, por otra, disfruta con los planes que se tuercen a última hora y exigen su total dedicación. Decisiones sobre la marcha y viajes importantes para conversaciones importantes. Lo cotidiano da paso a lo extraordinario, y su propia vida se impregna de esa importancia.

—Todo se está llevando con la mayor discreción. —El abogado no se siente cómodo hablando con la parte trasera del sillón y se muestra poco locuaz—. No tiene por qué preocuparse.

El presidente se da la vuelta y mira a los ojos al abogado para decir algo importante.

—Nos encontramos en una situación sumamente delicada: dentro de poco hay elecciones y..., vaya, no hace falta ser adivino para saber que no va a haber ningún cambio, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que esa carretera es la clave de una operación que nos supera. —El presidente hace un gesto con las manos como si acariciara un imaginario globo del mundo—. Una vez que la carretera esté terminada, será imposible que nadie pare lo imparable; pero el éxito de esa operación, de la que no le voy contar más, depende en gran medida del tiempo que se tarde en hacer la obra. No hay un solo día que perder. Y, por otro lado, mi gente en... ya sabe... —El presidente hace una pausa buscando el término—. El caso es que en el Gobierno no quieren que se produzca ningún escándalo relacionado con esta carretera, porque, al fin y al cabo, el plan cuenta con su aprobación. Si hubiera alguna investigación, podrían salir a la luz secretos que no interesan a nadie. Ya me entiende: cuando se aprobó este proyecto hubo algunos... digamos... defectos de forma; y justo ahora, antes de las elecciones, no debe haber nada dudoso o turbio que ensucie su imagen. Me comprende, ¿verdad?

—Sí, sí, perfectamente. Le comprendo.

—Todo debe resolverse con la máxima rapidez y discreción, y sin levantar la liebre. Nos jugamos mucho en esta partida, y confío en usted.

El presidente se levanta dando por terminada la reunión, y el abogado sale del despacho dispuesto a llevar la negociación de manera impecable, después de darle la

mano y asegurarle con su mejor cara que se empleará al cien por cien. Es un encargo de importancia, que viene directo de manos del presidente. No se puede pedir más.

* * *

Ha llegado el día esperado, y el abogado acaba de recibir la escueta respuesta de don Severino. Estaba tan convencido de que todo iría bien que no había contemplado la posibilidad de que ese extraño hombre selvático se negara a aceptar el dinero. La situación le ha cogido por sorpresa y sin tiempo de poner la cara adecuada; de modo que está con la que tenía más a mano: la suya.

—¡Cómo que no! ¿No quiere vender la casa? No puede negarse; nadie renunciaría a todo ese dinero. —El abogado se pasa la mano por la cabeza y trata de organizar las ideas y los semblantes correspondientes—. Un momento. Mantengamos la calma. ¿Qué sucede, no está conforme con el dinero? ¿Quiere más dinero? ¿Es eso?

Don Severino ha ido a recibir al abogado con la doctora. Ella está intentando contener la risa, viendo las fluctuaciones de la cara del abogado, mientras don Severino improvisa sin mucha convicción.

—Hombre, quizá con más dinero sería distinto. —Don Severino mira a la doctora de reojo y se ríe.

—De acuerdo —dice el abogado—. Le ofrezco quince millones. ¿Qué le parece?

—¿Y veinte? ¿Qué tal veinte? —pregunta don Severino, más pendiente de la doctora que de la respuesta del abogado— ¿Me darían veinte millones?

El abogado ha de hacer cuanto esté en su mano para que el problema se resuelva gracias a su gestión.

—De acuerdo. Veinte millones de dólares americanos. Ha hecho usted el negocio de su vida, créame.

—No vaya tan deprisa. Permítame decirle que yo sólo quería saber si me darían veinte. Yo no he dicho que fuera a aceptar. Tendría que meditarlo.

El abogado ya se lo ve venir.

—Pero no irá a decirme que necesita otras dos semanas para meditarlo. A no ser que quiera más dinero, y en ese caso debería pedirlo. Si quiere llegar hasta una cifra, dígala, porque si no, vamos a perder un tiempo que, para nosotros, es precioso.

—Yo no quiero llegar a ninguna cifra. Yo no quiero vender la casa. Es usted el que ha venido a ofrecerme dinero. Primero me ofreció diez y ahora me ha ofrecido quince, y yo le he preguntado si me darían veinte, igual que podía haberle preguntado si me darían cien, sólo por curiosidad. Pero, si usted quiere, me pienso lo de los quince.

El abogado está empezando a desesperarse.

—No, no, no. Debe usted decirme la cantidad que quiere y así no hará falta que se piense nada. Venga, dígame un precio. Dígame cuánto vale esa casa. Usted sabe que, aunque no lleguemos a ningún acuerdo, la casa será derribada. Dentro de pocos días los trabajos tendrían que parar, y le garantizo que eso no ocurrirá. Dígame el precio.

—Es que para mí no tiene precio. Hágame usted una propuesta y le prometo que la estudiaré.

El abogado sabe adonde lleva esta conversación: a otro tiempo de espera y de incertidumbre, y a aguantar la reprimenda del presidente de la compañía. Necesita cerrar el trato como sea.

—¿Sabe que he buscado esta casa en el registro de propiedades y no la he encontrado? ¿Tiene en su poder la documentación que le acredita como propietario del terreno? Yo estoy seguro de que usted no posee documentación alguna. ¿Me equivoco? No, ¿verdad?

—Si está tan seguro, ¿por qué me ofrece tanto dinero?

—Porque quiero que este problema se solucione lo mejor posible para ambas partes. No queremos que usted salga perjudicado. Pero lo perderá todo si no me hace caso.

La doctora ya no puede permanecer callada más tiempo.

—En mi opinión, ustedes no van a hacer nada por la fuerza, porque en ese caso ya lo habrían hecho. Creo que no les interesa que este asunto se haga público y quieren solucionarlo de una forma rápida y discreta, sin levantar la liebre. Y le juro que, si al final lo hacen a la brava, yo me encargaré de levantar la liebre, y bien levantada. Serán ustedes los protagonistas de mi película.

El abogado repara en que la maldita ecologista ha dicho casi las mismas palabras que el presidente. No le queda más remedio que aceptar las condiciones de don Severino, aunque sólo sea para que no crean que la negociación ha terminado. La última palabra la tendrá el presidente.

—Señora, yo en ningún momento les he amenazado. Yo les informo de cómo están las cosas. Yo soy un mensajero al que le gustaría que todo se llevase del modo más correcto posible. —El abogado se vuelve hacia don Severino—. Está bien, ya que usted no me dice ninguna cifra, le ofrezco los veinte millones que usted propuso. ¿Cuánto tiempo necesita para decidirse?

—No sé. —Don Severino simula hacer cuentas y pregunta—: ¿Quince días?

—Claro, cómo no me lo había imaginado —dice con ironía el abogado, y seguido cambia el tono—. Lo siento, pero esta vez me es imposible darle tanto tiempo. Ha de tomar la decisión en una semana, como máximo.

—¿Una semana? Vale.

Cuando el abogado desaparece con sus acompañantes entre los árboles que

rodean la casa, la doctora se echa a reír.

—¡Bueno, bueno, bueno! Esto es increíble. Ya ha conseguido lo que quería: hacerles regatear. Ya tiene veinte millones. ¿Sigue pensando lo mismo ahora?

—¿Por qué hasta usted cree que la cantidad puede cambiar algo?

Don Severino no lo ha dicho de mala manera, pero la doctora nota que la pregunta no le ha gustado. Lo que sí le ha gustado a ella ha sido el "hasta usted".

—En fin, yo... Ya sabe: para todo el mundo, el dinero es lo primero.

—Para usted, no. —Don Severino no lo pregunta, lo afirma.

—No. Para mí, no —reconoce la doctora.

—¿Entonces?

—Es que no dejan de ser veinte o nada —contesta la doctora, queriendo arreglarlo.

—Igual que antes, que eran diez o nada. ¿Qué ha cambiado? No voy a venderles la casa porque no quiero ser su cómplice. Si quieren tirarla, que la tiren, pero que no cuenten conmigo. ¿Lo entiende ya?

La doctora se queda callada, afirmando con la cabeza y mirando a don Severino, hasta que se da cuenta de que están los dos callados, mirándose.

—¿Nos vamos?

—Cuando quiera —contesta don Severino, que se había quedado un poco lelo mirándola.

—¿Y la manada? ¿Ya les ha dicho que nos vamos? —pregunta la doctora.

—No, todavía no. Puedo hacerles ver que es necesario que abandonen este lugar, pero no que tengan que hacer algo en otro momento distinto al que viven. Así que, si le parece, cogemos lo necesario, se lo digo y nos vamos.

—Yo tengo la mochila preparada; así que, por mí, ya.

Don Severino ve la pesada mochila que lleva la doctora e intenta convencerla de que no le hacen falta tantos trastos.

—Lleva demasiado peso. ¿Para qué quiere la tienda de campaña?

—Evidentemente, para dormir.

—Estaremos mejor en los árboles, en las hamacas.

—¿Y los mosquitos?

—No se preocupe por los mosquitos. Mulao me enseñó a hacer un repelente que no falla. No nos molestarán ni los mosquitos ni ningún otro bicho. Los capuchinos siempre están alerta. —Don Severino pone la voz ronca— . Si nos molesta algún bicho, nos lo comeremos.

—¿Por eso me dice que no lleve comida? —La doctora hace una mueca de asco.

—No nos faltará nada, se lo aseguro.

Tras una breve deliberación, la doctora ha optado por llevar una mochila más pequeña y meter sólo unas pocas latas y lo más imprescindible. Don Severino ha

metido las hamacas y un hacha en la mochila de la doctora, se la ha colgado a la espalda, y los dos se han ido en busca del clan.

Don Severino se encarama al árbol en el que el grupo de simios está descansando, y la doctora se queda abajo para no interrumpir, pero no quiere perder detalle. Don Severino les dice que tienen que irse y por qué, y el clan entero le da la razón. Han visto suficiente gente por allí como para saber que el sitio ya no es bueno. Al momento, salen corriendo hacia la casa. Unos se suben al eucalipto y otros, al cerezo; algunos trepan por las columnas de la entrada para subir a la terraza, otros entran en la casa, y los hay que se sientan tranquilamente en el jardín. Joaquín y Roque, que también están observando la escena, se ríen con ganas.

—¿Qué pasa, no le comprenden? —pregunta la doctora, que cada vez confía más en don Severino y ahora está desconcertada.

Don Severino, subido encima del árbol, no puede contenerse, pero no se ríe de lo mismo que Joaquín y Roque; él sabe que sí le han comprendido. ¡Y tanto que le han comprendido!

—¡La madre que los parió!

Don Severino baja del árbol hablando entre carcajadas, y la doctora se desespera.

—¿Cómo dice?

—No se preocupe, Teresa. —Don Severino no se ríe, llora de risa mientras habla —. Ha sido un malentendido.

Don Severino sube a la casa y vuelve a hablar con ellos y, claro, los monos, con razón, le dicen que por qué no pueden simplemente esperar a que la casa se levante, y todos se ponen a dar brincos como si dijeran a la casa: ¡arre, arre, vamos, muévete! Y Joaquín y Roque, viendo a los monos saltar y hacer cabriolas, también lloran de risa, y a la doctora le dan ganas de llorar, pensando que es idiota por haber creído que semejante cosa sería posible, y se sienta en el suelo a esperar hasta que don Severino baja de la casa, todavía riéndose.

—Ya está todo claro. Ya podemos irnos.

—¿Está seguro de que ya se han enterado? —pregunta la doctora, sin levantarse del suelo— ¿Cómo sabe que vendrán con nosotros ?

—Porque lo hemos hablado, Teresa, ¿por qué va a ser? —Don Severino le tiende la mano para que se levante—. En marcha.

Los dos empiezan a caminar hacia la dirección en la que creen que el río está más cerca, y los capuchinos se ponen en movimiento. Y Joaquín y Roque, que imaginaban que la tentativa de comunicación entre hombre y monos sería un fracaso, han dejado de reírse, asombrados por la unanimidad con que los primates siguen a don Severino y a la doctora. El único que continúa riéndose es don Severino, que aún oye a algunos que no entienden por qué tienen que ir andando.

* * *

El presidente de la compañía no puede creer lo que le cuenta el abogado que ha ido a ver a don Severino. El tema se está complicando, lo cual significa que se está convirtiendo en una transacción importante de las que requieren su total dedicación y la disponibilidad de todos los efectivos de la compañía. Cuando el presidente se dedica personalmente a una operación, la compañía entera tiembla hasta los cimientos. Puede ocurrir lo impensable: despidos sumarísimos, ascensos instantáneos, degradaciones humillantes, primas millonarias. La ruleta de la fortuna comienza a girar, y cualquiera que ayude o entorpezca lo cobrará o lo pagará con creces. Porque, como dice el presidente, cuando surge algo importante, es cuando cada uno ha de demostrar su valía y su capacidad de sacrificio.

El abogado se ve en la calle. Sabe que en la compañía, si las cosas salen mal, siempre hay alguien que ha de servir como blanco de las iras del presidente, y esta vez él está peligrosamente cerca. Y es que en este trabajo que le han encargado, todo se tuerce. Las gestiones más sencillas, las menos importantes, las que se daban por seguras se tuercen, se retuercen. Esa casa salida de la nada en el último momento; ese... loco selvático que no quiere dinero; esa... doctora ecologista o lo que quiera que sea, que le enfurece con sólo recordarla... No —sentencia para sí—, este negocio no tiene buena pinta.

El presidente, después de hablar mucho y no decir nada, al menos nada que no sepa el abogado, ha convocado al consejo de dirección con carácter urgente, con la intención de continuar dedicándose a este asunto y a exponer sus tramas y sus manejos, pero con más público, sintiéndose más escuchado. En un momento de su actuación, nota que el abogado le escucha poco, no pone los cinco sentidos en aprehender sus palabras, no cree en ellas. Molesto por lo que considera una grave falta de interés, se dirige a él y le coge en fuera de juego.

—Amigo Valdés, no parece que esté muy de acuerdo con lo que digo.

—¿Yo...? No, en absoluto. —El abogado hace un rápido balance sobre las posibilidades de seguirle el rollo al presidente, pero como no sabe ni de qué estaba hablando, se da por cazado y decide decir la verdad—. Lo que pasa es que no consigo olvidarme de ese hombre tan extraño que no ha aceptado el dinero y..., la verdad, no creo que vaya a aceptar la oferta que le hemos hecho.

—Entonces, ¿por qué se la hizo si cree que no la va a aceptar?

—Porque era lo único que podía hacer. Pero cada vez estoy más convencido de que, para él, no es cuestión de dinero.

—Entonces, ¿de qué? —El presidente pasea nervioso; no le gusta lo que no entiende— ¿Qué quiere ese hombre? ¿Qué insinúa usted?

—No me interprete mal; no insinúo nada raro. Pero... no creo que intente sacar más dinero. En todo caso, si no acepta, ¿cuál sería nuestra última oferta?

—Dijo que él habló de cien millones, ¿no es cierto?

—Sí, pero no dijo que fuera a aceptarlo, dijo que era sólo por saberlo.

—Ya. Quizá eso es lo que quiso que creyéramos. Sin embargo, por alguna razón lo mencionó, de eso no hay duda. —El presidente hace una pausa para cambiar el tono de la conversación, se detiene delante del abogado y le habla cara a cara—. Le ofrecerá los cien millones. Será nuestra última oferta, pero no quiero que le ofrezca más tiempo para que lo piense. La respuesta debe dársela en el acto: o lo coge o lo deja. Si no acepta, nos arriesgaremos; no podemos detener las obras ni un solo día. Y, si ese hombre quiere reclamar, que reclame. Si, como usted dice, esa casa no aparece en los registros, le será difícil hacerlo; además, mientras lo hace, correrá el tiempo, pasarán las elecciones y ya nada importará. Es imprescindible que todo se haga sin violencia y evitar cualquier acción que pueda originar un escándalo; como si hubiera sido un error de los obreros. Ellos no tienen por qué saber si la casa está comprada o no. Que los guardas alejen a los ocupantes de la casa y, cuando lleguen las máquinas, que la tiren sin más. Yo hablaré con unas cuantas personas por mi cuenta, y, si se les ocurre hacer algún documental, van a tener que verlo ellos en su casa. Eso no será ningún problema porque sé para quién están trabajando; pero déjeme que le diga que, en mi opinión, este asunto debería solucionarse con dinero. Ese es su cometido, y pagaré a gusto con tal de no dejar ningún cabo suelto.

Por fin, el presidente ha dicho algo concreto. Lo malo es que también hay algo que no ha dicho, pero que ha dejado caer: si el abogado no consigue convencer a don Severino, su carrera va a sufrir un grave revés.

CAPÍTULO NOVENO

El Sol, antes de irse a dormir, ha visto a don Severino y a la doctora detenerse y hacer los preparativos para pasar la noche. Se ha fijado bien en dónde los ha dejado, para no tener que buscarlos mañana cuando se levante. Desde que comenzaron la marcha a través de la selva, le cuesta encontrarlos bajo la espesura. Los sigue, imaginándose por dónde van, hasta que salen a algún claro y puede verlos. Hoy, para no perderlos de vista, ha ido fijándose en los monos que los acompañan saltando por encima de los árboles. Ha sido un día demasiado largo incluso para él. Ha pensado que debe de ser culpa de la época del año.

El día también ha sido largo para don Severino y la doctora. Han ido parando cada dos o tres horas, pero se han pasado andando la mayor parte de la jornada. Por el camino han comido frutas, raíces y larvas. La doctora, después de probar los gusanos, ha preferido llevar una dieta vegetariana. Don Severino, en cambio, ha ido degustando la mayoría de los insectos que se han puesto a su alcance. En la primera parada que hicieron, don Severino preparó la loción contra los mosquitos para la doctora, y ella, aunque usa sus propios métodos, aceptó pringarse con las entrañas del pobre bicho destripado.

Ahora ya pueden descansar. Como todavía queda un poco de luz, la doctora está tomando notas sentada en una piedra. Don Severino ha atado las hamacas en un guatambú blanco, a una altura considerable, y está tumbado en una de ellas, dejándose espulgar por Guiayara. A su lado están Isaco y Juguiro, haciéndose lo mismo el uno al otro por turnos. La doctora contempla desde abajo el cuadro familiar y se muere de envidia viendo la confianza que tienen los tres primates con don Severino. Ojalá supiera ella comprender a los animales como ese hombre. Nunca había visto nada igual. Seducida por la escena, guarda la libreta y comienza a trepar por el árbol. Al verla aparecer, los tres jovencitos se suben un poco más arriba, pero no se van.

—Vaya, siento haberlos asustado. Parecía que estaban todos tan a gusto...

La doctora llega a la hamaca y se mete en ella como puede. No le da impresión estar colgada a tanta altura porque justo debajo hay otra rama que oculta el suelo.

—No se preocupe, tienen que acostumbrarse un poco más a usted; seguro que enseguida bajan. Ya sabe... las personas...

—¿Las personas les asustamos? Y usted, ¿qué es? ¿No es una persona?

Don Severino sale de la hamaca, da un salto, se agarra con una mano a una rama situada encima de él y se queda colgando mientras con la otra mano se rasca el costado. Después de hacer unos cuantos sonidos imitando el ruido de los monos, empieza a pegar voces.

—¡A ver quién sabe qué soy yo! ¡El que lo sepa que lo diga!

Y los tres monos empiezan a chillar y a perseguirse unos a otros, y don Severino, a perseguir a los tres.

—Vamos, Teresa, anímese, no sea tan humana, haga un poquito el mono. —Don Severino no deja de balancearse mientras alienta a la doctora—. Intente cogerme. ¡A que no puede!

—¡Conque no, eh!

La doctora está cansada, pero le fascina ver a los tres simios siguiéndole el juego a don Severino y sale de la hamaca para unirse a la diversión. Mientras ella avanza torpemente de rama en rama, don Severino va de una parte a otra del árbol, y los pequeños, entretanto, acosan a la doctora dándole toques en la espalda y tirones de pelo para que vaya tras ellos. Al cabo de un momento, la doctora, que ha estado a punto de caerse un par de veces, se rinde y vuelve a la seguridad de la hamaca mientras los cuatro le tiran frutos y trozos de ramas.

—¿Se rinde, cobarde?

Don Severino se tumba en su hamaca al lado de la doctora y los otros tres siguen jugando. Luego, Guiayara abandona a sus dos compañeros en plena persecución, se sienta en la hamaca de la doctora y, antes de que ella pueda reaccionar, se coloca junto a su hombro y empieza a espulgarla; y los otros dos, que ven a Guiayara y descubren un nuevo juego, se meten en la hamaca de la doctora y la tocan y saltan de su hamaca a la de don Severino, y así hasta que se aburren.

Al rato, toda la manada se instala en el árbol a pasar la noche.

—Nunca quise que cogieran demasiada confianza conmigo, para no interferir en su vida, pero la verdad es que me siento de maravilla teniéndolos tan cerca.

La doctora está acariciando a Isaco, que se presta solícito a que lo espulguen y que se está dando cuenta de que la doctora no está muy enterada del arte del espulgo; pero le gusta el roce con esa inmensa mano que lo masajea entero y que se mueve con una precisión incomprensible para su descomunal tamaño.

Don Severino le da las buenas noches a la doctora y ella le contesta medio dormida, y todos, vencidos por el cansancio, se duermen al mismo tiempo que la última luz abandona la selva.

Guiayara sueña con Juguiro y con Isaco. Juntos corren por el techo de la selva, por las ramas más finas, casi sin tocarlas. Por encima de ellos no hay ni una sola hoja, y las copas de los árboles forman una alfombra verde por la que galopan, saltan... Vuelan. De pronto, la alfombra se abre y en el hueco aparece una única rama a la que aferrarse si no quiere caer. Sin embargo, está demasiado lejos y no va a poder alcanzarla. Tal vez si arquea el cuerpo lo suficiente... Sí, lo va a conseguir... Pero cuando logra agarrarse con todas sus fuerzas, la rama se rompe y Guiayara cae agarrada a ella hasta que se despierta con un sobresalto y oye un ruido. Algo se ha movido. No lo ha visto, pero nota una presencia. ¡Es un jaguar! Está a punto de saltar

sobre Isaco desde una rama de un laurel negro que hay al lado del guatambú. Apenas un par de metros separan al jaguar de su compañero, y Guiayara empieza a gritar sin pensárselo dos veces, y el jaguar, una décima de segundo antes de saltar, la oye y modifica la trayectoria del salto para caer sobre ella. Guiayara no tiene tiempo para reaccionar y sucumbe entre los dientes del felino, que le machaca el cráneo con un crujido sordo y desaparece en mitad de la noche saltando por las ramas como un demonio contento, cantando esa antigua canción que todos los jaguares conocen:

«Quisiera ser el jaguar de tus montañas

para llevarte a mi oscura madriguera.

Y ahí abrirte las entrañas

para ver si tienes corazón siquiera».

Todos se han despertado al oír la voz de alarma, pero han visto al jaguar ya cuando se iba con Guiayara entre las fauces. Isaco ha sido el único que le ha visto de frente. Abrió los ojos en el preciso momento en que la fiera cambiaba de presa y embestía a su amada, y tuvo tiempo de ver a Guiayara avisándole y exhalando su postrer aliento. Don Severino ha salido de la hamaca para perseguir al gato asesino, pero se ha dado cuenta de lo inútil de la persecución, porque no oye chillar a Guiayara ni cantar al jaguar, y ya no ve a ninguno de los dos.

Don Severino y la doctora no han vuelto a dormirse después de lo ocurrido; han estado hablando en susurros. Los demás —excepto Isaco y Juguiro—, pasado el susto, se han vuelto a dormir arrullados con sus voces, sabiendo que alguien vela. Don Severino y la doctora han ido hablando de fuera hacia dentro; han hablado de lo externo y de lo interno, para acabar en lo íntimo: lo de más al fondo, lo que sólo a ellos corresponde, lo que nunca debería estar al alcance de nadie.

Mientras las primeras luces del día se abren paso entre el velo de vapor que envuelve la selva, la manada se despierta y desayuna recordando la terrible escena de la noche. Están apenados, pero es una pena corta, porque al emprender la marcha, todos —excepto Isaco y Juguiro— se la dejan olvidada, sin darse cuenta, en el guatambú blanco, junto con el recuerdo de Guiayara.

* * *

En el campamento de los compañeros de la doctora está lloviendo. Lleva desde por la mañana lloviendo. Joaquín y Roque, que han estado el día entero grabando, metidos en el escondite, están agobiados de no poder moverse y de pensar que, si continúa lloviendo, acabarán por calarse dentro del escondite y dentro de las tiendas.

—Podríamos dormir en la casa. No creo que a Severino le moleste —propone Roque, que está harto de tanta agua—. ¿Echamos un vistazo? No estaría mal dormir secos y en una cama.

—Deberíamos haberle pedido permiso —contesta Joaquín, mientras afirma con la cabeza.

—Es que yo no confiaba en que los monos le hicieran caso, por eso no esperaba que se fueran tan pronto. Si no, se lo hubiera dicho —se excusa Roque, que está recogiendo sus pertrechos, viendo que Joaquín recoge la cámara—. De todos modos, él no pisa la casa. ¿Por qué iba a importarle?

—Qué, ¿vamos a verla antes de que oscurezca?

—Vamos. Y, si está cerrada, podemos instalarnos en el porche.

Joaquín y Roque salen del escondite y se acercan a la casa.

—¿Cómo es posible que esta casa no tenga una entrada en condiciones ? Parece que la hubieran construido elevada como una fortaleza.

Joaquín, al lado de la escalera, observa el corte transversal del jardín de la casa, cubierto, ahora, de vegetación.

—En esta casa todo es raro —dice Roque mientras sube por la escalera—. Para empezar, no hay ni un camino ni una triste vereda que llegue hasta ella. Me pregunto qué habrá estado haciendo ese hombre aquí toda su vida. No hay ninguna señal de que aquí viva alguien, excepto la presencia de la misma casa. Es como si nunca hubiera salido de ella, y hemos visto que nunca entra.

Joaquín y Roque han llegado arriba y avanzan despacio mirándolo todo con un poco de reparo. La selva va apoderándose de la casa y el abandono es cada vez más evidente: hay plantas que trepan aferrándose a las columnas y a las paredes, y la hierba crece rabiosa en el jardín.

Al llegar a la puerta, ven que no está cerrada con llave y entran. En la casa reina un extraño desorden. En el despacho, hay libros abiertos en la mesa, en la librería, en el suelo. Hay libros apilados y libros amontonados. Es como si alguien hubiera estado rebuscando entre ellos y luego no hubiera vuelto a colocar ninguno. Y es que así ha sido. Don Severino, después de leer, no perdía el tiempo en ponerlos en su sitio. No se irían a ninguna parte. Además, con esta nueva disposición de la biblioteca, cuando buscaba algún libro en concreto, podía acertar con otro que no buscara y encontrar algo que, de otra manera, se hubiera mantenido oculto.

—Ya sabes una cosa que hacía el amigo Severino, por lo menos, hasta que llegamos nosotros: leer —dice Joaquín con aire desinteresado mientras sale del

despacho—. Será mejor buscar alguna habitación para dormir y no andar trasteando.

Pero Roque prefiere curiosear y se queda en el despacho buscando respuesta a todas las preguntas que se hace.

—¡Coño, tío! —exclama Roque—. Este hombre es notario; aquí lo dice. Ya sí que no entiendo nada.

A Joaquín tampoco le parece normal la casa, pero él busca explicaciones lógicas.

—Muy fácil: se habrá jubilado y se ha retirado aquí a vivir... con los monos. ¿Qué hay de raro en eso?

Roque se queda inspeccionando la planta baja, y él sube al piso de arriba a buscar un sitio en el que dormir y, mientras aparta las ramas de encima de una de las camas, oye a Roque que le llama a voces desde abajo.

—¡Joaquín, ven a ver esto! ¡No te lo vas a creer!

* * *

Don Severino y la doctora, tras otro día de marcha, están tumbados en las hamacas. Han caminado en silencio la mayor parte del tiempo; estaban cansados después de haber pasado la noche casi sin dormir y, a media tarde, decidieron detenerse con el fin de disponer de más tiempo para descansar por turnos y no bajar la guardia. Antes de acostarse, don Severino ha hecho dos lanzas con dos ramas rectas que ha cortado y afilado para defenderse del jaguar en el caso de que vuelva a aparecer, y con ellas se han subido a las hamacas.

—Nunca había oído que un jaguar se dedicara a cazar monos tan pequeños. —La doctora está admirada con la punta que don Severino le ha sacado al palo, y no deja de mirarla—. Tiene que estar muy hambriento para arriesgarse por tan poca cosa con nosotros aquí. Y me temo que lo peor es que, si no ha conseguido cazar otro animal más grande, seguirá tan hambriento o más.

—Voy a dar una vuelta por los alrededores mientras aún hay luz. —Don Severino sale de su hamaca y se sienta a horcajadas en la rama de la que cuelga la hamaca de la doctora—. Usted debería intentar dormir.

—Creo que tiene usted razón; así, dentro de unas horas, estaré descansada.

Don Severino se va a inspeccionar la zona, y tras él parten Isaco y Juguiro, que le acompañan saltando por las ramas de los árboles. Saben que están buscando al jaguar.

Isaco y Juguiro han pasado el día juntos, queriendo consolarse uno al otro por la pérdida. A don Severino y a la doctora, que estaban enterados de sus amoríos, se les ha roto un trozo del corazón cada vez que los han visto mirar en todas direcciones buscando a Guiayara. Y es que ellos saben lo que sucedió, lo vieron, pero fue demasiado rápido; y con los movimientos tan rápidos y los cambios tan bruscos pasa

lo mismo que con los movimientos cuya lentitud hace inapreciables: que hace falta que transcurra el tiempo para poder notarlos, para cobrar conciencia de que han ocurrido.

Ahora, aunque no pueden evitar volverse de vez en cuando para ver si ella va detrás, saben bien a quién están buscando. ¡Cómo les gustaría que don Severino usara el palo que lleva en las manos contra el que se la llevó! ¡Venganza!, gritan desde los árboles en su idioma. ¡Venganza de mono! O eso es lo que entiende don Severino, que camina acordándose de la doctora y ajeno a lo demás, y les dice desde abajo que él no piensa vengarse de nadie, que no sean primates, y se ríe. Pero no, Isaco y Juguiro no estaban pidiendo venganza de mono ni ninguna carajada por el estilo. Estaban diciendo: ahí está el jaguar, que no te enteras. Y don Severino lo ha comprendido al verlos tan excitados. Ahí están ese montón de kilos de músculo con dientes, garras y hambre, mucha hambre.

Don Severino se gira y se encuentra frente a frente con la fiera. Sujeta la lanza con las dos manos y pone el cuerpo en tensión, esperando la acometida. El corazón le bombea desbocado, listo para atacar o para correr.

—Esta carne está demasiado hecha para ti.

Don Severino se lo ha dicho mirándole a los ojos, sin gritar, como si no quisiera enfurecerlo, sólo avisándole de que no se dejará comer sin defenderse. Y el jaguar, que está recién levantado y no ha terminado de despertarse, le responde que lo siente mucho pero que no está en condiciones de hacerle ascos, por muy correoso que esté; y para demostrarle que no le teme y que ni siquiera lo toma por un adversario a su altura, se sienta y bosteza. Isaco y Juguiro, que se habían quedado callados, absorbidos por el suspense de la contienda, otra vez empiezan a chillar y a saltar de rama en rama y de árbol en árbol, enfadados por el desaire hecho a su contendiente; y, poco a poco, se van envalentonando y acercándose más al jaguar para tirarle bellotas, y él protesta, pero no se mueve.

A don Severino le da miedo enfrentarse al enorme gato, pero tampoco quiere darle la espalda, así que continúa en posición, sujetando la lanza frente al adormilado animal que tiene delante y que no parece que vaya a asustarse fácilmente. Mientras tanto, Isaco y Juguiro insultan a uno y animan al otro, y don Severino, al verlos tan cerca del peligro, percibe el riesgo que están corriendo al dejarse llevar por la ira y por la rabia de saberse impotentes. Entonces se acuerda él también de Guiayara, y un pensamiento peregrino le atraviesa la cabeza: siente que no hay razón para tener miedo de ir adonde fue un ser tan indefenso. Don Severino, que hasta ese momento ha estado preguntándose qué hacer, cómo y por qué, decide dejarse llevar por sus instintos, por su corazón y, ¡qué cojones!, por su mala leche.

Mientras el jaguar se la jura a los monos, que, situados en una posición favorable y elevada, se le han meado encima, don Severino deja salir un rugido profundo y

creciente, y sale corriendo hacia delante blandiendo la lanza de una manera muy poco ortodoxa. El felino —desprevenido y sin tiempo para ponerse a salvo ni para atacar, y que ya ha visto otras veces a los hombres usar este tipo de instrumental— busca la punta de la lanza para esquivarla y se lleva un palazo en mitad de la cabeza que lo deja despatarrado y casi sin sentido.

—¡¡Venganza de mono!!

El rugido de don Severino ha ido creciendo hasta convertirse en su particular grito de guerra. Isaco y Juguiro, que se quedaron mudos al oír el rugido de don Severino, han contemplado atónitos la escena y ya están otra vez gritando, celebrando el monumental palazo.

La bestia, aturdida, siente un puyazo en la nalga que la espabila lo suficiente para emprender la retirada, con don Severino detrás aguijoneándole el culo con la lanza. El jaguar sale corriendo, y don Severino lo pincha y lo agarrocha hasta que lo hace tropezar y, en el suelo, le acucia con picotazos para que siga corriendo, mientras grita: «¡Fuera! ¡Fuera de aquí, galafate, sacamantecas!». Y cuando el jaguar se levanta y reemprende la retirada, don Severino vuelve a la carga como un picador sin caballo: a la carrera. Una de las veces que lo tumba con la garrocha, el carnicero, que cada vez está más abochornado por los gritos de los monos, y que siente que está siendo humillado por un humano de la manera más vergonzosa, frena en seco y enseña los dientes para decir: hasta aquí hemos llegado; mátame o muere. Pero no acaba de decirlo porque don Severino, según llega, levanta los brazos por encima de la cabeza y le da otro mojicón con lo de atrás de la lanza, con lo más gordo, y justo en el mismo sitio que antes, que si no lo ha matado, le va a andar muy, muy cerca.

Pues no, no lo ha matado; se mueve. Es un animal duro. Sí, se levanta..., pero no, se cae. Y de nuevo se levanta, pero trastabillándose; apenas se mantiene de pie.

—¡Fuera!

Don Severino da un enérgico grito, amenazando con repartir más medicina, y el pobre bicho huye como puede en dirección contraria a donde está don Severino y se aleja sintiéndose apaleado, corrido, insultado y pinchado, pero sobre todo, sintiéndose meado, muy meado.

El jaguar desaparece entre la maleza, dando tumbos y sin saber ni dónde pisa, y a poco, la doctora, alertada por los gritos y los rugidos, llega corriendo con la lanza en la mano y preguntando, nerviosa, qué ha ocurrido. Los demás miembros del grupo también aparecen, saltando entre los árboles, y don Severino los tranquiliza y le cuenta a la doctora en pocas palabras el encontronazo con el felino.

—Ese no nos molestará más —dice para terminar.

—¡Vaya susto! Menos mal que no le ha pasado nada. Ese animal podría haberle matado. Son unas fieras terribles. —Mientras la doctora habla, arriba, en los árboles, hay una algarabía ensordecedora—. Madre mía, ¡cómo se han puesto!

Isaco y Juguiro y Juguiro e Isaco están contando, los dos al mismo tiempo, lo sucedido, mientras los demás, todos a la vez, preguntan qué pasó después o repite eso último o gritan de alegría oyendo las primeras noticias. Y esta barahúnda incomprensible para los humanos y, según parece, también para los monos, desemboca como de costumbre en una imitación: Juguiro hace de don Severino con una rama en la mano y golpea con ella a Isaco mientras imita el rugido que dio don Severino, y al acabar el rugido hace una traducción de venganza de mono, y los demás se ríen aunque no lo entienden, pero les hace gracia y lo repiten y saltan alegres celebrando la gran victoria; y en mitad de la fiesta, Juguiro se acerca a don Severino y le dice a voces: ¡Repite aquello que dijiste, jodido loco! Y, como don Severino no se entera, lo repite él mismo, y reanudan la juerga hasta que, ya casi sin luz, se van a dormir, felices, como sólo los animales pueden serlo, porque para ellos no existe nada pasado ni futuro que enturbie el momento. Es felicidad sin dudas, alegría sin peros, luz sin sombras. Incluso la doctora se ha contagiado del estado de la manada y ha conseguido olvidarse de sus preocupaciones, o sea, de todo, porque últimamente todo lo que piensa le preocupa. Don Severino, en cambio, no ha necesitado contagiarse porque al lado de la doctora es feliz como un perro.

* * *

Joaquín y Roque no pueden creerlo; no encuentran sentido a lo que ven. Están los dos en la cochera con la boca abierta, intentando buscarle una explicación al coche.

Abren las puertas de la cochera, aunque ya saben lo que van a encontrar fuera.

—¡Es imposible! ¿Qué dices de esto? —Roque, desde el borde del jardín, señala el corte en el suelo— ¡Este coche no ha entrado por aquí! ¡Es como si hubieran puesto aquí la casa con el coche dentro!

—Yo creo que lo único que ha pasado es que las riadas se han llevado el terreno de alrededor de la casa y nadie se ha preocupado por arreglarlo. —Joaquín prefiere lo difícil a lo imposible.

—Vale. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí el coche?

—Rodando, supongo. —A Joaquín se le acaban los razonamientos lógicos y no quiere buscar entre los que no lo son—. Yo qué sé. Habría un camino y la selva lo ha tapado. Anda, vamos a coger las cosas y déjate de misterios.

—Sí, será mejor que nos demos prisa. Dentro de poco ya no veremos.

—Tú has trabajado otras veces con la doctora, ¿verdad? —pregunta Joaquín mientras bajan de la casa.

—¿Yo con ella? No. ¿Por?

—Por saber si la conocías de antes. A mí, cuando la conocí, me pareció una mujer

excesivamente seria, como si estuviera amargada o algo así; una persona de esas que sólo viven para su trabajo. Y ahora, lo que creo es que el reportaje le importa un bledo. Y lo que todavía no me explico es que se haya atrevido a irse con Severino, alias *homo erectus*.

—Hombre... —Roque esboza una sonrisa burlona— yo había oído hablar de ella en la agencia, y ese es el concepto que tienen de ella los que la conocen: que es una estrecha y que no vive más que para su trabajo.

—Eso sería antes, porque yo no sé qué es lo que más le interesa, si esos monos que estaba empeñada en grabar desde el principio, o el amigo Severino —dice Joaquín, poniéndose el dedo índice tieso en la bragueta, imitando a don Severino—, pero, desde luego, este documental se la trae floja. —Joaquín dobla el dedo con sorna, y los dos celebran el chiste riendo a carcajadas.

—Sí. Lo más conveniente, visto lo visto, será acabar con esto cuanto antes e irnos con el material que tengamos cuando aparezcan. —Roque hace un gesto expeditivo con las manos—. Ya llevamos demasiado tiempo en esta selva.

CAPÍTULO DÉCIMO

A mediodía de la quinta jornada de marcha, don Severino y la doctora han llegado al río. Es un río ancho, pero no muy caudaloso, y el agua discurre sosegada, como dudando en parar, como pensando en quedarse, pero se deja llevar. Nunca ha sabido obligarse.

Don Severino y la doctora han estado andando desde que el Sol los despertó. Desayunaron, recogieron las hamacas y luego, salvo una vez que han parado para coger fuerzas, todo ha sido andar y andar, mientras la manada iba atravesando árbol tras árbol. La doctora, lo primero que ha hecho al llegar ha sido atar las hamacas a un metro del suelo y echarse en una de ellas. Ha dicho que necesitaba poner los pies en alto. Don Severino está trepando a un palo rosa que se asoma por encima de los demás árboles; quiere ver si hay algún sitio más favorable para cruzar, pero llega hasta lo más alto del árbol y ve que el río no varía en el recorrido que alcanza a divisar: ni varía la anchura ni la velocidad del agua. Don Severino baja al suelo y, sin detenerse a descansar, se dedica a buscar árboles rectos y no muy grandes para hacer una balsa con que cruzar al otro lado.

No es la primera vez que don Severino hace una balsa, pero es como si lo fuera porque la otra no llegó a usarla. Y eso es justo lo que siente al recordar, igual que si fuera la vida de otro o como se recuerda una película, su anterior vida: que no llegó a usarla. Quizá sea por eso por lo que no quiere dejar de usar la que tiene ahora; y por eso, mientras la doctora, que ha caído rendida, duerme, don Severino, observado con curiosidad por el clan, ha elegido los árboles más rectos, los ha talado y los ha desramado y, como no son muy gordos y puede con ellos, los ha llevado junto al agua. Cuando la doctora se despierta, don Severino está atando los troncos con unos juncos largos que ha cogido de la orilla.

—¡Pero... usted solo! ¿Cómo es posible...? ¿Por qué no me ha despertado para que le ayudara?

—Porque no hacía falta —contesta don Severino—. Además, si se durmió, era porque necesitaba descansar.

—Vaya, sí que me he quedado dormida sin enterarme. Sacaré algo de comer, que todavía no me ha dejado probar nada de lo que traje.

La doctora lleva cinco días probando lo que le ha ido ofreciendo don Severino, por eso está disfrutando con la lata de judías que ha abierto. El caso es que, como antes de salir, tratando de aligerar la mochila, sacó el infiernillo de gas y olvidó volverlo a meter, se las están comiendo frías, sin que a ninguno de los dos le importe.

La doctora mira la balsa y no sale de su asombro.

—¿Dónde aprendió a hacer balsas?

—La verdad es que hacerla, la he hecho, pero no sé qué tal flotará.

—¿Se montarán? —pregunta la doctora, mirando a la manada.

—Claro, ya saben que estamos aquí para cruzar el río. Cuando acabemos de comer, remataré la balsa y le diré a Mulao que monte en el primer viaje, y los demás cruzarán sin pensárselo.

Con la balsa terminada, don Severino habla con Mulao para que se monte. Mulao le contesta que es mejor buscar un sitio en donde el río sea más estrecho y saltar por las ramas. Así que don Severino le hace subir al palo rosa que usó antes como atalaya, para que se convenza él mismo. Mulao no lo tiene muy claro, pero ve a Juguiro que ya se ha subido en la balsa y, además, considera la posibilidad de quedarse corto en el salto de un árbol a otro, con el consiguiente trompazo que supone; y eso, sin hablar de lo que tardarían en encontrar un sitio lo suficientemente estrecho. De modo que desciende del árbol decidido a subir a la balsa, y detrás de él se montan Atasara y Daida. Don Severino y la doctora, que prefieren hacer el primer viaje con poca carga, embarcan y ponen rumbo a la otra orilla empujando con dos varas largas.

Al llegar al otro lado, los monos saltan a tierra en cuanto la tienen a su alcance y trepan a los árboles que hay junto a la orilla. La doctora también se baja para que haya más sitio en la balsa, y cuando don Severino vuelve a recoger a los que faltan, se da cuenta de que hay más capuchinos que no conoce. Tuhoco, el más longevo de la manada, está hablando con un grupo de congéneres, viejos conocidos, que andaban buscando un sitio para cruzar. En otra situación, quizá los dos grupos se hubieran peleado; sin embargo, ahora ninguno tiene territorio que defender y los dos afrontan el mismo problema.

Los recién llegados se han asustado al ver a don Severino, pero Tuhoco ha hecho las presentaciones, y, aunque su aspecto les hace desconfiar, los afines ademanes de don Severino, que tan familiares les resultan, pronto despejan todos sus temores. Es un ser extraño, pero conoce nuestras costumbres y sabe hacer que los troncos muertos nos lleven al otro lado. Eso ha pensado el jefe del grupo, que —como es normal— no tiene nombre, nadie se lo ha puesto, ni a él ni al resto de su clan.

Miembros de una y otra pandilla se mezclan en la balsa y, como algunos dudan y no se atreven a montar, don Severino decide cruzar y volver a por los que queden; después de verse solos, no pondrán reparos. Cuando toda la tropa consigue cruzar, la noche se les ha echado encima, y los dos grupos se quedan a dormir al lado de la orilla, no muy lejos unos de otros.

La doctora se ha alegrado de haber encontrado más capuchinos, aunque mucho más se han alegrado Isaco y Juguiro, que han visto en el otro grupo a dos congéneres de su misma edad y contrario sexo. Al principio vieron sólo a una, a la primera que cruzó; entonces, instintivamente, se miraron mal y, en un acto reflejo, se irguieron,

retándose, sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo. Pero cuando llegaron los siguientes, y descubrieron a la otra jovencita, volvieron a mirarse, esta vez con cara de sorpresa, relajándose mientras calculaban: ¡una para cada uno! Porque es mentira que los monos no sepan contar, no sabrán contar números, pero tías, sí. Y otra vez, erguidos, buscaron en el otro grupo algún rival de su edad al que desafiar y no encontraron a ninguno; ¡en el otro grupo sólo hay machos adultos! Y los dos, felices de saber que las matemáticas están de su parte, se fueron a dormir, y ahora están soñando que galopan por el techo de la selva, intentando no caer en ningún agujero que se abra a su paso.

Don Severino y la doctora están tumbados en las hamacas. Están los dos despiertos, pero callados. Don Severino está a gusto. A gusto tumbado, a gusto con su nueva balsa, a gusto porque ha cenado, porque no tiene frío ni calor, porque no le molestan los bichos... Está a gusto por todo y por nada en concreto. Y contento. Contento porque Isaco y Juguiro le han puesto al corriente de sus cuentas, contento porque está con la doctora, porque han cruzado el río sin problemas, porque hay luna llena... También por todo y por nada. La doctora, por el contrario, está pensando en que tienen que abandonar a la manada y regresar; está preocupándose por lo que pasará con la casa de don Severino y con la selva entera; agobiándose porque, aunque le cueste aceptarlo, su estudio sobre los capuchinos está prácticamente acabado; y preguntándose si algún día verá de nuevo a esos animales con los que ha compartido tantas horas.

—Severino, ¿cree que deberíamos acompañarlos hasta que encuentren un sitio, o es mejor que los dejemos aquí y regresemos?

—No sé, supongo que podemos hacer lo que queramos. ¿Qué le preocupa?

—¿Que qué me preocupa? Me preocupa... poder encontrarlos —dice la doctora, que, cansada de devanarse los sesos, prefiere hablar de lo que sea.

—Los encontrará como los ha encontrado siempre, con el collar de Mulao.

—El collar radiotransmisor parece que únicamente funciona bien estando cerca. Las últimas veces que nos vimos en la necesidad de usarlo nos volvió locos: un día marcaba en una dirección, y al siguiente, en la contraria. Menuda odisea.

—Bueno... yo de esos chismes no entiendo —dice don Severino riéndose. Mejor cambiar de tema—. De cualquier sitio en donde los dejemos, es posible que se marchen. Ahora están aquí, y cuando... —Don Severino iba a decir volvamos, pero en el último momento ha rectificado; no quiere darlo por hecho— cuando usted vuelva, puede que estén o no; y, si los dejamos en otro sitio, lo mismo. No hay modo de saber en dónde se van a quedar.

—Quizá tenga razón. Esto está más cerca; adentrándonos más, sólo conseguiremos alejarnos. —La doctora ha notado el quiebro de don Severino y no sabe si le ha gustado o no; no quiere pensar en eso—. Además, creo que deberíamos

estar allí cuando llegue el abogado de la compañía.

—¿Para qué? ¿Quiere verle la cara de disgusto?

La doctora no logra sujetar la risa, acordándose de la cara del abogado al recibir la negativa.

—¡Cómo que no! ¡Qué me dice!

Don Severino imita al abogado y los dos se ríen con ganas, y a la doctora le sienta bien la risa.

—No, en serio. Me gustaría estar segura de que lo ha meditado bien.

—De eso puede estar segura; lo he meditado todo lo bien que sé meditar. Relájese, Teresa.

—Entonces, ¿regresamos mañana? —pregunta la doctora, por decir algo, aunque ya sabe la respuesta.

—Como quiera —contesta don Severino sin dejar de mirar a la Luna, que se sabe observada y se esconde entre los árboles, haciéndose la tímida.

Y la doctora —que, según la Luna, se muere de celos— sigue hablando, pero varía el tono de voz para captar toda la atención de don Severino.

—Severino, he estado examinando el mapa y creo que..., quizá, podríamos ir río abajo en la balsa y luego llegar a su casa a través de las obras, y así veríamos cómo van. Es un rodeo, pero llegaremos antes y andando menos si el río nos lleva hasta donde imagino. ¿Qué opina?

—¡Hola! ¡Estupendo! Eso también será divertido.

Don Severino se ha puesto más contento de lo que estaba; era difícil porque estaba en un punto álgido, pero hay cosas que no tienen límite, territorios por descubrir en los que siempre se puede ir un poco más allá. Es lo que han estado haciendo hasta que se han quedado dormidos: avanzar por esos territorios, cada uno por los suyos.

Mientras la luz aún se esfuerza en atravesar el laberinto de hojas y ramas, don Severino y la doctora se despiertan. El caimito que les ha dado alojamiento nocturno les ha invitado a desayunar sin levantarse de la cama. Luego, mientras don Severino construye un sombrajo encima de la balsa, la doctora toma notas sobre los capuchinos de la manada nueva, que se han apuntado a desayunar la fruta dulce del caimito. Cuando cada uno termina con su tarea, recogen sus pertenencias y se despiden de los capuchinos.

Para la doctora, ha sido una triste despedida. Montada en la balsa, mira hacia atrás y aguanta las ganas de llorar que le han entrado de repente, cuando, sin permiso, una lágrima furtiva sale corriendo cara abajo; y aunque la doctora quiere contenerse, otras lágrimas salen en persecución de la primera, pero no consiguen encontrarla porque la doctora ya se ha limpiado la cara con la mano. Le da vergüenza que don Severino la vea llorando, pero la segunda oleada es más difícil de disimular, y don Severino, que

también va en la parte trasera empujando con la pértiga, la mira y se da cuenta.

—Teresa, ¿se encuentra bien?

—Sí, estoy bien. Es que... de pronto, me han entrado unas ganas tontas de llorar...

—Llore, mujer. Si tiene ganas, llore.

La doctora se rinde, abate sus defensas, se entrega y se deja llorar a moco tendido. Y don Severino, por simpatía, también llora. No por empatia; no llora porque se identifique con el estado de ánimo de la doctora. Él llora dejándose llevar por una reacción simpática, igual que la cuerda de una guitarra que, al notar las vibraciones de otra cuerda, resuena por sí sola, por simpatía. Por eso empezó a llorar don Severino, pero continúa por ganas propias. Y los dos —mientras el río, indeciso de verlos así, no sabe si seguir o pararse— lloran hasta que, literalmente, se les gastan las lágrimas.

Durante la mañana, don Severino y la doctora han progresado a golpe de brazos. Han comido en la balsa, de las provisiones de la doctora y, ahora, tumbados a la sombra del chamizo, se dejan llevar por el perezoso avance del agua.

Con el Sol en lo más alto, la calma del río parece haber contagiado a la selva entera. Desde las orillas ya no llegan los gorjeos, graznidos, chillidos, trinos, rugidos y toda la clase de ruidos que han estado alborotando la mañana. La selva duerme la siesta, y la balsa está tan incrustada en el paisaje que don Severino y la doctora se sienten como si tuvieran raíces.

La doctora lleva el día entero callada; con su propia calma, después de descargar su propia tormenta. Sintiéndose bien, muy bien. Pero comienza a pensar que, dadas las circunstancias, quizá demasiado bien. Incluso diría que peligrosamente bien. Los problemas de la selva, del mundo, la despedida de la manada, no saber qué va a ser de su vida a partir de aquí; todo eso ahí, pendiendo sobre su cabeza, y ella tan feliz, dejándose llevar por el río..., por ese hombre.

Una brisa de aire fresco mueve las hojas que cubren las paredes del sombrajo y rompe la quietud de la tarde, y, a su señal, todo se convierte en movimiento: un pausado evolucionar de nubes que salen de la nada y se acercan curiosas a ver el espectáculo; un suave cabeceo de los árboles de las orillas, que se agitan alborotados porque están en primera fila; y, al instante, una lenta y cadenciosa lluvia de gotas gordas, que forman, al golpear contra el río, ondas que se expanden y crean un movimiento continuo en la superficie del agua. Las enormes gotas, además, marcan un ritmo *in crescendo* que anima a la holgazana corriente.

—Ha cambiado el tiempo.

La doctora, que se ha levantado y se ha puesto a empujar con la pértiga, lo ha dicho como quien, en un ascensor, necesita conjurar el silencio.

—Y estamos cogiendo velocidad. ¿Conoce el río? —pregunta don Severino

mientras coge un remo para dirigir mejor la balsa.

—Según el mapa, no hay mucho desnivel.

La doctora suelta la pértiga, coge el otro remo y, de rodillas en la balsa, empieza a remar como si estuviera echando una carrera; y don Severino, que siempre está dispuesto a bailarle el agua, sin decir ni por qué sí ni por qué no, rema llevando el ritmo, de manera que —mientras la lluvia martillea cada vez con más fuerza— los dos, lanzados río abajo, bogan desenfrenados hasta que la propia velocidad de la corriente aumenta tanto que hace que sea inútil remar. A partir de ahí, se dedican a intentar dirigir la balsa, que se precipita a toda velocidad en un río rebelde que se atreve a desafiar a los mapas.

Don Severino y la doctora tratan de acercarse a alguna orilla, pero son arrastrados por la corriente sin que puedan hacer otra cosa que agarrarse a la balsa para no caerse. Están pasando por un tramo lleno de piedras que se asoman fuera del agua y ven deslizarse la balsa, que las roza, las raspa y las golpea. Están acostumbradas porque el río, que detesta los terrenos con pendiente, se enfada siempre en ese mismo sitio y se empeña en golpearlas con todo lo que tiene a mano. Por fortuna, no le dura mucho; un poco más adelante, justo por donde va ahora la balsa, se modera ligeramente y, aunque aún deprisa, continúa su camino, olvidando el motivo que le hizo llenarse de ira.

Las que no se moderan son las nubes. Don Severino y la doctora están calados, pero como van un poco más despacio y ya no hay tanto peligro, prefieren no parar. Además, a la doctora, la emoción del descenso le hace olvidarse de lo demás, y don Severino disfruta trotando sobre del agua.

La lluvia cesa, pero los balseros no dejan de bregar con el río hasta que, ya entrada la noche, se detienen. Mientras la doctora tiende la ropa mojada, don Severino hace un tejadillo con ramas cruzadas encima de cada hamaca, por si vuelve a llover. Porque las nubes no quieren irse; se lo han pasado tan bien echándole agua al río y jugando con la balsa que están pensándose si quedarse hasta mañana.

Don Severino y la doctora están agotados. Aparte del descanso de primera hora de la tarde, no han dejado en todo el día de empujar, remar y conducir la balsa. Han cenado sin hablar y, en cuanto han tocado las hamacas, se han quedado dormidos, arrullados con el ruido del agua.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Por la mañana, después de desayunar, don Severino ha reforzado las ligaduras de los troncos; ayer perdieron uno de cada lado. Lo que no aguantó fue el sombrajo que le había acoplado a la balsa. De todos modos, estaba pensado para protegerlos del Sol —que se fue apenas empezó la función— y, encima, con tanta corriente, no hacía sino molestar.

En menos de una hora desde que han partido, han llegado a un embarcadero que hay junto a un poblado. La doctora conoce el sitio y no tiene problemas para encontrar una camioneta que va hasta donde acaba la carretera nueva, exactamente adonde ellos van.

Con tanta gente trabajando en las obras, hay mucho comercio por la zona. Eso les ha dicho el conductor de la camioneta. Él, por ejemplo, se dedica a vender un poco de esto y un poco de aquello, y está contento con la construcción de la carretera; siempre necesitan algo y tienen dinero.

Desde donde se han bajado de la camioneta, se ve la casa al final de la recta. La desafiante y terca casa que, aferrada al suelo, contiene el avance de la carretera.

Don Severino y la doctora caminan entre voluntariosas máquinas y atareados operarios. Si no fuera porque se lo impide el jardín, las obras llegarían hasta la puerta de la casa. Al llegar se encuentran con Joaquín, que ha estado grabando cómo arrancaban los árboles de los alrededores.

—¡Hombre, ya están aquí! Empezábamos a preocuparnos.

La doctora, al ver los destrozos en torno a la casa y lo adelantados que van los trabajos de la carretera, se ha quedado planchada.

—Hola —dice secamente al llegar.

—Severino, espero que no le importe que nos hayamos instalado en la casa —se excusa Joaquín—. No dejaba de llover y...

—¡Han dormido en la casa! —le interrumpe don Severino, incapaz de ocultar la sorpresa.

—Sí. ¿Le molesta? —pregunta Joaquín, un poco cortado.

—No, de ningún modo. Y... ¿qué tal?

—Muy bien. Hemos dormido estupendamente, oyendo cómo llovía fuera.

—Me alegro..., me alegro. ¿Ha ido todo bien? —Don Severino no se acaba de creer que la casa no haya hecho de las suyas y les haya pegado una vuelta por la selva en plan viaje nocturno.

—Sí. Muy bien. Ya le digo. —Joaquín sigue filmando las obras mientras habla—. ¿Qué tal con los capuchinos, doctora?

—¿Eh...? Bien. En fin, casi bien. Ya le contaré. —La doctora está desolada. No puede dejar de mirar alrededor con ojos llorosos.

Mientras comían han estado los cuatro hablando sobre capuchinos y jaguares, sobre ríos y nubes, sobre la lluvia y el documental, y ahora están hablando de las obras y de qué harán con sus vidas.

—Mañana vendrá el abogado y será un día crucial, porque no es probable que vayan a parar las obras. Supongo que diga lo que diga usted, Severino, mañana tirarán la casa y continuarán adelante. —La doctora hace una pausa y espera a ver si le ponen alguna objeción, pero los tres la observan callados—. Bien, por un lado, quiero grabar el derribo de la casa para acabar así este trabajo, pero por otro, me da que no hacemos bien en quedarnos aquí los cuatro, porque la compañía constructora no se detendrá ante nada. Es necesario enviar cuanto antes las imágenes que hemos ido grabando.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Roque.

—Quiero decir que las imágenes que tenemos son nuestro mejor seguro de vida y que usted y Joaquín deberían ir a un sitio donde conectarse para mandarlas.

—¿Va a aceptar la oferta, Severino? —Roque se dirige a don Severino, que está alelado contemplando a la doctora.

—Sí, dígame.

—Digo que si va a aceptar la oferta que le han hecho por la casa.

—¿La oferta? —Don Severino mira extrañado a Roque, como si no supiera de qué le está hablando y, volviéndose de nuevo hacia la doctora, contesta—: No la voy a aceptar.

—¿Qué hará? ¿Se quedará viendo cómo tiran la casa y renunciará a ese montón de dinero? No me lo creo.

Pero don Severino ya no le oye ni le ve. Después de un incómodo silencio, incómodo para todos menos para don Severino, la doctora contesta por él.

—En cualquier caso, Roque, ni eso es cosa nuestra ni Severino tiene ningún motivo para no decirnos la verdad. Además, eso no afecta a nuestros planes, si vende la casa, como si no la vende, la tirarán, y eso es lo que vamos a grabar.

—Vale, vale. Como quiera —zanja Roque—. Por mí no hay problema. ¿Cuándo quiere que salgamos?

—Lo más prudente sería que salieran ya, y así, con un poco de suerte, mañana estarían de vuelta para hacer la grabación.

—¿Y si no llegamos a tiempo? —pregunta Joaquín.

—Si no llegan a tiempo, lo grabaré yo misma. Si me dejan quedarme cerca, claro.

—Si pudiéramos sacar el coche, con la carretera a la puerta de casa, llegaríamos más deprisa. ¡Eh, Severino! —Roque levanta la voz para que don Severino le haga caso.

—¿Qué coche? —pregunta la doctora.

—El que tiene Severino en la cochera —aclara Joaquín—. Por cierto, ¿no lo va a

sacar antes de que tiren la casa? Y, si no le importa, ¿podría explicarme cómo llegó hasta ahí el coche?

—¿El coche...? —Por fin don Severino se baja de la nube— No. ¿Para qué lo quiero yo? ¿Lo quiere usted?

A Joaquín y a Roque les hubiera gustado saber la respuesta a la segunda pregunta de Joaquín, pero la contestación de don Severino a la primera les ha hecho olvidarse de cómo llegó el coche y se han concentrado en cómo sacarlo.

—¿No va a sacar nada de lo que hay en la casa! —La doctora iba a hacer una pregunta, pero a mitad de la frase ha cambiado el tono porque sabe la respuesta.

Don Severino mira a la doctora y sonríe. Luego mira la casa y la recorre con la imaginación, deteniéndose en los objetos; ahora le resultan tan ajenos como a los monos el primer día que entraron. Los otros tres no le quitan ojo, intentando saber en qué piensa, tratando de seguirle por las habitaciones de la casa. Pero sólo la doctora ha sido capaz de acompañarle, los otros dos se han quedado en la puerta.

—No sabría qué hacer con ello —contesta don Severino tras el periplo, sacando a los demás de esta multiconferencia mental.

Cuando han regresado de sus pensamientos —cada uno de donde estaba: unos, en la puerta y los otros, dentro—, se han juntado en el campamento, y la doctora ha vuelto a coger las riendas.

—Como estaba diciendo... yo creo que es mejor que no pierdan más tiempo y se vayan cuanto antes. ¿Les parece?

Al rato de marcharse Joaquín y Roque, se ha presentado en la casa el abogado de la compañía, el señor Valdés. Ha llegado un día antes de lo convenido. Trae puesta su mejor cara porque no va a escatimar esfuerzos en esta negociación en la que se juega su futuro. Esto no le puede salir mal.

La doctora estaba grabando las obras para coger confianza con la cámara y, al ver llegar al abogado, le ha elegido como blanco de sus prácticas. Don Severino, que estaba subido en el guayabo, acondicionando su cubículo, al oír que le llamaban, ha bajado del árbol como lo hubiera hecho el mismísimo Mulao. El abogado se ha quedado atónito viéndole, y una voz en su interior le ha dicho: La cagas, la vas a cagar con el hombre-mono.

—Por favor, si es tan amable, preferiría que no grabase esto. —El abogado se dirige a la doctora, procurando contenerse y no mandarla a la mierda antes de tiempo —. Comprenda que es una conversación privada.

—No se preocupe; sólo estaba haciendo unas pruebas.

La doctora ha apagado la cámara y se ha puesto en una postura que dice: vamos, pregúntalo y vete. El abogado oye lo que le dice la postura de la doctora y examina a don Severino, esforzándose en captar lo que le dice su lenguaje corporal para saber cómo encarar mejor el asunto; pero el lenguaje corporal de don Severino se expresa

en un idioma que el abogado no conoce. ¡No puede ser! Casi no ha abierto la boca y ya se siente derrotado. Necesita desplegar por completo su arsenal de caras, expresiones, ruegos, amenazas subliminales, amenazas claras y terroríficas amenazas. Ha de poner en práctica todas las técnicas de manipulación que conoce. Tiene que hacer lo que sea, pero ¿qué hace? ¿Qué coños puede hacer con este extraterrestre?

—Aquí estoy... No me ha sido posible esperar hasta mañana, tal como acordamos, porque lo cierto es que el tiempo se nos ha echado encima y necesitamos saber su respuesta hoy mismo —dice el abogado con tono neutro mientras busca entre su arsenal sin decidirse—. Dese cuenta de que no está en nuestra mano parar las obras, y... nos gustaría solucionar esto... de una manera razonable... Ya sabe...

—Ya, ya sé —asiente don Severino—. Lo que quiere es que le dé la contestación, ¿verdad?

—Me temo que no disponemos de más tiempo.

El abogado no acaba de hacer la pregunta porque no sabe si quiere oír la respuesta, pero don Severino, excusándose, como si le estuviera dando el pésame, le contesta.

—Lo cierto es que no ha habido nada que me haga cambiar de idea.

—¡Quiere decir que no va a aceptar los veinte millones de dólares! —exclama el abogado, que, aunque ya se lo veía venir, no ha podido evitar sorprenderse—. Como quiera; yo ya no puedo hacer más por usted. En cuanto me vaya de aquí, comenzarán a tirar la casa con su permiso o sin él. —El abogado siente que la situación se le va de las manos; no consigue concentrarse y varía de cara y de táctica en cada frase que dice—. Pero ¿no comprende que esto es un grandísimo error? Está desaprovechando una ocasión única. Por otra parte, ¿no estará planeando demandar a mis representados?, porque en ese caso... ha de saber que no va a tener la más mínima oportunidad de ganar, y... —El abogado hace una pausa. Lo está haciendo todo mal, pero todavía le queda la baza del dinero. Reflexiona sobre cómo debería negociar, cómo debería ir aumentando paulatinamente la cantidad. Entonces, mirando a don Severino, que está siguiendo con la vista a una mariposa, es consciente de la inutilidad de todo—. ¿Y si yo le dijera que puedo ofrecerle cien millones de dólares?

Don Severino observa a la mariposa hasta que desaparece. Luego, sus ojos se encuentran con los de la doctora, que, al oír la cantidad, se ha quedado expectante; y don Severino, al verlos a los dos callados y mirándole, repara en que están esperando que diga algo.

—No. Ya le he dicho que no he cambiado de opinión —suelta don Severino, que ni siquiera ha escuchado la nueva oferta.

—Pero las condiciones son distintas. —El abogado sabe que si no va al grano, el selvático se le despista—. Le estoy hablando de cien millones. ¿Me ha oído? Cien millones. Cien.

—¡Vaya! ¡Cien, eh! Es... una cantidad... considerable —dice don Severino, que pretende aparentar que la conversación le interesa, pero no lo consigue.

—Sí, desde luego, considerable. Es lo que usted debería hacer: considerar su decisión. —El abogado se desespera—. ¿Qué me dice?

—Que para considerarlo de verdad, necesitaría tiempo.

El abogado deja escapar un hondo suspiro y, al límite del desaliento, repite con voz cansina:

—Ya le he dicho que no hay tiempo.

—Sí, es verdad que lo ha dicho...

Revoloteando, se acerca una mariposa similar a la de antes, y, mientras don Severino se pregunta si será la misma o será otra que anda en su busca, el abogado se rinde. Se ve en su despacho recogiendo los bártulos. Lleva años trabajando para la compañía, y ahora será como empezar de nuevo. Cuando su carrera iba cada día mejor, llega el batacazo. A la calle. Y desde la calle recapacita y se dice que quizá no sea tan grave, que conoce a mucha gente, que no le faltarán clientes y que no tendrá que aguantar a ningún tocapelotas-presidente-gilipollas. Entonces, desde la calle, ve a don Severino y a la doctora con su propia cara y desde su propia perspectiva y, de alguna manera, envidia a don Severino, su falta de interés, de preocupación.

—¿Qué hará a partir de hoy?

El abogado no se lo ha preguntado sólo por curiosidad. Ha sido, más bien, como alguien que, perdido en la desesperanza, busca una idea que le guíe.

—Haré... lo que quiera.

Al abogado, la lacónica respuesta de don Severino no le ha sonado bien.

—Entiendo que no quiera hablar. Al fin y al cabo, le vamos a tirar la casa.

—No le he dicho eso porque no tenga ganas de hablar. Es que es, precisamente, lo que voy a hacer. Y no puedo decirle más porque no sé qué voy a querer hacer en cada momento. ¿Cómo saberlo?

El abogado y la doctora miran a don Severino deseando comprenderle, y, aunque ninguno de los dos lo logra por completo, a los dos les sirve el intento; como si hubieran subido por una escalera para ver algo y, al bajar, no regresaran al punto de inicio, sino que se quedaran en un peldaño situado más alto que el suelo.

El abogado tiende la mano a don Severino, que se la estrecha y le desea suerte.

—Gracias por todo, pero tengo que preguntárselo por última vez...

—No se moleste —le interrumpe don Severino sin soltarle la mano, negando con la cabeza y mirándole a los ojos para que se convenza de que sabe lo que hace.

El abogado se despide de la doctora, y, fugazmente, los dos se sienten un poco más cercanos, como si se hubieran cruzado en alguna parte y, de pronto, lo recordaran. Al irse, el abogado cruza unas palabras con uno de los trabajadores, y una cuadrilla que estaba esperando a que acabara se pone en marcha en dirección a la

casa.

El eucalipto ha visto llegar a los obreros. Ha visto la sierra mecánica y, aunque sabe que será el primero en caer, no se ha movido. No dará un paso atrás, morirá como vivió, igual que aquel emperador romano de aquel libro que don Severino estuvo leyendo a su lado en voz alta, aún no hace mucho tiempo: morirá de pie, despreciando la vida que un hongo insignificante le puede arrebatar en cualquier momento.

Unos obreros se han acercado a don Severino y a la doctora y les han dicho que, por su seguridad, tienen que abandonar la zona de las obras, pero que pueden grabar lo que quieran desde allí. Así que la doctora con la cámara y don Severino con nada se han alejado hasta donde les han dicho; y mientras la doctora registra las imágenes con la cámara, que las almacena para su posterior uso, don Severino, esas mismas imágenes, las consume en el momento. No las guardará en su memoria. Toda la pena que un mal recuerdo es capaz de generar mientras dura, don Severino está dispuesto a comérsela de golpe, sufriendo al máximo cada segundo, esenciándose con la casa y muriendo con el eucalipto y el cerezo.

El ruido de la sierra mecánica rompe el silencio, atravesando de lado a lado el corazón de la tarde hasta que un crujido se alza por encima de la estridencia. Un rumor creciente se convierte en estruendo mientras cae el gigante, y el suelo tiembla al recibir el golpe. Dos monstruos con ruedas se abalanzan sobre el árbol, que yace inerte, y rápidamente lo desraman, lo trocean y lo cargan en un camión.

El cerezo aún estaba oyendo caer a su vecino cuando ha sentido el mordisco ruidoso que ha empezado a quitarle la vida y que acabará separándolo definitivamente de su amada. Sólo le consuela saber que, esta vez, se la han arrebatado; esta vez ella no le ha abandonado, ha seguido queriéndole hasta el final. Sí, la vida siempre le quiso.

Don Severino está orgulloso de cómo el eucalipto ha encarado el trance. Sin embargo, con el cerezo se ha identificado tanto que no sólo ha sentido lo mismo que ha sentido el árbol en ese instante, sino lo que sentía cada otoño, la pena que le embargaba en cada abandono. Don Severino ha mirado a la doctora y ha sabido que él correría idéntica suerte si dejara de verla: se quedaría sin vida.

Cuando se han llevado los árboles, una voraz máquina excavadora se ha plantado delante de la casa y está arañando el jardín y arrancándole trozos. El monstruo debía de estar hambriento; en un santiamén ha devorado medio jardín y su garra ya alcanza la entrada de la casa y derriba las columnas, que, quebradas, no pueden sujetar por más tiempo la terraza, que se les cae encima sin que consigan impedirlo. Detrás van las paredes, las cosas, los libros, las camas, los cuadros, más cosas, muebles, puertas, el coche, el escritorio con sus cajones con sus secretos, la grieta, los recuerdos, las estancias, los rincones, los lares. Todo cae al suelo y en el suelo se desvanece. Otro

monstruo lo carga en camiones, convertido en puré de casa, y los camiones se llevan el puré, que ya no es nada, es desecho, broza y cascote. Lo demás desapareció al caer, y no fue magia.

Don Severino, como parte de la casa que es, siente como si le arrancaran los brazos y las piernas. Se siente roto, desintegrado. Acompaña a los camiones con la vista y, cuando deja de verlos, siente alivio. Y cuando se va el último camión, don Severino ya no se siente como si le hubieran arrancado los miembros, sino como si, simplemente, se hubiera cortado el pelo. Cotejando el tiempo de sufrimiento con el tiempo que dura la acción que lo causa, ha logrado igualar uno al otro para que duren lo mismo. Que tiran la casa, muy bien, pues ya está tirada y ya está llorada. La doctora, por el contrario, no puede ocultar su decepción. Se había hecho ilusiones, aunque no hubiera motivos para ello, y se siente hundida. Todo ha terminado.

Durante el tiempo que ha durado el derribo, don Severino y la doctora han permanecido en silencio. La doctora, a lo largo de la tarde, lo ha roto alguna vez, pero don Severino no ha contestado; no la oía. En esos momentos, tal vez don Severino fuera eucalipto, cerezo, casa, escombro o nada.

Ahora que la doctora ha terminado de grabar y don Severino ha dejado de sufrir, los dos se miran, y la doctora vuelve a intentar el contacto.

—Severino, ¿se encuentra bien?

—Sí, estoy bien. ¿Y usted?

—¿Yo? Sí..., bien. Es que como estaba tan callado, me pareció... —La doctora tiene la cabeza llena de dudas y, como don Severino no deja de mirarla fijamente, decide que es la ocasión idónea para preguntar—: ¿Es verdad lo que le ha dicho al abogado, que no sabe qué va a hacer a partir de hoy?

—Teresa, ¿puedo tutearla?

—¿Cómo dice? —A la doctora se le han disparado todas las alarmas: el corazón le late a ritmo de samba, tiene un extraño nudo en la garganta y la cara se le ha puesto roja, alertando de la tentativa de transgresión.

—Digo que si le gustaría que fuera sincero.

Esto se está convirtiendo en un allanamiento en toda regla. La doctora no se ha recuperado del primer asalto y ya está tratando de encajar la siguiente embestida.

—¿Por qué dice eso?

—Porque lo único que quiero hacer es amarla. ¿Le gustaría que hiciéramos el amor?

—¡Qué...!

Desde que comenzaron a hablar sólo ha habido preguntas. La doctora no contestó a tiempo a la primera, y se le han amontonado, formando un gran interrogante que precisa una única respuesta. Don Severino no ha dejado de mirar a los ojos a la doctora. Ella, en cambio, ha estado rehuyendo su mirada. Finalmente, con un *¡qué...!*

que significa: ¿por qué me hace esto?, se ha quedado mirando a don Severino con la boca abierta, con cara de susto y sin decir nada. Ella fue la que empezó, la que desató la tormenta. En el fondo, sabía que preguntar era meterse en un terreno íntimo del que no le sería fácil salir sin mojarse. Pero necesitaba saber. Aunque, quizá, lo que necesita saber la doctora no puede contestarlo nadie que no sea ella misma.

Mientras la doctora lucha con las palabras para que no salgan de su boca y don Severino espera paciente esa única respuesta a todas sus preguntas, el silencio se adueña de la situación y se hace fuerte. Es un silencio tan denso que ha apagado el ruido de las obras y ha hecho que el paisaje se difumine. Es un silencio que ha dicho: Sí, otorgo. Un silencio tirano que ha contestado sin contar con nadie y les ha ordenado besarse y acariciarse y besarse y besarse, y se lo ha cantado a los dos al oído, como una coplilla, contento de tenerlos en su reino, en donde las palabras sobran.

Don Severino y la doctora han obedecido al silencio, muy despacio, casi sin moverse. Han ido acercando las manos hasta que las puntas de los dedos se han encontrado, y la energía que ha pasado de uno a otro les ha hecho estremecerse. Han seguido acercándose poco a poco, respirándose, retardando el momento, saboreando el olor, el roce, hasta que sus labios se han encontrado, y, abriéndolos, don Severino y la doctora han dejado que sus almas, convertidas en lenguas, se conozcan sin que ningún obstáculo se interponga entre ellas.

La Luna ha visto a don Severino y a la doctora besándose, y la noticia ha corrido como la pólvora. El cielo, que estaba despejado, se está llenando de nubes que vienen, como siempre, curiosas, a enterarse de cuanto se puedan enterar. Confundiéndose unas con otras, acaban por ocupar todas las localidades, y la Luna se queda sin ver lo que pasa. Las nubes no se aguantan: algunas están dejando caer gotitas que, con la emoción, no son capaces de controlar; otras, viendo a los amantes, están poniéndose tan nerviosas y cargándose de tanta energía que les dan ganas de tronar; y otras, se acercan al suelo, queriendo oír lo que le dice don Severino a su enamorada. Quieren saber si le habla de la Luna, para contárselo luego, para decirle que no se preocupe, que en el fondo sólo piensa en ella. Pero don Severino y la doctora siguen mudos. Con la noche alrededor, se han subido a la cabaña del guayabo, y todas las preguntas han encontrado su pareja, su respuesta. Se han buscado entre ellas sin que las palabras las ayudaran a organizarse, porque don Severino y la doctora se han olvidado de que las palabras estaban ahí. Ahora se comunican con otro lenguaje. Todo es más primario, más importante, vital.

De repente, un solemne trueno, justo encima de sus cabezas, da la señal de salida, y se inicia una carrera de millones de gotas de agua que se precipitan hacia el suelo, llenando el aire de movimiento. La selva entera se convulsiona cuando las gotas se estrellan en su meta, anegando la tierra y clavándose en ella. Y el universo se

convierte en inundación y vitalidad, y don Severino y la doctora que se desbordan, que se desbocan, que rebosan... y se deshacen.

EPÍLOGO

Joaquín y Roque están regresando al campamento después de haber enviado las imágenes a la oficina de la productora. Han dormido en un hotel. El agua caliente de la ducha, las camas con sábanas limpias y la comida servida en la mesa han sido las grandes atracciones del viaje. La vuelta a la selva se les hace cuesta arriba. Sentados en la parte trasera de una camioneta, notan cómo dejan el asfalto y continúan por una pista de tierra llena de barro y zanjas, que hace que la camioneta no deje de dar sacudidas y los zarandee de una parte a otra.

—¿Sabes lo que me gustaría? —dice Roque, que se está poniendo pálido con tanto bote.

Joaquín niega con la cabeza.

—Me gustaría que tiraran hoy la casa y que no tuviéramos que pasar una noche más en esta puta selva.

—¡Eso, eso. Otra vez al hotel, a que nos sirva la cena la muchachita de anoche, eh Roque!

—Te lo digo en serio, una semana más aquí, y me da algo.

—Yo también tengo ganas de acabar y de irme. A ver si con un poco de suerte...

Han llegado al final del trayecto y, al bajar de la camioneta, se han dado cuenta de que ya no hay nada que grabar. No queda ni rastro de la casa; es como si nunca hubiera estado allí. También faltan los árboles de alrededor; los han arrancado. No queda ni la raíz. Hay charcos y barro por todas partes, y los dos se miran y sonríen pensando lo mismo.

Joaquín y Roque, después de buscar a la doctora en el campamento y no encontrarla, se acercan a la cabaña del guayabo y ven el hueco, lleno de agua, que ha dejado el árbol.

—Este también lo han arrancado. —Roque mira el reloj, calculando dónde dormirá esta noche—. Vamos a dar una vuelta por los alrededores; cuanto antes los encontremos, mejor.

Han estado buscándolos y, como después de un buen rato de búsqueda no los han encontrado, han ido a preguntar por ellos a los obreros, pero nadie sabe qué decirles. Vuelven al campamento a ver si faltan las pertenencias de la doctora, pero no; está todo allí. No falta nada.

—No puede haberse ido sin llevarse sus cosas —dice Joaquín, empezando a inquietarse.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te preocupa? —Roque, de pronto, también ha mudado el gesto.

—No sé. Igual están dando un paseo por ahí, y yo estoy un poco paranoico, pero es que no me parece normal que no estén aquí... esperándonos.

—Vamos a guardar el material —propone Roque, que ya se ha hecho ilusiones de irse. Luego, tratando de quitar hierro a la situación, añade—: Seguro que llegan en cualquier momento.

Han desmontado las tiendas, han comido y han pasado la tarde esperando, en vano, que apareciera la doctora. A la caída de la tarde, van a hablar con el encargado de las obras, que les dice que no sabe nada de la pareja ni de si la compañía ha comprado la casa o ha dejado de comprarla. Él supone que, si les han ordenado derribarla, habrá sido porque estaba comprada. Ante la insistencia de Joaquín, el encargado manda a un ayudante a preguntar a los obreros para averiguar si alguien los ha visto. Joaquín y Roque esperan hasta que regresa el ayudante, que dice que nadie sabe dónde andan. Roque, desconfiando de las palabras del encargado, le amenaza con poner una denuncia, y el encargado, que ha recibido órdenes expresas de llevar lo referente a la casa con discreción, confía la búsqueda a una cuadrilla de obreros y promete prestar la ayuda necesaria y hacer cuanto esté en su mano para encontrarlos.

La noche llega y, como la doctora no aparece, Joaquín y Roque no tienen más remedio que montar de nuevo las tiendas y pasar otra noche en el campamento de la selva. A la mañana siguiente, cuando se despiertan, comprueban que don Severino y la doctora no han vuelto. El encargado les promete que dedicará a la plantilla entera a buscarlos si hace falta, pero ellos, acordándose de las dudas que albergaba la doctora sobre su seguridad, deciden irse y denunciar la desaparición ante las autoridades.

* * *

En el consejo de dirección de la compañía, el ambiente está al rojo vivo. Antes de que llegara la noticia de la desaparición de la ecologista y el propietario de la casa, en el consejo ya veían a Valdés, el abogado, con la soga al cuello. Desde que se enteraron del extraño suceso, lo ven como a un apestado; alguien que podría contagiarles un despido con una simple conversación. Están reunidos esperando al presidente, que ha prometido obsequiarles con una de sus actuaciones estelares. El abogado está de pie mirando por la ventana, harto de que los demás se escabullan para no hablar con él ni del tiempo. Los miembros del consejo se han enterado de los acontecimientos por la prensa, y entre ellos hablan del tema, pero no van al grano, no se atreven.

El abogado ha estado investigando sobre el asunto y, juntando lo que ha averiguado por su cuenta con lo que ha adivinado en las insinuaciones y en los silencios del presidente, ha conseguido hacerse una idea de lo que está pasando. Está

claro que, para el Gobierno, la construcción de la carretera es un grano de los que se hinchan, un negocio delicado que, en su día, interesó aceptar. Más tarde la coyuntura cambió, y el dinero que las malas lenguas dicen hubo por medio, si es que lo hubo, se gastó. Entonces el asunto en cuestión se convirtió en un carga engorrosa de la cual, seguramente, llevarían tiempo queriendo desentenderse. No hace falta ser un lince para imaginarse que el escándalo les ha brindado la oportunidad. En el Gobierno habrán atado los cabos sueltos y han decidido ordenar una investigación para acallar los rumores. La prensa sensacionalista ha hablado de dos posibles asesinatos por supuestos intereses especulativos, y eso no entraba en ningún trato que hubieran hecho. De todas formas, si ellos no hubieran ordenado la investigación, el partido de la oposición no hubiera tenido problemas para convencer a algún juez de que lo hiciera por su cuenta; y en el Gobierno deben de haber juzgado que, puestos a elegir, es mejor investigarse uno mismo, asegurándose de que quien investiga lo hace en el sentido adecuado.

Esta mañana ha leído en el periódico que se ha ordenado la interrupción de las obras como medida cautelar, en tanto que la investigación avance en uno u otro sentido. Viendo el tráfico por la ventana, se está riendo solo, sospechando que a esa investigación le han colocado delante una señal de sentido obligatorio y, a los lados, otras de prohibido el paso.

El presidente de la compañía ha estado hablando con sus amigos, y le han dicho lo que ya sabía: que no podían permitirse el lujo de un escándalo y que, dadas las circunstancias, era imprescindible que esperara hasta después de las elecciones si quería conservar su respaldo. Son peces gordos, con peso en el partido, pero incluso el poder de un ministro tiene sus límites en determinadas situaciones. El presidente les ha dicho lo que ellos sabían que diría: que la compañía no está involucrada en el sórdido suceso, que es un malentendido que no tardará en aclararse y que esperará si ellos consideran que lo más adecuado es esperar.

Malhumorado por esta descorazonadora conversación, el presidente entra en la sala del consejo y ve a Valdés. El abogado, aunque —por el silencio— sabe que ha entrado el presidente, no se mueve y continúa de espaldas, impasible, asomado a la ventana. Los miembros del consejo se han callado como colegiales de otros tiempos y miran alternativamente a uno y a otro como si vieran a dos pistoleros, y el presidente estuviera esperando a que el abogado se diera la vuelta para meterle una bala entre las cejas.

El abogado ha dejado hace mucho de calcular sus posibilidades y ahora siente la calma de cuando todo está perdido, la tranquilidad de cuando ya no hay nada más que hacer, la paz de la entrega. Pero sobre todo siente la fuerza que le da saber que no le va a tener que seguir el rollo a ningún tarado con delirios de grandeza.

El presidente no está acostumbrado a que su presencia pase desapercibida, y

carraspea para hacerse notar, pero el abogado no se inmuta. ¡Es una clara falta de respeto! ¡Una ofensa! No entiende por qué ese hombre no deja de mirar por la ventana, sabiendo que él ha llegado. Y el presidente tose y se destose y se compone y se descompone hasta que, fuera de sí, le llama al orden.

—¡Señor Valdés! —grita el presidente como un sargento en plena instrucción.

El consejo de dirección entero, excepto el abogado, se ha sobresaltado con el grito.

—¿Sí, señor presidente? —contesta el abogado, con voz lánguida y sin darse la vuelta, como si no fuera con él.

—¡Esto es inaudito! —El presidente está furioso—. ¡Haga el favor de prestar atención y explicarnos qué es lo que ha hecho. Cómo ha sido capaz no sólo de fallar en su trabajo, sino de tirar por tierra el de los demás. Y díganos qué ha tenido usted que ver con la desaparición de esos dos! ¡Dios mío, tendría que haber ido yo personalmente!

—De acuerdo, de acuerdo. —El abogado se gira, mira al presidente cara a cara y le hace gestos con las manos para que se tranquilice—. Se lo voy a volver a explicar, a ver si esta vez se entera. No se preocupe, que no es difícil; si se esfuerza un poco, hasta usted lo entenderá —ironiza el abogado, mientras pasa la vista por la sala y disfruta con las caras de sorpresa de todos. Luego, continúa como quien habla a un niño—: Ese hombre, que dicen que ha desaparecido, no quería vender su casa, y no era cuestión de dinero. Yo intenté llegar a un acuerdo con él, pero a él el dinero le importaba una mierda. Cuando vi que no había compra posible, me despedí y le dije al encargado de las obras que yo ya había terminado mi cometido y que él podía seguir con las instrucciones que tuviera. Evidentemente, esas instrucciones consistían en no detener las obras, que es lo que hizo. Yo me vine y, como ya he dicho más de una vez, no sé nada de desapariciones. ¿Se ha enterado ya?

El presidente ha salido de la sala rojo de ira. El vocabulario, el tono y la soberbia de Valdés le han sacado de sus casillas. Le hubiera estrangulado allí mismo. Ese hombre le había robado el primer papel de la obra. Pagará cara su osadía. Con la carta de recomendación que le va a dar, no va a encontrar un trabajo de altura en su vida. El consejo al completo estaba conteniendo la respiración, esperando la explosión del presidente y, cuando ha salido, han respirado aliviados y han mirado a Valdés de manera distinta. No se han atrevido a aplaudirle, pero a todos les ha parecido una bonita escena de despedida.

* * *

El tiempo —otra vez libre porque, desde que desaparecieron don Severino y la

doctora, nadie le vigila— se ha vuelto a calzar sus botas de siete días y, después de una pequeña carrera de poco más de una cincuentena de pasos, que ha hecho transcurrir un año, se ha parado a descansar y a echar una mirada atrás. Le gusta ver cómo el mundo se queda rezagado cuando se escapa y se mueve ligero.

Durante las tres o cuatro primeras zancadas del tiempo, las autoridades, ayudadas por los trabajadores de la carretera, no cejaron en la búsqueda de la doctora y, de paso, en la de don Severino; pero no consiguieron encontrar una sola pista de ellos y tuvieron que darse por vencidos. Sin embargo, aunque la búsqueda se detuvo, el partido de la oposición se encargó de que, durante los siguientes trancos del tiempo, continuara la investigación que el Gobierno había ordenado y de que, al final, diera sus frutos. Al parecer, en el Gobierno no ataron bien los cabos sueltos, y la investigación sorteó las señales de dirección prohibida y puso de relieve la corrupción que había hecho posible que el proyecto de la carretera saliera adelante saltándose todos los procedimientos.

Nadie fue a la cárcel, pero como el tiempo, que le había cogido el gusto a la velocidad, no dejaba de correr, el Gobierno no tuvo ocasión de lavar su imagen ni de idear ninguna maniobra de distracción que fuera lo suficientemente espeluznante como para hacer olvidar el escándalo. Así pues, el resultado de las elecciones dio como ganador al partido hasta entonces en la oposición. Este partido, por llevar la contraria al Gobierno, se había mostrado siempre en contra de la construcción de la carretera, y, tras varios meses en el poder, las obras de la carretera permanecen suspendidas. De momento, están cumpliendo con su programa. Puede que todavía les dure la integridad que, a fuerza de pregonar, acabaron por creerse, o puede que aún no conozcan al presidente de la compañía.

El caso es que, después de un año de la desaparición de don Severino y la doctora, la construcción de la carretera continúa en punto muerto, y hoy, para celebrar el aniversario, grupos ecologistas llegados de todas partes se han reunido en el sitio donde se abandonaron las obras, justo en donde estaba la casa de don Severino. La gente que conocía a la doctora y sus compañeros de trabajo, entre los que se encuentran Joaquín y Roque, también han asistido al recordatorio reivindicativo.

Joaquín y Roque han estado enseñando la zona a los demás: el sitio en donde tenían montado el campamento y el punto en el que estaba la casa. Ahora, bajo un Sol de justicia, les están mostrando el lugar que ocupaba el árbol en el que don Severino había colgado su guarida.

—Aquí en este agujero había un árbol, un guayabo, y en este árbol era en donde estaba la cabaña de Severino. Aquí era donde dormía, lo menos a veinte metros del suelo, ¿eh, Roque?

—Sí, pero no era un guayabo, era un roble coral.

—Yo creo que el guayabo y el roble coral son el mismo árbol —interviene la

acompañante de Joaquín—. Y en algunos sitios también le llaman volador.

—Es igual. Lo que quiero decir es que era un árbol gigantesco y que ahí tenía la cabaña: en lo más alto.

Alrededor del socavón que dejó el árbol, todos se han quedado callados, mirándolo con cara de estar preguntándose cómo demonios arrancarían el árbol para dejar un agujero tan cuadrado y tan bien hecho. Y es que en el suelo ha quedado lo que podría ser una piscina de unos seis metros de lado y, más o menos, cuatro de profundidad, y con las paredes totalmente lisas, como si lo que falta lo hubieran sacado en un bloque. Y viéndolos con esas caras de incertidumbre, el Sol se ríe de que sean tan poco intuitivos y de que no sepan ver más allá de sus narices, y se excita y se acalora tratando de comunicarse con ellos a través de sus rayos y, por un instante, cuando Joaquín rompe el silencio, tiene la sensación de que le comprenden.

—El Sol... El Sol está pegando cada vez más fuerte, eh. ¡No hay quien lo aguante! Yo sigo sin entender por qué arrancaron este árbol si no estaba en la trayectoria de la carretera.

—Querrían construir algún edificio aquí —dice uno de los que están en torno al foso.

—Eso es lo que yo me figuré, pero cuando estuvimos buscando a la doctora, anduve preguntando a los obreros y me dijeron que no sabían nada del árbol; que ellos ni lo habían arrancado ni habían visto quién lo había hecho. En aquel entonces supuse que no decían la verdad porque estaban encubriendo algo, pero cada vez estoy más convencido de que la doctora y Severino se fueron juntos porque quisieron, y empiezo a creer que los trabajadores no tenían nada que ocultar ni por qué mentir. Ya no sé qué pensar.

Y después de que Joaquín ha dicho esto, los que están alrededor del boquete han comenzado a imaginar historias imposibles, pero ninguno de ellos se ha acercado, ni de lejos, a la realidad; a la realidad de esta historia. La realidad que sólo el Sol conoce.

Nosotros tampoco podemos saberlo con certeza; sólo podemos imaginarlo, aunque, tal vez, con más suerte que ellos.

Lo que sí sabemos seguro es que en este momento, en este preciso momento, don Severino y la doctora, que ahora son Seve y Teresa, son felices y comen lombrices.

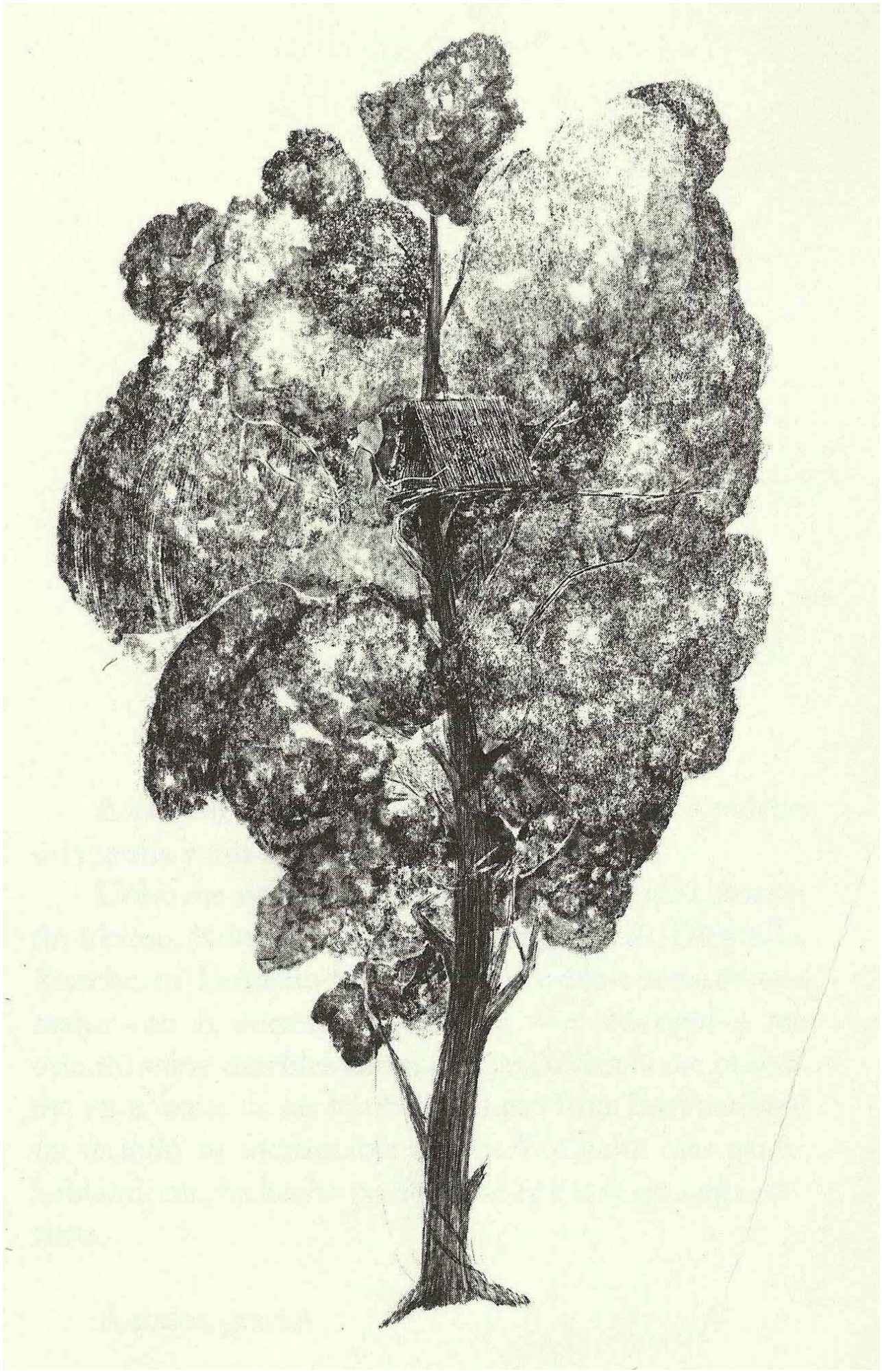
FIN

A ver si nos aclaramos. Cómo que fin. ¿Quién ha dicho que esta historia ya está contada? No se puede ignorar de esta manera a los demás. ¿No comprenden ustedes que no están solos? No se puede contar una historia de esta envergadura sin que alguien, con conocimiento de causa, vaya comentando las repercusiones que puedan llegar a tener las inconscientes actuaciones del pretendido protagonista. Porque este señor no sólo se comió absolutamente a toda mi parentela, sino que, encima, lo único que sentía era asco o una indiferencia que raya lo macabro. Y todos tan contentos de que no se muera. Pues no lo entiendo. Unos primos míos se hubieran puesto las botas si se hubiera muerto él, y, en cambio, no le deseamos ningún mal. Que se muere..., bienvenido sea, pero no estamos ahí esperando todo el tiempo a ver si casca, coño. Y luego está lo del finalito de marras. Voy a hacer yo un final mejor:

Estando el hombre y la mujer subidos en el árbol volador, al susodicho árbol le dio por no aterrizar nunca, y los dos humanos se murieron de hambre poco a poco porque no encontraban nada ni a nadie que llevarse a la boca; y murieron sufriendo patéticamente, y los que fueron felices fueron mis primos, que se los comieron y celebraron una gran fiesta a la que asistimos mi recién encontrada nueva pareja y yo misma, verdadera protagonista de esta historia.

Y fuimos felices, yo y mi pareja, y les comimos hasta las orejas. ¡No te jode!

Refín



AGRADECIMIENTOS

A escribir este libro, como a todo, me han ayudado mi familia y mis amigos.

Uoho me ayudó desde el principio de la idea hasta el fin último. Nuria, a organizar, corregir y más. Dieguillo, Merche, mi hermano Juancho y Pedro J. me echaron una mano con la corrección. Juantxu —el Mongol— me orientó sobre muebles antiguos y Javi Caldera me puso al día en el tema de las lombrices. Last Tour International me brindó su inestimable apoyo. Y mucha más gente, hablándome, ha hecho posible que este trabajo salga adelante.

A todos, gracias.